

LEOPOLDO BENITES VINUEZA

ARGONAUTAS
DE LA SELVA



PRIMER TOMO

INTRODUCCIÓN DE

HERNÁN RODRÍGUEZ CASTELO

EDITADO POR PUBLICACIONES EDUCATIVAS "ARIEL"

Guayaquil — Quito
Ecuador

Impreso por: CROMOGRAF S. A.

Eloy Alfaro 2.007, Guayaquil.



PUBLICACIONES EDUCATIVAS ARIEL rinde home naje a la Cultura Nacional con lo que creemos sincera mente constituye el mayor esfuerzo editorial ecuato riano de todos los tiempos: la Biblioteca de Autores Ecuatoríanos de Clásicos Ariel.

Cien libros nítidamente impresos, cuidadosamente se leccionados, bajo la asesoría invalorable de nuestro Consejo Editorial de Honor, a cuyos miembros reitera mos nuestra imponderable gratitud, dan la visión más completa de la Cultura Ecuatoriana, desde la Colonia hasta nuestros días.

Esta Biblioteca viene a responder a la necesidad impe riosa del pueblo ecuatoriano de poder conocerlas gran des obras de sus mejores autores.

Selección de libros y estudios críticos: Sr. Ledo. Dn. Hernán Rodríguez Castelo Miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

Coordinación General:

Sr. Ledo. Dn. Tomás Rivas Mariscal



CONSEJO EDITORIAL DE HONOR

Supervisión Editorial:

•Sr. Rafael Díaz Ycaza

Diseño de Portada:
Sr. Nelson Jácome

Viñetas de Portada:
8r. Guillermo Vaca

"LOS ARGONAUTAS DE LA SELVA", ILUSTRACIÓN LITERARIA DE LA CRÓNICA

Leopoldo Benítez Vinueza nació en Guayaquil, en 1905 (1), en familia de clase media modesta. Su padre, médico de aguda sensibilidad social, pesó decisivamente en la formación del niño y joven Leopoldo. El mismo lo ha recordado así:

" . . . mi padre es mi mayor orgullo. Tuvo una infancia terriblemente pobre en un pequeño pueblo del litoral, en Balao. Dramáticamente pobre, con su voluntad hizo sus estudios. Se graduó de médico. Nunca olvidó esta raíz humilde y esta lucha heroica. El fue el primer médico ecuatoriano —guayaquileño, al menos— que preparó vacuna antivariólica y nunca la vendió. Se evitó así la vacunación de brazo a brazo, que producía infecciones. En mi infancia, con mi afición a la medicina —que me hizo médico frustrado—, yo le acompañé —tenía cinco años— a su consultorio. La gente pobre venía a ser atendida gratuitamente" (2).

Graduado de bachiller en el Colegio "Vicente Rocafuerte" y licenciado en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad de Guayaquil, fue luego profesor de historia y filosofía en el "Vicente Rocafuerte".

En 1927 —tenía su autor veintidós años— vio la luz un tomito con dos relatos: "La mala hora" y "El enemigo", bajo el título del primero. Con "La mala hora", Benítez Vinueza se convertía en precursor de la literatura criollista del Grupo de Guayaquil. En "El enemigo" ensayaba indigenismo serrano. "De la provincia de Chimborazo -precisa él mismo-, donde viví las vacaciones desde mi juventud, donde sufrí el trato que se daba al indio. Y los caballeros feudales que violan indias. Y eso del patrón amitu" (3).

Pero Benítez Vinueza, tras este libro primerizo, se separó del relato, y no tornaría nunca a la ficción.

Benítez Vinueza empezó a trabajar en crítica y biografía, y a ejercitar vigoroso periodismo combativo, con el seudónimo de Alsino, en "El Universo" de Guayaquil.

En 1941 apareció en la Revista del Colegio Vicente Rocafuerte (octubre de 1941) la primera producción de Benítez Vinueza en la línea de la biografía y crítica: "Un zapador de la colonia", biografía y ensayo a la par de Eugenio Espejo.

"Desde **mis** años **mozos** -tiempos **ya** irremediablemente **lontanos-** tres personajes **de mi patria** ejercieron sobre **mí u n a** atracción apasionada. Eran tres r e b e l d e s . . . " —escribiría bastantes **años** más tarde Benítez Vinueza **(4).** El primero de esos tres grandes rebeldes, a quien volvería años más tarde, era Espejo.

Parece que Leopoldo Benítez Vinueza —escritor al que ha devorado la diplomacia— planeaba una gran biografía de Espejo. "Espejo nunca ha dejado de interesarme. Comencé una biografía que nunca acabé" (5). En 1960, al encargársele el estudio preliminar del tomo "Precursores" de la Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Benítez Vinueza pudo volver al tema de Espejo, con un brillante ensayo. Y trató del segundo gran rebelde de sus aficiones juveniles: dedicó otro hermoso ensayo a José Mejía de Lequerica.

Sin embargo, su obra mayor en el campo de la biografía fue "Los argonautas de la selva", que vio la luz en la colección "Tierra Firme" del Fondo de Cultura Económica de México en 1945.

Desde su columna periodística Alsino, al tiempo que comentaba y criticaba el entorno y la inmediatez política ecuatoriana, tocaba facetas o aspectos del diagnóstico de la realidad ecuatoriana y apuntaba soluciones económicas y sociales. Esos artículos con mayor perspectiva fueron la primera base para el siguiente libro de nuestro au tor, "Ecuador: drama y paradoja", que apareció, también en la Colec ción "Tierra Firme" del Fondo, en 1950.

Benítez Vinueza ensayó también el teatro. En 1956 hizo "Aguas turbias", pero su estreno le disuadió de seguir con el género. "Cuando la vi en escena, vi que ese no era mi camino" Y, sin embargo, "el punto de vista era plausible: desde los griegos, **el** hombre había estado en el centro. El hombre y su lucha: contra **el** destino, contra la sociedad. Para expresar su angustia —tema romántico—; luego, el teatro social: siempre el hombre. La naturaleza nunca entró en el teatro occidental. En cambio, en el viejo teatro oriental, la naturaleza era el primer personaje" (6).

En los comienzos de la carrera literaria de Benítez Vinueza lo hallamos como poeta. En los años 20, cuando era secretario de redacción de "Singulis" y colaborador de las revistas de la vanguardia poética. Pero a toda esa producción lírica de juventud se ha referido su autor como a "pequeñas cosas tontas" **(7).** En cambio, ha anunciado una novísima producción poética. Unos catorce sonetos **que** harán un "Sonetario del amor sin orillas", y "Poemas neoyorkinos" que, al decir del poeta, "reflejan la angustia del **hombre** frente a la guerra". Este, pues, el último empeño artístico **de creador** tan bien dotado: "Estoy haciendo otra cosa: expresar **con**

sentido poético los grandes problemas de la vida humana, los problemas técnicos". De este tipo de poesía, Benítez Vinueza publicó en la década del 50 "Canto desesperado".

Hay un terreno en el que la obra publicada por Benítez Vinueza —con ser tan valiosa— no muestra ni de lejos sus grandes facultades y preparación: la crítica. Benjamín Carrión ya señaló, como lo más notable del escritor, "su gran capacidad crítica que, servida por una información sólida y al mismo tiempo inquieta, arranca de lo clásico y domina lo más valioso de lo contemporáneo" (8).

Al gran escritor se le mide por sus libros. Benítez Vinueza, más allá de la anécdota, la fama por cosas pasadas, el elogio —en que tan pródigos fueron los escritores de la generación de los años treinta, unos con otros—, cuenta para la literatura ecuatoriana por "Los argonautas de la selva", "Ecuador: drama y paradoja", y sus breves, pero densos y agudos, estudios de Espejo y Mejía. Ariel tiene **la** voluntad de dar a sus lectores los dos libros mayores del brillante ensayista. Comenzamos por "Argonautas", que no podía faltar en la serie de biografía de la Biblioteca de Autores Ecuatorianos.

LOS ARGONAUTAS DE LA SELVA

"Los argonautas de la selva" vale bastante menos como historia que como literatura. Dé los ingredientes de la gran biografía contemporánea (9), pensamos que se queda corto en el histórico. No por dejar el aparato entre bastidores , la biografía novelesco-ensayística < —trepidante de vida como novela, brillantemente escrita como ensayo - tiene menos trastienda de investigación y discusión de materiales que la historia. Una documentación e información variada, sólida, rica —como la que pudiera equipar a un historiador— pone al alcance del biógrafo mil detalles decidores, sabrosos, pintorescos, densos de sustancia histórica, dotados de poder sugerir lo pasado o rehacer un tiempo, de aquéllos que mal puede inventar o urdir un escritor por genial que se lo suponga. (Y cuando esos datos históricos menos verdaderos parecen, más eficaces son para los efectos buscados por el biógrafo. Lo que él inventa tiene que ser rigurosa, estrechamente verosímil).

En la biografía de Francisco de Ore llana de Leopoldo Benítez Vinueza hallamos vida trepidante del héroe —aunque la comparsa sea neblinosa— y brillante estilo. Y, también, documentación sólida. Pero pobre. En casi toda la primera parte no hay más fuente que la famosa "Relación del Nuevo Descubrimiento del famoso Río Grande que descubrió por muy gran ventura el Capitán Francisco de Orellana" del P. Gaspar de Carvajal. Y entonces la tentación de comparar ocurre irresistible. ¿Y cuál es el escritor moderno que, reducido a seguir a un cronista de indias, pueda competir con él? ¿Qué podrá oponer a la deliciosa ingenuidad, al tono de

permanente revelación, al sabor añejo del cronista?

Confieso que me ha sucedido, y no u n a vez, que leyendo "Los argonautas de la selva", he acabado pasándome a la deliciosa relación del fraile que acompañara al capitán en su aventura.

En la primera parte "Los argonautas de la selva" no es sino ilustración literaria de la crónica. La edición ecuatoriana de la "Relación del Nuevo Descubrimiento..." —seguida del estudio criticn de don José Toribio Medina, el mayor especialista en la materia, cuyo capítulo X le serviría grandemente a Benítez Vinueza para la segunda parte- vio la luz en Quito en febrero de 1942 (10), y es fácil imaginarnos a Benítez Vinueza llevándose el libro al retiro selvático, donde se escondiera de la persecución arroyista, y, sin más documentación, reescribiendo la epopeya con el más hermoso estilo moderno y los procedimientos relatísticos de su generación.

Esto da cumplida razón de por qué el texto del cronista corre a flor de piel y emerge con frecuencia.

(La otra cara de la medalla es el puro historiador. El erudito y crítico José Rumazo González, que casi por el mismo tiempo recopilaba materiales para su "La región amazónica del Ecuador en el siglo XVI" en España. Su capítulo IV, dedicado a la gesta de Orellana tiene más fuentes que todo el libro de Benítez Vinueza) (ID-Todo lo que una mayor documentación habría enriquecido —literariamente— el libro de Benítez Vinueza puede palparse en varios pasajes. Benítez Vinueza ha ilustrado con lugares comunes narrativos la matanza de indios que hiciera el exasperado Pizarro. Pero, de haber acudido al Cap. XIX de las "Guerras de Chupas" de Cieza de León, ¡con que' arsenal de detalles que le venían como anillo al dedo habría dado!

PROCESO DE LA ILUSTRACIÓN

Para esa ilustración de la crónica, nuestro autor acude a procedimientos novelescos. Comienza por dar vida al escenario vegetal. Toma, luego, hechos que para el cronista, curtido a lo heroico, resultaban inevitables y cotidianos, y hace cuadros, cargando las tintas para que el lector los* viva en t o d a su intensidad. Y sus héroes agonizan, entonces, largamente, como Ampucha:

"Sus heridas tumefactas han ennegrecido y despiden un olor repugnanate de putrefacción, Tiene fiebre. Una fiebre alta que lo abrasa. Los ojos le brillan como tizones: en el rostro enflaquecido, cubierto por las barbas negras y revueltas, esos ojos encendidos miran desesperadamente, casi sin ver etc.

"Debe sufrir mucho. Las heridas putrefactas le manan un líquido purulento. Asqueroso. A veces se retuerce y grita como un endemoniado . . . " (P. 110) (12).

Una página hasta que el aventurero expira entre los dos frailes.

Y el documento que Orellana endereza al rey —que el historiador habría transcrito, acaso comentándolo en sus resonancias históricas—, nuestro novelista—ensayista lo convierte en un momento de la vida del héroe, con su lugar y tiempo. Lo redacta ante los ojos del lector el capitán:

"Encerrado en su humilde cuarto de hospedería, toma en su mano dura y tostada de hombre de espada, la pluma de ganso para escribir...

"Se queda un rato pensativo. No atina como debe comenzar. Y luego escribe..." (190).

Y los cuadros, la dramatización del material épico, los hace el autor con una prosa castiza, de ritmo seguro, sin estridencias, rica sin llegar al idiotismo, sintácticamente variada sin alcanzar el desenfado del hablista.

Solamente nos defrauda cuando sigue con tratamiento novelesco al dar en graves cuestiones. Los grandes biógrafos contemporáneos han mostrado que, por novelesca que sea una biografía, la discusión de los pasajes problemáticos de los héroes no resta interés ni brío al relato. Que antes lo enriquece con nuevas dimensiones, como su sabor a historia. Que obliga al lector a movilizarse en persecución del personaje que parece va a tornarse inasible y extraño. Benítez Vinueza —acaso por la pobreza de documentación a que nos hemos referido; acaso por el simplismo que fue constante del relato de los años 30— nos escamotea un esclarecimiento más riguroso del cargo de traición hecho a Orellana que fue por víveres para su capitán, y se fue de largo a España... con un río!

Como narrador —o ilustrador literario por procedimientos narrativos de la crónica- creemos que Benítez Vinueza fracasó un tanto en una calidad fundamental para el relatista: no logró dar ritmo a una historia que se reducía a navegar, buscar aumento, pelear, navegar, buscar alimento, pelear, navegar... De allí que la primera parte de "Los argonautas" en pasajes de'en monotonía, y la segunda sea mucho más interesante y emocionante por su ritmo más

seguro. (También lo es. por supuesto, porque en ella hay más peripecia humana, más evolución, más drama, del héroe).

¿LA SELVA O EL HÉROE?

En la primera parte la selva le disputa al héroe su condición protagónica.

Páginas y páginas se lleva la pintura de la selva. Páginas y páginas de la mejor prosa descriptiva:

"La extensión selvática impone una emoción solemne en sus ánimos. Los árboles son tan altos que no se puede ver sus copas. Cada uno de ellos, entre los millares diseminados en la extensión sin término, tiene su vida propia. Cada uno es a manera de un pequeño microcosmo de vida distinta. Las parásitas suben por los troncos. Se aferran en las grietas. Forman con sus ramazones intrincadas, lechos en donde las hojas caídas se detienen, se pudren y en ellos proliferan pequeñas orquídeas y extraños hongos" (35).

La caminata de Gonzalo Pizarro y sus hombres llega a antojársenos pretexto para la pintura espléndida de la selva, que se extiende, visual y musical, a cuatro páginas (34 a 37).

"La selva tiene una voz orfeónica. Cada acento se acuerda y se concierta en una sinfonía cósmica. El viento es el maestro que dirige este coro de voces múltiples. Cada hoja al moverse tiene un tono: el susurro suave de las hojas verdes, el sonido áspero de las hojas secas, la voz diminuta de las hojas tiernas, el roce vibrante de las grandes hojas. Las ramas se estremecen y cantan. Cantan al chocar gravemente unas contra otras. Cantan al moverse crujiendo. Los grandes troncos al doblarse por el impulso del viento son a manera de arcos que tuvieran una voz sorda de bajos" (36).

La selva que nos da Benítez Vinueza es la del novelista, la del artista: no la del puñado de-exasperados conquistadores. De allí que tan largas y hermosas —plásticamente hermosas— pinturas no logren convertirse en ambiente y envolver a los héroes, haciendo con ellos y su aventura un todo.

Benítez Vinueza luce su clase de artista pintando a la selva repetidas veces, sin repetirse nunca.

Ahora es el amanecer:

"La madrugada canta. La selva es una música de pájaros y de insectos. La música de la selva es so'lo la expresión de su vida interna: vida rápida, búhente y variada, de los, seres que se multiplican prolíficamente y se matan en abundancia" (50).

El mediodía agobiante:

"Hice calor. Aun cuando nosalgaelsol entre las nubes bajas y cargadas de agua, se siente un vaho bochornoso que asciende de la jungla. Un vaho enervante que produce languidez y pereza.

"De la manigua salen gritos de pájaros. Zumban los insectos coloreados. Los mosquitos los atormentan. La humedad hace lodosa la tierra. Es un barro fino y pegajoso que se adhiere a los pies, con lo cual se aumenta el esfuerzo que hay que desarrollar a cada paso. Las hojas de los árboles gotean como si tuvieran una transpiración fatigada por el calor del trópico. Los bejucos trepan por los árboles y entorpecen la labor. Es una lucha titánica la de estos hombres magros, que han pasado hambres y miserias, que casi no tienen tuerzas, contra una naturaleza demasiado grande y demasiado bárbara" (61)

(En este pasaje los hombres se han mezclado más que en otros descriptivos con el medio).

Y hay la caída de la tarde. Y la noche. (La noche no en plena selva: siempre cerca del real donde los hombres se refugian de los mil terrores y acechanzas salvajes)

Hacia el final del libro primero el río mismo y las guerras desplazan a un segundo plano a la selva. Pero la última gran pintura, en "Rumbo al misterio," es espléndida. Una selva mágica, fascinante:

"De la selva sale una vida multiforme y confusa: gritos de animales, bramidos de fieras, cantos de pájaros, ruidos de troncos removidos por el viendo, susurro de hojas. Hay allí animales extraños: jaguares de piel pintada, panteras negras de ojos fosforecentes, dantas de aspecto extravagante; pájaros de todos los colores, aves de aspecto exótico con apéndices huecos que les cuelgan bajo el pico y les sirven para producir un bramido como de vacadas ariscas; hay reptiles variados: víboras diminutas, grandes oficios venenosos de piel verde, roja, amarilla, de manchas entrecruzadas; la boa constrictor, gruesa como un tronco de árbol, que se arrastra cautelosamente por las orillas de los ríos y mira su presa con ojos redondos; saurios gigantes que toman el sol en los barrancos, con las fauces abiertas. inmóviles como los cocodrilos hieráticos de los viejos ritos, sin hacer casa de las zancudas que se posan sobre sus lomos, ni de las palmípedas que nadan al alcance de sus fauces; monos de todos los tamaños que chillan en las copas de los árboles. Hay ojos encendidos, alas agitadas, élitros sonoros..." (85),

Y así dos páginas más: el ciclo del agua, los ajetreos delviento.

La más alta empresa de Benítez Vinueza en sus "Argonautas" — c o m o la de cualquier biógrafo- era dar vida e interioridad al héroe.

¿Y cuánta vida tiene el Orellana de Benítez? Difícil cosa, tremenda cosa pretender ponderar algo tan sutil. Creo yo, sin embargo, que pudo haber tenido mucha más vida; que en la segunda parte, abocado al fracaso, tiene mucha más vida.

Hay.en cambio, algo magnífico en esta figura: tiene una línea maestra, una constante; casi un leitmotiv. Y es la fe.

En la primera página del libro se nos ofrece el personaje haciendo un decisivo acto de fe en su destino:

"Su fe en el destino no le abandona y cree —con intuición certera— que ha llegado el momento en que se va a realizar el sueño de su vida" (23).

Orellana está más cerca del iluminado que del aventurero:

"Algo extraordinario va a suceder y esta llamada para que participe en la gran aventura oriental es como un inicio de su destino" (ibid).

El tremendo final será el final de esa fe. De fe sobre la que pesó una oscura fatalidad. Una ananké —muy griega: lo griego obsesiona a Benítez Vinueza.

El Orellana que el autor va construyendo es más héroe que hombre; más espíritu que carne.

Prototipo de hombre de mando. "Cauteloso y prevenido" (24); "duro, fuerte, resuelto" (25); "enérgico y suave" (25); "generoso y manirroto" (28); "le guía la ambición más que la avaricia" (28); "suave y amable," "mas debajo de su aparente suavidad, hay el temple férreo del capitán nativo, del jefe perspicaz y alerta" (62).

Y la fe: "su fe es la única cosa viva qué hay a bordo" (43).

Ese cuadro de valores, un tanto descarnado, adquiere la complejidad y las turbiedades y la entraña de la vida cuando la historia de Orellana pone proa a la tragedia.

El hombre bueno y leal, que no desconfía de nadie; el hombre de credulidad ingenua y bondadosa (2Q6) se ve envuelto, como una moscaen la tela de una araña , por el ambiente de maldad encanalladade los puertos y p o r mil intrigas que ni siquiera alcanza a

comprender. El rey le niega apoyo. Una y otra vez ve en riesgo su sueno de volver como gobernador al gran río. Entonces "sus amigos lo notan huraño. Agresivo. A veces impetuoso e irascible. Otras, silencioso y zahareño. En las noches le agarra una angustia invencible, una rabia inútil" (208).

Pero se rebela contra esos malos humores, y "trabaja con más energía. Incesantemente. Con dinamismo de torbellino. Vence dificultades. Menta a los operarios de los astilleros. Convence a los mercaderes indecisos. Todo irá bien. Las ganancias serán tan grandes que se duplicarán los dineros invertidos. Todo en sus manos proliferará como su carne, como su sueño. Y su fe comunicativa convence, domina, atropella, vence" (219).

Pero la espera de largos meses, que gasta los nervios; su cólera ante la incomprensión del soberano, "todo hace que comience a nacer en el ánimo naturalmente dulce de Orellana una rebeldía pronta a estallar" (238).

Y, poniéndose al margen de la voluntad regia, Orellana se lanza, impreparado, a su destino. Y le parecería que un sino fatal le siguiera descomponiéndolo todo. "Su carácter -dice entonces el biógrafo-ha adquirido ahora una acritud extraña. Es rispido y zahareño. Le domina la violencia. Sus nervios estallan por cualquier cosa. Y es que le aguijonea la prisa, la angustia indecible de salir pronto, de huir de esta tierra en donde puede a cada momento presentarse un nuevo obstáculo, una dificultad nueva.Presiente el peligro por todas partes. Es algo inasible e invisible' que le oprime el pecho. Una palpitación desordenada de su corazón que le anuncia algo que no sabe qué será" (252-253).

Parecería que todo se oponía a la aventura. Pestes, rotura de naves, calmas, sed... "Sin embargo la fe de Orellana no decae. Una fe fanática en su destino y en la ayuda de Dios" (260). Y esa fe mantiene la energía de su carácter ahora endurecido. Y esa fe le hace arremeter contra los elementos.

Pero la pérdida de sus cañones, tras haber perdido ya las áncoras, parece colmar la medida de la desventura, y "por primera vez vacila la fe inquebrantable de Orellana en su propio destino" (264).

La fe era el nervio de su tensión vital. De allí que, al vacilar la fe, el ánimo mismo decaiga, y "algo como un presentimiento se clava, acuminado y doloroso, en su pecho endurecido por el peligro. Un presentimiento sombrío que destruye su antigua fe en el destino" (265-266).

Entonces "ya no se rebela" y "la **sombría** intuición de su derrota se aferra más aún en su pensamiento" (270).

Es verdad que hay "todavía un resto de esperanza" (272), y trabaja con frenesí, con furia, histéricamente.

Nuevos golpes. Ahora insuperable, porque "ya la fe de Orellana, endurecida como la lava de los Andes al calor de la aventura hazañera, ha declinado" (278).

Todavía ciertos informes de indígenas entreabren ante sus ojos febriles una nueva posibilidad de realizar su sueño. Y otra vez Orellana se arroja a la aventura. Pero "la prisa que le domina es sólo una especie de embriaguez. Se deja conducir de ella aturdidamente. Para engañarse. Para alentarse. Para ocultarse a sí mismo la intuición borrosa de su derrota y el presentimiento de su muerte. Algo late violento y confuso sacudiendo su corazón de héroe que ha perdido la fe en el destino" (287).

La última vez que nos acercamos al héroe, tras la última y definitiva derrota, lo hallamos caído en el suelo duro del bergantín "sin violencia. Sin exaltación. Con una inmensa fatiga y un deseo enorme de descanso" (292).

Una vida con sentido de fatum o ananké. Eso es lo que siempre había fascinado de Orellana a Benítez Vinueza. "Cuando comencé a estudiarlo vi que tenía un sentido trágico, de fatalidad. Una vida con sentido de fatum o de ananké" (13). Aquello estuvo, sin duda, en el punto de partida de "Los argonautas de la selva." ¿Qué de raro, pues, que a ese fatum, a esa ananké, debamos lo mejor de la obra?

NOTAS:

1: El dato que corre en algunas publicaciones, de 1906, está equivocado. (Cf., por ejemplo, DICCIONARIO DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA / ECUADOR. Washington, Unión Panamericana, 1962). El propio Benítez Vinueza no pudo ser más terminante: "—¿Nació en 1906? — No. En 1905. . . No me reste un año, como a las mujeres'VLEOPOLDO BENÍTEZ, POR EL MISMO", entrevista por Hernán Rodríguez Castelo. Diario "El Tiempo" de Quito, 6 de junio de 1971.

2: "LEOPOLDO BENÍTEZ, POR EL MISMO".

3: Ibid.

4: Introducción al libro de Astuto EUGENIO ESPEJO / REFORMADOR ECUATORIANO DE LA ILUSTRACIÓN. México, Fondo de Cultura Económica, 1969fcp. 7.

5: "LEOPOLDO BENÍTEZ, POR EL MISMO".

6: Ibid.

7: Ibid.

8: Carrión, Benjamín:EL NUEVO RELATO ECUATORIANO. Quito, Casa de la Cultura, 1951. T, II, p. 65.

9: Que, como lo recordáramos en el volumen conque abrimos la serie marrón de "Clásicos Ariel", ha dado obras maestras —biografías de Maurois, Zweig, Ludwig, Chesterton. Cf. Rumazo, Alfonso: MANUELA SAENZ / LA LIBERTADORA DEL LIBERTADOR. "Clásicos Ariel", No. 32.

10: RELACIÓN DEL NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL FAMOSO RIO GRANDE QUE DESCUBRIÓ POR MUY GRAN VENTURA EL CAPITÁN FRANCISCO DE ORELLANA por P. Gaspar de Villarroel. Publicación dirigida por Raúl Reyes y Reyes. Biblioteca Amazonas, voL I. Quito, Imprenta del Ministerio de Educación, 1942.

11: Rumazo José: LA REGIÓN AMAZÓNICA DEL ECUADOR EN EL SIGLO XVI. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1946.

12: Citamos por la primera y única edición hasta ésta de Clásicos Ariel de la obra: ARGONAUTAS DE LA SELVA. Col. Tierra Firme. México, Fondo de Cultura Económica, 1945.

13: LEOPOLDO BENÍTEZ, POR "EL MISMO..

E digo que no hallo gente que por tan áspera tierra, grandes montañas, desiertos é ríos caudalosos, pudiesen andar como los españoles sin tener ayuda de sus mayo res, ni más áe la virtud de sus personas y el ser de su antigüedad; ellos, en tiempo de setenta años han superado, y descubierto otro mundo mayor que el que teníamos noticia, sin llevar carros de vituallas, ni gran recuaje de bagaje ni tiendas para se recostar, ni más que una espada é una rodela é una pequeña talega que llevaban debajo, en que era llevada por ellos su co mida, é así se metían á descubrir lo que no sabían ni habían visto.—PEDRO CIEZA DE LEÓN, *Historia m las Guerras Civiles del Perú. La Guerra de Chupas.*

LA FASCINACIÓN DE EL DORADO

Y entre las cosas que les encamina Dijo de cierto rey que, sin vestido, En balsas iba por una piscina A hacer oblación según él vido Ungido todo bien de trementina
Y encima cuantidad de oro molido,
Desde los bajos pies hasta Id frente
Como rayo de sol resplandeciente.

Dijo más: las venidas son continas Allí para hacer ofrecimientos De joyas de oro y esmeraldas finas Con otras piezas de sus ornamentos,
Y afirmando ser cosas fidedinas:
Los soldados alegres y

contentos
Entonces le pusieron El
Dorado
Por infinitas vías derramado.

JUAN DE CASTELLANOS

Elegías de Varones Ilustres de Indias

Historia.

El ímpetu primordial ella no fue, sin embargo, ni el solo afán de someter el suelo ni la sola llama de la fe. No era el conquistador un colono amoroso que buscase tierras de pan llevar para una existencia sosegada. Le arrastró también un despierto apetito de oro tanto como de gloria, un afanoso deseo de mando y poder.

Eran los días casi milagrosos en que el euro-africano de la Hispania recién nacida descubría maravillado el mundo nuevo. Los días del asombro para el hombre que venía de mesetas ásperas, montañas berroqueñas, extensiones desérticas y vegas domesticadas por esfuerzos pacientes: el hombre de Castilla y de Extremadura, de Asturias y de Galicia, de Andalucía y de las montañas vascongadas.

El hombre de Hispania se sentía aplastado por el peso de fuerzas demasiado grandes: las fuerzas cósmicas desatadas de un mundo nuevo en el que las montañas tocan el cielo de nubes espesas y de monte a monte cruza la palabra tonante de la tempestad; en donde el agua de los deshielos galopa sobre las aristas desnudas de las cordilleras en cataratas vertiginosas; en donde había flores raras con pétalos de muerte, frutos dulces que traían el sueño definitivo y rígido, animales tan fantásticos como los dragones de las fábulas, ríos extensos que se arrastran entre la selva densa en donde suele llegar la muerte bajo la forma del aguijón, envenenado y la lanceta urticante.

El conquistador sufría en **las alturas** vértigos al respi **rar un** aire ralo de serranía **qu e le** oprimía **el** pecho **bajo la** coraza. En la selva 1* perseguía **la** fiebre, se le **hincha ban** monstruosamente los pies, se le cubría el cuerpo de bubas asquerosas y de verrugas deformes.

Para responder a las llamadas de ese mundo exterior, tuvo que renovar sus sentidos y formar nuevas imágenes. Crear un mundo de conceptos míticos similares a los **que** vivían en los Libros de Caballería. Colón creyó que el Orinoco era el río que bajaba del Paraíso Terrenal. Ponce de León buscó la fuente de la eterna juventud. Y los hombres de Pizarro, mientras pasaban los días cansinos de Panamá, fantaseaban acerca de un imperio vasto **que** quedaba más allá del Birú ú Pirú, **en** donde el oro abundaba como cosa vil.,

Esa leyenda vaga fué al mismo tiempo norte y brújula de la andanza hazañera. Les condujo sobre mares tropi cales dramatizados por tempestades. Les hizo soportar el hambre en las soledades de la Gorgona y de la Isla del Gallo. Les hizo pelear en grupos pequeños contra muche dumbres prietas. Y así avanzaron de cabo en cabo y de bahía en bahía hasta las tierras meridionales de Tumbes que formaban parte del imperio quiteño de Atabaliba o Atahuallpa, el último Inca del Tahuantinsuyu.

Francisco de Orellana, junto con los hombres de la mesnada de Pizarro, vio apagarse el sol del Incario en las brumas de Caxamarca, teñidas de sangre. Mozo demasia do tierno para ser tenido en cuenta por su deudo Francisco Pizarro, tomó parte, sin embargo, "en las conquistas de Lima é de Trujillo é Cuzco é seguimientos del Inga". Vio su muerte sin piedad, bendecida por las manos ungidas de óleo sagrado de Fray Vicente Valverde. Y vio llegar las cargas de oro para llenar un aposento hasta la altura de un hombre con los brazos alzados.

fué una borrachera sin desper tar y para empujarlos a la crueldad: Calicuchima, de la dinastía imperial, fué quemado vivo, fueron quemados todos los indios que no supieron dar razón del tesoro, es condido quizás en los Llangariatis de la niebla y el espanto.

En ese ambiente bárbaro de epopeya y sangriento nació la leyenda.

Un indio capturado por Luis de Daza en la heredad pre-incaica de los Pansaleos había contado que hacia él Oriente existía un lago de aguas tranquilas en el que los indios arrojaban sus ofrendas y que, junto a ese lago, vivía un cacique: el cacique Dorado, monarca fantástico que solía bañar su cuerpo en goma suave y espolvorearlo de oro.

Otra leyenda nació en Caxamarca, la "tierra del frío" empapada de sangre india: el Inca Atahuallpa había rega lado a Francisco Pizarro un puñado de olorosas flores de *ishpingo*, raras flores de perfume penetrante con las que sazonaban los nativos sus comidas y que habían sido traí das como presente por un indio de las más remotas comar cas de Oriente, una selva vasta, perpetuamente verde y recorrida por ríos sin fin.

Esas flores *de ishpingo** afiebraron, junto con la leyen da de El Dorado, las mentes hispanas: era la canela, la riqueza morena y odorante de la especiería. Y si el oro encendía la imaginación de los aventureros, las especias ejercieron también una fascinación irresistible sobre sus mentes apasionadas. Para buscar especias habían ido los españoles y portugueses de tumbo en tumbo hasta las playas lejanas en donde la soledad tiene palabras de espuma. Para buscar especias fue Colón en pos de las Islas del Poniente y se encontró con un continente tendido entre los mares. Para buscar especias fue Magallanes con sus cinco naves dejando en tono del mundo un cinturón de espumas.

El tesoro no alcanzó a llegar en su totalidad. Setenta mil-cargas de oro, cada una de las cuales tenía el peso de una arroba española, quedaron guardadas en las tierras de Quito. Lo suficiente para hacer perder el reposo a los aventureros cuya filocrisia

El puñado de flores de ishpingo **dado por el Inca al Conquistador y la leyenda del Cacique Dorado puesta en circulación por el**

indígena de Cuntinamarca, al narrar la fábula a Luis de Daza, pusieron desasosegados a los es pañoles.

Los Incas mismos no habían permanecido indiferentes a la tentación de esas selváticas tierras de Oriente pobla das de hombres desnudos y de animales fantásticos. Se contaba que Huaynacapac, el rutilante Alejandro del In-cario, bajó a esas comarcas boscosas. Una india vieja, bautizada por los españoles con el nombre de Isabel Hua-chay, solía narrar a los españoles de la villa de San Francisco de Quito la aventura estupenda del viaje del Inca. Contaba mama Huachay de las selvas húmedas, de los tigres feroces, de las serpientes venenosas y del oro que extrajeron con sus *tacllas* y sus coas los incanos, relu cientes pepitas de oro del tamaño de las semillas de la calabaza.

Otra leyenda decía que el infortunado Atahuallpa, el último monarca del Tahuantinsuyu, había enviado sus capitanes, después de la batalla de Tumibamba, para so meter a los indios de las regiones de Maspa, Cosanga y Coca.

Las leyendas del oro y la canela ejercieron su acción seductora sobre la mente de los primeros conquistadores. Ellas atrajeron a estas tierras de Quito el Adelantado Sebastián Moyano, nativo de Belaícázar. Por ellas vino desde las tierras septentrionales el Adelantado don Pedro de Alvarado. Por ellas avanzó desde las tierras meridionales don Diego de Almagro hasta el país ecuatorial de los Schyris.

Sebastián Moyano de Belaícázar se dejó seducir por las leyendas casi en los mismos momentos en que peleaba palmo a palmo por el territorio de los Schyris con el héroe aborigen Rumiñahui quien, en espectacular momento de

grandeza bárbara, ordenara sacar la piel del débil Qui-Uascacha, príncipe de la sangre, y hacer con ella un tambor para llamar a la rebelión. Al mando de Pedro de Añasco envió cuarenta jinetes que se aventuraron por las tierras de los quillasingas en pos del vellocino fantasma. Otro Capitán, Juan de Empudia, también al servicio de Belaí-cázar, le siguió por los fragosos caminos de las cordilleras.

Frustrada la tentativa, no faltaron otras, inútiles tam bién. Rodrigo Núñez de Bonilla, Tesorero de Campaña y Repartidor de Velas y Comidas en la Conquista del Perú, entró al país de la Canela en 1540, como teniente de Go bernador de las ilimitadas comarcas de Macas y Puma-llacta.

Las noticias vagas y las consejas repetidas fueron te jiéndose más seductoras mientras más confusas. Había peligros descomunales y habitaban allí seres fantásticos. Se hablaba de tribus de mujeres guerreras: las *Huarmi Aucas,* como las nombraban en el dulce quechua de las serranías, a las que los hispanos, con vagas evocaciones renacentistas, impregnadas de helenismo, comenzaron a llamar las Amazonas. Se,contaba de *iscay-uyas,* hombres de dps caras, y de los *sacha-runas* que en la sencilla mito logía del Incario equivalían a los sátiros capricantes de la Hélade. Una leyenda, que se hacía ascender hasta los tiempos fabulosos de Tupac-Yupanqui, contaba de unos indios cuzqueños que en el camino verde de los bosques orientales encontraron tal cantidad de tigres feroces que hubo de obligarles la necesidad a vivir en las copas de los árboles como los simios chillones.

Las noticias más concretas provenían de un hidalgo montañés: Gonzalo Díaz de Pineda, nacido en las rispidas serranías de las Asturias de Oviedo. Nombrado Teniente de Gobernador de Quito, mientras Belaícázar bregaba en el territorio de los Pastos, sintió la tentación de la leyenda. Equipó su tropa con los escasos ocho mil pesos de que dis ponía y, ante la expectación de los vecinos, salió una ma-

ñaña con cuarenta y cinco jinetes, treinta arcabuceros y diez ballesteros, haciendo ondear al viento, en las manos del Alférez Gonzalo Herrera de Zalamea, la bandera ne gra con una cruz escarlata de lado a lado, distintivo del hidalgo montañés.

El camino elegido por Díaz de Pineda fué el que reco rre las alturas heladas de Papallacta y las soledades in hóspitas de Huamaní. Días enteros pasaron caminando bajo la lluvia persistente y las nieblas acumuladas como un velo de misterio. Noches enteras oyendo el grito bár baro de los vientos cordilleranos. Y siempre sin encontrar otra cosa que la soledad sin límites, las espadañas cortan tes, los pajonales desolados.

La aventura del hidalgo asturiano fracasó. La selva derrotó al hombre que retornó con nostalgia de verdor en la mirada; pero la obsesión de El Dorado y la Canela persistió latente y ocupó los ocios de los Conquistadores como un espejismo mágico.

Un fermentar de odios estalló en tanto en las tierras de la Conquista. Pizarro y Almagro, que tantas veces echa ron mano de las buidas espadas antes de emprender la aventura, no se miraban bien. Almagro se creía pospuesto por las ambiciones de Pizarro debido a las ventajas obte nidas por aquél en las Capitulaciones con el Rey. Creció la tensión entre los conquistadores al par que crecía el des contento entre los indios. La rebelión indiana estalló al fin. Pizarro lanzó su llamada de auxilio y acudieron del norte y del sur las mesnadas aventureras. Mas, tan pronto como había terminado la matanza de indios, ya se batían los hombres blancos en la dura guerra de Las Salinas que acabó con la vida de Almagro.

Gonzalo Pizarro, el más joven de los hermanos del Marqués Gobernador, comenzaba a soñar con un reino propio para los hombres de su estirpe que habían conquis tado las tierras solares de Tahuantinsuyu. Crecían las am biciones y las pasiones se desataron. Era la influencia

del mundo nuevo sobre los nervios deshechos, la neurosis violenta del desarraigado hispánico en el mundo pertur bador que había conquistado.

Francisco Pizarro comprendió que era necesario dar trabajo a las manos y ocupación a las mentes. Cortó con la espada pedazos de territorios para darlos a sus hom bres. Y en el reparto no pudo evitar la voz de la ternura.

La ternura de este hombre desarraigado y sin hogar era Gonzalo, su hermano menor, mozo arrogante y firme, de ancha ambición, decidido, enérgico y resuelto. Para él señaló el mejor de sus reinos. Y de acuerdo con las Ca pitulaciones Reales, que le autorizaban para formar go bernaciones autónomas, le dio el Reino de los Quitus que había sido independiente antes de la conquista incaica. Le señaló como separado de la Gobernación del Perú, el te rritorio que iba por el norte hasta los Pastos, por el sur hasta Tumbes, que por el oeste tenía como límite el Pací fico rumoroso y por el este no tenía límite sino todo lo que descubriere y poblare en el incógnito país de los Qui-xos y la Canela.

Quito, convertido en Gobernación independiente, ini ciaría la conquista del Oriente.

Una inquietud dominante hizo avanzar a Gonzalo Pi zarro por páramos y valles hasta la villa de San Francisco de Quito que le esperaba. Temía que Díaz de Pineda se le adelantara a la conquista. Y tan pronto como llegó, el 1" de diciembre de 1540, en ceremonia soemne ante el Ca bildo, leyó la renuncia que el Marqués Gobernador del Perú don Francisco Pizarro hacía en su persona y tomó posesión de su nueva Gobernación.

De inmediato, procedió a organizar la expedición. Para impedir los celos de Gonzalo Díaz de Pineda, le dio vastas encomiendas en Nambí y Mindo con los pueblos indianos de Nigua y Pelegasi y el señorío sobre los caciques Topo y Quicán. Convino en nombrar Teniente de Gobernador

de Quito a Pedro de Puelles, con cuya hija estuvo casado Pineda. Y comenzó a organizar la expedición.

Dificultades innumerables empezaron a surgir. El Ca bildo —que ya desde sus orígenes fué la encarnación de la libre voluntad del pueblo— se opuso a que Gonzalo tratara a los indios como bestias a las que amarraba y en cerraba en el fondo de sucios galpones. Faltaban víveres y hubo que recurrir a todos los medios para obtenerlos. Faltaban hombres y armas. Pero todo lo venció con su voluntad tesonera y su tozudo carácter proclive a veces a la crueldad.

Al fin, en los primeros días de marzo de 1541, co menzó a salir de la tranquila villa de San Francisco de Quito la caravana de la selva. Extraña caravana formada por piaras de cerdos en tor no de los cuales ladraban los perros amaestrados y de llamas lindas, de cuellos gráciles, que llevaban pequeñas cargas sobre los lomos: cinco mil cerdos lustrosos e innumerables llamas. Y otras bestias más: los indios cargados de fardos y cadenas.

El viaje por las ásperas serranías tuvo episodios de intenso dramatismo. En el páramo de Papallacta se que daron adormecidos por el frío más de cien indios: sueño definitivo de muerte que llega dulcemente a paralizar el corazón agitado por la altura. En la ruta sin senderos, rodaron los caballos hacia precipicios abisales. Y siempre la hostilidad de la naturaleza y del hombre.

La selva, tentadora desde las alturas, era el infierno. Allí había el calor sofocante, la humedad agobiadora, los mosquitos de lancetas crueles, las serpientes de colmillos de muerte. Allí había ríos que crecen de repente arras trando hombres y bestias; animales desconocidos. Y ha bía el indio...

El selvícola no era manso como el indio de las serra nías. La. selva educa al hombre para la libertad. Actúa como fuerza centrífuga. Afianza la personalidad en el peligro. Prepara al hombre para la astucia y la astucia

le enseña a tener amplia confianza en sus propios medios. Es cazador o pescador, hombre errátil y sin hábitos metó dicos. El selvícola no puede adaptarse a la obediencia. Y pelea hasta morir.

Por eso las huestes de Pizarro al avanzar hacia el país de la Canela encontraron en la selva trampas aleves y lanzas diestramente manejadas. Una guerra continua, muy distinta de las amplias maniobras de la llanura y de las cargas galopantes de los centauros blancos, en que las espadas encontraron prietas muchedumbres apiñadas como la espiga bajo la hoz y las balas hacían blanco infalible.

Hasta la naturaleza se opuso al paso. Durante el viaje la tierra tembló con fiereza de bestia nerviosa. Se desplo maron masas de roca y los ríos, al sentir sus cauces obs truidos, hicieron saltar sus aguas encabritadas. Días en teros tembló la tierra. Días de pavor ante las fuerzas cósmicas desatadas. Noches sin sueño, largas y desoladas de espanto.

Así vagaron por la selva. Sin ruta y sin mañana. An tes de partir, como una. llamada de auxilio, se había diri gido Pizarro a su pariente Francisco de Orellana, Teniente de Gobernador de la ciudad que él fundara con el nom bre de Santiago de Guayaquil.

Se sabía que Orellana estaba avanzando. Que había trepado ya los riscos occidentales de los Andes. Mientras tanto, Gonzalo Pizarro iba al encuentro de su destino.

PRIMERA PARTE

LA AVENTURA

Nunca jamás, á lo que pienso, hombre ninguno navegó tantas leguas por rio como Francisco de Orellana por éste, ni de río Grande se supo tan presto el principio y fin como déste.—FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA, *Historia General de las Indias.*

... i porque siempre afirmaban los indios que á quin ce jornadas fe hallaría un gran Río, maior que aquel, con grandes Poblaciones, i mucho Baftimento, mandó Goncalo Picarro á Francisco de Orellana, que fuefe á reconocerlo con fefenta Soldados, i que con brevedad bolviefe con la Barca llena de Baftimento, pues veía la gran falta en que fe hallaban, i que él feguiría con el Campo el Río abaxo, i que por la mucha necefidad en que quedaban, de él folo fiaba la Barca.—ANTONIO DE HERRERA, *Historia General de los Hechos de los Caste llanos en las Islas y Tierra-Firme del Mar. Océano.*

DETERMINACIÓN

EN UNA choza pajiza de la ciudad nueva de Santiago de Guayaquil están sentados varios hombres en toscos bancos de madera. Frente a una mesa rústica, armado de una pluma de ganso, Francisco de Heres, Escribano Público del Consejo, traza signos con su letra vacilante.

Le rodean varios hombres de fisonomías graves: Rodrigo de Vargas, alcalde ordinario, Gómez de Estacio, Francisco de Chávez, Pedro de Gibraleón, Alonso Casco, Juan de la Puente y Cristóbal Lunar, regidores de la ciudad.

Es un día de febrero. Justamente el cuatro de febrero de mil quinientos cuarenta y uno. Llueve furiosamente, con esa fuerza diluvial de los aguaceros del trópico, y zumban en tor no millares, de mosquitos. Hace un calor pesado, húmedo, que provoca una transpiración densa.

El capitán Francisco de Orellana se pasea lentamente. A veces se detiene y dicta lo que el escribano va sentando en el documento. Está en vísperas de un acontecimiento sensacional en su vida y quiere arreglar, como hombre metódico, sus papeles. Su fe en el destino no le abandona y cree —con intuición certera— que ha llegado el momento en que se va a realizar el sueño de su vida. Su deudo y amigo Gonzalo Pizarro le insta para que se reúna con él. Está terminando sus preparativos para la gran hazaña que piensa realizar en la conquista de la Canela. Algo extraordinario va a suceder y esta llamada para que participe en la gran aventura oriental es como un indicio de su destino. Lo siente así y quiere estar preparado para tomar el puesto que éste le señale.

Clava en el escribano la mirada y dicta: *'...é digo que en remuneración de lo que á Su Majeo tad he servido en estas parte del Pirú todo el tiempo que há que resido en él, así habiéndome hallado en las con quistas de Puerto Viejo é sus términos, é haber perdido en ellas un ojo, é ansimismo serles notorio el servicio que á Dios Nuestro Señor y á Su Majestad hice en la dicha villa de Puerto Viejo en el reparo de los españoles que á mi easa acudían...'*

Mientras la pluma de ganso va dejando en el papel una línea quebrada de signos, Orellana .piensa en su des tino. La llegada de Gonzalo Pizarro, en vez del duro Lo renzo de Aldana, es un presagio de suerte. Se abre un horizonte de esperanzas. El ánimo de Orellana se dilata pensando en las tierras nuevas que va a descubrir y ex plorar. Allá, en esos territorios ricos puede estar la .Go bernación aparte con la que sueña. Es ése el ancho teatro para sus aptitudes. Podrá retor nar algún día a su ciudad nativa de Trujillo con derecho a usar la espuela dorada de los caballeros. Se hablará de su fama y de. sus hazaf is con voz superlativa. Y para tener derecho a esa posibili dad, cauteloso y prevenido como es, dicta al escribano de la ciudad por él fundada los datos que le servirán para alcanzar las mercedes del Rey de España y Señor Natural de las Indias.

No quiere que se olvide su lealtad. En este espíritu caballeresco no cabe traición. Su temple es rectilíneo, aunque flexible como las viejas espadas de Toledo. Y recuerda su fidelidad a su jefe y deudo Francisco Pizarro:

"...porque en la dieha villa [Puerto Viejo] se tuvo noticia cómo en la cibdad del Cuzco, donde estaba Her nando Pizarro, é la de Lima, donde estaba el Señor Go bernador, estaban cercadas de los indios y en mucho peli gro de se perder, recogí los dichos ochenta hombres á mi costa é misión, pagándoles los fletes y otros gastos que debían en la dicha villa, é adeudándome en mucha canti-

dad é suma de pesos de oro, los llevé por tierra, a mi costa é misión, en la cual dicha jornada hice mucho fruto é gran servicio á la Corona Real, como persona celosa del..."

Hábil y cauteloso pasa como sobre ascuas el episodio de la batalla de Las Salinas que costó la vida a Almagro. Es un episodio de su vida que no puede recordar sin es panto. El es duro, fuerte, resuelto. No tiene miedo al peligro. Pero detesta la crueldad por la crueldad. La muerte de Almagro le parece un episodio doloroso que tiene que traer frutos de sangre. Él estuvo allí por su parentesco con Pizarro, por fidelidad a la autoridad supe rior y a los llamados de la sangre. Comandó setecientos hombres como Alférez ReaL Pero sabe que algún día ese hecho traerá consecuencias de dolor y no quiere recordarlo ni lo menciona.

El carácter de este hombre enérgico y suave al par, no se ha forjado para las durezas estériles. Ama la creación. Si es ambicioso, lo es de gloria más que de oro. Por eso prefiere recordar en su memorial los hechos activos y creadores que le darán, fama. Y entre esos hechos, des taca especialmente la fundación de una ciudad nueva que el marqués Gobernador Francisco Pizarro le orde nó que hiciera en las tierras bravias en donde los indios habían ya destruido las creaciones de Belaícázar y Záera.

"...por servir á su Majestad, yo aceté y vine á la dicha conquista, la cual yo hice con la gente que en ella traía á mi costa é misión, é con muchos trabajos de mi persona é de los que conmigo andaban, por ser los indios de la dicha provincia indomables é belicosos, é la tierra donde esta ban de muchos ríos é mui caudalosos é grandes ciénegas, é haber entrado en ellas dos o tres capitanes é haberlos desbaratado, é muerto muchos españoles, por lo cual los indios de la dicha provincia estaban mui orgullosos..."

Piensa en las dificultades que tuvo que vencer, en los peligros contra los que tuvo que luchar. Está satisfecho

de su perspicacia para elegir el sitio preciso y el lugar más apropiado para esta fundación de Guayaquil que le enorgullece.

"...poblé é fundé en nombre de Su Majestad una cib-dad, la cual puse por nombre la cibdad de Santiago, en la poblazón y fundamento de la cual yo hice é he hecho gran servicio a Su Majestad por poblarla en parte tan fértil é abundosa é ser en comarca que por ella se sirven é llevan proveimientos á la villa de Quito é Pasto é Popa-yán, é se espera proveerán las demás que adelante se po blaron, lo cual no se podía hacer si la cibdad no se fundara, sin muchas muertes despañoles é grandes daños é pérdidas, por estar la dicha provincia fuera de, la obi-diencia de Su Majestad, é al presente se sirven las dichas provincias yendo un español ó dos solos é como quieren sin ningund riesgo de sus personas é haciendas, y estar en parte la dicha cibdad donde vienen navios hasta junto á ella..."

Mientras dicta, la lluvia ha arreciado. Golpea el techo con sus mil dedos elásticos. Teje con habilidad exquisita una densa red de brumas sobre la ciudad gris. Los otros hombres charlan y bromean. Y la pluma de ganso sigue corriendo para consignar todo lo que Orellana no quiere que se olvide.

Se detiene un momento y se queda con el ojo fijo en el suelo en la actitud del que medita. No sabe si debe expresar claramente su propósito o guardarlo encubierto. Es hombre leal que gusta de decir las cosas francamente. No sabe esconder su pensamiento en expresiones reticen tes. Tiene el justo orgullo de su ambición porque sabe apreciarse sin gazmoñería y sin vanidad. En su carácter no caben las astucias perversas ni las reservas mentales. Al fin sale de su ensimismamiento y dicta:

"...é porque yo el dicho Capitán Francisco de

Orellana no aclaro aquí lo que quiere pedir e suplicar a Su Majes-

tad, é soy caballero hijodalgo é persona de honra, é concurren en mí las calidades que se requieren para poder tener é usar de cualquier cargo, ansí de Gobernación é otro cualquiera que Su Majestad fuese servido de me ha cer, pido á Vuestras Mercedes que, conforme á la dicha provisión, respondan é digan las calidades de mi persona é merecencia é servicios..."

Sí, es necesario descubrir su ambición. Orellana no es hombre capaz de valerse de medios torcidos para obte ner lo que sabe que merece por propia capacidad. Si algo pide al Rey será-por méritos extraordinarios y hazañas efectivas, no por intrigas ni infamias. Y como sabe lo que le es debido y de lo que es capaz, está satisfecho de haber pedido en esa declaración lo que corresponde a la verdad y al propio mérito.

El Escribano termina de redactar el acta. Pone Ore-llana al pie su firma con recio trazo y Francisco de Heres, en ejercicio de sus funciones curiales, procede a interro gar a los Regidores acerca de las cuestiones planteadas. Unánimemente los fundadores responden dando testimo nio de sus asertos en esta especie de relación de servicios.

"...les es notorio el dicho Capitán Francisco de Ore-llana haberse hallado en las conquistas contenidas en la dicha su petición, é haber perdido en ellas un ojo, en las cuales ha servido á Su Majestad como un muy buen ser vidor."

Fué en la tierra brava de los Manabíes, en una guaza-bara con los indios empecinados, cuando perdió un ojo. Una saeta certera de un flechador indio le atravesó la cara dejando la cuenca vacía que ahora da a su rostro un as pecto extraño y un rictus severo. Les consta a todos los hombres que con él guerrearon, el valor de Orellana. No es el valor ciego de la temeridad infrahumana. Es un valor sereno. Jamás empeñó acción inútil por jactancia ni fué responsable de muerte alguna por imprudencia.'

No es el tipo del héroe brillante sino el capitán de instinto que cuida de sus hombres y escatima la sangre hasta cuan do es necesario. Pero empeñada la acción, el fuego del combate lo torna temerario y osado. No hay peligro que lo detenga ni cuenta el número de los adversarios»

"...hallaban [los españoles] en casa del dicho capitán Francisco de Orellana refrigerios, é los daba de comer é sustentaba en sus enfermedades é necesidades, é creen que, si no fuera por él, perescieran muchos, porque eran muchas las necesidades que padescíah; en lo cual el dicho Capitán gastó mucha cantidad de pesos de oro porque las comidas estaban a muy excesivos é grandes precios, é las compraba á su costa é misión..."

La generosidad ha sido el rasgo distintivo de este hom bre. Orellana es un manirroto. Gasta con largueza seño ril, sin reservas para el futuro, porque confía en su estre lla. El dinero es para él un simple instrumento: un medio, jamás un fin en sí mismo. No lo busca para atesorarlo sino para compartirlo. Es sobrio pero gusta de ser rum boso y magnífico como un gran señor. Si no lo tiene, lo toma prestado con la seguridad de su suerte:-tal ocurrió cuando hubo de salir, pagando los gastos de sus mesnade-ros, a la jornada del Cuzco y a la batalla de Las Salinas en auxilio de Francisco Pizarro. No tasa los gastos. Su mesa está siempre servida y bien provista. Su casa, abierta a la hospitalidad; su mano lista a la dádiva. Ahora mis mo ha gastado cuarenta mil pesos en equipar los veinti trés hombres que le acompañarán a la conquista del país de la Canela. Y lleva catorce caballos, arcabuceros, víve res y provisiones. Es que Orellana tiene fe en su estrella. Una fe ciega que le hace estar seguro de que el mañana le traerá gloria y poder, dinero en montones y títulos no bles. Le guía la ambición más que la avaricia. Esa am bición que le hace vislumbrar en el país rutilante de Hatun Quijos, la tierra de los canelos en flor y del oro en monto nes, un porvenir magnífico.

Cuando termina sus declaraciones, los señores Regi dores ponen sus firmas enrevesadas. Pone también la suya «1 señor escribano junto con su rúbrica y su signo. Y que da así autenticado para la historia el documento de la es tupenda aventura)

DESPUÉS DE caminar por páramos y valles, llegan, al fin, a la villa de San Francisco de Quito. En la ancha Plaza Mayor de la ciudad naciente, charlan los vecinos, os- pocos que han quedado. De las casas de barro endu recido salen las mujeres curiosas a ver a los hombres que llegan retrasados para el gran viaje a la selva de la Cane la. Son unas pocas blancas y una muchedumbre de iridias vestidas con trajes de colores violentos. Miran éstas a los blancos macilentos, con su mirada de animales petrifica dos que parece contemplar ía lejanía y hablan unas pocas palabras en su idioma quechua, dulce y breve.

Al entrar en la ciudad, Ja corta tropa procura rehacer su apostura. Los catorce jinetes hacen caracolear sus ca ballos y los infantes marchan marcialmente. Detienen luego el paso y sin darse descanso Orellana se encamina a visitar a Pedro de Puelles, Teniente de Gobernador. Allí se entera de que ha salido ya la expedición sin esperarle aunque dejó Gonzalo recomendado que lo alcance en el lejano valle de Sumaco.

El desaliento se apodera de sus hombres. Comienzan las murmuraciones en voz baja. Hay noticias decepcio nantes que corren en boca de los vecinos: los senderos han sido removidos por una catástrofe geológica; hay, en el camino, indios bravos y faltan mantenimientos suficientes en esas regiones inhospitalarias, llenas de salvajes com bativos.

Han llegado vagas noticias de la expedición de Piza rro: de los indios que murieron de frío; de las penalidades

que hubo de pasar y de la continua guerra que le dieron los salvajes.

Todos tratan de persuadir a Orellana para que no em prenda este viaje que reputan imposible. Este oye calla do. No comenta: sólo pregunta lo necesario. Y cuando todos han hecho esfuerzos para detenerlo, da una breve orden de marcha a sus soldados que ensillan sus bestias, requieren sus armas, preparan sus provisiones y salen de la ciudad, por el ejido del norte, con rumbo al país de los canelos.

Así comienza la marcha por los valles. Luego sigue la ascensión fatigosa de las montañas. Van quedando atrás los pocos poblados y, en todos, se encuentra con que Gonzalo Pizarro ha devorado las provisiones. Es como una plaga de langostas que le precediera dejando la tierra yerma. No encuentran víveres para reponer los que van Consumiendo. A medida que avanzan, se acaban sus pocas vituallas y, a medida que las consumen, menos posibili dades tienen de regresar a Quito. Sólo les queda avanzar, empujados por el sino fatal que los guía.

Los páramos helados, comienzan a atormentar sus car nes con las mil lancetas del frío. Sopla un viento cortante en la extensión desolada. Los caballos no sirven ya y co mienzan a dar señales de abatimiento. Cuando mueren, les sacan los herrajes y los cueros que pueden ser útiles y siguen adelante, caminando por esa tierra removida por los cataclismos, por las extensiones fangosas que la lluvia hace intransitables.

Orellana alienta a sus hombres. Es el más sobrio y resistente. No da señales de que se abata su ánimo ace rado. Su energía es la que mantiene despierta la volun tad de los otros. Su ejemplo el que incita a no desmayar. Se multiplica para atender a los más débiles que no pue den marchar. Para consolar a los que tienen sus nervios deshechos. Para animar a todos en medio de la soledad angustiosa.

Pero hay algo que no puede vencer el hambre. Los víveres escasean cada vez más y es necesario someter a los soldados a un estricto racionamiento. Son días enteros en que casi no prueban comida. No es posible avanzar con tan poco alimento. Las piernas comienzan a sentir un cansancio invencible a los pocos pasos de iniciada la marcha.

No tienen esperanza de encontrar centros poblados y alimentos. Hay que detener la marcha y resignarse a la muerte. 0 hacer un esfuerzo desesperado para llegar al campamento de Pizarro. Orellana comprende que no pue de seguir con todos sus hombres. Unos pocos, bien racio nados, pueden avanzar mejor que todos juntos. t Toma su resolución y ordena que una pequeña vanguardia se ade lante a pedir a Pizarro el auxilio que tanto han de me nester.

Pizarro acampa ya en la selva. En medio de las espe sas florestas orientales, un penacho de humo señala el lu gar del improvisado campamento. Las pequeñas patrullas de reconocimiento exporan» cada tlía la selva mientras los otros descansan de las fatigas del dramático viaje.

El desaliento comienza a clavar sus finas garras de angustia en los pechos endurecidos. ¿Hasta cuándo no aparecerá ese país que buscan, con sus aromáticos árboles cargados de flores de ishpingo? ¿Dónde estará el reino magnífico del Cacique Dorado? Han andado por páramos y barrizales, por soledades yermas y selvas exuberantes.

Y por ninguna parte aparece el país ambicionado.

Les inquieta también la suerte de Orellana y sus hom bres. ¿Llegarán? ¿Se quedarán congelados en los pára mos? ¿Tendrán coraje para avanzar? Los hombres que descansan en la selva hablan e inquieren sin respuestas.

Y he aquí que un día llegan al campamento los hombres
enviados por Orellana a pedir auxilio y víveres. Ha pasa
do poco tiempo desde que salieran de Quito y ya la

vida

de las ciudades se les presenta lejana como si hubieran pasado muchos años y los separara una distancia inmensa. Preguntan por los seres queridos, por los amigos, por las cosas nuevas que ocurren en las ciudades de la Goberna ción de Quito. Y ofrecen, con ánimo generoso, su hospita lidad a los recién llegados.

Gonzalo Pizarro se congratula también. La llegada de Orellana con sus veintitrés hombres es un refuerzo para sus tropas y una ventaja la adquisición de un capitán expe rimentado en las guerras de la selva. Da orden a su Maes tro de Campo Antonio de Ribero para que acuda a soco rrer a su pariente y amigo que viene a sumarse a la gran aventura. Ribero trasmite la orden al Capitán Sancho de Carvajal y parte éste con unos pocos hombres blancos y una turba de indios que llevan a sus espaldas los víveres necesarios.

Pocos días después hanen su entrada al campamento los soldados de Orellana. Vienen escuálidos y macilen tos. Todo lo perdieron en su viaje. Han muerto sus caba llos. Han perdido sus enseres. Sólo llevan, al llegar al real, su espada y su rodela. Pizarro se adelanta a abrazar a Orellana y éste devuelve el abrazo emocionado.

Pizarro le cuenta sus proyectos. No es posible avanzar en la selva con la impedimenta que han traído. Los caba llos no sirven en la espesura de esos bosques. Se hunden en el fango. Se enredan en las raíces. Es imposible uti lizarlos. El viaje tienen que hacerlo a pie hasta encontrar un río que les permita navegar.

Hay además otros inconvenientes en la selva: las gran des masas de indios de la serranía enferman. No pueden resistir el calor del trópico. Cientos han muerto, hincha dos y repulsivos. Los animales tampoco se habitúan: las llamas lanudas se fatigan con el calor y los puercos se escapan. Pronto habrá hambre si no buscan un sitio po blado en donde existan bastimentos. Además, los ánimos de los aventureros están decaídos y es urgente salir en

busca del país de la canela para levantarles el ánimo con la esperanza de la riqueza y de la fama.

Los dos capitanes acuerdan que Pizarro, por estar más descansado, vaya con ochenta hombres a buscar la canela y los víveres mientras Orellana queda en el campamento al cuidado de los otros hombres y cíe los indios. Y hecho este pacto, Pizarro inicia su marcha en pos del vellocino perdido.

Los ochenta hombres de Gonzalo Pizarro marchan a pié. Los caballos no podrían asentar sus cascos en este suelo en donde las raíces forman trampas enrevesadas. Son largas y gruesas raíces. Cada una parece una' ser piente que repta a flor de tierra y se entrecruza con las otras formando redes traidoras. Se hunden en el suelo para sostener los árboles de la selva.

En medio de las raíces hay una vida minúscula: pe queñas parásitas, hongos ingentes, hormigueros en que bullen hormigas de formas y colores diverso?. Bajo cada hoja podrida hay un mundo nuevo. Una existencia míni ma y vasta.

Las raíces sobresalientes están cubiertas de musgo res baloso. Hay que posar con cuidado la planta para impedir una caída inesperada. Los pies se quedan a veces metidos en las hendiduras de esas raíces retorcidas. O se enre-dan en las lianas que van de raíz a raíz a manera del tejido de una araña inmensa.

El suelo rezuma humedad. Está cubierto de una colcha de hojas secas, semipodridas, que atenúa el ruido de los pasos. Debajo de esas hojas hay también vida. Una vida peligrosa y confusa. Suelen a veces correr, asustadas, una culebra vistosa o un escorpión oscuro o una lagartija bri llante. Salta una rana verde de ojos brotados. Pululan los insectos desconocidos.

Los hombres tienen que marchar con cuidado. Miran do el suelo.. Pero necesitan también mirar a todos lados.

Las enredaderas se tienden entre los árboles obstando el paso. Hay que cortarlas con las hachas y los cortos puña les. Los heléchos tupidos forman una red umbría de suave color verde.

La extensión selvática impone una emoción solemne en sus ánimos. Los árboles son tan altos que no se puede ver sus copas. Cada uno de ellos, entre los millares dise minados en la extensión sin término, tiene su vida propia. Cada uno es a manera de un pequeño microcosmo de vida distinta. Las parásitas suben por los troncos. Se aferran en las grietas. Forman, con sus ramazones intrin cadas, lechos en donde las hojas caídas se detienen, se pudren y en ellos proliferan pequeñas orquídeas y extra ños hongos.

Los árboles dominan la selva y las epífitas dominan los árboles. Los succionan. Los aprisionan. Los cubren de otra vida diversa de la propia existencia. Los adornan con sus flores extraordinarias de brillante colorido. Los amarran unos contra otros mediante diestros lazos. Se meten en sus grietas. Absorben su savia. Los ahogan bajo el peso de sus brazos flexibles.

Los árboles menores —y en especial los heléchos—• disputan a los grandes su derecho a vivir. Hurtan el poco sol que se filtra al través de las bóvedas de hojas. Se empi nan para ver si pueden alcanzar la caricia del viento hú medo que sopla sobre el bosque. Se meten entre las ma rañas de las orquídeas y las lianas.

La humedad continua es como la respiración de la selva. Cuando no azota la lluvia diluvial hay una llovizna fina o una niebla baja que da al bosque un aspecto miste rioso. El sol casi no penetra. Todo es oscuro y grave como las bóvedas sombras de las viejas catedrales. Y en esa penumbra pueden verse, sin embargo, los colores más sorprendentes: el color vivo de las orquídeas de formas exquisitas, los matices encendidos de las mariposas diur nas, el brillo de los plumajes policromados de los pájaros.

La selva tiene una voz orfeónica. Cada acento se acuerda y se concierta en una sinfonía cósmica. El viento es el maestro que dirige este coro de voces múltiples. Cada hoja al moverse tiene un tono: el susurro suave de las hojas verdes, el sonido áspero de las hojas secas, la voz diminuta de las hojas tiernas, el roce vibrante de las grandes hojas Las ramas se estremecen y cantan. Can tan al chocar gravemente unas contra otras. Cantan al moverse crujiendo. Los grandes troncos al doblarse por el impulso del viento son a manera de arcos que tuvieran una voz sorda de bajos.

La música cósmica de la selva se une con la música alada de los pájaros. Hay pájaros de todos los colores. Unos gritan ásperamente. Otros tienen flautas de cristal. Hay voces roncas y acentos flébiles. Notas dulces y notas desapacibles.

Hasta las ranas llevan su acento plañidero al concierto de voces. Gritan lastimeramente en la noche. Un grito como un lamento prolongado. Y los sapos de voces graves les hacen coro con su croar severo. Se oyen también otras voces: las de los r r ionos pequeños que retozan ent re las ramazones. La de los grandes simios aulladores que hacen vibrar el aire con su alarido agudo. La de las fieras en celo que se esconden en la espesura.

Al caer la tarde la selva toma un aspecto medroso. Los monos vienen gritando a refugiarse en los árboles. Los pa pagayos y los guacamayos, los tucanes de largo pico y colores brillantes, los miles de pájaros desconocidos e in nominados, forman una algarabía antes de dormir ent re el follaje. Y las bellas mariposas crepusculares, de tonos sobrios y primorosos en sus coloridos, salen de su reposo diurno para volar con sus alas de seda —suaves y silen ciosas como el sueño— entre los árboles ensombrecidos.

La noche llega con su pavor primitivo. Los expedi cionarios tienen que acampar en cualquier parte. En la sombra acechan ojos fosforescentes. Se oye a la distancia

el grito de animales apresados por las garras de algún carnívoro. Se siente el ruido dé pasos aterciopelados que esconden zarpas de muerte. El aullido lejano de las fieras que rondan. Pasos sigilosos y cautos que imponen el terror de lo invisible y el pánico de lo inevitable.

Por esa selva caminan los hombres blancos. El calor los sofoca. Chorrean sudor por todos los poros. Tienen las manos sangrantes y los pies hinchados. Hace díis que marchan sin encontrar aún los árboles aromáticos de los canelos.

El hambre comienza a acalambrar sus estómagos. No conocen los frutos de la selva. Los indios cargueros van muriendo o se fugan. Los cerdos han muerto. No tienen qué comer y mastican las raíces selváticas para engañar el hambre.

A veces encuentran en la espesura algún bohío. Indios salvajes, desnudos y ariscos, que huyen al ver estos hom bres de rostros peludos. Pizarro está frenético. El calor, la humedad, la marcha sin fin, el hambre, han desquiciado sus nervios. Los inquiere con dureza acerca del lugar en donde están los canelos floridos y sólo obtiene respuestas vagas o gestos intraducibies.

Los guías huyen también. O los meten en lo más in trincado de la selva. Les equivocan el camino. ¿Podrán llegar al país de los canelos? ¿Podrán siquiera regresar al campamento en donde dejaron a Orellana? La neurosis de la selva comienza a envolverlos en sus finas redes. Sus nervios se aflojan. Se irritan. Se vuelven desapacibles, impulsivos y bárbaros.

Algunos españoles mueren. Mueren de fiebre. O de hambre. O de fatiga. Los dejan enterrados bajo los árbo les de esta selva sin fin. Hay que seguir adelante y buscar los bosques de canela en cuyo encuentro ha cifrado Gon zalo su fortuna y su fama.

Más de un mes marchan. Los indios no les dan noti cias. Pizarro enfurecido quiere hacer un ejemplar. Cuando encuentra a los selvícolas dispersos en la selva, los toma presos. Los carga de cadenas. Los tortura de modos inau ditos. Cuando nada saca de sus inquisiciones ordena que los quemen vivos o los despedaza para entregar sus tasajos palpitantes a la voracidad de su jauría aulladora. Los perros hunden sus hocicos en las visceras humanas aún calientes y humeantes. Se relamen la sangre que cuelga de-sus belfos. Despedazan las entrañas. Y roen los hue sos de los indios.

Así continúa la marcha durante setenta días. Al fin, en medio de la espesura, encuentran los primeros árboles de canela. Son arbustos pequeños ocultos ent re los árbo les más grandes. Sus flores no tienen el mismo aroma exquisito que el de los árboles cultivados en los huertos del Incario. Son pobres flores salvajes, casi sin aroma.

Empero Pizarro no quiere darse por vencido. Debe ser ésta una nueva burla de la selva traicionera que ha jugado con ellos días y días, equivocándoles el camino, haciéndoles dar vueltas por laberintos incomprensibles, gastando sus nervios con su embrujo insoportable. Hay que buscar más adelante. Y sigue en pos de los bosques en donde no tienen fin los árboles de la canela.

Pero es inútil. Los árboles olorosos no forman bosque. Están diseminados entre la maraña selvática que los embruja y los aplasta.

Desatinado, furioso, Pizarro ordena seguir adelante. Siempre adelante. Por varios días más andan sin encontrar otra cosa que los pequeños arbustos dispersos. La idea de los bosques fragantes de canelos se desvanece como un sueño. La desilusión hace presa de los hombres que acom pañan al Gobernador de Quito. El cansancio es ya inso portable. Y se decide a retornar al real en donde le espera Orellana.

EL BERGANTÍN es una flecha oscura lanzada por el des tino. Como una flecha vuela, más que navega, sobre las aguas correntosas que se arremolinan y hacen crujir el barquichuelo. La fuerza impulsora es tan violenta que resulta casi imposible dirigirlo.

El bergantín fué construido de modo precipitado y dramático. Después del encuentro de Pizarro y Orellana han pasado inenarrables angustias andando días y días por la selva, perdidos y sin víveres. La mayor parte de los indios traídos de la serranía se quedaron enterrados en la jungla traidora y abandonados sobre el colchón húmedo de las hojas podridas. Todas las llamas que salieron de Quito perecieron. Los puercos escaparon para volver a su vida montesina o perecer en las garras buidas de los jagua res. Y muchos caballos quedaron también, ya inútiles, tendidos bajo los follajes miasmáticos.

El hambre les persiguió como un chacal. Tuvieron que comer la carne de los caballos muertos de enfermedad o de cansancio, como si fueran buitres devoradores de carro ña. Tuvieron que comerse los perros. Que masticar las raíces amargas y los traidores frutos desconocidos.

Un cacique llamado Delícola les habló de ricos pobla dos escondidos en la selva y sólo encontraron, tras pena lidades sin cuento, un pequeño bohío bien provisto de maíz y de yuca. Allí en ese poblado junto al cual corre "el río que viene de los Quixos" —el Coca atronador— decidie ron los capitanes construir un bergantín para evitar el penoso caminar por la selva.

La obra fué un prodigio de tesón y de constancia. Casi sin instrumentos, al golpe de las hachas sonoras, bajo la lanceta desesperante de los mosquitos, desbastaron los árboles gigantescos, cortaron los tablones, clavaron las cua dernas bastas con los clavos hechos con los herrajes de los caballos muertos, calafatearon la nave con las hilachas de las camisas y la sustancia resinosa que goteaba de los árboles desconocidos. Y al fin, a fuerza de constancia, pudieron lanzar a las aguas inquietas el bajel de los nue vos argonautas.

Después de oír la misa dicha por Fray Gaspar de Car vajal, ayudado por Fray Gonzalo de la Vera —los dos religiosos de la expedición—, Juan de Alcántara^ del Maestrazgo de Santiago, al frente de una parte de los expe dicionarios tomó rumbo por el río de inclinado cauce vertiginoso. El resto marchó a pie.

Cuarenta días duró la doble marcha. Cuarenta días mortales en que los infantes tuvieron que atravesar panta nos, esteros enrevesados, marañas tropicales de bejucos y ramazones entrecruzadas.

De los indios de la serranía que trajera encadenados Gonzalo Pizarro unos pocos pudieron avanzar. Se ahoga ron en el paso de los pantanos. Murieron picados por las víboras. Vieron con ojos de espanto la huella menuda de los colmillos en las carnes erizadas, el estertor nervioso, la sangre que sale licuada por los poros, por las encías, por las narices, por el ano, por cada pedacito de la piel. Los caballos también murieron. Murieron los perros.

Al fin, hubieron de acampar en un claro de la selva en donde se levantaba una pequeña población india.

Unos indios capturados les dieron noticias de un rico país situado más abajo del río. Y después de deliberar, resolvieron que Pizarro acamparía en el poblado mientras Orellana, con unos pocos hombres, iría en busca de ali mentos. Para evitar la impedimenta, hicieron embarcar todos los objetos pesados; los herrajes, los instrumentos,

unos pocos víveres —apenas para dos o tres días de mar cha— algunas medicinas indispensables, cuatro o cinco ballestas y sólo tres arcabuces con abundante pólvora.

Fué una decisión heroica. Antes de partir, Orellana advirtió a Pizarro "...que si la ventura le favoreciese qne cerca hallase poblado y comida conque' todos pudiesen remediar, que él se lo baria saber, y que si viese que se tardaba, que no hiciese cuenta de él y que, entre tanto, se retrajese atrás donde hubiese comida y que allí le espe rase tres o cuatro días, ó el tiempo que le pareciese..."

£1 caos de las razas hispánicas parecía mezclarse en ese microcosmo navegante. Eran hombres duros de las montañas de Asturias: Benito de Aguilar, Juan de Manes, Alvar González. Hombres pétreos de la Extremadura: Rodrigo de Arévalo, Alfonso Gutiérrez, Diego de Mata moros, Lorenzo Muñoz, Juan de Vargas. Rudos vascos: Francisco de Isásaga, Pedro de Acaray. Porteños de las ciudades marítimas de Palos y Moguer: Diego de Bermú-dez, Juan Bueno, Pedro Domingo de Mirandero, Andrés Duran, Alonso Esteban, Ginés Fernández, elegidos quizás intencionalmente para esta expedición por agua. Gallegos y portugueses afines por la similitud de la lengua: Antonio Hernández, Hernán González, Alexo González. Hombres, en fin, de todas partes de España: Cristóbal y Juan de Aguilar, Juan de Alcántara, Juan de Arnalte, Alfonso de Cabrera, Antonio de Carranza, Gonzalo Carrillo, Rodri go de Cevallos, Cristóbal de Contreras, Gonzalo Díaz, Juan de Elena, Juan de Ampudia, Cristóbal Enríquez, Sebas tián de Fuehterrabia, Alonso García, Hernán Gutiérrez de Celis, Juan Gutiérrez del Vayón, Juan de Mangas, Alonso Márquez, Blas de Medina, Diego Mexía, Diego Moreno, Alfonso Martín de Noguer, Alonso Ortiz, Baltazar Osorío, Cristóbal Palacios, Pedro de Porres, Mateo de Revolledo, Alonso de Robles, García Rodríguez, Sebastián Rodríguez, Cristóbal Maldonado de Segobia, García de Soria, Alonso de Tapia y Francisco

de Tapia,

Además, en la inquieta tropa se incluía los dos religio sos de la expedición: Fray Gaspar de Carvajal, un monje extremeño, de la orden de Predicadores, y Fray Gonzalo de la Vera, de la orden de la Merced.

Los argonautas navegan a la ventura. Raudamente. Todo pasa volandero y rápido. Las imágenes casi no se pueden retener en los ojos. El río tiene una fuerza verti ginosa. Un cauce inclinado por el que las aguas se atro -pellan. ¿Hacia dónde? No lo saben. Y así pasan un día y una noche en que acampan en las orillas lodosas y otro día más. Al llegar el tercer día los víveres se agotan. Para pedir ayuda a Dios, dicen una misa "como se dicen en el mar". Luego deliberan y Fray Gaspar, quitándose los ornamentos sagrados, interviene en la discusión con ener gía, "...aunque quisiésemos volver aguas arriba no era po sible por la corriente, pues tentar de ir por tierra era imposible: de manera que estábamos en gran peligro de muerte á causa de la gran hambre que padecimos".

La discusión termina y Fray Gaspar lo anota en su libro de apuntes, "...acordóse que eligiésemos de dos males el que al Capitán y a todos paresciese menor que fué ir adelante y seguir el río ó morir é ver lo que en él había, confiando en Nuestro Señor que tendría por bien conservar nuestras vidas fasta ver nuestro remedio."

Pasa un día más. Y otro. Y otro aún. Por ninguna par te aparece entre el follaje tupido, una población, un bohío, una choza siquiera. Los escasos víveres que pusieron en el barco han terminado ya. Los españoles con los estóma gos acalambrados por el hambre, no pueden resistir más. Sienten debilitadas sus fuerzas y decaídos sus ánimos. Los rostros enflaquecidos, cubiertos por largas barbas, reflejan el cansancio y el desaliento. Los labios callados, sólo se abren para decir palabras desencantadas.

Orellana procura sostener la energía decadente. Su fe es la única cosa viva que hay a bordo. El despierta el vi gor de las almas y la energía de los cuerpos. ELmantiene la confianza. El habla, con palabra convincente, del destino y de Dios, que rio puede dejarlos perecer en las salvajes soledades.

Contempla las orillas despobladas. Es necesario hacer algo. Y ordena que atraquen al barranco para ver ai es posible encontrar entre la espesura, frutas silvestres o alguna caza fácil. Pero no hay nada. Sólo raíces y hier bas. Los aventureros que lo acompañan no pueden soste nerse en pie. Caminan apoyados en largos bordones hechos con ramas de los árboles. Nada hay para calmar el ham bre. Y no queda otro remedio que arrancar de la tierra esas raíces amargas y esas hierbas ásperas. Como anima les comienzan a mascarlas. Es dramático ver a esos hom bres; macilentos devorando raíces en la espesura tropical poblada de vida exuberante.

Tornan desalentados al bergantín. Parecen un desfile de espectros. Se tienden en el suelo de la nave, presas de inquietud. Se revuelven sobre el duro suelo de la em barcación y de repente principian a dar señales de locura. Los ojos dilatados parecen querer saltar de las órbitas. Las bocas espumosas chorrean baba y escupen palabras incoherentes. Los rostros están tensos por el esfuerzo. Semejan a los endemoniados de la Escritura y ponen en el ánimo de los sanos un miedo invencible. Sus barbas largas, sus ojos febriles, sus rostros contraídos despiertan el espanto.

Orellana recuerda que hay a bordo unos aceites que pertenecen al Cirujano del Real. -Rápidamente va en busca de ellos. Los administra hasta provocar el espasmo de los estómagos y liberarlos de las extrañas raíces enloquece doras. Y poco a poco van regresando a la tranquilidad, más débiles aún que antes, por los esfuerzos extraordina rios que han realizado.

Se embarcan nuevamente. Pasan las horas. El hambre los tortura. El dolor de los estómagos es a cada momento más fuerte e intolerable. Desesperados, saltan nuevamente a tierra y encenden la fogata. Pero no hay alimentos. Ni frutos. Y para acallar el hambre, engañándola, ponen a la lumbre "cueros, cintas y suelas de zapatos cocidos con algunas yerbas", según anota espantado el Padre Carvajal.

Sin embargo, a pesar de la fatiga que los agobia, a pesar de la debilidad que no permite a algunos ni caminar, tienen que remar de sol a sol. Desesperadamente. Escu chando atentamente cada ruido. Mirando, hasta cansarse los ojos, para ver si entre la espesura aparece algún rostro humano que pueda dar la esperanza de centros poblados.

Así pasan seis das de navegación y cuatro de hambre. Es el último día del año de mil quinientos cuarenta y uno. Cae la tarde y la sombra avanza sobre el bosque mientras se prolonga la claridad en el cielo de nubes coloreadas fantásticamente y en el agua cantante del río.

El bergantín está amarrado a la orilla. Los hombres no hablan. Están quietos, inmóviles, acostados sobre la cubierta de la nave. Ensueños confusos y tristes pasan sobre sus corazones desalentados. Allá, en la España lejana, las mozas se prepararán para la fiesta. Habrá ale gría en los hogares alumbrados por las llamas crepitantes. Pan blando y suave. Manteles blancos para la cena. Reso narán las carcajadas nacidas del chiste oportuno y del vino generoso, hermanados para producir la alegría. Qui zás pensarán en los parientes que están en las tierras nuevas del ponente conquistando imperios

Al dolor del hambre que atormenta sus cuerpos ex haustos, al cansancio de los cuerpos fatigados, se une ese dolor punzante del recuerdo que tiene el nombre elegante de nostalgia. Recuerdan los lugares nativos. Los días de año nuevo pasados en el corro de amigos y de mozas en los

pueblos hispánicos. Las caricias maternales. Las novias abandonadas.

Fray Gaspar reza e invita a los hombres a la oración. Las cabezas morenas se inclinan en el ruedo. Pero no consuelan las oraciones. Algunos apenas mueven los la bios, cansados y hambrientos. Y tras las oraciones se quedan silenciosos. Tristes. Casi como si sintieran la pro ximidad aterradora de la muerte.

Medita Fray Gaspar como si quisiera resolver algo muy grave que cuesta trabajo a **su** voluntad. Al fin se levanta. Va lentamente hasta el bergantín. Sale luego trayendo en **sus** brazos, con dificultad, un bulto no muy grande. Los hombres le miran curiosos sin explicarse qué es lo que trae el buen fraile extremeño. Llega al ruedo y deja en el suelo **su** carga. Abre el paquete y aparece un poco de harina blanca de trigo selecto. **Es** la harina que guarda para las hostias de la comunión.

Los hombres quedan sorprendidos y confusos de la resolución de Fray Gaspar, pero la aceptan. Con la harina tienen en esa noche de San Silvestre un alimento para sus vientres entremecidos por el calambre de la hambruna y un poco de vigor para poder seguir la marcha al día siguiente.

Comen ávidamente. Devoran la corta ración como animales famélicos. Ya satisfechos, Fray Gaspar los con grega para rezar nuevamente y pedir a Dios que los saque de este sufrimiento y que los perdone el haber tenido que comer la harina que reservaba para hacer las hostias. Des pués sé tienden sobre el suelo duro y duermen, pesada mente, con la alegría animal de los vientres satisfechos.

Filo de medianoche, algunos de los que no duermen oyen a la distancia un como vago son de tambores. Incor porados sobre los codos, tratan de oír mejor. Nada. No vuelve a oírse nada. Ahuecan las manos sobre las orejas para oír mejor. Y otra vez sale de la selva el ruido lejano Despiertan a los compañeros más próximos. Sí, es un

ruido monótono de tambores. Son manos humanas que golpean sobre troncos huecos. Es la palabra alada de la selva que lleva a la distancia el pensamiento de los indios.

Dan voces para que oigan todos. Se produce una agi tación en la nave. Todos los oídos se afinan para escuchar el son de los tambores lejanos. Pero no se oye nada. Nada más que el ruido de la selva. La voz del viento al golpear los ramajes. La canción de las olas pequeñas al chocar contra la borda del barco. Nada. Debe ser una alucina ción. Quizás la sangre que golpea los oídos. La debilidad que hace delirar. El ruido del bosque. Nada. Vuelve la fatiga tras la esperanza desaparecida a llenar los corazo nes. Y pasa la noche desvelada.

Al día siguiente continúa la marcha por el río corren-toso. Llega el octavo día de marcha, idéntico al anterior pero más angustioso porque se han acabado ya los ánimos. Pasa también ese día y llega una nueva noche en medio de la soledad de la selva inmensa y del río sin término. No saben si al día siguiente tendrán energías para seguir luchando o si se abandonarán a la muerte. Ya no tienen fuerzas ni casi deseo de vivir. Sólo los sostiene la energía indominable de Orellana que se multiplica para repartir el consuelo y no da señales de que haya menguado su acerada voluntad.

Esa noche el capitán no duerme. Tiene la responsabi lidad de los hombres que conduce. Una responsabilidad que pesa demasiado. Siente que sus propias fuerzas desfa llecen y que no podrá continuar dando el ejemplo. Le abandona la voluntad. Y sólo un resto de .valor lucha dento^de él para dominar la desesperación y el cansancio. No puede dormir en medio de tantos sentimientos confusos y de los insoportables dolores físicos. Y de repente, oye otra vez los tambores lejanos. Es un ruido sordo. Una sonora percusión que retumba en la selva. —Bom. Bom. Bom...

Sí, son tambores que suenan en la selva. No quiere causar una nueva decepción dando un aviso prematuro. Pero aguza el oído para escuchar mejor y vuelve a oír en la lejanía los golpes secos y persistentes.

—Bom. Bom. Bom...

Se levanta para oír. No cabe duda. Son tambores. No puede ser la voz del viento que juega con las ramazones del bosque. No puede ser la sangre que golpea los oídos. No puede ser una alucinación de sus sentidos cansados. Son tambores que suenan en la lejanía.

—Bom. Bom. Bom...

Ahora sí llama a sus hombres. Está seguro que son tambores. Son manos humanas que golpean, no las manos largas y temblorosas del viento nocturno. Todos oyen con claridad el golpe rítmico que trasmite las palabras del salvaje en la lejanía. Un milagro de esperanza levanta las voluntades decaídas. Es la alegría de la vida que retorna.

—Bom. Bom. Bom...

Son los tambores indios que comunican a la distancia sus órdenes y pensamientos. Bien pudiera suceder que den de improviso sobre el campamento y el capitán redo bla la vigilancia. Hasta los religiosos tienen que velar. Y Orellana pasa la noche oyendo el ruido lejano e isócrono, escrutando la sombra llena de voces y misterios.

Nadie puede dormir tranquilo pero cuando menos descansan por turnos. Todos, excepto Orellana que pasa esperando la salida del sol para poder avanzar en busca del poblado que debe existir cerca ya que se oye ruido humano en la selva. Antes de que amanezca, la voz impe rativa da las órdenes. Cada cual ocupa su puesto. Sacan la pólvora y preparan los arcabuces. Arreglan las balles tas. Tienen listas las saetas y echan mano a sus espadas*

* 3 de cuero de 1542.

desatracado el bergantín, comienza la marcha vigi lante. Dos leguas más abajo se ven unos pequeños puntos, negros en el río. Pueden ser maderos arrancados por la corriente. Pero no. Se acercan en vez de huir. Son canoas indias. Cuatro canoas indias que se aproximan al barco, y, al llegar a las cercanías, dan la vuelta de prisa, vuelan sobre la corriente y desaparecen. Pronto todo el río se llena con el ruido de los tambores. No es un golpe cual quiera ni incierto. Los tambores tienen un lenguaje. Hay inteligencia coordinadora en el ritmo de las percusiones. "Se oyen de muy lejos y son tan bien concertados que tienen su contra, tenor y tiple." Seguramente es un len guaje sonoro que se trasmite a la distancia. Seguramente se conciertan para avisar el peligro y la novedad de los hombres blancos. Y precisa ganar la delantera antes que se agrupen los indios a quienes llama el tambor de guerra con su idioma misterioso.

El capitán da las órdenes imperativamente. Hay que remar con fuerza. Ganar una carrera contra el tiempo. Los hombres de a bordo, como hipnotizados por la voz de mando, obedecen. Los músculos olvidan su cansancio. Los cuerpos, extenuados por el hambre, rinden un prodigio de esfuerzo gobernados por esa voluntad épica. Cortan las aguas con los remos, acelerados y rítmicos. Y al fin avis tan el poblado en donde los indios esperan la llegada de los intrusos.

Los españoles, que un rato antes no podían mover sus cuerpos, saltan ahora ágiles a las orillas. Los mismos brazos que no podían con el peso de los remos, levantan ahora los pesados arcabuces. Las piernas que no podían caminar, corren en pos de los indios. Es el milagro del instinto. La necesidad de vivir que se impone sobre todo decaimiento. La fuerza impulsora y primitiva que hace resucitar las energías muertas. Se.trata de algo elemental: i vivir, arrebatar la comida, quitar la presa al enemigo para

poder subsistir. Como los animales que pelean por el pedazo de carne.

Los indios salen en fuga al ver la decisión pintada en los rostros de esos hombres y al oír el estampido retum bante de los arcabuces. Avanzan los españoles hasta el pueblo, caen con rapacidad instintiva sobre la comida. Devoran con voracidad animal. Con satisfacción bruta. Con alegría de seres primitivos. Beben la chicha fermen tada que dejaron los fugitivos. Pero al mismo tiempo tienen que mirar por si los indios regresan. Comen con las espadas bajo las axilas, con las rodelas embrazadas, mirando a todas partes, tal que bestias medrosas que alzan la cabeza para ver si alguien se acerca a disputarles el pedazo de carne palpitante.

Mas algunos no pueden resistir. Sus estómagos, des trozados por los ayunos y las comidas extraordinarias —raíces y correas— no soportan los alimentos. Se deba ten en medio de espasmos entrecortados. Los calambres les atormentan los vientres. Es algo doloroso y dramático ver los rostros demacrados, casi cadavéricos, de estos hombres que luchan contra la muerte en los mismos mo mentos en que acaban de encontrar los víveres anhelados. Tienen que morir porque ya no pueden digerir los alimen tos. Y los compañeros los contemplan impotentes. Sin poderles auxiliar. Viéndolos morir lentamente.

DUDAS

LA MADRUGADA canta. La selva es una música de pája ros y de insectos. La música de la selva es sólo la expre sión de su vida interna: vida rápida, bullente y variada, de los seres que se multiplican prolíficamente y se matan en abundancia. El canto de la selva despierta a los hom bres que han dormido pesadamente con los estómagos llenos después de tantos días de necesidad.

Apenas ha clareado, Orellana toma sus providencias. Hay que legalizar los-actos en nombre de Su Majestad el Rey. Y procede a elegir al hombre ó ;ue representará, en medio de las salvajes soledades, la fe de la legalidad. Su ojo se fija en un nativo de las montañas vascongadas: Francisco de Isásaga, y lo nombra para el desempeño de la función de Escribano Real. «

Sacan del bergantín unas cuantas hojas de papel ama rillento, el tintero de cuerno y la pluma de ganso. Redac tan, sobre un tosco madero convertido en mesa, las órdenes que facultan al vasco para el ejercicio del cargo y ponen al pie sus firmas, como testigos, Fray Gaspar de Carvajal, que es Vicario General de la expedición, Cristóbal Enrí quez, Alonso de Robles, Juan de Arnalte, Hernán Gutié rrez de Celis, Antonio de Carranza y Alonso de Cabrera*

La firma de los testigos es de una.caligrafía confusa y de una ortografía bárbara. Cristóbal Enríquez, que es caballero noble y comendador de una Orden Militar, pone su enrevesada firma: Xptoval Enríquez. Hernán Gutié rrez de Celis, se contenta con poner su firma abreviada,

* 4 de enero de 1542.

suprimiendo el patronímico. Firma: Celis, designación referente más bien a su pueblo natal de Celis en las Mon tañas.

Estampadas las firmas, Orellana procede a tomar pose sión y juramento. Los hombres descubren sus cabezas y Francisco de Isásaga presta la promesa de cumplir "bien é fiel é diligentemente", subrayando con un breve: Amén.

A continuación realizan la sencilla ceremonia de tomar posesión de la tierra: el escribano anota que Orellana "en nombre de Su Majestad, por el Gobernador Gonzalo Piza rro, toma posesión, como su Teniente General, en este pueblo de Aparia y en el pueblo de Irimara y en todos los caciques que han venido de paz".

Los caciques son enviados de Aparia, el amo de la tie rra, gran señor generoso que acoge con largueza al blanco. Lleva por lo mismo su nombre el pueblo en el acta que cristianiza la comarca nueva y la incorpora a la ya inmen sa posesión de su Majestad el Rey Don Carlos I de España, Emperador Carlos V de Alemania y Señor Natu ral de las Indias.

Cumplida la ceremonia, queda un punto que deben aclarar. Orellana ha dado su palabra de regresar. Dejó en el real sus criados, sus negros y sus bienes. Su buena fe le hizo embarcar solamente los víveres necesarios para dos días de viaje. Mas la fuerza de las cor r ientes lo ha empujado tan lejos, con tan extrema violencia, han pasado tanta hambre, que es preciso resolver cómo se regresa al campamento en donde dejaron a Pizarro.

Orellana tiene la firme resolución de regresar. Sólo quiere consejo respecto de las medidas para impedir que nuevamente el hambre los amenace en la larga travesía. Sabe que para navegar en contra de la corriente lo que recorrió a favor en nueve días, le serán necesarios tres meses de empujar el bergantín con largas varas por las orillas. Y si en nueve días de navegar por despoblado han pasado tales penalidades, és seguro que el retorno será la

muerte. Pero Orellana, hombre leal hasta el heroísmo, no vacila. Tiene que regresar. Y así lo ordena a sus hombres.

Al recibir la orden, los españoles andan cabizbajos. Se reúnen en pequeños grupos. En conversaciones miste riosas. Hasta que al fin, en ese mismo día, cuatro de enero de mil quinientos cuarenta y dos, el escribano Isásaga pone en manos de Orellana un documento. El capitán lo lee con atención:

"Magnífico señor Francisco de Orellana:— Nos, los caballeros y hidalgos y sacerdotes que en este real nos hallamos con vuestra merced, vista su determinación para caminar el río arriba por donde bajamos con vuestra mer ced, é visto ser cosa imposible sobir adonde vuestra merced dejó el señor Gonzalo Pizarro, nuestro Gobernador, sin peligro de las vidas de todos nosotros, y que es cosa que no cumple al servicio de Dios ni del Rey Nuestro Señor, requerimos y pedimos de parte de Dios y del Real á vues tra merced que no empiece esta jornada tan cuesta arriba, en la que se ponen á riesgo las vidas de tantos buenos, porque somos certificados de los hombres de la mar que aquí vienen en el barco é canoas que aquí nos han traído que estamos del real del señor gobernador Gonzalo Piza rro ducientas leguas ó mas por la tierra, todas sin camino ni poblado, antes muy bravas montañas, las cuales hemos visto por experiencia é vista de ojos veniendo por el agua abajo en el dicho barco y canoas, padeciendo grandes tra bajos y hambre; en el cual camino é viaje veniendo agua abajo hemos tenido temor de perder todas las vidas por la necesidad é hambre que padecimos en el dicho despo blado: cuando más peligro de muerte teníamos subiendo con vuestra merced el río arriba. Por tanto, suplicamos á vuestra merced, é le pedimos é requerimos, no nos lleve consigo el río arriba, por lo que dicho tenemos y repre sentado á vuestra merced; ni se ponga en nos lo mandar, porque será dar ocasión á desobedecer á vuestra merced, y

al desacato que tales personas no han de tener, si no

fuese con temor de la muerte, la cual se nos representa muy descubiertamente, si vuestra merced quiere volver río arriba á donde está el señor Gobernador y si necesario es, otra y otra vez le requerimos lo sobredicho, protestando á vuestra merced todas las vidas de todos; y con esto nos descargamos de aleves ni menos desobedentes al servicio del Rey si no le siguiéremos en este viaje: todo lo cual todos á voz de uno lo pedimos é firmamos de nuestros nombres, como por ellos abajo parecerá; y pedimos á Francisco Isásaga lo dé por testimonio, como escribano que es de vuestra merced; y decimos que estamos prestos para seguir por otro camino por el cual salvemos las vidas."

Orellana lee detenidamente. Vuelve a leer algunos párrafos, los que encubren una amenaza y significan una determinación firme de no regresar aun cuando él lo or dene. Y luego lee las firmas. La primera es la de Fray Gaspar de Carvajal. Y muy abajo está también la de Fray Gonzalo de la Vera. Cuenta cuarenta y ocho fir mantes.

Terminada la lectura, el Capitán se queda pensativo. Et tono de la representación es comedido y razonable. Consta allí la verdad: los peligros pasados, las hambres sufridas, las distancias enormes, la falta de poblaciones y de víveres en el camino. ¿Será humano aventurarse nue vamente a navegar por ese río si en nueve días casi mue ren de hambre? Hay, sin embargo, bajo el acento culto y comedido de respetuosa disciplina, una amenaza velada. Vuelve a leer el párrafo:

"...porque será dar ocasión a desobedecer a vuestra merced y al desacato que tales personas no han de tener si no fuese con temor de la muerte".

Es nada menos que la amenaza de la sublevación en la selva. Y la firma el propio escribano. La firman los religiosos. Sus amigos más estimados. Todos los expedi cionarios menos algunos que están enfermos. ¿Qué ha-

cer? Una lucha se entabla en este hombre leal. Ha ofre cido regresar. Sabe que no podrá llegar al real de Pizarro pues morirá de hambre en el camino. ¿Tiene derecho a sacrificar la vida de sus hombres por una palabra dada que no es posible cumplir?

En su rápida navegación aguas abajo hace tiempo que dejaron atrás el río que baja de los Quixos* Vieron cómo entraba, por la diestra mano, otro río grande: el río de la Canela.** Más tarde, en la bajada vertiginosa, lle garon a otro, más grande aún, que entraba por la izquier da.*** ¿Cómo retor nar por esas aguas que ni siquiera podrían dominarse a fuerza de remo sino empujándose con largas varas por las orillas para vencer la cor r iente contraria?

Una tempestad palpita en su corazón hecho para la lealtad, su corazón de hidalgo fiel a la palabra y al res peto disciplinario. Pero tiene que aceptar la imposición del destino. Comprende que no es posible aventurarse sin víveres suficientes por esas aguas traidoras en cuyo reco rrido los ha ido persiguiendo el espectro del hambre. Su fértil imaginación concibe un proyecto audaz. Si en vez de un bergantín, se tuvieran dos embarcaciones, podría haber espacio suficiente para acumular víveres que garan ticen el viaje de retor no sin peligro de morir de hambre.

Con esta resolución, acepta la imposición encubierta bajo la forma de una comedida representación que lleva, sin embargo, oculta la amenaza. Pero salva su voluntad. Así lo consigna Isásaga, el escribano.

"...El dicho señor teniente y capitán Francisco de Ore-llana respondió é dijo: que visto el requerimiento, y el hecho ser como es lo que piden ser justo, por cuanto es imposible tornar á volver ir el río arriba, quél está presto, aunque contra su voluntad, de buscar otro camino para los sacar á puerto de salvación y á parte donde haya cris-

• El Coca. ** El Napo. * El Aguarico.**

tianos, para que de allí, todos juntos, con el dicho señor Teniente, vayan á buscar á su Gobernador y dar cuenta de lo pasado."

Quiere Orellana que conste su expresa determinación de esperar —ya que no es posible ir en su busca— al señor Gobernador Pizarro, ante quien tiene contraído compro miso de fidelidad. Y el escribano anota:

"...y dijo (Orellana) que esto responde, con condición que en este dicho asiento adonde al presente estamos se esperase al señor Gobernador dos o tres meses, hasta que no nos podamos sustentar..."

No quiere, en modo alguno, que aparezca como trai ción su conducta. Sabe bien lo irascible que es Pizarro. Presume que, si no regresa, lo acusará de alzado y de traidor. Por eso quiere dejar constancia de que solamente la presión de los suyos y la fuerza de las circunstancias lo obligan a no retornar. Se agita en él la duda. Su lealtad, por una parte y, por otra, el deber para con sus hombres cuya vida no puede exponer. Y, en tal situación, prefiere esperar.

Pero no está satisfecho. Una inquietud le ataca. Su sueño es desapacible y sus días desasosegados. Le angus tia el no saber la suerte de Pizarro y sus hombres que qui zás vagan hambrientos por la selva ardiente. Sabe que nada puede hacer y, al mismo tiempo, que tiene que hacer algo. No puede dejar a Pizarro perecer en las soledades, ni tampoco ir al suicidio con sus hombres, al llevarlos río arriba, sabiendo que no podrá sustentarlos. Es una lucha interna dramática. Y al fin resuelve proveer a seis hom bres con víveres suficientes y enviarlos en auxilio de Pi zarro para que lo conduzcan hasta este punto poblado y rico en víveres.

Con esta determinación, reúne a sus soldados. Les exhorta a la fidelidad a su Gobernador. Y ofrece mil castellanos de oro a cada hombre si van seis en busca de Pizarro. Les ofrece también el bergantín y los tres reme-

ros. Terminada su peroración, espera. Un silencio pro fundo se hace entre los hombres. Y al fin, tres dan un paso adelante y se prestan al sacrificio. Nada más que tres entre los cuarenta y ocho hombres que le quedan dis ponibles.

Mira Orellana a los otros. Están cabizbajos. Esquivos. Mas nadie dá el paso de la decisión heroica. ¿Puede en viar a sólo tres hombres en medio de peligros enormes? Comprende que no tiene derecho a ese sacrificio, les agradece su decisión y se resigna a la voluntad del des tino.

Sólo una leve esperanza le queda: que Pizarro se abra camino hasta este sitio y venga —aun cuando, sea lentamente— a reunirse con él. Decide esperar en el pueblo. Esperar hasta tener noticia de su deudo y Capi tán, confiando en la suerte ya que no puede confiar en su decisión. La selva manda, impone su ley dura y su deter-minismo inevitable. Acaba de ganarle la batalla. Y no queda más que la resignación y la esperanza.

CRUCES EN LA SELVA

ARDEN LAS fogatas. Las llamas de la leña se agitan movidas por el viento. Y saltan de vez en vez manojos de chispas. En tor no de las candeladas se agrupan los hombres del campamento. En los asadores da vueltas un enorme venado montes. La carne gorda despide un olor apetitoso. Chorrea la grasa al calentarse y los hombres, cuclillados, le dan vueltas en el asador para evitar que se queme.

En las ollas se cuecen pescados raros, crasos y sazo nados, que dan un caldo sustancioso. Hay también frutas desconocidas de pulpa jugosa y dulce. Los ojos de los hombres van recuperando su brillo y la carne de las me jillas va levantando los pómulos hundidos por el hambre en los días de navegación desesperada.

Meten mano en los trozos de carne o descortezan las frutas. Comen ávidamente aunque sin prisa. Circulan algunas bromas en el corro en el momento del yantar. Todo marcha bien. Aparia, un gran señor indio les pro tege a la distancia. No faltan las diarias provisiones. Ya son venados gordos. Ya perdices y caza de pluma. Ya grandes peces.

Mientras comen, conversan. Sueltan las lenguas su alegría locuaz. Procuran olvidar los dolores pasados y la incertidumhre del porvenir. En la selva han aprendido que sólo hay la dura ley del presente, fuera de toda pre visión. Vivir al día. Un día sin pasado ni futuro. Pen diente sólo de las condiciones de existencia inmediata.

Por eso olvidan momentáneamente que en los días que pasan, han muerto ya Seis hombres y que uno lucha

aún por vivir. Mientras ellos comen, en una choza agoniza un compañero más que no puede comer por los largos ayunos del camino. Agoniza como los otros que murieron en medio de dolores crueles. Muere de hambre aunque hasta él llega el olor apetitoso que las carnes exhalan al asarse. Está demacrado. Enflaquecido. Sus ojos ya no ven sino sombras confusas y su respiración es un espasmo entrecortado.

Junto a él se turnan los religiosos: Fray Gaspar de Carvajal y Fray Gonzalo de la Vera. Rezan para ayudarlo a bien morir. Para lavar sus pecados y obtener que pueda entrar su alma en la gracia. No pueden hacer otra cosa que rezar, pues no hay médico ni medicina.

Orellana ha cuidado de los enfermos con diligente y amorosa dedicación. Ha hecho cuanto queda por hacer. Y ahora viene a informarse, por momentos, del curso de esta agonia lenta. Contempla callado el rostro en el que se perfila la quietud definitiva y se queda- silencioso.

Inquiere con la mirada a Fray Gaspar que hace un gesto expresivo. No puede durar mucho. Quizás hasta el amanecer. Ya la noche comienza a caer sobre la espesura del inmenso bosque sonoro. Y cuando la sombra ha inva dido la choza, se oye la respiración anhelante del mori bundo indicando que aún vive.

Pasan las horas medidas por esa respiración que lle va el ritmo del tiempo. La isocronía de ese corazón que agoniza, es lo único que marca el paso de los minutos.

—Tac... tac... tac...

Late el corazón aunque cada vez más débilmente. La respiración se hace cada vez más anhelosa y al fin se que da quieta. Ya nada marca el pasar del tiempo. Fray Gaspar, en medio de la sombra reza las oraciones de difuntos y espera la luz de la mañana.

Al amanecer está rígido el hombre que pasó la noche en lucha contra la muerte. Rígido y tranquilo. Las duras facciones han recuperado una expresión serena. Orellana

llega. Se descubre. Ora, y oran también los hombres que van llegando.

En hombros lo conducen hasta fuera del pueblo. La mañana es húmeda y hay nieblas bajas que suben del río, que salen de la espesura, que envuelven las cosas como una mortaja también. Avanzan lentos. Con las morenas cabezas descubiertas. Avanzan por el camino que la llo vizna nocturna ha convertido en un barrizal. - Dejan atrás el poblado y se encaminan hacia la enorme selva desco nocida.

Fray Gaspar y Fray Gonzalo rezan en voz alta. Pro nuncian sus latines que suenan extrañamente en la soledad de este bosque bárbaro. Van delante, revestidos de sus sagradas insignias y con los breviarios en la mano. Detrás, Orellana. A su lado marchan los más notables de los expedicionarios: Cristóbal Enríquez, que es noble y Co mendador; Juan de Alcántara que pertenece al Maestraz go de Santiago; Alonso de Robles. Luego, a paso lento, con una emoción solemne pintada en los semblantes, cami nan los otros.

Los indios miran el desfile de los blancos entristeci dos que conducen el cadáver con tan ext raño ritual. Lo contemplan curiosos, con sus ojos mogólicos inexpresi vos. Ven que salen de la población todos, excepto una pequeña guardia que queda al cuidado del pueblo, y que avanzan hasta un claro de la selva en donde comienzan a abrir a golpes de azada una fosa profunda. Alrededor del sitio escogido hay seis maderos cruzados y tumbada junto a la fosa que abren afanosamente hay otra enorme cruz.

Cuando está ya lo suficientemente profundo el hueco, bajan dos hombres el cadáver. Comienzan a echar tierra sobre el cuerpo mientras los frailes musitan sus latines y, terminada la ceremonia, plantan la cruz. La séptima cruz que se eeva en la maraña del trópico ardiente.

Los días transcurren y es necesario comenzar el trabajo del nuevo bergantín. No quiere Orellana que permanez can inactivas las manos y activas las mentes. El trópico ejerce sobre los hombres una excitación que él conoce y quiere dar trabajo al cuerpo para restringir el vuelo de la imaginación.

Da las órdenes precisas para comenzar la obra. Lo primero que necesitan son clavos. Felizmente hay a bordo los herrajes de los caballos muertos: los que sobraron cuando en el pueblo del Barco —como llaman a aquel en donde construyeron el primer bergantín— hicieron los trabajos de forja. Indica el capitán que saquen de la nave todo el hierro que encuentren y van amontonándolo en una choza para principiar el trabajo.

Reúne a los expedicionarios para dar sus instruccio nes. Faltan herreros y quiere saber si existe alguien en el real que conozca del duro oficio. Dos hombres se pres tan como voluntarios: Juan de Alcántara que es caballero y Sebastián Rodríguez.

El primer inconveniente es que no hay fuelles para avivar la fragua. Inútilmente revuelven en el fondo del bergantín para encontrar los que sirvieron en el pueblo del Barco. No hallan los objetos buscados y tienen que improvisar otros, utilizando los viejos borceguíes. Los adecúan para la obra. Trabajan con prolijidad exquisita. Y poco tiempo después tienen listos los fuelles.necesarios.

Orellana reparte las tareas. Los más robustos van al bosque. Salen muy de mañana con las hachas al hombro, escoltados por algunos hombres armados. Se oye todo el día el golpe del hacha que derriba los árboles y parte la leña. Atan los haces con bejucos silvestres y regresan car gados al campamento.

Es una tarea difícil. Aun no han recuperado sus fuerzas como para poder emprender el recio trabajo de los leñadores. Se detienen de rato en rato para desean-

sar. Y al terminar la tarea, vienen arrastrando las car gas, resoplantes de cansancio y cubiertos de sudor.

Hace calor. Aun cuando no salga el sol ent re las nu bes bajas y cargadas de agua, se siente un vaho bochornoso que asciende de la selva. Un Vaho enervante que produce languidez y pereza

De la espesura salen gritos de pájaros. Zumban los insectos coloreados. Los mosquitos los atormentan. La humedad hace lodosa la tierra. Es un barro fino y pega joso que se adhiere a los pies, con lo cual se aumenta el esfuerzo que hay que desarrollar a cada paso. Las hojas de los árboles gotean como si tuvieran una transpiración fatigada por el calor del trópico. Los bejucos trepan por los árboles y entorpecen la labor. Es una lucha titánica la de estos hombres magros, que han pasado hambres y mi serias, que casi no tienen fuerzas, contra una naturaleza demasiado grande y demasiado bárbara.

En el pueblo los herreros calientan el hierro para darle forma. La fragua aumenta el calor. Los cuerpos transpiran copiosamente. El esfuerzo de los músculos ten sos produce fatiga. Los más fuertes golpean con el pesado martillo el hierro al rojo que exhala un vaho azulado. Los más débiles mueven los fuelles para lanzar la cor r iente de aire sobre los tizones encendidos. Juan de Alcántara y Sebastián Rodríguez, con los torsos desnudos, dirigen el trabajo. Observan el grado de calor y el punto de enroje cimiento del hierro para meter las tenazas y sacar el ascua chirriante, roja, que moldean a golpes de martillo sobre el improvisado yunque.

Los otros hombres conducen agua desde el río. Vienen cargados con el líquido desde las orillas llenas de fango. Avanzan dificultosamente con su carga móvil, haciendo largas pausas antes de volver a poner la carga sobre los hombres, jadeantes y cansados.

Orellana vigila los trabajos con actividad infatigable.

Va al bosque a ver la tarea de los leñadores. Observa la actividad de las fraguas. Atiende la provisión de los ví veres. Releva los turnos. Y cuida de que exista una pru dente vigilancia de los puestos" avanzados que ha estable cido para evitar una sorpresa. Los indios se portan ama bles y mansos. Cada día traen comida abundante. Pero nunca es posible confiar demasiado y por eso se turnan los guardias en los puestos de observación, con el arcabuz o la ballesta listos a la represión de un ataque.

El carácter de Orellana es suave y amable. Mas deba jo de su aparente suavidad, hay el temple férreo del capi tán nativo, del jefe perspicaz y alerta. Cuida de que exista en el campamento la más absoluta disciplina. Una de sus primeras precauciones al llegar fué la promulgación de una orden severa para que nadie retenga lo que no le per tenezca. El pregón anunció con toda claridad la orden perentoria:

"Manda el magnífico señor Francisco de Orellana, Teniente General por el muy magnífico señor Gonzalo Pizarro, Gobernador y Capitán General de las provincias de Quito y descubridor de la provincia de la Canela y Río Grande de Santa Ana, en nombre de Su Majestad, á todos é cualesquier personas que hayan tomado ó tengan en su poder ropa ú otras cualesquier cosas que son de personas particulares que quedan y vienen con el señor Goberna dor; manda en su nombre que dentro de mañana en todo el día las traigan ante él, so pena que el que no lo hiciera y lo encubriere caya y encurra en la pena que suelen caer los que tienen lo ajeno y roban forzosamente, y que pasado «1 término que les manda, lo vengan a manifestar ó traer ante mí; é luego incontinente procederá, como dicho es, contra las personas que en este caso rebeldes fueren, por qués bien que en todo haya buena orden y buena manera, y nadie gocé de lo ajeno: y porque venga a noticia de todos y nadie pretenda ignorancia, manda se apregone pu

blicamente. Ques fecha en este pueblo de Aparia a cinco días del mes de Enero, año del nascimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mili é quinientos é cuarenta y dos años."

Quiere Orellana que se respeten los bienes ajenos. Y quiere también evitar la sórdida codicia del conquistador. Se necesita un temple extraordinario para mantener las órdenes que él dicta y que sean acatadas. Da el ejemplo de desprendimiento y sólo así puede conseguir que la tropa heterogénea obedezca las severas disposiciones. Por eso no aceptó los presentes que le hicieron los caciques que traían "joyas y patenas de oro". En parte por astucia, para no dar a entender a los indios que tenían interés en el oro; en parte para evitar las brutalidades sangrientas que había visto cometer en el Perú, Orellana ha dado órde nes de ser delicados y corteses con los indios, tratándolos como seres humanos en vez de darles el humillante trato de bestias.

Con un trabajo constante, en ocho días pudieron forjar dos mil clavos. Es un prqdigio de actividad multiplicada. Pero, cuando termina la tarea, los invade la pérfida lan guidez del trópico. Pasan las horas vacías en la ociosidad del campamento. Esperando, siempre esperando las noti cias que no llegan.

Nada saben de Pizarro. Inútilmente las patrullas des tacadas procuran tener noticias. Es como si los hubiera tragado la enorme selva. No han dejado rastros. Ni los indios a quienes preguntan pueden dar razón de los espa ñoles que quedaron abandonados río arriba por un inevi table designio de la suerte. Pasan un día y otro día. Siem pre iguales. Mirando el agua que corre. Oyendo la selva que canta. NaTrándose las viejas consejas y los recuer dos que todos conocen de memoria. Una vida desesperante e invariable. Sin peligros pero sin novedades; sin amena-

zas, pero sin ilusiones. Para esos hombres habituados a la andanza aventurera, a los juegos maravillosos de lo im previsto, la vida se torna lánguida, perezosa, insufrible. Vida sin pasado ni porvenir. Náufragos en el mar de ver dura infinita. En el océano insondable de la selva.

LAS NUBES ZUMBADORAS

EL SINO errátil de la aventura empuja a los argonautas. Un mes entero pasado en la tranquilidad del poblado les parece ya de un tan fatigoso aburrimiento que sienten la nostalgia de la andanza hazañera.

Sugestiones nuevas vienen a perturbar sus ánimos propensos a la credulidad ingenua. En los días que pasan en el poblado tienen noticias de un rico país que queda más abajo del río. Allí vive lea, opulento y magnífico, en una corte señorial en la que abunda el oro. Quizás ese señor es el Cacique Dorado de la leyenda: la meta ambicionada de sus andanzas por cordilleras, páramos y selvas. El país del oro, inasible y fugitivo, se les presenta ahora en un recodo de este río de rápida pendiente, navegando hacia abajo en el bajel de la aventura.

Las noticias son tan vagas que, por serlo, seducen más porque activan la imaginación de estos hombres que viven en romance heroico. Es hacia un río grande, muy gran de, en donde lea tiene su corte deslumbrante. Navegando por ese río, tan grande como un mar, más abajo aún de la corte de lea, está un país extraordinario en donde viven unas mujeres guerreras que apresan a los hombres y los so juzgan con imperio irresistible. Son altas y blancas. Fuer tes y musculosas. Viven, aparte de todos, en ciudades mura das de piedra resistente. Y la fantasía vivida las identi fica con las *huarmi-aucas,* de las que oyeron hablar en ei Incario.

El país dorado de lea y el país fantástico de las Ama zonas, ejercen una acción mágica sobre las mentes de los españoles. En las horas de ocio, hablan de esas tierras

incógnitas y esperan que el Capitán dé órdenes de soltar las amarras para ir hacia esa aventura sin igual. Así pasan los días. Treinta días semejantes a sí mismos.

Aparia, el Grande, los protege en tanto

con su hospi talidad. Vienen sus emisarios cargados de frutos olorosos y de animales raros. Traen noticias de cosas sorprenden tes qué existen en la selva. Cuentan extrañas consejas que Orellana entiende con su intuición genial de los idiomas selváticos.

También Irimara, el poderoso cacique del río bravo, manda sus emisarios. Es un señor magnífico que vive en una región boscosa situada junto a un río turbulento y tiene flechadores audaces que emponzoñan sus, saetas con el sutil veneno del curare. Pero no quiere la guerra con los hombres pálidos. Les manda presentes de paz. Sus hombres desnudos llegan con extrañas ofrendas, que Ore-llana corresponde con bujerías brillantes, y también dan noticias del país dorado de lea y del país maravilloso de las Amazonas.

Orellana pide a los señores que vengan a visitarlo. Quiere dialogar con ellos y ofrecerles su amistad. Y un día llega, navegando en rápidas canoas, con su séquito de guerreros desnudos, el gran señor de Aparia.

Aparia es un viejo. Su rostro tiene arrugas profundas que marcan el sello de los años en su semblante severo. Pero sus ojos son brillantes, de inteligente penetración. Es musculoso. Fuerte. Manda con imperio a sus hombres obedientes. Y trata con ademán señorial al hombre blanco de rostro barbado que le habla de cosas que hay más allá de las tierras y de los mares.

Aparia a su vez cuenta cosas maravillosas. Habla también del país de lea que queda tierra adentro, muy adentro de las orillas del río correntoso. Allí abunda el oro, todo es brillante en su corte. Las Amazonas tienen sus dominios más abajo en donde el río es tan grande que no se puede mirar una orilla desde la otra.

Los españoles oyen las consejas. Entienden fragmen tariamente el dialecto. Lo que no entienden lo suplen con su imaginación activa para completar las ideas entrecor tadas. Esas consejas son como el canto seductor de las sirenas. Evocan dentro de ellos una canción bélica. Per turban sus mentes. Y les hacen ambicionar el dominio del peligro con tal de ver cosas nuevas y ganar méritos excep cionales.

Pero el Capitán no da la orden de marcha. Ha ofre cido esperar a Pizarro en el pueblo bien abastecido. Y allí están, aburridos, sin tener ocupación para las manos ni para las mentes. El hastío les abruma tanto como el calor pesado de la manigua tropical. Se enervan en este clima húmedo. Sus nervios, gastados por las excitaciones de la aventura, no se avienen al reposo blando de las horas vacías. Inútilmente miran el río y exploran la selva. No hay noticias de Pizarro. Nadie sabe nada de los compa ñeros que quedaron río arriba. ¿Hasta cuándo esperar? ¿Por qué esperar? Comienzan las murmuraciones. La pereza de los días inertes es propicia para el brote del descontento y para el chismorreo antojadizo. E insinúan a Orellana la necesidad de salir de ese poblado en busca de las tierras espléndidas de lea y de las Amazonas.

El 2 de febrero —"día de Nuestra Señora la Cande laria"— parte nuevamente el bergantín, camino de la aventura. Meten a bordo pocos víveres. No hay cómo pensar en llevar carne si no hay sal para conservarla. So lamente llevan unas cuantas frutas, maíz y yuca. Sueltan las amarras y pronto se va perdiendo de vista el poblado en donde han vivido treinta días de calma.

Las corrientes les empujan con fuerza irrefrenable. Los remos casi no tienen que hacer. El agua es violenta y arremolinada. Corre a velocidad increíble por la gra diente del cauce. A los lados se alza la selva. Leguas y leguas de distancia devora el bergantín en su marcha rauda

y siempre ven la selva igualmente verde, igualmente mo nótona. A veces el río forma vastas playas pedregosas. En otros sitios se elevan barrancos altos, cubiertos de ve getación.

En una vuelta del río, divisan un torbellino confuso. "Peleaba la una agua con la otra y llevaba mucha made ra", explica el Padre Carvajal. Es un río raudo y revuelto, que baja hacia la mano derecha arrastrando maderos flo tantes, hierbas arrancadas a los barrancos, trozos de vege tación que corren sobre las aguas oscuras.

Ese río es el de Irimara. Navegando por él, se llega a las tierras del cacique amigo y Orellana quiere devol verle la visita y recoger nuevos datos acerca de los domi nios de lea. Unos pocos españoles se ofrecen a explorar el río. No es posible entrar en él con el pesado bergantín. Pero en las livianas canoas indias quizás se pueda vencer la fuerza de las corrientes y sortear las avenidas de made ros flotantes.

Salta el grupo voluntario a las canoas. A golpes de remo se adentran por unas islas que quedan en la des embocadura. Pronto los pierden de vista y comienza la es pera angustiosa. Pasa el día y no retornan. El Capitán comienza a preocuparse por la suerte de sus hombres. Desde el barranco en donde están acoderados, miran la desembocadura del río tan veloz que da vértigos. Nada. Ningún indicio de las canoas.\Ninguna esperanza de re torno,

Pasa la npehe en medio de crueles angustias. Hacen conjeturas acerca de la suerte de los expedicionarios. Ore-llana se revuelve, presa de inquietud, sin poder dormir. Se siente responsable de la vida de cada uno de sus hom bres y está arrepentido de haber fraccionado su pequeña tropa. Muy de madrugada, antes de que salga el sol, pero cuando-ya el grito de los pájaros anuncia la hora del des-

pertar, Orellana está en pie. Vigilando. Mirando el río por el cual espera ver la llegada de sus hombres. Pero no hay otra cosa que maderos arrastrados por la corriente, vegetación qué pasa girando en remolinos.

El día transcurre en medio de las mismas angustias. Siempre mirando la lejanía para ver si retor nan los argo nautas perdidos. Y la misma desilusión: llega el medio día caliente, la noche húmeda, la madrugada neblinosa, sin que retornen. Orellana empieza a perder la esperan za de que estén aún con vida. Deben haber chocado con tra algún madero. O zozobrado en algún remolino. O haber sido asaeteados por los indios traidores. No es po sible que vivan todavía habiendo partido sin alimentos y casi sin armas. Pero es necesario esperar, aun contra toda esperanza, para ver si retornan.

Y he aquí que comienzan a ver en la lejanía unos pun-titos oscuros que avanzan. Van haciéndose más grandes. Corren sobre las aguas agitadas. Toman la forma de ca noas indias. ¿Serán los compañeros? ¿Serán indios que vienen en vanguardia exploradora para tramar un ataque? Poco a poco van haciéndose visibles los tripulantes. Sí, son ellos, los compañeros perdidos. Vienen a todo remo hacia el bergantín. Están todos. Y con una efusión inten sa, les tienden los brazos, como si volvieran de la muerte.

Las noticias que traen son poco consoladoras. No han encontrado las tierras de Irimara y menos aún las de lea. El río corre con fuerza tan intensa, que es imposible en trar en sus aguas turbias con el pesado bergantín. Hay que seguir hacia abajo, abandonando la esperanza de en contrar las tribus anheladas.

Continúa la marcha. Las escasas provisiones están al agotarse y temen que otra vez, como en los primeros días de viaje, el hambre aparezca a bordo. Precisan encontrar un poblado para abastecerse. Y navegan mirando las ori llas envueltas en las nieblas matutinas.

De pronto oyen el canto extraño de un pájaro. Más que canto es un grito. Más que grito, es una voz clara, casi humana.

—Bohío... Bohiiiooo..,

Escuchan con atención. De la espesura sale la voz aflautada y aguda:

—Bohío... Bohiiiooo...

Por más que miran, no ven el pájaro salvaje de acento semihumano. Debe estar escondido entre las ramazones. Pero su voz es claramente perceptible. ¿Será que les anuncia la presencia de un bohío próximo?

El pájaro sigue gritando:

—Bohío... Bobinooo...

Un poco más abajo, ven que blanquea en las orillas un poblado. El humo se eleva sobre el pequeño bohío selvático. Y Orellana da las órdenes para que algunos soldados vayan en las canoas que traen consigo a pedir a los salvajes que les den un poco de comida.

Desde el bergantín el Capitán vigila. Ve que sus hombres llegan a la playa, se acercan a los indios expli cándoles, con mímicas, la necesidad que tienen de comida y éstos, amablemente, los proveen de víveres, "mucha co mida de tortugas y papagayos en abundancia". Regresan los aventureros, con las canoas repletas, a decir a Orella na la buena disposición de los naturales que les ofrecen, además de comida, hospitalidad.

Orellana acepta. Ordena a los remeros que ocupen sus puestos y enfila la nave hacia el poblado solitario que los indios han abandonado. Allí hacen grandes candela das para cocinar las tortugas y papagayos regalados por los selvícolas. Y se entregan al descanso hasta que llega la noche.

A medida que cae la sombra, del bosque va saliendo una nube zumbadora de mosquitos. En vano el humo de las candeladas pretende espantarlos. Los mosquitos caen sobre ellos en nubes compactas, densas y ululantes. Las

manos no se alcanzan a matar los que se prenden ávidos en las caras, en las manos, en las nucas, en las orejas, en las piernas, en todas partes al mismo tiempo.

Las nubes zumbadoras se renuevan. Cada manotazo mata cientos de mosquitos. Pero hay otros y otros que se suceden. Se posan en cada pedazo de la piel. Pican a través de la ropa. Sus cuerpos alargados se hinchan, se agrandan, quedan ahitos de sangre. Al matarlos, en el momento de la succión, revientan como odres diminutos y la sangre chorrea por los rostros, por las manos, por todo el cuerpo.

Cada golpe de la mano abierta mata unos y ya en el mismo momento están picando los escuadrones renovados. Por todas partes, al mismo tiempo, hunden sus agujetas finas y crueles. La piel arde. Quema. Se hincha bajo los miles y miles de lancetas que se clavan al través dé la ropa, que penetran hasta los lugares más guardados. Es como si una fiebre enloquecedora, insufrible, les atacara de improviso. Tienen las manos deformes, los rostros hinchados, las orejas amoratadas. Por todas partes sien ten el escozor que no hay cómo rascar, el pinchazo que rio hay cómo evitar. No encuentran manera de defenderse contra el animal mínimo, tan frágil que un pequeño golpe lo deshace, pero que viene en masas compactas, que se renuevan incesantemente, en nubes que no sólo pican sino que zumban monótonamente un canto desapacible y agu do —el ruido de sus pequeñas alas rítmicas y acelera das— cuyo sonido destroza los nervios.

Metidos en las chozas de caña, los hombres no pueden dormir. Se revuelcan de dolor. Se mueven para ver si así evitan la picadura incesante, despiadada. Se cubren con las mantas hasta las cabezas, pese al calor sofocante. Lo noche transcurre insomne. Ellos, que han desafiado peligros y visto cara a cara la muerte sin preocuparse, sienten ganas de llorar como niños —de angustia y de

rabia— en esta noche horrenda, sin igual, a pesar de que están ya habituados a andanzas en la selva.

En la madrugada alzan el real. Más abajo del río se ve una población mejor situada y más alta en donde es posible que existan menos mosquitos. Emprenden la mar cha. Van demacrados por la noche de insomnio. Aun se ven en sus caras rastros de sangre coagulada y una tume facción rojiza afea las fisonomías.

Tampoco les oponen los indios resistencia. Desembar can y toman posesión del pueblo desierto. No les faltan víveres y deciden permanecer allí tres días para descan sar de las fatigas, tanto como para tomar noticias de los pueblos que quedan más lejos. Tres días monótonos y lar gos, en que curan las llagas que los mosquitos dejaron en su piel. Los indios les avisan que más abajo del río está el pueblo del gran señor Aparia quien los recibirá con su habitual magnificencia. Y al cabo de los tres días, vuel ven a desamarrar el bergantín, para seguir el viaje hacia el misterio.

Es el día once de febrero cuando desatracan. Un poco más lejos del pueblo del descanso, el río "se partía en dos partes". Han navegado un día entero en esa sección bifur cada que toman como ramales y que verdaderamente es la entrada del misterioso río de que hablan las leyendas: el río de las Amazonas, por cuyas aguas navegan varios días.

Pasado algún tiempo, cinco canoas se aproximan al bergantín* Vienen "cargadas de mucha comida". Los indios, en su extraña lengua, les explican que son vasallos del gran señor Aparia. Orellana traduce la invitación que les hace el Cacique de la selva junto con los presen tes que envía y promete dejarse conducir hasta las tierras de su amigo que les ha favorecido con su hospitalidad generosa.

* 26 de febrero de 1542.

De las canoas indias sacan los presentes enviados: "muchas perdices como las de nuestra España sino que son mayores y muchas tortugas que son tan grandes como adargas y otros pescados". Cargan el bergantín con los animales de grandes conchas oscuras y emprenden el viaje hacia las tierras del poderoso señor que tiene sus dominios en las orillas del gran río.

EL SINO ACEPTADO

ENCIMA DE los altos barrancos se levanta el poblado. Las casas de caña, construidas sobre postes altos, a manera de atalaya, se amontonan a lo largo de la orilla, estrechadas por el cerco de árboles que forman una muralla en torno. Orellana ha tomado sus precauciones para evitar una sor presa de los indios. Una tropa numerosa de canoas fué a recibirlo en las proximidades del pueblo en forma amable, llevándole regalos de Aparia. Y ahora está alojado en sus tierras señoriales.

Cada mañana les traen los indios sus presentes extra ños: tortugas acorazadas, enormes manatíes de carne sa brosa a los que han dado el nombre de vacas marinas, monos asados y gatos monteses, frutas abundantes y provisiones variadas. La«generosidad de Aparia no tiene límites. Recibe con magnificencia a los hombres blancos y los colma con su hospitalidad abierta.

Pero Orellana desconfía siempre y por eso redobla la vigilancia. Han anunciado la llegada de veintisiete caci ques poderosos que vienen a conocer a estos hombres de rostros peludos, que van por la selva en una rara embar cación y tienen armas que lanzan el rayo. • Rodeado de sus capitanes, con la espada ceñida al cinto, embrazada la adarga, se adelanta a recibir a los señores de la selva.

Vienen éstos en canoas veloces. Una prieta muche dumbre de indios les acompaña. Traen emplumadas las cabezas y los anchos torsos pintados con vivos colores. Son musculosos y fuertes. Los ojos mogólicos miran con vi vaz curiosidad las cosas nuevas: las armas buidas, las adargas, las corazas brillantes, los- arcabuces hábilmente

distribuidos en los lugares más apropiados para la defen sa, las barbas crecidas y enmarañadas de los españoles.

Orellana los recibe con cordialidad. Comprende ya su lengua y hasta puede hablarla con relativa soltura. Les explica que un rey —su Rey— que vive en tierras remotas los ha enviado. Vienen de esas lejanas comarcas, pasando mares inmensos, sobre embarcaciones que llevan grandes velas blancas. Ese rey, que se llama Don Carlos, es el más poderoso señor del mundo. Y los ha mandado para conquistar y tomar posesión de estas tierras. El Rey —Todopoderoso— es sólo un vasallo de su Dios y un ejecutor de sus designios. En nombre de ese Dios gobierna a los pueblos porque él le ha concedido ese derecho por medio del Papa que es el representante de Dios sobre la tierra. ,

Los caciques oyen sin comprender esas cosas que dice el capitán tuerto en su lengua no bien pronunciada. Y Orellana continúa explicándoles que su Dios es muy gran de, creador de todas las cosas, Padre y Señor de los hom bres. Un Dios sin forma, distinto de los dioses idolátricos de los indios que necesitan de toscas figuras para repre sentar la esencia de la divinidad.

Sin penetrar en el sentido de las palabras, los indios curiosos interrumpen para preguntar, a su vez, en medio de gesticulaciones, hacia dónde van los expedicionarios por en medio de la selva. Quizás si quieren conocer el país de las *coniupuyaras,* las mujeres guerreras del gran río. Muchos nativos bajan desde las montañas y navegan extensiones inmensurables para conocer sus dominios. Pero ellos —los Caciques— les aconsejan no intentar ese viaje peligroso hacia el país de las guerreras porque son muchas y bravas. .Mejor podrían quedarse aquí, en sus tierras, que se las ofrecen generosamente, en vez de lan zarse a tan riesgosa aventura por el gran río.

Orellana responde que los españoles no tienen miedo. Su Dios los protege y su Rey los manda. Son hijos del Sol

y nadie puede hacerles daño. Sus armas lanzan rayos. Matan de modo invisible y fulminante. Nada puede de tenerlos ni vencerlos.

Así continúa el diálogo gesticulante. Los indios dan señales de gran reverencia al saber que son hijos del Sol, *Chise,* al que ellos reverencian como dios. Les ofrecen sus casas y sus alimentos. Pueden quedarse allí si quieren, que nada les faltará. Es el momento oportuno: Orellana se levanta, toma posesión de ellos en nombre del Rey y hace clavar una enorme cruz de madera sobre el barranco para dar testimonio de que esas comarcas se incorporan a la fe de Cristo y a la corona católica de España.

Tiene ahora Orellana la seguridad de que es imposi ble encontrar a Pizarro. Las aguas del río ban empujado en forma tan violenta que ya no podrán retor nar ni será fácil que Pizarro llegue hasta donde él se encuentra. El destino loba querido y tiene que aceptarlo. Por lo mismo, reúne a sus hombres y renuncia la tenencia que Pizarro le confiara. Ya que no puede cumplir como subalterno, tampoco puede seguir en*u nombre. En adelante sólo hay que confiar en Dios que los guía y en el sino que los em pujó hacia lo desconocido, sin otro amparo que los arca buces y las ballestas.

Los hombres de la aventura se quedan pensativos. Comprenden que Orellana tiene razón al renunciar las atribuciones de Teniente General de Pizarro. En adelante sólo ellos pueden bastarse. ¿Qué hacer? ¿Cómo continuar? Tienen fe en Orellana. Lo admiran y lo quieren porque han visto sus condiciones de mando y su disciplina justiciera. Tienen que conseguir que no los deje y salvar sus escrú pulos de conciencia.

Ellos fueron causantes de la situación en que ahora se encuentra Orellana: casi amotinándose le exigieron que no regresara sino que acampara en los dominios de Ir i-

mará y Aparia, más arriba del río, en vez de retor nar, pues sabían que eso era la muerte. Vieron a Orellana intensamente preocupado por no poder auxiliar a su deudo y jefe. Fueron ellos también quienes le impulsaron a seguir adelante en busca de las tierras de lea que no han podido explorar. Y ahora la acusación de traidor y felón recaerá sobre Orellana a quien conocen como hombre leal, bueno y de sentimientos nohilísimos.

Pesa sobre las conciencias dé estos hombres su con ducta, por más que saben perfectamente que era la única que se podía seguir en tales circunstancias, ya que intentar la aventura de subir por un río tan correntoso era conde narse a un fin seguro. Saben que tienen que hacer algo. Se reúnen en grupos para meditar qué deben resolver. Al fin llaman al escribano. Le hacen saber su determina ción y colocado éste en él centro del grupo, escribe lo que le van dictando:

"Escribano que estáis presente, dadnos por fée á nos los caballeros y hidalgos compañeros hombres buenos que aquí van firmados, como pedimos y requerimos al magní fico señor Francisco de Orellana, de parte de Dios Nuestro Señor y Su Majestad, que nos tenga y ampare y guarde justicia y quietud en nombre de Su Majestad, por cuanto él salió del real del muy magnífico señor Gonzalo Pizarro, Gobernador y Capitán General de las provincias de Quito y descubrimiento de la Canela, salió por su mandado a buscar maíz este río abajo á la junta de los ríos de que se tinía noticia, los cuales dicían todos, y el señor Goberna dor en ispecial podía haber cantidad de cuatro días de camino á más tardar; y nosotros, viniendo en demanda del dicho maíz, sin comida ni bastimentos, comiendo raices, yerbas, frutas no conocidas muy peligrosas, y con esta necesidad caminamos nueve días todos de despoblado, y al cabo dellos habiendo Dios Nuestro Señor piedad, fué servido de nos deparar un pueblo adonde en él hallamos

cierto maiz; y de la gran hambre pasada murieron ciertos españoles, y nos los que quedamos estuvimos muy enfer mos del dicho trabajo; porque, como v. merced sabe, era mucho asi por el no comer, como por el mucho remar de sol a sol, que sólo esto era bastante a nos matar; fué menes ter para nuestro remedio descansar cierto tiempo, ló cual por v. merced no nos fué acetado ni consentido, antes quiso luego poner por obra de se volver, como lo puso, y ir a buscar al señor Gobernador, muerto ó vivo; y visto por nosotros ser imposible la vuelta el río arriba por la mucha distancia del camino, que de hombres que en este caso más se les alcanzaba fuimos informados que había cantidad de ducientas leguas dendel dicho pueblo hasta donde quedaba el señor Gobernador; y demás desto las corrien tes y rabdales son muy recios; de manera que tuvimos por mijor y más servicio de Dios y del Rey venir y morir el río abajo, que no volver río arriba con tanto trabajo; acordamos de nos juntar y nos juntamos, y requerir, como por nuestro requirimiento parescerá, de no volver el río arriba; y á todo lo suso dicho vino por nuestro Capitán y Tiniente General, como lo era del dicho señor Gobernador; y agora hemos visto haberse disistido del dicho cargo que del señor Gobernador tenía por se excusar el mucho tra bajo que tenía; y nosotros, viendo y sabiendo los malos recabdos y grandes desórdenes que pueden haber y suceder estando sin capitán en estas montañas y tierras de infieles, de nuevo acordamos y pidimos y requirimos, una, y dos, y tres veces, y todas las demás quen los tales casos pedir se suelen, de vos el magnífico señor Francisco de Orellana que nos tengáis y amparéis como dicho tenemos ert toda paz y quietud, como de antes nos teníades y mandábades, y como en otras partes habéis tenido y mandado españoles en más cantidad que lo que aquí al presente estamos, porque nosotros es nombramos agora de nuevo por nuestro capitán en nombre de Su Majestad, y así lo queremos

jurar y juraremos, y por tal capitán os queremos haber y obedecer hasta en tanto que Su Majestad otra cosa provea: y haciéndolo así haréis servicio a Dios Nuestro Señor y á Su Majestad, y á nosotros mercedes; donde no, protesta mos todos los daños, escándalos, muertes de hombres, otros desafueros que en tal caso suelen acontecer por no tener capitán. Y así lo pidimos a vos el dicho escribano que presente estáis nos lo deis por fée y testimonio en manera que haga fée lo que aquí pedimos y demandamos."

Al llegar al corro, Orellana oye las palabras que va leyendo el escribano Isásaga. Lee éste las firmas: son cuarenta y siete hombres los que expresan su determina-, ción irrevocable: el total de la expedición aventurera. Toma el papel que le tiende el escribano, húmedo aún de tinta, y lee con atención las palabras finales:

"...haciéndolo así haréis servicio a Dios Nuestro Señor y a Su Majestad, donde no, protestamos de todos los daños, escándalos, muertes de hombres, otros desafueros que en tal caso suelen acontecer por no tener capitán..."

Es una responsabilidad demasiado pesada e inexora ble. No puede dejar a los hombres abandonados en medio de la selva. No puede hacerse culpable, por un escrúpulo vano, de la muerte de quienes en él confían. El sino se impone: hay que aceptarlo. Lo ha empujado con deter-minismo imposible de resistir, a esta aventura. Y reconoce en ella la voluntad de Dios.

Da Orellana su aceptación y el escribano deja cons tancia:

"En primero día de Marzo, año de mili é quinientos é cuarenta y dos años, yo el dicho escribano notifiqué este requerimiento al dicho Francisco de Orellana. —Pasó ente mi—. Francisco de Isásaga, Escribano de la Armada."

Cuando ha puesto su enrevesada firma al pie del documento y dejado constancia también de la aceptación de Orellana, se levanta con solemnidad. El Capitán se

acerca a estampar su firma con trazo enérgico. Los hom bres contemplan con emoción esta ceremonia qué los des vincula del pasado y los lanza a un porvenir lleno de misterio.

Cuando el Capitán se levanta, los aventureros se des cubren. Francisco de Isásaga, con el misal en la mano, les toma el juramento. Fray Gonzalo de la Vera y Fray Gaspar de Carvajal, atestiguan el acto solemne.

El escribano, con prolijidad, anota a continuación:

" E1 luego todos lo que tienen firmado pusieron sus manos en un libro misal, y juraron en forma por Dios y por Santa María, y por la señal de la Cruz, por los santos cuatro Evangelios, de tener por capitán al dicho Francisco . de Orellana, y de obedecer por tal en todo lo que les fuere mandado en nombre de S. M."

Orellana escucha en silencio el solemne juramento. Se adelanta luego con emoción visible y pone a su vez la mano sobre el misal de la promesa. Los hombres de la mesnada, piden en alta voz al Capitán su juramento de conducirlos. Y Orellana, en voz alta y clara, da su pro mesa:

"E juró en forma de hacer todo lo que convenga.al servicio de Dios Nuestro Señor y de S. M.,y los tener en justicia."

Así anota el diligente Isásaga. Y terminada la cere monia, los dos frailes testimonian con sus firmas la auten ticidad de este hecho que es la aceptación de lo irreme diable..

Orellana se queda pensativo. Ha llegado-el día seña lado para cumplir aquella intuición que le habla con voz misteriosa. ¿Qué habrá más allá? Quizás le espera un imperio sin fin, riquezas enormes, gloria más espléndida que la de Pizarro. Quizás te espera la muerte por hambre, las flechas envenenadas, la angustia de la selva que no tiene término.

Se aleja en silencio del grupo de hombres que comentan el hecho trascendente. Se aproxima al gran río bu-Uente y mira como corren las aguas por el cauce de bordes verdegueantes. Las aguas pasan con fuerza. Con una fuerza igual *a* esa que lo arrancó de los berrocales nativos de la Extremadura, para lanzarlo hacia un futuro ignoto. Se siente igual a los grandes troncos que navegan en las aguas turbias. Va impulsado por una fuerza semejante y con idéntica inconsciencia de su fin. Y salen de sus labios, sin sonido casi, las primeras oraciones que aprendió en la cuna, en los días ya remotos de su infancia.

EL DOMINGO es el único día en que no se oye el ruido del trabajo. No llega el golpe sonoro de las hachas que talan los árboles gigantescos ni la percusión rítmica del marti llo sobre el yunque ni el suave canto monótono de las sie rras.- Sólo se oye la voz de la naturaleza: el canto del agua, el grito de los grandes pájaros ariscos que pasan en bandadas, los ruidos múltiples de la selva.

Ert el campamento se van encendiendo las hogueras matinales para preparar el desayuno. El maíz molido sirve para hacer tortas apetitosas y los plátanos se doran sobre las brasas humeantes. Así han pasado domingo tras domingo de descanso cansino, día tras día de trabajo agotador.

En estos mansos dominios de Aparia en donde los indios les brindan acogida cordial, Orellana ha resuelto construir el otro bergantín que le es necesario para la aventura fluvial. Diego Mexía que ha sido "entallador" en Sevilla, se ofrece para construir el barco siguiendo el recuerdo ya remoto de los barcos que veía construir en la ciudad matriz de la andanza aventurera.

Cada mañana los españoles van al bosque, en medio de la lluvia que canta y de los mosquitos que zumban, sobre el lodo fino y resbaladizo. Han tenido que tumbar árboles gigantescos y que hacer hornos de carbón para las forjas. Con sus instrumentos rudimentarios han tenido que preparar la quilla, hacer las cuadernas, calafatear la nave. Pero al fin se mece ya en las aguas el bergantín mayor al que han bautizado con el nombre simbólico de

Victoria, al lado del pequeño bergantín en que anduvieron hasta ahora, el San Pedro, que aún servirá para ir hasta las remotas comarcas desconocidas que se esconden en el río.

El domingo no pueden decir misa los religiosos. La harina de Jas hostias se la comieron en los. ratos hambrien tos de los primeros días de la andanza. Pero Fray Gaspar predica. Les habla del Mandato, la Pasión y la Resurrec ción en los días de Cuaresma, Les exhorta a permanecer" con fe y esperanza^ en la Providencia euyos destinos cum plen. Y una oleada de consuelos superiores pasa sobre esas rudas conciencias al oír las palabras sencillas del fraile extremeño. -

La conmemoración de la Pasión en la selva reviste un carácter sencillo. Los frailes confiesan a los aventureros pasando la esponja de la absolución para borrar las faltas de las conciencias maculadas de odio, de lujuria, de ira, de avaricia, de envidia y de codicia de estos hombres que han andado sin ley por las tierras de América, demasiado remotas para que llegue hasta ellas la justicia del Rey. Y terminada la semana santa, resuelve Orellana seguir adelante en la aventura no sin antes advertir a sus hombres acerca del trato que deben dar a los indios de modo que "no se usase el remedio de las armas sin© cuando no se pudiese excusar la propia defensión".

Después de navegar ochenta leguas aproximadamente desde que salieron del pueblo de Aparia terminan los dominios del cacique hospitalario y cesa su providente amparo. Ya no hay poblados generosos ni alimentos abundantes.

El río ha ido ensanchándose. Se mete en la tierra en vastas extensiones pantanosas cubiertas de vegetación enigmática. Otras veces la tierra se eleva en forma de altos barrancos y la selva se mira desde ellos en el espejo de las aguas que corren.

Un sentimiento confuso se apodera de los ánimos de estos hombres blancos que han visto en las tierras lejanas de Hispania sólo riachuelos miserables corriendo ent re vegas domesticadas por el esfuerzo humano o arrastrándo se por terrenos eriales. Los grandes ríos que vieran antes én las tierras nuevas, los habían llenado de espanto: el Orinoco caudaloso, el Magdalena encantado, el río verde de las Esmeraldas y el Guayas, bello como un ensueño plácido de la naturaleza. Pero esos grandes ríos sonoros son nada ante este mar inmenso que se riza en olas tumul tuosas y se pierde en lontananza dejando adivinar apenas el misterio remoto de sus orillas.

Avanzan lentamente. Sobre los bergantines vuelan aves desconocidas. Vuelan en escuadrones. Hacen raros virajes y con audaces golpes de ala se remontan hacia un cielo de nubes bajas, opaco y cargado de humedad persis tente. A veces las aves se posan sobre las extensiones la custres o se pierden gritando en la selva.

Palpita en el paisaje una vida extraña. Un misterio que atrae con fuerza irresistible. Una especie de embrujo fascinador. Algo les llama," con voz atractiva, desde el fondo de la espesura.

De la selva sale una vida multiforme y confusa: gritos de animales, bramidos de fieras, cantos de pájaros, rui dos de troncos removidos por el viento, susurro de hojas. Hay allí animales extraños: jaguares de piel pintada, pan teras negras de ojos fosforescentes, dantas de aspecto extravagante; pájaros de todos los colores, aves de aspec to exótico con apéndices huecos qué les cuelgan bajo el pico y les sirven para producir un bramido como de vacadas ariscas; hay reptiles variados: víboras diminutas, grandes ofidios venenosos de piel verde, roja, amarilla, de man chas entrecruzadas; la boa constrictor, gruesa como un tronco de árbol, que se arrastra cautelosamente por las orillas de los ríos y mira su presa con ojos redondos;

saurios gigantes que toman el sol en los barrancos, con las fauces abiertas, inmóviles como los cocodrilos hieráticos de los viejos ritos, sin hacer caso de las zancudas que se posan sobre sus lomos, ni de las palmípedas que nadan al alcance de sus fauces; monos de todos los tamaños que chillan en las copas de los árboles. Hay ojos encendidos, alas agitadas, élitros sonoros...

La selva ejerce, por lo mismo que es misterio, una atracción irresistible. Para estos hombres de pases ári--dos y de mesetas estériles, es un prodigio sin fin. Un mila gro hecho realidad. Y sueñan en ella mientras la miran desde el río que corre conduciéndolos sin saber adonde.

Una humedad persistente sale de la selva. Es húmedo el aire que sopla desde el río y húmedo el viento que viene de la tierra. Toda esta extensión es agua. Agua de ríos vertiginosos. Agua de cascadas galopantes. Agua de lagos sin término. Agua que rezuma de los troncos. Que se ex tiende en la tierra. Que cae del cielo. Que baja de las laderas. Agua que forma extensos pantanos que tienen una vida propia y distinta.

Es, el del agua, un ciclo vital activo y continuo: las nubes que van a estrellarse contra los Andes, arremolina das por los vientos, caen en lluvias diluviales y acrecen el caudal de los ríos que bajan de las montañas. Son al princi pio manantiales que suenan a manera de flautas de cristal, débiles chorros de agua cantante. Forman luego riachue los que se precipitan por las abras cordilleranas rompiendo lentamente las rocas, triturando con paciencia milenaria los cuarzos auríferos; abriéndose canales al través de las entrañas oscuras de la piedra para salir de repente en gruesos remolinos y precipitarse de alturas inverosími les en cataratas espumosas. Y van bajando, uniéndose, engrosándose, hasta caer, rodando por las laderas, en las vastas planicies donde amontonan sus pepitas de oro.

ARGONAUTAS DE LA SELVA

Mil doscientos rios bajan desde las cordilleras a for mar este mar dulce. En la enorme extensión fluvial y cuasi lacustre —que es a manera de un mundo joven que está naciendo todavía, informe y caótico— se arrastran reptando lentamente. Se meten en forma de esteros enre vesados dentro de la tierra verde. Forman ciénagas y la gunas innumerables. Y el calor sofocante evapora las aguas que vuelven a elevarse en forma de nubes bajas y densas neblinas.

El agua y el viento juegan con este mundo en forma ción. Le dan vida. Le imponen su ley inexorable y des conocida. Someten al hombre, demasiado pequeño, a su dominio bárbaro. Rigen la existencia de todas las, cosas.

Las nubes grávidas de vapor acuoso se cargan de electricidad en su ascensión rápida. Son ingentes masas electrificadas por el rozamiento de las pequeñas partículas de agua contenidas en la atmósfera. Todo se hace enton ces tenebroso en la extensión sin límites. El cielo es gris negruzco y la selva se torna oscura como el misterio. El río mismo se vuelve pardo y amenazador y comienza én lo alto la batalla de os» elementos que pone una grandeza pavorosa en el paisaje acuático del mundo naciente. La lluvia diluvial cae como en los días primigenios de la creación, pesadamente, en gruesas gotas que se aprietan, chocan y se derrumban como una catarata de los cielos. Suena ensordecedora al golpear contra las hojas. En la oquedad del río retumba la música aterradora del rayo. Zigzaguean los relámpagos en anchas zonas iluminadas sobre el cielo oscuro, haciendo juegos coloreados entre las nubes. Los árboles de la selva se desploman: árboles gi gantes que caen con estrépito horrísono aumentando con su ruido el pavor de la naturaleza enloquecida.

Las aves huyen. Pasan gritando con voces de espanto contra la tempestad. Son grandes aves acuáticas de alas fuertes y recias que no pueden vencer, sin embargo, la impetuosidad desencadenada de los vientos-

El viento es el ordenador de ese mundo informe. Viene desde las extensones marinas del Atlántico, con los pies mojados de humedad salobre. Lo han encontrado los navegantes en remotas latitudes. Sopla con regularidad eterna con sus mil bocas: los alisios calientes que recorren la selva y mueven las nubes encabritadas. A veces el calor provoca remolinos invisibles. Se elevan las cosas como llevadas por fuerzas imponderables. Y la tierra floja, las islas flotantes, corren empujadas por las manos poten tes del viento.

El viento barre las nubes. Las tempestades pasan lle vando su música a otras soledades. Y reluce otra vez el sol quemante que vuelve a jugar con las aguas, a conden sar las nubes, a preparar las tronantes tempestades que se suceden con frecuencia y se alejan con rapidez en este mundo en el que todo es misterio.

Por ese río van los aventureros. Hace tiempo que de jaron atrás las tierras mansas y acogedoras de Aparia, el señor magnífico. Ahora sólo hay soledad en este mundo incógnito. Soledad y misterio. En el aire. En la tierra. Y también en el agua. Por las corrientes transparentes se ven desfilar peces de formas raras; grandes tortugas de caparazones brillantes como si fueran de metal bruñido, saurios gigantescos cubiertos de conchas verduscas. Y en las brillas chapotean los manatíes y las dantas que huyen o se sumergen al acercarse los bajeles de los argonautas.

Acodados en las bordas de los bergantines, los es pañoles contemplan el espectáculo inimaginable. Sobre las naves pasan las aves acuáticas. Pero ni en el agua ni en el aire pueden encontrar el sustento. Los peCes no pican los anzuelos de pobres carnadas ni las aves se posan a tiro de sus ballestas. Son demasiado rápidas o demasiado ariscas para alcanzarlas con un tiro de flecha. Y el ham bre comenza a aparecer nuevamente a bordo de las naves.

Orellana Ka ordenado que los remeros pongan todo su esfuerzo para llegar pronto a lugar poblado. Desde que salieron de los dominios dé Apária no encuentran rastro de existencia humana. Los

ojos vigilantes se cansan de mirar la'soledad. La magia del río espanta los ánimos. Una fuerza enigmática se desprende de esta naturaleza descomunal] Hay algo que da miedo sin saber qué es. Ese algo que impide sacar pescados del río o hacer blanco en las aves que parecen burlarse del hambre de los aven tureros: el hechzo imponderable pero no menos real que envuelve el río y la selva.

De sol a sol los remeros se cansan luchando con las corrientes. Fatigan sus músculos acerados. Golpean rít micamente las aguas con sus largos remos. Quieren llegar pronto a ver un rostro humano, un bohío, una vivienda, algo que les recuerde que viven realmente en el mundo, no en un país de ensueño delirante. El miedo y el hambre amenazan enloquecerlos. Clavan inútilmente la mirada en el horizonte para ver si se levanta un poco de humo que anuncie la presencia del salvaje. Preferirían pelear con tra muchedumbres. Abrirse caminos entre ríos de sangre. Exponer la propia existencia contra seres reales. Todo, menos sentir ese misterio espantoso, ese hechizo sin for ma, esa magia embrujadora, ese pánico sin razón.

Orellana mantiene, a pesar de todo, la moral de su tropa. Levanta los ánimos. Los alienta y los conforta. Impide que la locura de la selva los tome en sus redes fi nas y desesperadas. Organiza sus turnos de remeros y de vigilantes. Mantiene la disciplina. Y cuida de-modo es pecial el racionamiento de la mesnada de lo cual depende su existencia*

Ha guardado en el fondo del bergantín una provisión de maíz que puede durar algunos días sin ser afectado por la humedad. Reparte la ración diaria después d» tos tarlo hasta que quede el grano brillante y moreno. Es la sola comida que hay a bordo. Y a veces alguna fruta que

les depara la casualidad. Ó las raíces montesinas que arrancan desesperados. Las comidas opíparas de Aparia son sólo un recuerdo. Las grandes pavas de monte, los faisanes de la selva, las perdices

gordas, los venados de carne suave, los manatíes y las tortugas, se quedaron atrás. Ahora hay únicamente el maíz tostado, duro, que tragan en silencio, reblande ciéndolo con la poca saliva de sus bocas resecas por el calor, y las raíces que mastican lentamente como los ru miantes.

Cuando comienza a caer la tarde y la sombra invade la soledad, Orellana busca un sitio para amarrar los ber gantines. Enfilan a la orilla con golpes de remo. Ama rran los barcos contra los troncos o los sujetan con pie dras. Y en la candelada humeante tuestan el puñado de maíz que les servirá de ración para el día venidero.

Así pasan un día y otro. En las noches montan guar dias para evitar un ataque sorpresivo. En .medio de la sombra, mientras sus compañeros duermen, los centinelas, transidos por la humedad, atormentados por los mosquitos voraces, oyen los ruidos de la selva. Cada árbol que se mueve semeja un fantasma. Cada hoja que cruje sugiere la llegada sigilosa de un paso enemigo. Y la selva, la impenetrable espesura, es un canto extraordinario que se eleva en todos los tonos como si estuviera llena de pala bras, de quejas, de susurros y de enigmas.

EL SIGNO DEL MILAGRO

HACE DOCE días que les acompañan sólo la desesperación, él hambre y la soledad. Doce días desde que salieron de las tierras hospitalarias de Aparia el grande. Es el seis de mayo, día de San Juan Damasceno. Fray Gaspar les ha hecho rezar las oraciones matinales y Orellana empuñar los remos para vencer el hechizo del río interminable. Navegan aguas abajo mirando las orillas siempre iguales. Comienzan a perder la esperanza de encontrar huella humana antes que el hambre los mate. Y ya ni los rezos pueden vencer el desaliento que empieza a apoderarse de esos corazones rudos.

Diego Mexía, el carpintero sevillano que construyó el barco, sentado en la proa sigue con la mirada el revuelo de las grandes aves marinas. Quizás alguna se ponga'a tiro. Lo ha esperado día tras día sin obtenerlo. Pero la esperanza es más fuerte. Y mira atentamente un ave que traza círculos en el cielo, se aproxima al barco y vuelve a huir. Por precaución, Orellana ha dado órdenes de que los bergantines vayan cerca de la orilla, pues puede pre sentarse la oportunidad de una caza-propicia. Observa las aves ariscas que alzan el vuelo al oír el golpe de los remos y los manatíes que se sumergen al sentir la proxi midad de las naves.

Al fin el ave se posa en un árbol de la orilla. Con templa azorada el avance de los bergantines. Mexia ha ordenado que remen cautelosamente, sin hacer ruido. El ave bate las alas pero se queda quieta. Cuando está a tiro, el sevillano alista la ballesta, pone la flecha y levanta el arma para apuntar. Puede hacer un tiro certero. Templa

la cuerda impulsora. El ave permanece inmóvil. Mas la nuez de la ballesta salta de la caja y el tiro se pierde.

Con un movimiento rápido, Mexía trata de alcanzar la nuez. Rueda ésta más veloz que la mano y cae al agua. El sevillano mira los círculos concéntricos que deja al caer en el río. Los mira con rabia y con angustia, pues una ballesta perdida es un mal irreparable en este mundo en el que dice el Padre Carvajal, "después de Dios las balles tas nos dieron la vida".

Todos están consternados. Al partir del real de Piza rro, Orellana había tomado cinco ballestas y tres arcabu ces. Ahora sólo quedan cuatro. Un sentimiento opresor hace decaer los ánimos. La pérdida de la nuez de la ba llesta es un augurio funesto y un signo de evidente mala suerte. Pero Orellana se sobrepone a todo. Les increpa por su falta de fe. Los amonesta severa y paternalmente. , Dios no puede dejarlos abandonados. Para aumentar su gloria y cristianizar infieles han venido a estas tierras. Es su designio, por lo tanto, que salgan con bien de todos los peligros.

Un tanto reconfortados, vuelven todos a sus puestos. No es posible olvidar el hambre que los atormenta. Si ha fracasado la tentativa de cazar un ave, se puede tener suer te en la pesca. Gabriel de Contreras prepara lentamente su vara, lanza el anzuelo y se queda quieto, en espera de sentir la tensión de la cuerda que indica que un pez ha mordido la mísera carnada.

Pasan las horas en silencio. Fray Gaspar mira la leja nía, curioso, para anotar luego sus impresiones diarias. Fray Gonzalo lee su breviario. Y los otros reman o des cansan sentados en los duros maderos. Nadie habla. Se oye únicamente la voz del agua que choca contra los cos tados de los barcos, el grito de los pájaros ariscos, el gol-' pe rítmico de los remos.

De pronto un grito pone en tensión a los hombres. Es Gabriel de Conteras quien lo ha lanzado y todos se incor poran para ver de qué se trata.

—¡Un pez! ¡Ha picado un pez!

La piola está tensa. Se ven los sacudimientos que hace el pescado para libertarse del anzuelo doloroso que se clava más a cada movimiento. Todos corren hacia la borda. El barco se inclina bruscamente. Orellana detie ne el tumulto con voz imperativa y ordena que unos pocos hombres ayuden a izar el pez atrapado por Contreras.

Es enorme. Gordo. Las escamas brillan bajo el sol con fulgores metálicos. Se debate en la cubierta dando gran des saltos que hacen temer que se salga por la borona Pal pita desesperadamente con los estertores de la asfixia. Sus branquias se mueven aceleradamente.

El pescado mide cinco palmos de largo. No es lo bas tante grande para saciar el hambre de los aventureros pero siquiera puede proporcionarles un alimento repa rador.

El tripulante que lo abre con su cuchillo lanza de pronto un grito:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Otra vez la emoción recorre la nave. Con voz entre cortada el cocinero quiere explicarse pero no puede y úni camente muestra en su mano abierta una bola manchada de sangre. Los españoles reconocen la nuez de la ballesta perdida' poco tiempo antes. El pez glotón ha tragado la nuez perdida como el pez griego en cuyo vientre encontró el tirano de Samotracia su anillo inapreciable.

Todos caen de rodillas. Con las manos juntas. Sienten que algo como un escalofrío recorre sus vértebras. No tienen palabras para expresar sus sentimientos. Y Fray Gaspar, en medio de la confusión, reza en voz alta para dar gracias a Dios.

Algunos hombres lloran. Esos rudos conquistadores, avezados a la muerte, sienten una ternura profunda al ver

que Dios no los deja abandonados. Y con un acento de piedad inenarrable, repiten la oración que va diciendo el capellán: ^

—Creo en Dios Padre, Creador del Cielo y de la Tierra... Sigue luego la navegación seis días más. Cada mañana los aventureros aguzan el oído para escuchar si el miste rioso pájaro anunciador de tierras pobladas lanza su raro grito. Nada. Oyen solamente el grito de las aves comunes y el chillido de los insectos. Hasta que al llegar la séptima madrugada llega otra vez, perceptible y claro, el canto agorero:

—Bohío... Bohiiiooo...

Y en efecto, poco rato después ven a la distancia el blanquear de una población indígena. En medio de las nubes bajas no se alcanza a precisar la distancia. Faltarán quizás dos o tres leguas para llegar. Está muy lejana aún y reman con fuerza para aproximarse a ese poblado que les trae la esperanza de encontrar víveres abundantes.

A medida que se acercan, pueden ver claramente cómo del pueblo se desprenden cientos de puntitos oscuros. Ore-llana da las órdenes para que los hombres ocupen sus puestos de combate con las armas listas. Sacan las balles tas. Se ciñen las espadas. Embrazan las adargas. Y los arcabuceros se disponen a emplazar sus armas detonantes en las bordas de los dos bergantines que navegan juntos para auxiliarse mejor en el difícil trance.

Los puntitos oscuros van tomando forma. Se puede ver claramente que son canoas. Cientos de canoas. Y en ellas deben venir miles de indios. Cuando ya están cerca observan que son distintos de las canoas pacíficas de Aparia. Las que ahora vienen por el río son más grandes y están acorazadas con pieles de manatíes y cueros de lagartos.

Tan pronto como están a tiro de sus ballesteros Orellana da orden de disparar. Las flechas parten certeras y se clavan sin piedad en las carnes morenas, atravesando las pieles duras de los manatíes y las dantas que usan los indios a manera de adargas. Pero no se oye la descarga detonante de los arcabuces.

Rápido, Orellana se allega adonde están los arcabu ceros. Y, antes de investigar, se da cuenta de la horrible situación. Los cartuchos de pólvora están húmedos. Es inútil que el yesquero encienda la mecha que pasa por el fino oído del arma. La pólvora no enciende. Cuando más lo han menester, las armas de fuego que son las que dan al blanco su enorme superioridad sobre el salvaje, po fun cionan. Pero Orellana no pierde el tiempo en lamentos. Ordena a los arcabuceros que pongan a secar la pólvora y que, hasta tanto, empleen sus espadas.

EL ASALTO

A GOLPES desesperados de remo llegan al principio ¿del pueblo sin que las canoas indias cesen de amagar * Ore-llana da sus instrucciones: la mitad dé los hombres debe saltar a tierra mientras los otros guardan los bergantines de los ataques por el agua. Así, fraccionados, pueden acometer a los indios del pueblo y evitar que se renueven los asaltos por el río.

A la voz de mando, los españoles obedecen. Saltan al agua que les llega hasta la cintura y se precipitan sobre los indios que casi no pueden creer que un puñado escaso de hombres se atreva a un combate tan disparejo.

A pie firme esperan a los españoles que se abren paso con ímpetu. Apenas han puesto sus plantas en la orilla, Orellana, sin dejar de pelear, llama a su Alférez. Alonso de Robles se aproxima, sudoroso y jadeante, con la espada teñida de sangre que mancha también su rodela. El Capi tán le ordena que tome veinticinco hombres para que se adelante hasta el poblado, como vanguardia, y limpie de indios el camino, mientras él atiende los incesantes ataques contra los bergantines.

Con voces breves e imperativas va Robles llamando a sus hombres de mayor confianza y, una vez reunidos, avanzan entre la prieta muchedumbre. Cubiertos con sus adargas, atacan con decisión. Las espadas se hunden en las carnes 'morenas. Caen los indios con los pechos, abiertos por las estocadas certeras. Caen con los vientres destrozados. Con las cabezas partidas. Sus entrañas rotas

* 12 de mayo de 1542.

forman charcos de sangre. Las espadas no descansan. Hacen su siega mortífera de modo implacable. Montones de cadáveres quedan a su paso. Se defienden inútilmente los indios y, al fin, deshechas las

filas, emprenden una loca carrera

Más de media legua los persigue Robles hasta arrojar los del poblado, y se retrae luego lentamente, desalojando a los últimos indios que se han quedado en las casas. Allí hay víveres como para mantener mil hombres durante un año. Grandes depósitos de comida y albercas en donde crían los indios las tortugas como animales domésticos. Pero no es posible detenerse. A Robles le preocupa la suerte de su jefe que se quedó luchando contra la indiada que le daba guerra por el agua. Pudiera ser que Orellana necesite su auxilio y sin dejar de mirar si retor nan los indios fugitivos, inicia el regreso con sus veinticinco homi bres empapados de sudor y de sangre.

Al llegar a la población encuentra a Orellana que todavía pelea contra los tenaces indios de las canoas. Han podido desembarcar los españoles y ocupan las chozas, desde donde siguen disparando sus ballestas contra los remeros salvajes. Mas la posesión del pueblo les da una indudable superioridad puesto que los indios ya no pue den rehacer sus filas de canoas ni recibir refuerzos opor tunos.

Orellana escucha el parte breve que le da su Alférez. Piensa que sus hombres después de la fatiga sufrida en los lentos días de navegación y de las hambres pasadas desde que dejaron atrás la hospitalidad de Aparia, nece sitan descansar unos cuatro o cinco días antes de seguir el viaje.

Los reúne en las chozas. Tiene que enviar a alguien para que recoja los abundantes víveres que ha visto el Alférez. No se puede confiar esta tarea a Alonso de Ro bles cuyos hombres están extenuados por la lucha desigual

y elige a Cristóbal Maldonado de Segobia para que vaya con una docena de soldados a cumplir el cometido del que depende la existencia de su tropa hambrienta.

Doce españoles se ofrecen para ir. Embrazan sus adar gas y con las espadas desenvainadas avanzan hacia el pueblo que han abandonado los indios en su fuga. No podría ser mejor la elección de Orellana. Maldonado es valeroso y experto en achaques de guerra, según lo tiene demostrado en las guazabaras de Nicaragua en que acom pañó al Capitán Martín de Astete y en las provincias quiteñas en donde fué soldado de Belaícázar. Al frente de la docena heroica va cauteloso y resuelto.

Al llegar al centro del pueblo ve que los indios han retornado. Cae sobre ellos para arrebatarles las gruesas tortugas, los pescados, las carnes y bizcochos en que es abundoso el poblado. Huyen nuevamente los indios y Mal-donado empieza a recaudar los víveres. Más de mil tor tugas tiene reunidas para llevarlas a los expedicionarios. Las tortugas pueden conducirlas a bordo vivas, e irlas sacrificando poco a poco. Pero los indios han ido a noti ciar seguramente que los españoles que andan por el poblado son escasos y regresan para disputarles el ali mento.

Es una nutrida muchedumbre. Viene, con gritos espan tosos, blandiendo sus armas. Quizás son dos mil contra la escasa docena de hombres que comanda el intrépido sol dado español. Tienen que ceder los aventureros. Mas se rehacen rápidamente, alentados por Maldonado, y vuelven a caer sobre los indios con acometividad renovada. Estos no retroceden, sin embargo. Hacen frente con sus armas pobres a las espadas devastadoras en tanto que los españo les se protegen con sus rodelas y, así cubiertos, acometen mejor. Cada golpe es un indio que cae con una ancha herida sangrante. Cana terreno a cada paso y las indiadas retroceden espantadas de este valor temerario.

Dos españoles puedan en tierra, revolcándose de dolor, heridos por los golpes de los indios. A pesar de que que dan ya menos de diez para la acometida, los aventureros siguen adelante. Pero los indios se rehacen y cargan nue vamente. En esta vez seis españoles más quedan heridos. Unos tienen las piernas atravesadas y otros los brazos sangrantes. Los indios perspicaces se han dado cuenta de que éstos son los puntos vulnerables, pues quedan al des cubierto. No pueden herir los torsos protegidos por las adargas y buscan las piernas desnudas y los brazos aco metedores para haCer blanco con sus armas.

El mismo Cristóbal Maldonado de Segobia está herido. Tiene traspasado un brazo por una lanza india. Del rostro, herido por un varazo, le mana abundante sanare. Sin embargo, no retrocede. Sigile peleando. Los ot ros heridos hacen también caso omiso de sus dolores y se preparan a defender hasta el último momento sus vidas.

La situación es difícil y la lucha desigual. Flaquean ya los ánimos y alguno de los soldados heridos pide con voz suplicante a Maldonado que procure retroceder poco a poco para pedir auxilio a los demás hombres que se quedaron al principio del pueblo.

Maldonado se revuelve furioso. Su rostro sangrante y tumefacto es más feroz aún al expresar la cólera. Les increpa con furia. El no regresará dejando a los indios con victoria. Su orgullo de soldado español se rebela. Y sin dejar de pelear a pesar de su brazo herido, incita a los pocos que están sanos para que sigan peleando. Es épica su furia. Los demás españoles, como hipnotizados por su valor brutal, cargan nuevamente. La sangre sigue corrien do a raudales. Se amontonan los cadáveres de los indios. Y cuando ya no es posible otra cosa, Maldonado se replie ga entamente sin dejar un solo instante de combatir.

Mientras Maldonado pelea por arrebatar los víveres a los salvajes, Orellana ha concentrado sus hombres en las

primeras chozas del poblado. Las canoas indianas se han retirado o vencidas. Y al fin pueden tomar los españoles un breve descanso tras esa lucha desigual.

Algunos están heridos. Otros, terriblemente fatigados, se acuestan en el suelo para dar a sus cuerpos un reposo reparador. Unos pocos hombres exploran, curiosos, en torno de las chozas mientras los demás descansan y Ore-llana atiende a los heridos que han sido transportados hasta el improvisado campamento.

Todo parece tranquilo en la extensión selvática. Ni siquiera se oyen los gritos de los indios que combaten con tra los pocos hombres del heroico Maldonado. Todo es paz en la espesura y unos pocos españoles se alejan en busca de frutos para calmar al hambre desesperante.

Cristóbal de Aguilar, un hombre recio, fuerte, en ple nitud de su juventud aventurera, se ha adelantado un poco. Aguilar es un mestizo. Hijo de uno de los descubridores del Nuevo Mundo y de una india de la Isla Española. Tiene algo de la perspicacia penetrante y de la astucia fina del indio. La mirada de sus ojos, ligeramente rasga dos, se posa inquieta en la espesura circundante. Teme algo. Se lo dice su instinto agudo. De pronto alcanza a divisar entre las ramazones un conjunto de sombras. Avanza un poco y ve que los indios han venido sigilosa mente hasta el poblado. Cuatro españoles imprudentes han sido sorprendidos. Yacen en el suelo, sin haber tenido tiempo ni siquiera para dar una voz de alarma. Y ya los indios avanzan hacia las chozas en donde reposan los españoles desapercibidos.

Un movimiento estratégico, inteligentemente combi nado, de los salvajes, pone en peligro a los españoles. Mientras una parte combate contra Maldonado en el pue blo, otros han dado un rodeo silencioso para caer de sobresalto sobre el poblado. Es una especie de movimiento

de pinzas que tomará a los hispanos por dos lados y los encerrará impidiéndoles la defensa.

Cristóbal de Aguilar grita. Pide auxilio y advierte el peligro. Pero no pierde tiempo en

esperar que la alarma levante a los hombres del campamento. Desenvaina la espada y se va, solo, contra la muchedumbre. Mientras tanto Orellana, que ha oído el grito de auxilio, sale de la choza en que se encuentra, con la espada en la mano. Lleva el pecho sin coraza y anda sin rodela. Llama a sus hom bres y se lanza así, sin protección alguna, a pelear contra la masa de los indios.

El momento es difícil. Unos quinientos salvajes han entrado en la plaza y otros tienen ya cercadasjasjcasas en donde se hallan los españoles. Al oír los gritos del Capi tán, los aventureros echan mano a sus espadas. Y comienza la lucha desigual. Una lucha desesperada y heroica. Du rante dos horas combaten. Dos horas de herir sin tregua. De matar sin descanso. De combatir en medio de la grite ría de los indios. No hay cómo dar pie atrás. Nadie pue de socorrerlos y su vida depende de sus espadas.

Todos pelean ferozmente. Blas de Medina, un caste llano de apenas veintidós años, aunque ya siete u ocho años anda en lides de guerra contra los indios de América, se señala por su bravura sin par. Con una corta daga se abre paso entre los selvícolas. Su arma relampagueante proyecta en torno una dramática cosecha de muerte. Caen los indios al derredor de este bravo imperturbable que parece no tener idea del miedo. Una lanza le atraviesa el muslo. Sin embargo, no retrocede. Ni el dolor ni nada es capaz de detenerlo. Su bravura electriza y ejemplariza. Nueve españoles más caen heridos. Pero no cesa el com bate hasta que, después de dos horas de cruento luchar, los indios se desbandan dejando cerros de cadáveres, unos con los brazos abiertos, de bruces contra el suelo y otros

en actitudes inverosímiles, contraídos por el dolor de las heridas mortales.

El cansancio los invade. Sólo entonces sienten la fatiga de los músculos y el dolor de los brazos que han manejado la espada y la adarga durante dos horas enteras. Están empapados. Los rostros exangües chorrean gruesos hilos de sudor. Las ropas rotosas están manchadas de san gre. Ya no tienen casi fuerzas. Mas Orellana, que ha combatido al frente de sus hombres sin rodela ni coraza, parando con la espada los golpes y devolviéndolos mortí feramente, no se deja tomar del cansancio. Recuerda que Maldonado fué con unos pocos hombres y que puede ha ber sido tomado en una emboscada por estos indios bravos que parecen tener una estrategia hábil para combatir. No regresa aún y eso le inquieta.

Rápidamente da órdenes para que una patrulla se ade lante a buscar al compañero que tarda. A pesar de la fati ga, le obedecen. Una breve tropa parte en busca de Mal-donado y a poco andar lo encuentran que regresa. Camina lentamente, pues él y todos sus soldados vienen heridos. Tiene el rostro deforme y el brazo sangrante. Los otros muestran grandes desgarraduras y contusiones.

Maldonado ha hecho una retirada admirable. No sólo ha salvado a su decena de hombres sino que ha derro tado a los indios, aun a costa de salir todos heridos. A pesar de estarlo, se turnan para cargar a un hombre que viene moribundo. Es Pedro de Ampudia. Está incons ciente y sus compañeros lo traen en hombros. Maldonado es incapaz de huir dejando abandonado a un español.

Al llegar al campamento, Orellana procede a la revista de sus hombres. Dieciocho españoles están heridos. Más de la tercera parte del total de los expedicionarios. Es grave la situación. Las heridas son desgarraduras pro fundas y contusiones peligrosas. Algunos, como Ampu dia, están evidentemente en estado de cuidado sumo. En

ese trapee no queda sino confiar en el destino. Y estos hombres de fe inquebrantable, rezan para pedir a su Dios que los saque del peligro, que los salve de la muerte.

Ha vuelto al campamento

la calma. Una calma llena de tristeza y de angustia. Se oyen el lamento de los heridos y los rezos de los frailes. Los ánimos están decaídos y los rostros fatigados expresan un pesimismo melancólico.

Orellana procura que sus hombres rehagan la moral. Les conforta. Ya pasará la tenacidad de los indios y po drán descansar. Pero los indios no se dan descanso. Son impertérritos y constantes. Huyen y vuelven a rehacerse. El combate parece que no tendrá fin y que será imposible aposentarse a descansar en este poblado que esperaban con la ilusión de encontrar en él reposo y alimentos como encontraron en los pueblos indianos que se hallan más arriba del río.

Uno de los centinelas viene a decir a Orellana que los indios están rehaciendo sus fuerzas en las afueras con el propósito de caer nuevamente sobre ellos. Orellana com prende que es imprescindible desalojarlos si quieren con servar la vida y ordena a Cristóbal Enríquez que vaya a batirlos para asegurar de ese modo el real hispano.

Cristóbal Enríquez es un caballero noble. Todos a bordo lo llaman "Él Comendador", pues tiene hábito de una orden militar. Elige quince hombres de los pocos que quedan sanos y parte a cumplir su cometido. Pese al can sancio de los brazos, pese al hambre y la fatiga, los aven tureros se abren paso. Mas la indiada es demasiado nu-. merosa. Cada indio que cae es reemplazado. Las espadas abren huecos en las filas y pronto nuevos pechos broncí neos se interponen. Uno de los hombres que llevó Enrí quez, cae. Tiene atravesada una pierna con una herida ancha que le impedirá para siempre caminar. Es un arca bucero y esto es gravísimo puesto que las armas de fuego que llevan a bordo son las que dan la victoria decisiva.

Enríquez sigue combatiendo pero comprende que no puede vencer. Despacha rápidamente un hombre para que vaya al real y pida refuerzos. Al recibir la noticia, Orellana medita un rato. Y fin

surge su resolución. No puede sacrificar más hombres. Los que quedanj^anos están en tal estado de debilidad que no rendirán mucho en el combate. No hay más recurso que huir. Salir del pue blo. Renunciar al descanso prometido y a los víveres su culentos. Ir nuevamente por el río en pos de tierras mejo res y de indios más apacibles. Despacha al emisario de Enríquez Con instrucciones: debe retraerse lentamente, procurando economizar la vida de susiombres. Ellos.río han venido a conquistar esta tierra. Para tal aventura son demasiado pocos y sera locura pretenderlo. Más tarde regresará con tropas numerosas y bien abastecidas. Ahora" sólo tienen que descubrir, informarse y partir lo más pronto posible para buscar la salida al mar.

Cristóbal Enríquez, al recibir la orden, comienza a batirse en retirada, lentamente. Sin dar a entender que huye. Sin dejar de herir. Los indios quizás suponen que se trata de un movimiento'astuto y se detienen en él linde del bosque.

Cuando están todos los españoles juntos, Orellana lee habla. No se le escapa lo difícil de la situación ni trata de engañarlos. Sólo exalta la fe en el destino. Les exhorta para que no vacilen en la confianza que tienen depositada en Dios. Y les previene que eviten inútiles luchas.

"Los españoles oyen en silencio. Saben que el Capitán tiene razón y se preparan a cumplir sus órdenes. "T ienen que volver a los bergantines ya que no es posible luchar contra tantos salvajes acometedores. Poco a poco van ocu pando sus puestos. Embarcándose uno a uno. Primero los remeros que se sientan en los puestos, prontos a sepa rarse de la orilla a la voz de mando. Otros están atentos para desamarrar con presteza los cabos que los unen al

barranco. Lo importante es que los indios que espían curiosamente en la espesura no se den cuenta. Para ello hace Orellana que envuelvan a los heridos en grandes mantas de modo que semeje

n fardos. No quiere que los indios se enteren de que sus armas han causado tantos estragos.

Aun los soldados heridos en las piernas de modo leve, reciben la orden de no cojear para que los indios no noten sus heridas. Soportando el dolor van avanzando rectos y firmes hasta la playa. Únicamente a los heridos graves su ben en hombros, disfrazados como si fueran cargas de maíz. Y cuando ya están a bótalo los heridos, una orden breve de Orellana pone en acción las manos. Desamarran el bergantín. Saltan a bordo los españoles que aún per manecen en la playa. Orellana, cuando todos están em barcados, salta también. Y los remeros que esperaban la orden con los remos listos, golpean con fuerza las aguas, impulsándose desesperadamente para alejarse de esa tierra de sangre y de odio.

bohíos poblados, cantó en la madrugada y los españoles esperan encontrar pronto un poco de reposo. Desde que salieron de los dominios sangrientos de Machi-paro han tenido un incesante combatir, sin descanso para las manos sangrantes de remar y para los brazos extenua dos de manejar la espada devastadora.

A lo largo del río, las muchedumbres les amagaron en sus canoas rápidas, les amenazaron desde las orillas, les insultaron en su lengua inentendible. Incluso en una isla en la que buscaron refugio tuvieron que defenderse de un ataque a pleno día. Los indígenas enviaron a sus hechiceros: en raudas canoas, lanzando maleficios y as perjando ceniza, vinieron hasta los bergantines los magos de la tribu, pintados de blanco -los torsos desnudo?. Para estos hombres nutridos de la fantasía de la caballería, aquellos eran como los endriagos y gigantes de las andan zas de caballeros.

Hernán Gutiérrez de Celis b>zo un tiro maravilloso al dar con un certero disparo de arcabuz sobre el pecho broncíneo del cacique, poniendo en fuga a una densa mu chedumbre.

EL PÁJARO incógnito que anuncia a los-aventureros la presencia de

Ahora las orillas están desiertas. No se vé en ellas el gentío amenazador ni retumban los gritos que les persi guieron durante leguas y leguas. Ni siquiera hay selva en las orillas. Hay grandes extensiones verdes como pas tizales y la tierra se .eleva formando oteros plácidos.

Sobre una de esas suaves colinas alcanzan a divisar un caserío. Un sentimiento contradictorio se apropia del

ánimo aventurero. ¿Serán nuevas tribus feroces y bárba ras como las del combativo Machiparo o serán acogedoras como las del pacífico Aparia? ¿Les esperarán el descanso y las comidas opíparas o tendrán que vivir la vida sobre saltada que tuvieron en las últimas leguas?

De todos modos hay que arribar al poblado. Ya los víveres escasean y los hombres requieren un descanso completo que no pueden tener hacinados en el fondo de los bergantines. Los enfermos necesitan cuidados, espe cialmente Ampudia que está grave y delirante.

Al advertir la presencia de las extrañas naves salen los indios a las orillas y miran los bergantines que avan zan aceleradamente. Gesticulan y gritan para prevenirles que no entren a sus dominios. Y al ver la decisión de los blancos, se aprestan a la defensa.

En vano Orellana procura atraerlos en paz. Avanzan los indios hacia la orilla con la resolución de impedir el desembarco y atacan furiosamente a los pocos españoles que saltaron primero. Orellana; que ve la situación difícil de sus hombres, ordena a los ballesteros y arcabuceros que alisten sus armas. Resuenan los disparos y varios in dios caen revolcándose en el suelo. El estupor que pro duce esta arma sonora aleja a los indios y los bispanos aprovechan el momento para saltar en tierra cargando contra los indios fugitivos.

Se revuelven éstos, de vez en vez, para hacer frente a los blancos. Pero es inútil y el caserío queda en poder de los aventureros después de un largo combatir. Orellana. distribuye entonces-sus centinelas para impedir que, como ocurrió en las comarcas dé Machiparov les tome de sor presa un ataque. Coloca los arcabuceros y ballesteros en los sitios dominantes y, una vez tomadas las precauciones necesarias, ordena que desembarquen a los heridos para descansar más cómodamente en las chozas del pueblo.

Algunos pueden ya caminar, aunque macilentos y exangües, apoyándose en bordones hechos de ramas de árboles. Otros requieren de la ayuda de sus compañeros para poder bajar y unos pocos no pueden valerse de sí mismos. El arcabucero que recibió la herida peleando contra los indios de Machiparo a las órdenes del Comen dador Enríquez ha quedado definitivamente inválido y Pedro de Ampudia está tan grave que se espera su muerte como algo inevitable. Sus heridas tumefactas se han in fectado. Hieden. Es ya una pobre carroña humana que alienta y palpita.

Con grandes cuidados transportan a los heridos hasta las chozas y los acuestan sobre improvisados colchones de hojas tiernas. No saben qué hacer. No hay medicinas ni un entendido en cirugía. No hay siquiera sal, vinagre y ajos para hacer la pasta astringente que suelen poner sobre las heridas. Ni aceite hirviendo para cauterizar las carr ies que comienzan a descomponerse. Sólo les queda apelar a los ensalmos mágicos aprendidos a los indios.

El Capitán, en tanto, ordena un inventario prolijo de los víveres que hay en el pueblo. Una patrulla recorre choza tras choza y vá sacando los alimentos guardados. Hay maíz y yuca. Los indios fabrican, en sus raros hor nos, un pan suave y bizcochos agradables. Los frutales brindan ricos presentes: nueces salvajes, uVas de la tierra, frutos de sabores desconocidos. Prudentemente hace Ore-llana que almacenen las provisiones en los bergantines, pues no sabe lo que habrá más abajo del río y distribuye a sus hombres en las chozas para que puedan descansar.

Recorre luego los alrededores. Del poblado salen lar gos caminos reales que se internan en la espesura. Van hacia dentro de la tierra en donde quizás existen centros poblados y ricos. Mas no es posible explorarlos porque los indios se revuelven a cada momento en furiosos contra ataques y quizás existen, más adentro, tribus numerosas que pueden concertarse para el combate.

Ha tomado Orellana todas las precauciones. Cada hombre tiene instrucciones precisas y ocupa su lugar para cumplirlas. Por la noche se renuevan los tur nos y montan guardia para dar la alarma en caso de peligro.

Al día siguiente, muy de madrugada, se levanta. El poblado está en paz. Las indiadas no han retor nado al ataque. Cambia las guardias para que descansen los que pasaron la noche vigilando. Los otros soldados se van levantando también, tras el sueño reparador. Comen ávi damente los suaves panes de yuca y bizcochos de maíz. Calientan los pescados secos en los asadores. Una fuerza nueva, una vida nueva se sente en el campamento. Por fin han podido comer y dormir tranquilos, pues en los dominios de Machiparo casi no pudieron descansar ni si quiera comer, a pesar de que traían víveres, por el com bate continuo que les dieron los indios.

El único que nunca está desapercibido es Orellana. Teme siempre el ataque. Parece que lo adivina. Una espece de intuición guerrera le hace advertirlo antes d<~ que aparezca. Se pasea inquieto y avanza hasta la orilla para ver si no amaga algún peligro por el río.

Efectivamente una flota de canoas indias se ha acer cado sin ser vista por los despreocupados centinelas. La astucia del salvaje le ha hecho comprender que apropián dose de los bergantines puede acabar fácilmente con los blancos. Sigilosamente han ido allegándose y ahora bogan veozmente para caer sobre los barcos antes de que los españoles se den cuenta. Parece que hubieran calculado hasta la hora propicia, pues son las diez de la mañana y ninguno de los aventureros creerá que son capaces de un asalto a pleno día cuando han dejado pasar el momento oportuno de la noche.

Orellana da grandes voces. Acuden prestamente los ballesteros y arcabuceros y apenas si tienen tiempo para saltar a los bergantines y enfilar sus tiros contra los in-

dios que, al verse sorprendidos, huyen diezmados por las armas ruidosas.

La tentativa india es una advertencia. El Capitán re prende a los centinelas negligentes que no cuidaron de los bergantines. En adelante precisa más precaución. Incluso hay que realizar la idea de Orellana de poner a los ber gantines paveses de cuero de lagarto, de dantas y manatíes de los que usan los indios de Machiparo. Ha visto que es práctico ese sistema de defensa y procede a adoptarlo. Las pieles acorazadas de conchas de lagartos y tortugas, los cueros durísimos de los manatíes, que no es posible atravesar ni con un tiro de ballesta, servirán para pro teger los bergantines. Ha traído una buena cantidad como botín de las tierras de Machiparo y con ellas hace en las bordas una especie de parapetos fortificados detrás de los cuales pueden defenderse impunemente. Los indios de Machiparo y éstos de las tribus Omaguas que ahora los atacan no conocen el manejo de las flechas. Sus amas son macanas' contundentes y dardos arrojadizos. Será im posible que atraviesen sus defensas. En tanto que las ba llestas puntiagudas y los perdigones de los arcabuces hie ren a la distancia. <

Orellana se revela como un guerrero inteligente y no descansa hasta estar seguro de que sus hombres pueden gozar la comodidad del poblado sin tener que salir en fuga como en las tierras de Machiparo.

Durante tres días se aposentan en el pueblo abando nado. Hay un hálito de tristeza sobre el campamento. Co mienza a desesperarlos la aventura. ¿Cuándo aparecerá el mar ante sus ojos? ¿A dónde los lleva el destino? Para entretener las imaginaciones y olvidar ese fondo angustio so de sus pensamientos, se divierten contándose sus aven turas. Cada cual exagera sus hazañas. Y siempre hay un chiste que hace estallar la carcajada sonora para disipar el tedio que los agobia.

Fray Gaspar y Fray Gonzalo de la Vera se turnan en atender al pobre Ampudia. Desde que desembarcaron, Ampudia está cada vez más grave. Sus heridas tumefactas han ennegrecido y despiden un olor repugnante de pu trefacción. Tiene fiebre. Una fiebre alta que lo abrasa. Los ojos le brillan como tizones: en el rostro enflaquecido, cubierto por las barbas negras y revueltas, esos ojos encen didos miran desesperadamente, casi sin ver, como si en vez del mundo en torno se fijaran en un mundo distinto. Delira. Tiene visiones angustiosas. Habla a gritos. Llama a personas que nadie conoce. Pelea contra seres imagi narios.

Debe sufrir mucho. Las heridas putrefactas le manan un líquido purulento. Asqueroso. A veces se retuerce y grita como un endemoniado. Quiere levantarse. Intenta atrapar sombras invisibles. Es un padecimiento cruel que pone una emoción de pavor y de impotencia en los ánimos.

Los frailes rezan a la cabecera del lecho de cañas tos cas, recubiertas de un colchón de hojas. No hay otra cosa que hacer. Rezan sus oraciones porque saben que no tiene remedio. Quieren en esa forma abrirle el camino de la benevolencia divina. En un rato lúcido lo confesó Fray Gaspar. Pero ahora la fiebre lo ha enloquecido. Y poco a poco va ganando terreno la muerte. Las mandíbulas se contraen en tal forma que ya no le pueden refrescar la boca sedienta con las gotas de agua.

Llega la agonía. Cruel. Con espasmos entrecortados. Con una paralización rígida de los músculos faciales. A falta de-óleo sagrado para la extremaunción, los sacerdo tes rezan las preces de difuntos y encomiendan el alma a Dios. Mascullan sus latines. Y cubren luego al herido con una manta.

Otra vez, como en el pueblo bajo de Aparia, tienen que cumplir con el deber penoso. Tienen que abrir la fosa al pie de un árbol y que llevar el cuerpo del compañero, sin pompa ni ataúd, para dejarlo en tierra de infieles.

Allí queda... Hay que seguir. Sueltan las amarras y los bergantines se deslizan por las aguas. Dos leguas más abajo divisan un remolino. Es otro río que entra. Un río grande, tan grande que forma varias islas en su desembo cadura y empuja las aguas del río por donde navegan. Viene desde tierras lejanas. Entra por la derecha y durante largo espacio sus aguas vencen las cor r ientes opuestas. Los españoles miran, curiosos, este caudal potente. Les parece inverosímil que un río ya de por sí grande tenga un afluente tan poderoso. Y siguen adelante.

Es aún el momento en que el hombre bautiza los ele mentos de la naturaleza y piadosamente lo designan con el nombre de Río de la Trinidad por las tres islas que forma. En las orillas se levantan poblados numerosos. Son los señoríos de Omagua. Gran multitud de indios se amontonan en los barrancos para verlos pasar. Pero Ore-llana, que tiene la experiencia de los sucesos de Machiparo, no quiere exponerse a un peligro inútil. Y sigue adelante por la mitad del río.

Es bastante avanzada la tarde cuando divisan un po blado desierto. Se alza en las orillas como brindando un lugar de descanso a los cuerpos fatigados. El capitán or dena enfilar las proas hacia el barranco. Como es un pue blo pequeño será fácil tomarlo. Así lo piensa y ejecuta. Los indios, que se aprestan a defender su población, son pocos y una rápida carga de los infantes blancos los pone en fuga.

El poblado parece ser una estancia señorial de recreo. En el centro hay una gran casa muy distinta de las pobres chozas pajizas que encontraron hasta ahora. Es amplia y cómoda, una especie de quinta lujosa para deleite de algún cacique bárbaro. Hay abundancia de comida. Pescados ahumados. Carnea sabrosas. Maíz abundante y frutas aro máticas.

En el interior de la casa contemplan asombrados el primor de una cerámica exquisita. Tinajas panzudas de líneas delicadas. Grandes cráteras en las que podrían caber veinticinco arrobas. Platos y escudillas de bellas formas y de dibujos artísticos. El Padre Carvajal revuel ve los objetos. Los toma en' sus manos para examinarlos. Los golpea evemente para escuchar la percusión. No ha visto jamás loza más finamente trabajada. Y más tarde escribe superlativamente "desta loza de la mejor que se ha visto en el mundo porque la de Málaga no se iguala a ella, porque es toda vidriada y esmaltada de todos colores y tan vivos que espantan y de más desto los dibujos y pin turas que en ellas hacen son tan compasados que natural mente labran y dibujan todo como lo romano".

La casa bien puede ser una residencia señorial o un adoratorio selvático, pues en una de las amplias habita ciones descubren dos grandes ídolos. Son a manera de dos gigantes todos tejidos de palma, con arandelas que les atraviesan los molledos de piernas y brazos. Los' españoles hacen el signo de la cruz para espantar la hechicería sal vaje de estas representaciones del demonio. Fray Gaspar, curioso y observador, los examina detenidamente. Son espantosamente grotescos. Y lo que llama más la atención es que tienen las orejas tan grandes como las de los señores de la realeza incaica a quienes dieron los españoles el apodo de Orejones.

Mientras el fraile exorciza contra las diabólicas su persticiones de los indios, los soldados han atrapado algu nos salvajes que no pudieron huir. Orellana los interroga bondadosamente. No quiere infundirles terror, siempre con vistas al tiempo futuro en que él regresará como Go bernador y Capitán General de estas tierras. Ayudado por mímicas expresivas, va traduciendo lo que le dice el salvaje:

Allá, tierra adentro, reside su señor. Es un cacique poderoso, dueño de vastos dominios y de grandes poblados. Es rico. Su tesoro es tan grande que el poco oro encontrado en el pueblo

y la escasa plata fundida en forma de artefactos, son sólo una débil muestra. Allá abunda el oro tanto como la cerámica en este pueblo. Tan gran des como las vasijas y las cráteras de barro primoroso, son las que de oro tiene el opulento señor de estas tierras...

Los españoles oyen maravillados el relato incompleto que aumentan con sus vividas fantasías. ¿Será el cacique Dorado o el señor lea? Por todas partes la leyenda está presente y, sin embargó, es inasible. Les llegan noticias vagas que ellos dan como ciertas. Existe en algún lugar desconocido el país del oro y el magnífico cacique de la leyenda.

Orellana da órdenes para que los aventureros no cojan los objetos de oro y plata que existen en el pueblo. No quiere que los naturales se den cuenta de su afición por esos metales. Más tarde vendrán a conquistar los tesoros ya señorear en las tierras.

La sugestión es tan fuerte, empero, que no pueden re sistirla y Orellana decide explorar los caminos que sé in ternan, como brazos abiertos, en la tierra tentadora, para lo cual escoge a su Alférez Alonso de Robles, a Cristóbal Maldonado de Segobia, el montañés que se destacara en las luchas de Machiparo y a unos pocos hombres más. A medida que avanzan, los caminos se van uniendo con otros mayores que vienen de la tierra adentro; verdaderos ca minos reales, planos y bien trazados, que asombran a los aventureros.

Después de caminar un poco Orellana se detiene y, consultado el parecer de Robles y Maldonado, decide re gresar. Los indios que han construido estos' caminos no pueden ser torpes ni escasos. Las porcelanas exquisitas que encontraron en el pueblo les ratifican en la idea de

que las tribus que viven en estas comarcas deben ser más ricas y adelantadas que las que encontraron hasta ahora. Seguir adelante es exponerse a una emboscada y a un sacrificio no sólo de sus personas sino de todos los expedi cionarios que perderían sus principales jefes.

EL RÍO DE LAS AGUAS NEGRAS

DESDE EL dieciséis de mayo en que salieron del primer poblado de los Omaguas, habrán recorrido cien leguas. Cien leguas de vivir sobresaltados y siempre alertas para rechazar los tesoneros ataques de los indios.

En las cien leguas recorridas por las tierras de Oma-gua tuvieron que luchar por el sustento, alertas y con las armas en la mano, para rechazar los asaltos de los guerreros de la selva. Trece días pasados en estas tierras bravías después de tantas semanas de aventura reclaman reposo, pues sólo lo tuvieron en los tres días que permanecieron, azorados e intranquilos, en el poblado en donde quedó enter rado Pedro de Ampudia.

Ahora, que no hay peligro, los remeros sueltan los pesados remos. Se dejan conducir por las aguas corrientes que imprimen al barco un leve balanceo. Algunos se tienden en el suelo duro y otros, sentados, cantan viejas romanzas de Castilla, historias de moros, episodios de amor o de tragedia. Hay a bordo comida que robaron en los pueblos últimos y pueden navegar confiados, ya que todo está tranquilo en este río inmenso.

Pero los bergantines son demasiado incómodos para poder darles el suficiente descanso. Los alimentos secos son demasiado insípidos y hostigosos para dar a sus cuerpos las energías necesarias. Y esperan hallar un poblado en donde gentes amigas les brinden la generosa hospitalidad que tuvieron en los mansos dominios de Aparia, cuya abundancia en sabrosos comestibles es sólo un grato recuerdo.

¿Hasta cuándo durará la andanza por este río que parece no tener fin? ¿Serán víctimas de **algún hechizo desconocido que les hace no encontrar la salida como ocu**rre **a veces a los caballeros andantes cuyas aventuras** le

yeron u oyeron leer en sus hogares remotos? Bien puede ser todo esto. Hace más de un año que iniciaron el viaje y no tienen cuándo salir de la selva.

De pronto la voz del vigía les saca de su ensimismamiento. En la lejanía se ve un pueblo. Es extenso. Quizás tenga dos leguas de largo. ¿Habrá que pelear? ¿Podrán desembarcar en paz? Orellana observa. Prudentemente da órdenes para que no se aproximen al barranco hasta poder adivinar las intenciones de esa gente.

Orellana se acerca a la orilla. Procura informarse de las intenciones de los indios y sólo entonces da orden de atracar los bergantines. Parlamenta con los salvajes. Y así sabe que este pueblo es del poderoso señor Paguana que vive tierra adentro y que los españoles pueden desembarcar, sin que los reciban hostilmente.

Los indios que se amontonan en las orillas los reciben con mímicas extrañas, significativas de una cordialidad sincera. Les ceden las casas del poblado y les regalan con frutos exquisitos como presentes de paz.

En sus cestas de palmas y bejucos traen sus olorosos obsequios. Son pinas gruesas de áspera corteza cuya fresca pulpa saborean con deleite los españoles. Ciruelas agridulces de piel roja. Guabas de cascara rectilínea como la vaina de una espada y otras retorcidas y delgadas como un bejuco, que tienen las semillas envueltas en una grata pulpa blanca como los copos de algodón. Paltas de carne verde claro "nutricias y confortantes". Frutas delicadas de aroma atractivo.

Los indios les cuentan que Paguana, el señor de la tierra, vive montaña adentro. Vastos caminos comunican el puerto con su sede señorial. Allí abunda la plata. Hay montones de oro. Las ciudades están circundadas por

huertos de frutales exquisitos y por prados extensos en donde pastorean las llamas en grandes rebaños. Y les incitan a que vayan a saludar a su poderoso señor.

Mas Orellana, cauto y receloso, no quiere aventurarse con tan pocos hombres por tierras pobladas y abundosas. Se aposenta en el poblado para dar descanso a sus hom bres, sin dejar de tomar todos los informes acerca de las comarcas del interior. La paz ansiada se ofrece por fin. En las chozas de cañas pueden tenderse sobre el blando colchón de hojas olorosas. Comer hasta hartarse de frutos frescos y de rica cetrería que los indios les obsequian. Pueden estirar sus piernas casi entumecidas por la hume dad continua y la incomodidad de a bordo. Dar descanso a sus músculos fatigados por la lucha sin tregua y el re mar sin término. Y no puede lograr Orellana —quizás— que sus hombres jóvenes y brutales, después de tan largas jornadas solitarias, dejen en paz a las mujeres indias, para quienes el hombre blanco es una voluptuosidad des conocida.

Al salir del pueblo las aguas del río han ido ensan chándose. Más que uf río parece un mar. No alcanza a verse la orilla opuesta. La vista, se pierde sin encontrar donde posarse en esta masa de aguas móviles. Dudan si será el mar anhelado porque las aguas son dulces todavía. ¿Qué significa todo este misterio?

Enfilan resueltamente las proas hacia la inmensidad desconocida. Se adentran en el mar ignoto. Tienen que desentrañar este misterio y ver qué es lo que se oculta en él. El viento, que sopla fuerte, levanta olas que vienen a morir contra los costados de los bergantines haciéndolos mecerse blandamente. Todos clavan la mirada ansiosa en la lejanía del mar dulce. Y sólo después de mucho nave gar encuentran las orillas remotas. Esto que parece un mar es solamente un río. Un río descomunal. Inimagina ble. Algo que supera a toda fantasía.

Sobrecogidos los ánimos, no se dejan, sin embargo, vencer por el espanto. Tienen que explorarlo. Arrebatar le su secreto. Y decide Orellana ir en zigzag para poder ver las costas de uno y otro lado. Así podrá informarse mejor de los enigmas que guarda para proceder atinadamente cuando regrese con su expedición conquistadora. Cada detalle lo guarda en la memoria. Cada insignificancia la recuerda cuidadosamente. No quiere olvidar algo, pues todo le servirá cuando sea Gobernador de estas re giones.

Transcurren algunos días de navegación. Los indios que encuentran en las orillas forman abigarradas pobla ciones que los amenazan al pasar con gritos discordantes. No se atreven a acercarse y siguen de largo.

El veintinueve de mayo —después de haber asaltado un pequeño pueblo para robar comida— salen de los do minios de Paguana. En adelante sólo hay indios feroces, fuertes y audaces, que les dan un incesante combate. Van desnudos. Se guarnecen con. paveses de madera. Son arro jados hasta la temeridad y tratan continuamente de asaltar las naves aventureras.

Durante cinco días los acometen, sin que Orellana crea prudente tocar tierra por temor al número incontable de los aguerridos indios de estas tribus. Pero al fin se hace necesario llegar a un lugar poblado para procurarse víveres que comienzan a escasear.

El poblado —al que abordan al 3 de junio —está bien abastecido. Tan pronto como los indios huyen, los aven tureros se lanzan al saqueo de las chozas abandonadas. Encuentran en ellas provisiones abundantes y hasta hay una especie de gallinas, manjar ni siquiera soñado en las soledades agrestes. Rápidamente embarcan las provisiones antes que los indios se rehagan y vuelan a embarcarse en sus naves con rumbo desconocido.

El río no tiene límite. Es como, un monarca que recibe el vasallaje de tributarios poderosos. Han visto ríos in-

numerables venir a unir sus aguas a este río rey. Mas nin guno les ha causado tanto espanto como este que avistan más abajo del poblado.

Estas aguas no son como las aguas comunes. Son ne gras. Negras y arremolinadas. Entran en el mar dulce con una fuerza inmensa. Empujan por dos leguas al río sin mezclarse. Son oscuras y violentas. El río, que viene "hacia la distra mano", impone el terror. Corre por un cauce, sombrío, que llena de medrosa emoción a los ex pedicionarios cuyas naves cor ren lanzadas por las aguas.

En medio del pavor primitivo de esta naturaleza hos til, el río de las aguas negras pone un sentimiento más de espanto en el ánimo de los aventureros que ya están, de por sí, inclinados a la surgencia de lo extraordinario. ¿Será un signo de presagios funestos? Veinte leguas ca minan veozmente bajo la presión de esas aguas. Se ale jan con rapidez impulsados por el río turbio y oscuro al que llaman río Negro, (x)

Asustados aún, apenas han salido de las aguas som brías, siguen su errar. Es una navegación tediosa. Des esperadamente aburridora. Sin otra emoción que la del enigma que los circunda. * El 5 de junio abordan a un pe queño pueblo que los indios abandonan y los ávidos expe dicionarios encuentran gran cantidad de pescado seco, sin sal, que los indios preparan para proveer a los señores de tierra adentro.

Pasan algunos días —largos e iguales— navegando despacio para rto fatigar a los remeros y llegan a un po blado en donde los recibe, como siempre, la hostilidad de los indios. Pero son pocos y Orellana se atreve al des embarco. Es un pueblo extraño. En el centro de la plaza hay una gran tabla toda labrada con figuras en relieves. El trabajo primoroso, que está hecho en forma que toda la obra descansa sobre dos leones —así lo creen los espa ñoles— que se miran de reojo, simula en relieve una ciu dad murada con dos grandes torres cuyas puertas se miran

(x) 3 de junio de 1542.

frente a frente. Y en la mitad hay una plaza cuyo centro está perforado por un orificio.

Los indios que han logrado atrapar les dan noticias de este artefacto. Es la insignia de su señora la Jefa de las Amazonas. Ellos les rinden un tributo de papagayos bri llantes y guacamayos multicolores para adornar los techos de sus viviendas. Viven tierra adentro y gustan sujetar a su dominio a las tribus comarcanas. Son guerreras pode rosas a cuya voluntad hay que ceder.

El extraño artefacto de madera labrada es un adora-torio. Allí rinden culto a su Dios que es el Sol. Por ese hueco vierten libaciones de chicha en las ceremonias ritua les. Las celebran con solemnidad para tener propicio al señor omnpotente de la vida, la luz y el calor.

En otra casa encuentran raros vestidos de plumas. To dos los pájaros de la selva, con sus colores más brillantes están allí representados. Los guacamayos abigarrados, los papagayos policromos, los loros verdes, los colibríes que son como pequeños arcos iris volantes. En su dialecl breve explican los indios que esos vestidos son para las danzas sagradas. En los días de fiestas solemnes, bailan ante el adoratorio para propiciar a su Dios.

Los españoles oyen con curiosidad las extrañas conse jas. Golpea en sus imaginaciones la leyenda constante mente repetida de las señoras guerreras del gran río, las Amazonas inexorables. Ya desde que navegaban por el río de los Quixos tuvieron vagas noticias de ellas. Las repitieron los indios de Aparia. Y son las mismas leyen das que circulaban en el Cuzco.

Deben tener existencia indudable ya que en todas par tes se comenta con palabras superlativas, el poder de las guerreras bárbaras del gran río. Pero... ¿dónde se en cuentran?

Más abajo de este poblado, hay otro. Idéntico adora-torio demuestra que es igual el dominio que sobre esta tribu ejercen las Amazonas. Apenas

tienen tiempo los es-

pañoles en este poblado para hurtar, como ladrones fur tivos, unos pocos víveres. Los indios les dan una batalla tenaz y son huestes numerosas. Tienen que huir nueva mente. Es un sino errátil el que los domina. No pueden sentar su real en ninguna parte. No pueden hallar en tierra alguna el reposo reparador. Huir siempre. Lle vados por las aguas de este río lleno de misterio, sin saber adonde los conduce...

Los indios se amontonan en las orillas para verlos pasar. Todo el tiempo les acompaña la hostilidad de los gritos furentes, de las manos que se cierran amenazantes, de los ojos que despiden llamaradas de odio. Tienen que. remar por el centro del río y aun allá los persiguen las piraguas indias.

CAE LA tarde. La sombra avanza lenta sobre el río y el bosque. Todas las cosas tienen un leve color rosado. Las aves van recogiéndose en los árboles con gran alboroto de gritos y de cantos.

Desde el miércoles siete de junio, vísperas de Corpus Christi, los aventureros acampan en este pequeño pueblo en donde sólo encontraron mujeres terrícolas de ojos asusta dos en las que saciaron la rijosidad animal d e? la larga continencia. Temen que lo» hombres regresen y Orellana ha tomado todas las precauciones.

Cuatro españoles montan guardia en las afueras del pueblo a fin de vigilar los caminos que se internan hacia las desconocidas regiones de tierra adentro. La precau ción no es inútil. Efectivamente los indios regresan entre sorprendidos y furiosos al ver a estos extraños hombres barbudos y blancos que andan con sus mujeres. Se con ciertan y caen de improviso sobre los cuatro centinelas.

Cuando acude Orellana en defensa de sus hombres, los indios han desaparecido misteriosamente. Renace la calma. Todo va luego cubriéndose de sombras.

El río es una oscura cinta cantante y el bosque una sombra sonora. Encienden fogatas con la leña olorosa de la selva. Comen hasta hartarse y se meten luego en las chozas en donde les esperan las mujeres indias. Cada uno ha elegido la suya. Muchachas de carnes morenas y mira das ariscas que se someten a las caricias desconocidas de la voluptuosidad blanca.

El silencio va cayendo lentamente. Todo parece que duerme en la paz profunda de la naturaleza. Al cansan-

ció de las largas jornadas se u ne la suave lasitud de la carne satisfecha, para producir un sueño tranquilo. Sólo los centinelas velan. Aguzan el oído para oír los ruidos del bosque. Les parece que han oído el rumor de pasos humanos. Escuchan con atención. Nada. Es quizás el sonar de las ramazones y el crujir de las hojas secas. Es crutan la sombra. No, no hay algo que pueda causarles temor. La luna comienza a salir. Debe ser la mediano che. Hay una humedad persistente. Y se cubren con sus mantas sin dejar de mirar la sombra mientras se pasean para evitar el sueño que les invade.

Otra vez los pasos. Pero antes de que puedan dar la voz de alarma, ya ha caído sobre ellos una tropa de in dios. Los arrojan al suelo. Allí los golpean con sus maca nas hasta hacerles perder el conocimientos, mientras otro grupo avanza sigiloso hasta el pueblo que duerme. Algún soldado que prefiere el holgar al dormir oye los pasos y grita.

Al oír el grito, sale Orellana precipitadamente. Ha tenido tiempo de tomar su espada. Ya los indios andan entre las casas. Se lanza sobre ellos sin dejar de dar voces para despertar a los que duermen el sueño de la voluptuo sidad que puede convertirse en el sueño de la muerte.

—"Vergüenza, vergüenza, caballeros, que son nadie. ¡A ellos!" —grita Orellana—. Los españoles que des piertan al oír la imprecación del Capitán, se lanzan fuera de las chozas con la espada en la mano, a medio vestir. Se concentran, abriéndose paso en medio de la indiada, en torno de su jefe que los alienta. El combate es recio. Caen algunos españoles heridos. Orellana, que lo obser va, llama sin dejar de combatir, a Fray Gaspar para que los recoja antes de que los ultimen los indios. Sólo la astucia y el valor de Orellana pueden librarlos. Se mul tiplica, da órdenes,, está en todas partes, hasta que los in dios huyen ante la resistencia impetuosa de los soldados

blancos. Unas cuantas descargas de arcabuces los aterran y salen en fuga hacia el bosque poblado de sombra.

Todo el resto de la noche pasan en vela los expedicio narios. Atienden a los heridos que se quejan e interrogan a algunos indios que fueron hechos prisiones en el com bate. Los españoles están furiosos. Es la rabia del macho que ve que le disputan la hembra. Ciegos de ira. Y ape nas amanece se preparan a hacer escarmiento en los indios prisioneros. De los árboles del poblado hacen pender cuerdas que se apresuran a traer de los bergantines. Y, sin fórmula alguna, ahorcan a los indios cuyos cuerpos se balancean y se estremecen hasta largo rato después de que los españoles se han alejado.

Tras de bogar un rato, los remeros sueltan los remos. Los heridos requieren un descanso más cómodo. Y deci den pasar el día en un despoblado apacible para reponer se de la vigilia sangrienta.

Al día siguiente, sigue la marcha. A poco remar ven otro río que entra en estas aguas inmensas. ¿Hasta cuándo se engrosará el caudaL de este río maravilloso? El que entra "por la diestra mano" es el más grande de todos los que han visto. Es un caudal poderoso que viene a unirse al mar dulce y los españoles lo bautizan con el nombre de Río Grande* Sus aguas los impulsan con furia. Deci den aprovechar su fuerza para pasar a la otra orilla que no alcanzan a divisar. Se dejan llevar por la corriente impetuosa. Y después de largas horas alcanzan a ver el perfil lejano de la ribera.

La tierra es grata aquí. Leves ondulaciones del terre no se alzan en el horizonte. El clima es templado. Gran cantidad de indios se amontonan en las orillas y luego desaparecen misteriosamente. ¿Habrán visto mal? Como por arte de encantamiento han desaparecido y solamente

* El río Grande o Madeira. 10 de junio de 1542.

ven la alta población cuyos caminos reales se internan en la tierra.

Orellana comprende que es una celada y decide no abordar. Se pasa de largo. Y entonces sale de la tierra un grito inenarrable. "Tan gran ruido que parecía hun dirse el río". Cinco mil indios salen de la emboscada. Gritan y amenazan con sus inútiles armas. Los llaman al combate. Pero Orellana sonríe y da orden de aejarse a la mitad de las aguas para impedir un ataque.

Mientras navegan van viendo nuevas poblaciones que se agrupan blanqueando en las orillas boscosas. Divisan los frutales amarillentos de frutos sazonados y las casas bien distribuidas sobre los barrancos ocres, mientras ellos siguen el viaje, como ladrones que temen acercarse a los lugares demasiado populosos, por temor del rechazo de los indios.

Una mañana, a las ocho, alcanzan a ver en las orillas un conjunto de casas. Parece ser una residencia señorial. Enormes árboles frutales levantan sus copas aromadas. De lo interior salen caminos en los que se nota la mano ordenadora del hombre. La curiosidad los aguijonea y se acercan para observar mejor.

Cuando ya están a la vista, una isla se interpone. Es imposible regresar para dar con la entrada de esa isla larga y angosta. Pero pueden ver claramente el caserío indio. Algunos piensan que sería bueno desembarcar en busca de víveres y noticias. Orellana, que no cesa de mirar, ve algo que se eleva como insignias dominantes. Parecen árboles sin hojas aunque penden de ellos extraños frutos. Se acercan hasta donde les es posible y sale de sus labios un grito de espanto. ¡Son cabezas humanas! Hay siete picotas sangrientas llenas de cabezas cortadas. Esos son los frutos trágicos de los árboles sin hojas.

Sobrecogidos de espanto, los remeros fuerzan la velo cidad de las naves para alejarse de esa cruenta Provincia

de las Picotas. Deben ser tribus bárbaras y crueles las que señorean estas tierras y elevan sus signos aterrorizadores. Hay que huir. Mas el poblado se extiende desesperad a mente largo. Durante veinte leguas siguen viendo las casas de estas tribus brutales. Navegan lejos de las orillas. El terror les hace duplicar las fuerzas. Y así pasan varios días sin tener la esperanza de encontrar un lugar en donde renovar sus provisiones y tomar el necesario descanso.

El catorce de junio ya no pueden más. Han llegado al límite de la resistencia. El capitán toma consejo y deciden abordar, cueste lo que cueste, a este país de bárbaros sanguinarios. Se acercan cuidadosamente, pues han notado la celada de los indios que corren a esconderse en la espesura. Los españoles saltan con violencia y al punto los salvajes se precipitan contra ellos. Al frente, un indio los anima. Debe ser seguramente el cacique de la tribu, pues todos le obedecen. El momento eS grave. Atacan a los españoles y pronto los envolverán.

En ese preciso instante, uno de los ballesteros apunta « su arma contra el cacique. Saben ya, por la experiencia vivida, que dando sobre jel jefe desbandan a la tribu. Parte la ballesta y el indio cae de bruces. Los otros se detienen espantados y emprenden la fuga para refugiarse en las chozas del poblado.

Furioso, Orellana da órdenes de avanzar. No deben quedar con vida estos infieles cortadores de cabezas. Se abre paso. Sus hombres lo siguen hasta el centro de la población. Y allí, delirante de rabia, al ver que no salen a pelear, ordena que pongan fuego a las chozas. Sin vacilar se cumplen sus órdenes. Un penacho de humo se eleva y pronto vibran las chozas bajo la lengua devoradora de las llamas.

Otra patrulla se encarga de robar los víveres antes de que el incendio avance. En medio del humo espeso y de las llamas crepitantes, se meten en las habitaciones para sacar

la presa: grandes tortugas vivas, pavos gordos, papagayos, maíz y pan de yuca. Furtivamente entran y vuelven a salir con el botín que van acumulando mientras otros lo trasladan a los bergantines.

De las chozas incendiadas salen voces. Los indios huyen pavoridos. Pero algunas mujeres y niños han que dado adentro. Gritan horriblemente. Desesperadamente. Se siente olor a carne quemada. Sin embargo, los espa ñoles permanecen indiferentes. Los que se queman son bárbaros, cortadores de cabezas. Perros, peor que perros, que deben achicharrarse. Por menos se elevan en España los tablados de la Inquisición y los quemaderos públicos. No sienten la menor emoción. Y acabado el saqueo vuel ven a los barcos para alejarse del poblado que es ahora sólo un montón de cenizas y un vasto quemadero de infieles.

Sigue la fuga eterna. Provistos de alimentos en el pueblo maldito, necesitan reposo y se detienen en una isla desierta que está en la mitad del río. Allí encienden as grandes fogatas para el banquete opíparo. Hacen caldos grasosos con las pingües tortugas y ensartan en asadores los pavos delicados que comen con el pan de yuca que robaron a los indios.

En el centro del ruedo que forman, hay una india. La han atrapado en esta isla. Es una mujer cobriza, de pómu los salientes y ojos alargados que miran al par con temor y curiosidad a los hombres blancos. Orellana la interro ga y ella cuenta de otros hombres —blancos como ellos que están tierra adentro.

¿Quienes serán esos blancos misteriosos que viven perdidos en estas tierras? Una chispa de esperanza se encende en los ánimos. Quizás están cerca de la desem bocadura del mar. Quizás los hombres blancos de que hablan sean portugueses que se han aventurado en los

los compañeros de Diego de Ordaz que se perdieron con Juan Cornejo. Quizás...

En el ruedo de hombres que comen hasta dejar limpios los huesos de los pavos, se emiten opiniones diversas. Cada cual aventura una hipótesis que sostiene con calor. Discuten, a grandes voces, con las bocas llenas de comida. Y al fin quedan sin saber nada de estos hombres de los que habla la india de ojos enigmáticos.

Al día siguiente, después de descansar libres de ama-go s inoportunos, parten nuevamente. Nuevos caseríos se levantan a su paso. Como llevan víveres no tienen para qué tocar tierra y avanzan hasta el lugar en donde, según dijo la india, se puede ir a la tierra en que están los blan cos desconocidos.

De esta población, que los aventureros miran con curiosidad ávida, salen dos indios. Son a manera de emi sarios de paz, pues no llevan armas. Con extrañas mímicas, en un lenguaje que Orellana no puede comprender, les hablan mientras señalan insistentemente hacia la tierra. ¿Será que traen noticias de los blancos prisioneros? ¿Qué quieren decir con sus gesticulantes actitudes? En vano Orellana los insta para que suban al bergantín. Les enseña objetos brillantes. Bujerías de gusto de los salvajes. Es inútil. Dan la vuelta en sus canoas y se regresan a la tierra.

Los españoles quedan perplejos. ¿Deberán acudir en auxilio de los blancos perdidos en esas tierras de infieles? No saben qué decidir. Su solidaridad humana y religiosa les dice que deben hacer todos los esfuerzos. Pero su egoísmo les hace notar que es imposible en tan pequeño número ir a lugares que desconocen. En esta lucha, vence el razonable sentido egoísta y resuelven seguir adelante.

dominios que les dio el Papa en nombre de Dios, partiendo el mundo joven en dos inmensas tajadas. 0 quizás sean

Los indios, al ver que no se deciden a llegarse a tierra, salen en pos de los fugitivos. Avistan éstos, a la distancia, que los salvajes traen flechas. Hasta ahora sólo han pelea do con armas arrojadizas como jabalinas, con lanzas buidas y macanas contundentes. Pero ahora tienen ya armas que hieren a la distancia. Comprenden que esto dará superioridad a los indios. Las rápidas saetas son un peligro nuevo en medio de todos los peligros que han corrido.

A todo remar se alejan de sus perseguidores. Tres o cuatro días dura su fuga para evitar a los flechadores bárbaros. Y después de ese tiempo abordan a un pueblo en donde no les dan guerra y pueden aprovisionarse de los víveres anhelados sin tener que echar mano a sus espa das. Allí encuentran gran cantidad de maíz y de avena. En una casa hay una bodega llena de un vino hecho con esos granos, un vino que sus paladares desacostumbrados encontraron delicioso, y un adoratorio con extravagantes atavíos rituales.

Y tienen que seguir la eterna erranza. Huyendo siem pre. Asaltando como ladrones los pueblos para proveerse de comida. Navegando por ese río que es como un mar, cuyas olas remecen los bergantines frágiles.

INFORTUNIOS DE FRAY GASPAR EN EL PAÍS DE LAS AMAZONAS

LLEGA EL DÍA de San Juan. Muy de mañana Fray Gas par reúne a los aventureros para recordarles la fiesta del Bautista. Les predica, lleno de fe, y les habla del Precur sor de Cristo, su Dios que no puede abandonarlos. Prue bas ha dado de su misericordia y de su gracia en las peripecias múltiples que han pasado, saliendo siempre con bien.

Los rudos hombres de la mesnada meditan. Con las cabezas inclinadas oyen las palabras de Fray Gaspar y, luego, rezan sus oraciones matinales a falta de misa. Ter minada la ceremonia, se quedan en silencio. Un mundo de recuerdos los abruma. El día de San Juan... Allá en la España lejana termina la'primavera y comienza el verano frutal... Grandes candeladas humeantes se elevarán en las campiñas... Habrá alegría en la tierra y las-mozas sentirán en su sangre el magnetismo de la naturaleza, la llamada sensual y sexual de la vida renovada.

Miran las orillas que pasan. Hasta la naturaleza les hace evocar ahora con más patetismo las comarcas lejanas de la patria. Ya no hay selva en los barrancos. Y no se ve esa vida desbordante, lujuriosa, brutal, de la manigua de trópico. Ahora las tierras que recorren son grandes pastizales de hierbas pequeñas; vastos prados verdes en los que se levantan, de vez en vez, manchas de bosque; campos, como para inmensas dehesas, en los que abundan el orégano fragante y los pastos aromáticos. El clima es suave y templado como en las tierras sureñas de Hispania.

Todo contribuye a dar la impresión de una mañana de verano en los lares abandonados. Todo. Hasta las fogatas que han encendido los indios y que recuerdan las alegres hogueras de San Juan.

Una espece de vaga nostalgia invade a estos duros hombres. Sus corazones que no trepidan ante el peligro ni laten con violencia en el fragor de los combates, sienten una cosa dulce y torturadora que los oprime como un leve
peso. Es la dulzura ensoñadora de las evocaciones. La nostalgia, que es triste como la ternura **y** grata como el recuerdo.

Á medida que pasan, ven en la orilla —navegan por la banda derecha del río— poblaciones de pescadores. Son apostaderos de los señores de tierras adentro cuyos ricos poblados se alcanza a divisar en la lejanía. ¿Quiénes serán esos poderosos caciques? ¿Dónde estarán las tierras de las señoras Amazonas? Las mentes divagan y se dejan llevar por los ensueños estimulados por la quietud de esa naturaleza benigna.

La atracción que esa tierra ejerce en los hombres es tan fuerte que piden a Orellana los conduzca a un poblado en donde poder festejar el día de San Juan, y el Capitán accede. Al doblar un recodo del río abordarán para reco ger comida y celebrar el día del Precursor. Avanzan lenta mente. Pero apenas han doblado el recodo cuando una flota de canoas indias los alcanza. Vienen en son de guerra. Parece que están advertidos y apercibidos para atacarlos. Dan muestras inequívocas de odio*

Orellana los llama en paz y les ofrece regalos. Pero los indios se burlan de ellos y los amenazan desde las canoas. Enfurecido, Orellana ordena a los arcabuceros y ballesteros que hagan un escarmiento. Se cumplen sin dilación sus órdenes y una descarga atronadora rompe la paz silente de la naturaleza.

*

24 de junio de 1542.

Los indios se repliegan. Bogan en sus raudas piraguas hacia la playa y pronto toda la extensión se cubre de guerreros en densos escuadrones. Las aguas también se llenan de canoas de guerra. No hay como retroceder. Se han acercado demasiado a las playas y no queda sino desembarcar, cualquiera que sea el peligro, para tomar este pueblo.

El capitán está furioso. Ordena a los remeros que aumenten la velocidad para abordar pronto. Amagan por todas partes los audaces flechadores cuyos arcos flexibles disparan saetas en tal cantidad que parecen una lluvia. Pero las pieles de manatí y las pesadas conchas de lagarto robadas a los guerreros de Machiparo, son exceentes cora« zas que los protegen de los saetazos de los arqueros bár baros. Se clavan allí, vibrando, las flechas veloces mien tras los bergantines avanzan.

Es inútil que los arcabuces descarguen sus balas mor tíferas. Los indios no hacen caso. Pasan sobre los cadá veres de los guerreros muertos y bailan sobre ellos un baile ritual. De pronto en los bergantines resuena un grito.

—¡Las Amazonas!... ¡Las Amazonas!

Fray Gaspar acude —como curioso que es— para mirar a las guerreras cuya existencia le parecía una vaga imaginación de los idólatras. Ahí están. Pelean al frente de los guerreros. Van desnudas. Enteramente desnudas, pues apenas un pedazo de tela les cubre "sus vergüenzas". Son altas. Musculosas. Más altas que los indios y más blancas. Un sentimiento de pánico se inicia a bordo. Mas para eso está Fray, Gaspar que los incita a combatir a esos engendros del demonio. El fraile se multiplica. Va de un lado a otro. Desafía las flechas que caen en densas nubes. Y la acometida se renueva.

De pronto el fraile vacila. Se lleva la mano al costado. Un gesto de dolor contrae su. rostro. Sin embargo,, se esfuerza por sonreír. Una flecha india ha dado en su

cuerpo. La saeta ha pasado las gruesas vestiduras. Amor tiguada por los pliegues del hábito dominicano, no ha tenido fuerza suficiente para penetrar profundamente, pero un buen pedazo ha entrado bajo sus costillas.

Fray Gaspar no cae. Se arranca la flecha y sigue in citando a los españoles. Se esfuerza por demostrar que no está herido gravemente. Y los aventureros, con furia renovada, reman para abordar a la playa y asaltar a estos infieles que han herido a su capellán.

Unos cuantos saltan al agua que les llega a la cintura. Allí los indios los cercan. Han conseguido desbaratar la formación que es la clave de la táctica blanca. Se meten en medio de los españoles, que combaten valientemente, trazando con sus espadas un círculo de muerte a su alre dedor.

Los arcabuceros y ballesteros apoyan desde los ber gantines el desembarco. Apuntan cuidadosamente. Cada tiro es certero. Montones de cadáveres se van hacinando en la playa. Cuando algún indio, aterrado por el estam pido de los arcabuces, quiere retroceder, sus compañeros lo matan a palos, pasan sobre su cadáver y siguen pelean do. Las mujeres guerreras disparan sus arcos de modo violento y penetran las flechas en los costados de los bar cos tan certeramente que el Padre Carvajal los compara con los puerco-espines del monte, todos erizados de púas.

Orellana ordena que las descargas vayan especialmen te dirigidas contra las capitanas. Quiere destruir a estas hijas del diablo, para aterrorizar a los indios. Los solda dos obedecen y más de ocho Amazonas caen con los cuer pos empapados de sangre.

Largo de una hora dura el combate. Cinco

españoles están heridos sin contar a Fray Gaspar. Y al fin, viendo que las Amazonas han muerto —así

lo creen los españo les— los indios emprenden la retirada que más parece una fuga.

En ese momento Orellana ordena a sus hombres que se replieguen también. Es absurdo seguir peleando contra gente tan aguerrida y numerosa. Y, una vez a bordo, suel tan las amarras de los bergantines para ir hacia abajo por este peligroso río de las Amazonas.

Apenas los españoles se han embarcado en los bergan tines, los indios se rehacen. Saltan a sus canoas para em prender la persecución. Orellana ordena remar para ale jarse del peligro. Pero los remeros están extenuados. No pueden ya levantar los remos. Se dejan llevar a la deriva, ncesantemente perseguidos por los indios.

Tan pronto como dejan atrás a los perseguidores, ven a la distancia otro pequeño pueblo que parece estar de sierto. No hay la menor señal de vida humana: Quizás lo han abandonado los indios por alguna causa no conoci da. Los españoles lo contemplan con ansia. Necesitan descanso y comida; Y tal vez pueden encontrarlos en ese pueblo abandonado.

Cuando ya han pasado de largo, los aventureros" rue gan al Capitán que regrese. Hasta Fray Gaspar, que s iente sus fuerza menguadas por el flechazo, lo pide y Orellana tiene que ceder, pese a la profunda desconfianza que le inspira un pueblo desierto a tan corta distancia del dominio de las sanguinarias Amazonas.

Va adelante el pequeño San Pedro y detrás el Victo ria. Se acercan cautamente a la playa. Y cuando ya faltan pocas varas para llegar salen los indios de su emboscada. Una lluvia de flechas cubre a los españoles que han co menzado a desembarcar y se protegen con sus paveses de cuero imitando a los guerreros de Machiparo.

Fray Gaspar, aun sangrando por la herida que reci biera pocas horas antes, los anima. Está en pie. Firme. Sin demostrar ni dolor ni cansancio. Cumpliendo con su deber heroico de mantener la moral elevada.

La situación de los españoles es difícil. Los impru dentes soldados del bergantín pequeño han desembarcado y los indios los tienen completamente rodeados. Por más que pelean no pueden tomar contacto uno con otro. La masa los arrastra lentamente hacia la espesura. Es como la lucha de un potente animal herido contra las hormigas que lo atacan en compactos grupos, le pican por todas par tes y lo van arrastrando hacia su guarida.

Orellana, desde el otro bergantín, contempla el des igual combate. Incita a los remeros para que hagan el último esfuerzo, y al llegar a tierra se lanza a pelear des esperadamente. Las flechas son tan abundantes que no se ven unos a otros. Así lo dice Fray Gaspar que observa la lucha. Es un curioso infatigable y un fiel cumplidor de su deber. Desprecia el cansancio y el dolor. No hace caso del ardor punzante de su herida fresca y allí está, en primera fila, siempre alerta e imperturbable.

De repente lanza un grito de dolor que reprime en el acto. Lleva las manos a la cara y las retira tintas en san gre. Por las mejillas le cuelga un líquido viscoso en medio de la sangre que rueda a borbotones. Cuando retira las manos, puede verse algo horrendo. Una flecha le ha atra vesado un ojo de un lado a otro. La punta sangrienta le sale por cerca de la mejilla y de la cavidad vacía brota la sangre en gruesos chorros, junto con fragmentos del ojo vaciado.

El fraile ahoga el propio dolor. No quiere llamar la atención ni hacer ver que está gravemente herido. Eso podría traer la desmoralización de los españoles. Pruden temente se retira y reza. No sabe si la herida será mortal aun cuando lo supone dado el sitio en que le ha dado la flecha. Le duelen horriblemente la órbita vacía, la cabe za, toda la cara. Le lagrimea el otro ojo profundamente. Cree que va a morir.   Y se sienta en el duro suelo.

El combate, en tanto, continúa. Orellana se multiplica para romper el cerco que rodea a los españoles del San Pedro y rescatarlos de los raptores que los empujan hacia el interior. Pelea con furia, alentando el valor de sus hombres, hasta que consigue que los indios cedan el paso y dejen emprender la retirada a los aventureros que van retrayéndose poco a poco. Los arcabuces ayudan a la obra de mantener a raya a los indios que contraatacan. Y una vez que todos los hispanos están a bordo de los berganti nes, sueltan las amarras para salir en fuga.

Por gran techo los persiguen los indios. Ha pasado ya más de la mitad del día y no han podido comer ni cesa do de pelear. Se dejan arrastrar por la corriente, ayudán dose con el timón, ya que los remeros no tienen fuerza.

Comienza a caer la tarde cuando los indios cesan la persecución. El río es como un mar. Grandes olas vienen a morir contra las bordas levantando los bergantines con un balanceo suave. Sopla el viento y el agua es una super ficie crespa sobre la cual se va reflejando la policromía fantástica del sol muriente. Ya es de oro pálido. Ya de violeta suave. Ya toman las aguas un leve color verde o un tenue color indefinible.

Las sombras invaden luego la extensión desolada. Es una noche clara, felizmente, y pueden ver, en la lejanía, los perfiles de una isla. Hasta ella navegan, en medio de la oscuridad nocturna, confiando en que su Dios los lle vará seguros a la salvación de sus vidas.

Son quizás las diez de la noche cuando arriban a la playa. Los españoles quieren desembarcar para tomar descanso, pero Orellana se opone. No conocen esas tie rras y no saben si habrá indios que los esperan en trai doras emboscadas. Es mejor pasar la noche en los ber gantines y se turnan para velar mientras, agobiados por el cansancio, los soldados duermen.

Apenas amanece Orellana quiere ver personalmente a los heridos. Le consternan las heridas de Fray Gaspar. La del costado es profunda pero no parece haber afectado ningún órgano. Mas la otra, la del ojo, es horripilante. La flecha le atraviesa aún la cuenca vacía y puede pronto infectarse. No queda más que arrancarla. Advierten a Fray Gaspar de la operación inevitable y el fraile asiente. No hay ningún medio de evitar el dolor, ni siquiera el consolador aguardiente que amortigua las penas y los dolores.

Con cuidados exquisitos palpan la herida. Felizmen te parece que no afecta el cerebro. Sólo le atraviesa la cara. Y de golpe tiran de la flecha para sacarla de la cavidad vacía. Fray Gaspar da un grito. Pero se recobra luego y muestra una serenidad absoluta. No quiere poner con su ejemplo el terror. Es, ante todo un español, y como tal no debe expresar ni dolor ni miedo.

Una vez atendidos los heridos, el Capitán ordena des atracar. Siguen río abajo. Las islas por donde pasan son fértiles y bellas. No es la espesura selvática abrumadora. Son de una belleza sonriente que no deja de impresionar a los aventureros, pese a las fatigas y al hambre que los doblega. En las tierras bajas se levantan poblados nume rosos. Las orillas están llenas de indios que hacen un ruido atroz. Llevan largas trompetas de madera hueca que lanzan voces broncas, tambores de son monótono y rabeles de tres cuerdas que tañen acompasadamente. Las muchedumbres de las orillas danzan, a los sones de la música bárbara, portando palmas en las manos, mientras los guerreros se aprestan.

El río se cubre luego de piraguas. Son grandes ca noas que portan desde veinte hasta cuarenta guerreros cada una. Desde las bordas, los arcabuceros apuntan cui dadosamente y de cada descarga barren las canoas, pues al ver caer heridos por la muerte invisible a sus compañe-

ros, los indios se arrojan al agua. Continúa el combate, sin cesar durante leguas y leguas. En todo el día los espa ñoles no comen. No tienen tiempo para comer en medio de esta guerra sin tregua. Están exhaustos, en tanto que los indios se renuevan en cada poblado; ya las fuerzas parece que van a abandonarlos. Y a Orellana se le ocurre un ardid para pedir la paz.

Toma una calabaza, la llena con un presente para los * indios, a manera de rescate de paz, y la arroja alrío. Los salvajes se apresuran a recogerla, la abren, encuentran el presente del blanco y en medio de una gritería insufrible, dan señales de burla y menosprecio. Orellana se convence de que sólo se puede avanzar combatiendo. Y lleno de furia ordena que apunten las armas contra la prieta mu chedumbre indiana.

LAS GUERRERAS BARBARAS

ALTO Y sonoro se levanta el robledal. Los árboles **gigan** tes **se** elevan hacia el cielo crepuscular y se miran en el espejo **del** río. El viento de la tarde tamborilea levemente sobre las hojas una canción suave como un arrullo. Cada **hoja** es una nota de la sinfonía, Concertada por el viento, que armoniza la música del agua al romperse contra las playas con la música solemne del bosque donde se levanta el canto vespertino del descanso y la sombra.

Entre los árboles de este bosque sonoro han encon trado un poco de reposo. Caminan para estirar las pier **nas** entumecidas y extender los músculos cansados. Que daron ya lejos las canoas de indios, los gritos desconcer tados, el ruido de los tambores y la voz discordante de las toscas trompas de madera. Aquí sólo hay la paz de la naturaleza.

Sin embargo, Orellana coloca guardias cuidadosamen **te** distribuidas, pues se han oído pasos sigilosos y parecen haber visto ojos acechantes. Evitan encender fogatas. El humo o las llamas, en medio de la espesura, podrían atraer a **los** indios. **Y** tienen que permanecer en la sombra, oyendo los ruidos del bosque.

Pasa la noche ansiosa y llega la mañana anunciada **por** el alboroto de los pájaros. El Capitán está intensa mente preocupado por el estado de Fray Gaspar. De la cuenca Vacía le mana un líquido viscoso. Tiene el hábito manchado de sangre y de pedazos de córnea. Pero no se **le ha** infectado la herida y el fraile no se queja. Es de la misma sustancia berroqueña **de** que están hechos Pizarro,

Cortés, Valdivia, Belaícázar y también el mismo Orellana: es un extremeño y la mansedumbre religiosa no ha des truido la aspereza nativa de su temple heroico. Es de hombredad tan recia como cualquiera de los conquistado res endurecidos por las fatigas y la guerra. Su voluntad es más fuerte que el dolor y no se acuesta sino que se mezcla en los corros de soldados que charlan para di; traer el aburrimiento de ésta inmensa soledad.

Orellana procura hacer más llevaderos los dolores del pobre fraile que ha quedado —como él— con un ojo me nos. Y le habla, medio eo broma, de un ojo perdido en la guerra con los indios de la provincia de Puerto Viejo y la Culata. Charlan también de las tierras lejanas, de la común ciudad materna —Trujillo'— que ha dado sus^ hom bres más valientes para estas aventuras. Y conversan de cosas extraordinarias: de la selva por la cual andan sin encontrar salida a pueblos cristianizados, de la aventura estupenda y sin par que están forjando con sus propias vidas.

En un rincón, fuertemente amarrado, hay un indio. Lo tomaron en los dominios de las Amazonas y Orellana ha formado una lista de palabras para entenderse con el salvaje. Otra vez su facultad casi adivinatoria para enten der los idiomas le sirve para interrogarlo y puede obtener noticias de las guerreras. Noticias minuciosas que narra luego para que el buen fraile oiga la leyenda de esas mu jeres de las que él ya no duda: las señoras Amazonas tan decididas y combativas como las de la leyenda clásica.

He aquí la singular conseja:

En las comarcas interiores, muy cerca de las cordille ras, en una tierra fría en donde no hay ya los árboles gigantescos de la selva, viven las Amazonas. Son altas, blancas. Sus cabellos bajan sobre sus espaldas, sueltos y desplegados como flotantes banderas negras. Sus cuerpos,

musculosos y diestros para las lides de la guerra, los cu bren con vestiduras de fino tejido de lana: una breve man teleta que cruza sobre el pecho y una falda que ciñe sus vientres elásticos, sus caderas firmes, sus muslos duros y sus; piernas aceradas.

Sus sienes las adornan con gruesas coronas de oro y de esmalte delicadamente coloreado. Es el único orna mento de las guerreras sobrias. Aparte de ese signo dis tintivo, no hay otro indicio de ostentación vanidosa en su vestir. Pero el menaje de las señoras principales es todo de oro y del mismo metal noble están hechas sus vasijas suntuosas.

e Predominan entre ellas las castas divididas en forma rígida. Las señoras nobles viven en sus altas casas de pie dras y derrochan el oro en tanto que las plebeyas tienen utensilios de madera y toscas vasijas de barro para cocer sus alimentos. Una reina —la señora *Conori*— preside con su imperativo mando a las mujeres guerreras. Sujetan a su redor las tribus imponiéndoles la obligación del tri buto. Y su mando de hierro se hace obedecer sin vacila ción en toda la amplitud de la selva.

Sus ciudades no son de barro como las tristes ciuda des paramales de la cordillera ni de caña como los bohíos miserables de las espesuras tropicales; sus ciudades son de piedra: setenta ciudades muradas, altivas, -como forta lezas. En medio de ellas se levantan los templos de su dios: Caranain, el Sol resplandeciente. En la ciudad ca pital de las belicosas bárbaras, en donde reside la señora Conori, hay cinco adoratorios heliolátricos, santuarios solemnes elevados sobre el suelo, con paredes y techos decorados con esmaltes y pinturas exquisitas y, dentro de ellos, se levantan estatuas de mujeres figuradas en oro y plata así como grandes cantidades de vasijas y útiles del mismo metal, consagrados al sol.

En los prados aljofarados que circundan sus ciudades pétreas hay vastos rebaños de ovejas del Perú: lindas

llamas de cuellos largos y ancas redondas, cuyas lanas finísimas sirven para que las Amazonas hagan telas deli cadas que cubren sus cuerpos de musculatura potente. Pastan también animales de carga: raras bestias (camellos, anota el Padre Carvajal), que sirven para el traslado de las mercancías. Y pacen extraños brutos parecidos al caballo pero de lomo erizado de largos pelos y patas rematadas por pezuñas partidas en vez de los cascos resonantes.

Sus tierras son templadas y de grato clima. Hay es casos árboles aunque abundan los medios de subsistencia o los exigen de los tributarios sumisos. Y de unos lagos de agua salobre extraen sal, alimento apetecido y difí cil de obtener en las vastas extensiones de la Amazonia.

Un orden riguroso preside la vida de sus ciudades. Al caer el sol no puede quedar dentro de sus muros varón alguno; mas no por eso las guerreras han anulado su fe minidad. Cada cierto tiempo van en pos de una lejana tribu de hombres blancos y grandes—quizás los mismos que vieron los españoles en los dominios de Aparia— y con guerra les obligan a venir hasta sus amuralladas ciu dades de piedra. Es la época del amor: época sensual en que las armas caen de las manos. Y, cuando ha terminado su celo casi animal, las guerreras devuelven sus prisione ros de amor a sus remotas tribus. El macho es para ellas un instrumento de perpetuación de la especie en vez de ser un compañero de goces e infortunios. Pasado el ayun tamiento carnal, vuelven las guerreras a su orgullosa so ledad.

Al llegar la época de parto, si es un varón el que nace lo envían muerto a la tribu del padre en tanto que si es una niña la cuidan maternalmente y la educan para la guerra dentro de sus duras costumbres. Así se incrementa el pueblo feroz que domina sobre todos los vecinos en quienes infunden pavor y someten a vasallaje.

Mientras narra la extraña historia, los españoles meditan en la estupenda novela que están creando con sus pro pias vidas. Ellos vieron a los gigantes blancos de gentiles maneras llegar hasta las tierras de Aparia y desaparecer después de dar vagas noticias de su tribu. Han visto a las Amazonas peleando al frente de sus aliados y tributarios. ¿No es lo milagroso que cobra forma, lo irreal que se hace real, lo maravilloso que aparece con todas las exactitudes de las cosas normales? ¿Qué les esperará más abajo del río? ¿Estarán, por fin, cerca de la desembocadura de este río en el mar?

Les alienta la idea de que hay cercanos lagos salobres. Eso indica que el mar está próximo. Sin embargo, no sien ten todavía la acción de las mareas. Habrá que remar mucho para salir de este país de hechzo y se aprestan a todo lo extraordinario que aún puede guardar este río de las Amazonas.

Avanzan lentamente, casi sin remar para no cansar los brazos fatigados. Va también con ellos el indio que les contara las leyendas fantásticas de las señoras Amazonas. Han salido del dominio' de las guerreras salvajes y ahora navegan en paz. La tierra de las orillas es alta, verde gueante. Se ven colinas suaves y valles deliciosos. Todo invita a la blanda lasitud del reposo y excita al desborde de la fantasía exuberante.

Ya nada puede ser raro ni sorprendente para estos hombres. Hablan entre sí de las cosas que vieron en la , selva: los gigantes blancos de Aparia, las Amazonas bru tales del gran río... ¿Habrá más? ¿Serán ciertas también las leyendas de los *sacha-runas,* sátiros, capricantes de la selva? ¿Existirán los salvajes comedores de carne hu mana?

Todo es novelesco en esta aventura. Hasta 1 pájaro misterioso que jamás han visto y que en la mañana cantó:

—
Bo
hío
...
Bo
hio
oo.
..

Navegan sin prisa, soñando en el romance de la selva, en la magia atractiva del río. ¿Hasta cuándo? Y he aquí que el bohío que anunció el agorero alado se divisa en un recodo del río. Es un caserío extenso y rico al parecer. Y otra vez surge la inquietud. ¿Será todavía el dominio de las Amazonas crueles? ¿Será una tierra de paz?

Los españoles se incorporan a la voz de mando del Capitán. Hay que estar alerta, pues del poblado salen nu merosas canoas y eso casi siempre es un indicio dé guerra. Se las ve a la distancia como pequeños puntos negros. Van aumentando. Haciéndose visibles. Y pueden distinguir a sus extraños tripulantes.

Son unos gigantes también. Pero no como los gigan tes blancos y acogedores que los visitaron en Aparia. Estos bárbaros llevan los cabellos recortados y los rostros teñidos de negro. Horripila ver su aspecto. No pueden evitar el pensar en el diablo, el enemigo malo y acechante. Sí, deben ser engendros del demonio estos guerreros teñi dos de negro que se aproximan en sus rápidas piraguas. Y hacen la señal de la cruz al par que aprestan sus armas.

El indio que llevan prisionero tiembla de pavor al contar a Orellana que esos gigantes pintados de negro son habitantes de una región interior cuyo jefe se llama *Arripuna.* Los dominios cruentos de este jefe se extienden hasta ochenta jornadas a lo largo del río y por tierra aden tro hasta una lejana laguna en donde comienzan los seño ríos de *Tinamostón,* un salvaje peor aún, pues sus hombres se alimentan de carne humana.

Los gigantes negros se aproximan en tanto. Atacan con denuedo lanzando gritos que espantan. Pero los arca buces y ballestas cumplen su cometido y caen los negros con los pechos abiertos por las balas y los corazones par tidos por las ballestas. Es una lucha breve y sañuda. Los españoles matan con furia. Para ellos estos negros repug nantes son seres maléficos, hijos del demonio.

Al verse atacados por las armas de la muerte invisible, los salvajes retroceden en sus canoas, y pueden los bergan tines seguir a lo largo del río, siempre divisando a lo lejos, sobre los barrancos, los poblados extensos. Nave gan fuera de las orillas, por el medio del río, procurando no acercarse a esas tierras malditas.

Temen, sobre todo, que vengan contra ellos los salva jes devoradores de carne humana. Les aterra pensar en ese Tinamostón. Algunos de ellos oyeron en las regiones del Caribe la existencia de tribus caníbales pero aquí en la tierra firme es la primera noticia y les invade un horror inevitable.

El indio cuenta que ese gran señor Tinamostón, cau dillo de los antropófagos, vive cerca de un lago lejano. Es un país rico. Abundan los comestibles. Y aunque no hay oro, la plata es metal vil que puede recogerse por cargas. Es en esos dominios en donde están prisioneros los blancos que llegaron por el mar —los mismos de que les dio noticia la india anteriormente cautivada— y que todos suponen que sean los restos de la expedición de Ordaz.

El indio parlanchín 'dice haber visto a esos blancos cautivos. No sabe quiénes son ni entiende su idioma; pero él los vio en las tierras del caníbal, si bien no conoce cuál ha sido su suerte ni si acaso sirvieron para algún festín dramático o para alguna infame ceremonia religiosa.

Un sentimiento raro sacude a los hispánicos. No faltan quienes quisieran ir a esas tierras para castigar a los idó latras devoradores de hombres y vengar así la sangre ibé rica derramada en el ara de algún ídolo cruento. Pero el sentimiento se refrena antes de salir de los labios. Es imposible. Lo saben. Quizás regresen después a destruir a esos hy'os del infierno. Ahora nada pueden hacer sino huir, lo más pronto posible, de esos sitios de espanto.

Los remeros ponen todo su esfuerzo. Navegan por en medio del río. El viento riza la superficie de las aguas y

forma potentes oleajes que sacuden las naves haciendo crujir los maderos y obstaculizando el avance. Los múscu los se ponen tensos con la violencia de las remadas. Los impulsa el miedo de los negros salvajes y de los caníbales desconocidos Van como una flecha lanzada ¡ sin saber a dónde por el azar y contemplan ansiosos las orillas en donde parece que no van a terminar los poblados de los bárbaros, densos hacinamientos de chozas que se extien den leguas y leguas, siempre amenazantes. Los españoles sienten que las fuerzas les abandonan. Ya casi no tienen víveres. No habrá cómo ganarlos en estos pases de horror. No podrán dormir ni descansar. Y, melancólicamente, se preguntan hasta cuándo va a durar esta aventura.

ÍNDICE

Págs.

PRIMERA PARTE

LA AVENTURA

LEOPOLDO BENITES VINUEZA

ARGONAUTAS DE LA SELVA

SEGUNDO TOMO

INTRODUCCIÓN

DE HERNÁN

RODRÍGUEZ CASTELO

EDITADO POR PUBLICACIONES EDUCATIVAS "ARIEL"

Guayaquil - Quito • Ecuador

Supervisión Editorial:

Sr. Rafael Di'az Ycaza

Diseño de Portada:
Sr. Nelson Jácome

Viñetas de Portada:
Sr. Guillermo Vaca

FLECHAS ENVENENADAS

DOS DÍAS navegan lejos de las orillas sin atreverse a tocarlas por temor a los caníbales feroces y los guerreros sanguinarios. Pero el hambre es más fuerte que el miedo. Entre morir de inanición y morir peleando, no hay cómo vacilar y Orellana da la orden de acercarse a un poblado cuyas chozas divisan diseminadas entre los árboles. Se aproximan, con la eautela que siempre usa el Capitán tuerto, a los barrancos en donde se ve un grupo no muy numeroso de indios y saltan a tierra.

Resuenan los disparos en la soledad. Pero los indios no se rinden tan fácilmente al espanto de la muerte atronadora. Tienen también armas volanderas que cruzan veloces el espacio y se clavan vibrando en las adargas de cuero que llevan los españoles.

Durante media hora se resisten antes de que la carga audaz de los famélicos aventureros los haga ceder y huir a la espesura. Orellana ha dado órdenes de recoger todos los comestibles que hay en el pueblo y cargan hasta el límite de su capacidad los bergantines con el maíz que encuentran en las chozas.

Apresuradamente, antes de que puedan retornar al ataque los indios fugitivos, los blancos roban las provisiones. Saben que de eso depende su vida en estas tierras en donde es difícil abordar. Mientras más días puedan navegar sin que el hambre los obligue a tocar en las playas, más garantizados están. Las ingentes cargas de grano dorado pasan a llenar todos los espacios disponibles de sus naves.

Terminada la faena, Orellana revista a sus hombres. Sólo hay uno herido: Antonio de Carranza que ha sido alcanzado por una saeta india. £1 Capitán examina la herida. No es grave. No ha dado en ningún centro vital. Ni siquiera presenta el carácter horripilante de la herida que Fray Gaspar recibiera en el ojo. Está convencido de que curará pronto y no le presta mayor atención.

Desatracan y siguen aguas abajo. Navegan con rapi dez para ponerse fuera del alcance de los indios que pue den retor nar y salen a la mitad del río para alcanzar la lejana orilla opuesta que no alcanzan a ver. Es su reno vada táctica de navegar en zigzag, perennemente fugi tivos.

Cuando ya están lejos, los remeros descansan. Ore-llana nota que Antonio Carranza tiene signos de agitación. Un temblor leve le recorre todo el cuerpo. Está pálido. El corazón le palpita con violencia. Vuelve a examinar la herida y observa que la saeta no ha penetrado profun damente. Sin embargo, los síntomas de agitación crecen. Se nota en la fisonomía de Carranza algo extraño. Au menta la convulsión casi tetánica de su cuerpo. Y cae a poco en un sopor pesado, en un letargo precursor de la muerte.

¿Será que los flechadores indios ponen en sus saetas el sutil veneno de que hablan tanto las leyendas? Carran za no reacciona. Sigue peor. Los compañeros lo miran consternados. Nada pueden hacer. En tanto pasa el tiem po y a cada minuto se agrava sin remedio alguno en la inmensidad desamparada del río. Y Orellana da orden de volver a remar, pues a la distancia alcanza a ver un bos que en el que no hay señas de población y allí pueden encontrar un poco de reposo.

Se acercan. El bosque que se veía en lontananza es un robledal. ín alto robledal que ofrecí su sombra fresca en esta tai.. ; cajV No hay en él señales de vida. Es

posible desembarcar sin temor y saltan para d e s c » d e las jornadas combatientes.

Carranza se agrava por instantes. El temblor convulsivo aumenta. Una inconsciencia profunda lo ha invadido. Fray Gaspar reza a su lado, olvidando sus propios dolores y se turna con Fray Gonzalo de la Vera en su misión pia dosa de pedir a Dios su salvación en el cielo ya que nada puede salvarlo en la tierra. Los otros miran como cae len tamente la sombra del crepúsculo sobre el alto robledal, serios y consternados.

De pronto un canto de pájaro rompe el silencio. No es una voz desconocida. Ni es el canto vulgar de los miles de pájaros del bosque. El canto que resuena en el silencio crepuscular es el del pájaro misterioso que nunca pudie ron ver: es del ave agorera que cada mañana —desde que salieron del pueblo en que hicieron los clavos— les anun cia la presencia de poblado. Canta ahora de modo dis tinto.

—Huí... Huiii...

El canto es precipitado y nervioso. Miran hacia el lu gar de donde parece salir y ven —por primera vez— el pájaro ignoto. No se parece a ningún otro. Grita rápida mente, agitadamente, como si quisiera decirles algo y des aparece dejándolos envueltos en conjeturas y cavilaciones.

¿Qué habrá querido decirles el pájaro amigo? ¿Será que anuncia algún peligro nuevo y les dice que huyan? ¿Será que se despide porque ya no volverá más y se apro xima el término de la aventura? Orellana ordena ama rrar los barcos contra unas ramas para dormir allí sin des embarcar. Poco a poco van recogiéndose. Mastican su maíz y rezan sus oraciones verpertinas, mientras Fray Gaspar y Fray Gonzalo ayudan a bien morir al desventurado Carranza.

La noche cae, llena de misterio. Todo duerme en la extensión selvática. Pero los centinelas oyen a mediano-

che ruido de pasos humanos y voces que resuenan en la espesura. Sin hacer ruido, comunican a Orellana lo que ocurre, sigilosamente preparan sus armas y se están a la espera. Los indios son quizás

numerosos. Vienen por tierra y por agua. Se ven pasar sus sombras. Mas no pare cen haber visto los bergantines, pues en toda la noche no se produce el asalto temido. Quizás porque —como dice Fray Gaspar —"Nuestro Señor los cegó para que no nos viesen".

Apenas amanece, los hombres de Orellana atisban la espesura. No se ve indio alguno. Han desaparecido mis teriosamente. ¿Será esto lo que anunciaba el pájaro ago rero? No, han notado algo que les llena da júbilo en medio de su tristeza. Ahora corre el río en dirección con traria a la que corría til día anterior. Ha cambiado. Llega la marea hasta este punto y eso denota que están cerca de la salida al mar. Un estremecimiento de alborozo reco rre el bergantín en donde se hacina la tropa aventurera. ¡Es eso lo que quiso decirles el pájaro amigo con su canto de despedida!

Pero el alborozo dura poco. Antonio de Carranza muere, justamente a las veinticuatro horas de haber reci bido el flechazo envenenado y tienen que enterrarlo bajo los altos árboles del bosque, sin ceremonia, repitiendo el triste ritual que usaron en Aparia y en los dominios de Machiparo. Apenas han vuelto de cumplir con el deber fúnebre, encuentran que por el río vienen canoas indias. Felizmente no los acometen. Pasan haciendo raros virajes y mirándolos con curiosidad. Van y vienen. Es una espe cie de paseo de fiesta. "Las ven pasar los españoles sin hacer fuego. Y luego desaparecen río arriba.

La muerte de Carranza sume a Orellana en profundas cavilaciones. Si los guerreros indios tienen flechas enve nenadas, no será posible que sus hombres se protejan «on las simples adargas copiadas a los salvajes. Se requiere

tomar nuevas precauciones que aseguren una mejor defen sa. Y resuelven poner a los bergantines unos barandales-de madera gruesa detrás de los cuales puedan parapetar se. Ordenaba sus hombres que corten de prisa la madera necesaria y con actividad febril comienzan la tarea de construir los parapetos que se elevan sobre las bordas.

Tan pronto como esté terminada la obra quiere conti nuar el viaje, pero ahora, ya no está a su arbitrio fijar la partida. La-marcha está condicionada por el flujo y re flujo de la marea y tienen que esperar que las aguas cam bien para poder avanzar en dirección al mar.

Día y medio' ha durado el deseanse en tierra —s i des canse puede Mamarse el precipitado trabajo de carpintería hecho para proteger los bergantines— cuando ya están otra vez toa argonautas en viaje, por esas aguas enigmá ticas.

Amanece. Hay en el ambiente una humedad pene trante y todas las cosas están veladas por la suave niebla que se levanta déla tierra y del río. Un hálito de encan tamiento flota sobre el paisaje. Navegan lentamente. Casi sin impulsarse con los remos, para evitar el gasto inútil de-energía, empujados por el flujo dé la corriente que avanza impetuosa hacia el mar.

Un poco más abajo, por la boca de un río no muy gran de, ven bajar una flota poderosa de canoas indias. Vienen en escuadrones bien acordados y navegan con orden. No ha sido estéril el trabajo de la vanguardia exploradora que vino a observarles. Los salvajes parecen saber exac tamente el número y situación de las fuerzas blancas, pues se han dividido en dos escuadrones para atacar por sepa rado a los bergantines. Y a poco una lluvia de flechas cae sobre las cubiertas de las naves.

Los españoles están aterrados. ¿Tendrán también ve neno las flechas de estos salvajes? Ya no exponen sus pe-

chos a las saetas. Se recelan. Se parapetan tras los baran dales que la prudencia del Capitán hizo construir y desde allí disparan.

El río está lleno de canoas. Los indios gritan sus pala bras de aliento y de odio en forma tal que los ensorde cen. El recuerdo de la muerte desesperada de Carranza atemoriza el ánimo de los españoles. Orellana los anima y da el ejemplo. Alonso de Robles, el Alférez, toma per sonalmente un arcabuz para dirigir los tiros contra los bárbaros. Emparapetado tras las barandas, apunta y la bala sale al par que retumba la oquedad del río con el estampido de la pólvora. Los españoles miran el tiro pro digioso: una sola bala ha atravesado los cuerpos de dos salvajes que caen, dando saltos, en las aguas cerrentosas. Dios los acompaña y dirige el tiro de sus arcabuces. Una reacción de fe y de orgullo sacude a los hispanos. Peru cho —como llaman al vasco Pedro de Acaray— apunta a su vez y repite la hazaña. Vuelve la esperanza indeclinable en la protección divina y los españoles acometen con furia barriendo con sus arcabuces y ballestas la extensión del río.

Pero los indios no se abaten con la matanza que en ellos hacen los españoles. Se rehacen. Vuelven a la car ga. Se alientan con gritos desapacibles. Y lanzan sus fle chas que no alcanzan a dar en el blanco anhelado, pues se quedan clavadas en los barandales de madera o se embo tan contra las adargas de cuero de lagarto que protegen a los blancos.

Sale el sol en tanto. ...Todo se llena de luz. La niebla baja se deshace como por arte de encantamiento. Y sigue el combate. Sigue hasta las diez, hora en que por fin de jan lejos a los flechadores indios. Orellana da orden de avanzar a la otra banda del río, a la orilla izquierda que no alcanzan a ver, pues quiere alejarse pronto y los remeros se esfuerzan por mantenerse a la mayor

distancia

posible de las flechas que pueden llevar en sus puntas el veneno inexorable.

Una vez fuera del alcance de los indios el Capitán pro cede a revistar a sus hombres. Ninguno está herido en verdad, pues García de Soria, que es el único a quien han alcanzado las flechas, tiene apenas un rasguño. La flecha casi no le ha entrado. Observa a García quien está también sombrío y preocupado, sin decir nada, sin quejarse, sin dar a entender que tiene miedo —un miedo horrible— del veneno indio.

Después de un rato comienza a dar señales de altera ción. Es el mismo temblor convulsivo, el mismo estremecimiento, la misma lenta tetanización que fué matando a Antonio de Carranza. Ahora sí ya no puede contener el terror. Grita desesperado. Pide que lo salven de la muer te. Se agita y clama. Los demás lo miran sin saber qué hacer ni qué decir.

No hay remedio alguno. Y va cayendo poco a poco en el sopor tórpido, en el coma letárgico, hasta que llega la muerte horrible. Los 'hombres se descubren y rezan. Cada uno piensa si será ese su destino al día siguiente. Es un compañero más que se queda en tierra de infieles. Un cadáver más que señala la ruta dolorosa de esta aventura. ¿Hasta cuándo dura

rá todo esto? El indio que tomaron en el país de las Amazonas les explica que los arqueros de las flechas envenenadas son subditos de un poderoso señor que se llama *Narundalugua Curabara.* Es un mag nate indio que tiene sus vastos dominios en las tierras del otro lado del río. Pero en estas orillas a las que han pa sado después del combate no hay que temer, pues los in dios viven tierra adentro. Y efectivamente no alcanzan a divisar huellas de existencia humana en estas tierras.

Otra vez tienen que realizar la sencilla ceremonia fúnebre. Bendice Fray Gaspar la tierra y dejan bajo de ella a García de Soria como dejaron a Antonio Carranza, a Pedro Ampudia y a siete más, con una tosca cruz de madera que señalará el sitio en que reposan sus cenizas mortales.

Y siguen su marcha. La tierra es rica y feraz. Pero no ven en las orillas poblado alguno. A veces alcanzan a ver una población adentro de la tierra sin atreverse a en trar en ella con tan pocos hombres. El indio que les sirve de guía no conoce a los moradores de este lado del río. Tiene sólo vagas noticias. Y les explica que unas altas torres que se ven en las costas, sobre unas colinas eleva das, son fortalezas dentro de las cuales se protegen los indios para prevenirse del ataque de sus enemigos^

El cansancio comienza a hacer sus efectos. Orellana, viendo que las tierras son pacíficas, quiere dar a sus hom bres un poco de reposo. Y ordena desembarcar. Después de tantos días de sufrimientos, de luchas, de angustias y de muertes, requieren algunos otros de paz. Hace su cam pamento improvisado. Y en esas soledades transcurren varios días en que pueden reponer sus fuerzas extenuadas por el continuo combatir y sus energías

morales desgasta das por el terror que les inspiran las flechas envenenadas de los bárbaros.

Los días pasan sin que vean indio alguno. Pueden comer a gusto y dormir sin sobresalto. Pasar días enteros sin estar con las armas en la mano y los nervios en tensión, gozando de una naturaleza templada y grata, después de tantos meses de navegar por selvas inhospitalarias entre salvajes.

Tan pronto como han descansado, Orellana ordena que vaya una patrulla hasta una leg la adentro de la tie rra. Los hombres obedecen y avanzan hacia las comarcas interiores. A medida que se internan, notan que la tierra es más grata y que comienzan a verse CF niños que indican

la existencia de centros poblados. Dan la vuelta, por el temor de verse sorprendidos, y comunican a Orellana las nuevas. Como hombre prudente quiere evitar nuevos peli gros y ordena aparejar los bergantines para ir en busca de la salida al mar que ya presiente próxima.

ES EL ocho de agosto cuando Orellana da la señal de par tida. Durante largos días pasaron hambre en una isla en donde tuvieron que allegarse para reparar las naves. Siempre peleando. Siempre el constante peligro. "Cator ce días de continua y ordinaria penitencia por la mucha hambre y poca comida" según dice graciosamente Fray Gaspar. Comiendo los caracoles-y los cangrejos de las orillas después de haber comido la carne providencial mente encontrada de una danta muerta pero aún caliente que encontraron más arriba del río.

Allí, en esa playa, arreglaron las naves. Improvisaron los mástiles. Con las mantas hicieron las velas improvisa das. Tejieron con fibras montesinas sus "jarcias de yer bas" que dice el Padre Carvajal. Y se prepararon para lanzarse al mar que ya encuentran próximo —¡por fin!— tras este errar sin término.

Navegan en^e el laberinto de las islas. Cada canal, que separa una de otra estas islas verdes, es de por sí un río gigantesco. ¿Cómo será de ancho este río si cada boca que miran aparecer entre las islas es más grande que los más grandes ríos que han visto en su vida aventurera? Es, seguramente, el Mar Dulce, la ingente masa de agua que vieron hace cuarenta años, por vez primera, los asom brados ojos de Vicente Yáñez Pinzón. La misma que con templaron Diego de Lope y Juan Díaz de Solís cuando andaban buscando a lo largo de este continente intermi nable el paso hacia las Indias promisorias. La misma que Magallanes tomó como el canal que conduce a las lejanas Islas de las Especias.

A lado y lado de las islas se levantan poblaciones. Los indios pacíficos los,miran sonrientes. No llevan armas y parecen haber visto a otrps hombres blancos. Pero no tienen víveres o los esconden y los famélicos aventureros tienen que tomarlos de sorpresa, robando los pocos que encuentran o contentándose con saborear las raíces suculentas que los indios llaman inanes.

Ahora la lucha más dura es. contra la naturaleza. La fuerza-de las corrientes es tan poderosa que los arrastra. Chocan contra raíces escondidas que hacen crujir los ta blones de las naves con siniestra amenaza de naufragio. Se pierden en el laberinto de las islas. Y, sobre todo, tienen que luchar contra las mareas que les proporcionan momentos de patética angustia.

No, llevan anclas para fondear y se ven precisados a llegarse a las playas para amarrar los bergantines contra los árboles o sostenerlos con. piedras. Y muchas veces, en esta maniobra, golpean contra los troncos sumergidos, chocan contra escollos no previstos, se quedan varados sobre las playas oíos arrastran las-correntadas, río arriba En ocasiones, una hora de creciente los empuja con tal violencia hacia el interior, que recorren doble extensión de la que navegaron aguas abajo. Son juguetes de las ma reas. Frágiles instrumentos del azar. Débiles voluntades que luchan contra las fuerzas descomunales de la natura-leza'primitiva.

Los ríos que bajan de los Andes a engrosar el de las Amazonas traen urt légamo turbio que se deposita en la desembocadura. Piensan que quizás hay veinticinco le guas ent re punta-y punta, entre orilla y orilla de este Mar Dulce. Y en medio de esa extensión se levantan islas de todo tamaño, islotes flotantes, tierras anegadizas y móvi les, todas cubiertas por la vegetación lujuriante del trópico. Dieciséis días navegan por ese laberinto, luchando centra las cor r ientes contrarias. Dieciséis días en que a cada momento-la muerte les amenaza. Toma todas las

formas: los amaga en la forma escuálida del hambre, les amenaza con las cien bocas revueltas de las aguas arremolinadas, les mira torva desde los escollos traidores, les ve pasar con ojos de sombra desde los follajes verde oscu ros de las orillas.

El río encantado no pierde su hechizo. Quiere confun dirlos. Separarlos. Detenerlos. Les traza emboscadas aleves. Les engaña con sorpresas traidoras. Les oculta sus frutos y les hurta sus peces. Es como si tuviera un alma, una voluntad potente, y quisiera quedarse con los blancos audaces que han desentrañado sus misterios y ex plorado el corazón palpitante de sus selvas.

Las aguas los agarran con puños fuertes para devol verlos a la espesura selvática, para empujarlos hacia la tierra misteriosa que han visto antes que nadie Y esto dura dieciséis días de hambre. Dieciséis noches de sueño inquieto. Sin saber si verán alguna vez las aguas del mar anhelado o 106 abatirá la muerte.

Es una lucha dramática la del hombre obstinado y la naturaleza insensible. Un duelo que significa para el hombre la muerte si se deja' vencer* Y estos hombres acos tumbrados a domesticar la naturaleza "hasta someterla a sus designios siguen luchando, voluntariosos y tenaces, contra el agua, contra el viento, contra el hambre, contra todo lo que se opone en su camino.

Y al fin una mañana pueden ver las olas crespas y el horizonte sin límites del mar, la gran extensión salobre que se dilata hasta lo infinito del cielo mientras sus olas cantantes vienen a morir- con rumores de espuma sobre las playas arenosas.

Es el mar... Y los hombres rudos 6aen de rodillas para dar gracias a su Dios, con tanta fe y con tanta gratitud como los compañeros de Colón cuando divisaron la gracia quieta y perfilada de las orillas.

Tienen que realizar todavía **los** últimos esfuerzos: arreglar los timones improvisados; remendar las velas despedazadas; reforzar las jarcias hechas con fibras de las plantas salvajes; **proveerse de**

los elementos más indispensables para la gran aventura de lanzarse a la mar.

Arriban a un poblado indio, el último que tocarán, en donde los salvajes los reciben en paz, con palabras sencillas y ademanes humildes, muy distintos de las furentes actitudes de las otras tribus del gran río. Allí arreglan sus naves. Una emoción confusa y grave se apodera de estos ánimos templados por los peligros continuos. ¿Adonde los conducirá su destino? El mar es un camino traicionero. Aun para los rudos marinos curtidos por las brisas yodadas tiene sorpresas inesperadas: ¿Qué podrán hacer ellos que no son nautas? ¿Cómo podrán habérselas con las tempestades horrendas y las lluvias diluviales de estas regiones? ¿Cómo orientarse en el camino sin senderos de la mar?

No tienen carta de marear. No tienen brújula. No tienen piloto. No tienen ancla. No conocen los cabos y las puntas de estas costas. No saben de los escollos que se esconden invisibles y traidores. No conocen el capricho de los vientos. No saben las asechanzas de las olas. Sus velas son mantas y cobertores, abigarrado conjunto mal cosido que no saben si resistirá el empuje de los vientos marinos. Sus jarcias improvisadas son débiles para sopor tar la tensión de las tempestades. Sus bergantines no están debidamente calafateados y son demasiado pequeños para luchar contra las olas embravecidas. Sólo hay una cosa que los conforta: su **fe.** Esa **fe** recia **en el** Dios que les sacó **de** los peligros sin fin **de la** selva, que los libró **de** morir **en** el río siniestro **de** las Amazonas, que los salvó del hambre, **de** las flechas envenenadas y **de** las traiciones **de** los indios.

Trabajan' activamente. Procuran suplir con ingenio todo lo que falta y saben prescindir de lo que no tienen. Y al fin se deciden. Lo que pueden hacer, está hecho. Lo demás le toca a Dios y a su destino. Antes de salir, toma cada uno un cántaro de agua. No existen víveres sufi c ientes y Orellana reparte las escasas provisiones. A unos les toca un medio almud de maíz y a otros menos. Algunos no tendrán ni siquiera esta ración sino que deben contentarse con las raíces de *inanes* como todo alimento para una travesía que no pueden preveer cuánto tiempo ha de durar.

Pero la voluntad es más fuerte que todos los obstácu los. La fe es más robusta que los cálculos del sentido co mún. Dios les dará alimentos y los conducirá hasta un puerto en donde encuentren cristianos que los ayuden.

Izan las velas. El viento las hincha evemente y em puja a los nautas hacia el mar. Los empuja también la corriente del río. Se "mete en el mar el agua dulce más de veinticinco millas". La fuerza de la marea vaciante es tan poderosa que los impulsa junto con las aguas del mar formando un confuso remolino. Las olas salobres del mar son detenidas por las olas dulces del río. Las obligan a regresar.' Las rechazan en una lucha titánica de elementos.

Es el día veintiséis de agosto cuando salen a la mar.
Pasan raudos —arrebatados por la corriente— entre la
gran isla de Marajos y una pequeña situada al norte. Y llegan a la enorme extensión marina en donde sólo pue den confiar en la Providencia en la que creen y en ei Dios que los.ampara.

Apenas han vencido la fuerza de las corrientes enfilan las proas hacia el norte. No conocen el manejo de las velas. Por intuición manejan la que tienen como creen más oportuno y el viento los empuja con fuerza. Orellana va en el Victoria. Y allí va también Fray Gaspar. El pequeño San

Pedro procura **mantenerse** siempre **a la** vista. Así **pueden** protegerse mutuamente y auxiliarse en caso necesario.

Orellana calcula que navegando hacia el norte encon trará las tierras pobladas de Venezuela y las islas cristia nizadas del Caribe. Como no tiene brújula ni conoce estas costas, navega procurando no perder de vista las orillas. Se guiará por la tierra y por el sol. Le servirán de brújula las estrellas nocturnas.

El mar está en calma. Felizmente no llueve. Miran el cielo. Es azul de un azul límpido apenas decorado por leves nubes blancas. Fray Gaspar reza pidiendo a Dios que no llueva. Los aguaceros diluviales del trópico anu larían la visibilidad de las costas, desatarían vientos hura canados y tempestades horrísonas además de que inunda rían sus frágiles naves.

Las velas oscuras toman viento, un suave viento que parece jugar con ellas blandamente, cariciosamente, sin violencias brutales. Sobre los mástiles vuelan grandes aves marinas. Y el bandazo de las olas tranquilas da a las naves un balanceo rítmico.

Avanzan lentamente. Todo el día ven a la distancia el perfil grácil de la tierra lejana. A veces los empuja el viento mar afuera y la tierra es apenas una vaga sombra que más se adivina que se ve. El piloto improvisado recti fica el rumbo y vuelve a ponerse a la vista de la tierra.

Navegan todo el día en esa forma. Cae luego la noche. Las estrellas van encendiéndose en el cielo de oscuro terciopelo. Las tribus agitan un poco la superficie móvil de las aguas y los bergantines se balancean reciamente so bre las olas que, al chocar contra los costados de las naves, parece que elevarán una canción de cuna que adormece a los nautas.

Todo parece dormir en la extensión sin fin, hasta que la madrugada se anuncia con un leve resplandor lejano, una indecisa luz que pinta de tonos maravillosos las aguas cambiantes. Poco a poco va coloreándose el mar. Es

azul, verde, gris. Las olas multicolores tienen rizos de espuma blanca y el viento canta entre las jarcias una canción marinera.

Los hombres despiertan ateridos. Han pasado la no che sin abrigos. Sus cobertores y mantas se han conver tido en velas hinchadas de viento. Comen su breve ración de maíz y beben un sorbo de agua. Tienen que estar es trictamente racionados. Orellana vigila que guarden mesura en sus raciones.

Llega el mediodía caliente. El sol vertical cae a plo mo. Hace un calor sofocante y húmedo. La piel se cubre de sudor. Las bocas se secan. Pero no hay cómo beber sino el sorbo de agua que ha ordenado el capitán severo, un breve sorbo que apenas calma la sed desesperada.

A veces el mar se agita. Grandes olas van a romperse con saltos aterradores de espuma sobre los acantilados lejanos. Es algún cabo que van doblando y se alejan pru dentemente para impedir que las olas gigantescas los arrojen sobre los arrecifes furiosos y las rocas amenaza doras.

Así pasa un día y otro, día. A la distancia los acompa ña la tierra. Y cerca de ellos el pequeño San Pedro nave ga con sus oscuras velas desplegadas. Ni una tempestad ni un vendaval. Los elementos están tranquilos. El viento es una caricia y el mar un arrullo. Parece que el Dios en que creen los protege y amansa los elementos.

En la noche del cuarto día las olas se enfurecen. El viento amigo que antes acariciara las velas, se torna fu rioso y desapacible. Toda la extensión marina toma un aspecto aterrador. Los bergantines se sacuden encabrita dos. Las olas los levantan y los golpean. Chocan contra los costados que crujen. Y una niebla densa les impide la visión. Por varias horas luchan. Pero pasa el peligro pronto y al amanecer reluce el sol sobre las olas.

Orellana mira hacia el punto en donde el pequeño San Pedro navegaba. No está. Ha desaparecido. Sólo se

ve la superficie ilimitada del mar. Una sensación opreso ra de dolor y de angustia se apodera de los ánimos. Segu ramente las olas bravas vencieron la fragilidad de sus maderos. Habrá naufragado. Pero no ven en las aguas ninguna señal de naufragio. Ni un madero flotante. Ni un pedazo de vela. ¿Lo habrá empujado el viento contra las costas lejanas? Ven el tumulto de las olas que levan tan castillo de espuma al golpear los acantilados de la costa. Aguzan la mirada. Nada. No hay huella alguna del bergantín perdido.

No queda más que seguir. Izan las velas que bajaron para impedir que la tormenta los arrastre y despedace los mástiles. Se aseguran del curso de la navegación mi rando el sol. Y el basto timón improvisado, bajo la mano inexperta del timonel, rectifica el rumbo que siguen, siempre al norte.

Los hombres no hablan. Cada uno teme por su vida. Han perdido las energías al ver que desapareció misterio-samente el pequeño San Pedro que fué la nave de sus pri meras aventuras por el río. ¿Podrán resistir una nueva tormenta? ¿Les alcanzarán las cortas provisiones? ¿Ten drán que morir de sed en medio de la masa de aguas ma rinas?

Siguen navegando. Es una horrible angustia el navegar sin rumbo. Cada día que pasa es igual a otro. Siempre la costa lejana y deshabitada. Siempre el mar que canta su canción idéntica. Siempre las mismas aves que revolo tean sobre los mástiles.

Nueve días han navegado cuando ven a lo lejos una isla. Se acercan. Ya no llevan víveres y quizás puedan proveerse en esta tierra que miran en lontananza. Manio brando diestramente, entran por el canal. La marea los empuja y pronto quedan casi encorralados en un raro golfo caprichoso que tiene sus entradas casi cerradas. Es el golfo de Paria Han caído en una celada del mar. Quie-

ren retroceder y no pueden. Por más que Orellana ordena empuñar los remos para vencer la fuerza de las aguas, es inút

il. Las manos sangran antes de poder vencer con los remos el vigor de esas corrientes y deciden abordar a tierra para ver si se proveen de alimento.

En las tierras boscosas y húmedas no encuentran otra cosa que unas "a manera de ciruelas que llaman hogos". Apenas si tienen tiempo para dormir en las orillas y volver a remar, incesantemente, desesperadamente, sin lograr vencer la potencia de las aguas revueltas.

¿Habrán vencido los peligros del río de las Amazonas y desafiado los riesgos del mar para venir a perecer en esta trampa? Los hombres, avezados a la lucha contra la naturaleza, reman de sol a sol. Nada. Es inútil. Nó pue den vencer la fuerza de las corrientes para salir nueva mente al mar. Pierden las fuerzas. Quedan extenuados. Pero la voluntad es más fuerte que el desaliento. Más fuerte que el cansancio. Más firme que la adversidad. Luchan siete días y al cabo de ellos pueden salir por un estrecho al que dan el nombre de Bocas del Dragón. ¿No es acaso un dragón, una'bestia furiosa y malévola este golfo enrevesado que les encarcela como una trampa y los hace debatirse entre aguas rompientes y tierras inhospi talarias?

Salen nuevamente ai mar. Pero han perdido la noción del rumbo. Ya no saben hacia donde dirigirse. La tierra hace una brusca curva y se interna hacia el poniente en vez de seguir la dirección norte. ¿Deberán seguir? Se ponen en las manos de Dios. Lo designan su piloto. Que él los conduzca hasta el punto que señale su voluntad. Se abandonan •—demasiado pequeños para luchar solos— al destino y a la fatalidad.

Dos días más navegan a la ventura. Ya no tiene víve res. Pronto morirán de hambre. Las ciruelas agrias que encontraron en las tierras de Paria, se acabaron. Ahora sólo hay mar y cielo.

Agua inmensa y nubes fugitivas.

Están solos en la soledad sin límites. Abandonados en el espacio sin orillas. Sintiendo palpitar sobre ellos lo infinito.

Se tienden en el fondo del bergantín. Duermen. Ya no les importa la vida ni la muerte. Sólo

saben que el cansancio los domina en medio de la soledad desconocida. Duermen pesadamente. Sin saber a dónde los empuja su destino. Sin saber si arribarán a tierra o se perderán en el mar. Indiferentes a todo. Hasta a su propia existencia.

Al amanecer del día once de setiembre, se despiertan sin mayor esperanza. El último resto de curiosidad los hace asomarse a las bordas para mirar el mar. ¿Qué pue den esperar? Fray Gaspar los exhorta a esperar la pro tección divina.

El mar es, como siempre, una superficie ilimitada. Navegan sobre las olas pedazos de madera y hierbas flo tantes. ¿Estarán próximos a tierra? Les es casi indife rente aunque Orellana los anima diciendo que quizás en la tierra próxima sea posible encontrar alimentos. Pero ni esa esperanza los conforta.

Siguen mirando la lejanía. Se divisa a la distancia una sombra. ¿Será una nube baja y oscura? Se aproxi man. Orellana da órdenes de izar las velas y tomar viento para dirigirse hacia ese punto remoto. No, no es una nube. Va perfilándose la silueta de la tierra. Se alcanza a ver los árboles más altos, y un caserío brilla de modo vago. ¿Será alguna tribu bárbara de una isla perdida en el océano? Porque lo que miran es una isla. A medida que se acercan pueden distinguir más clara su silueta y el po blado...

Miran con ojos dilatados de asombro. Están mudos. La emoción es más fuerte que las palabras. Sí, es un po blado de españoles. Las casas son como las de España. Se ven barcos anclados frente a la playa.

Los ojos se llenan de lágrimas. Fray Gaspar, lloroso también, les hace arrodillar. Y rezan en acción de gracias.

Kl viento infla la* velas oseara». El bergantín se acerca. ¿Será-todo un loco delirio del hambre y la sed? Allí está el pequeño San Pedro con su tosco mástil y su forma extraña.

En las playas se agolpa una multitud. Son españoles. Lóá" s a l u d a n con las manos t e n d i d a s . Se oye un vocerío.
Y cuando ya' están próximos-; alcanzan a ver caras amigas. Son los "Compañeros perdidos que llegaron antes venciendo olas tremendas. Caen en sus brazos. Cuando' ya pueden hablar, les explican que esta e s la isla Cubagua y ciudad «le Nueva Cádiz, fundada por-los españoles en nombre del Hejr. Y los aventureros, antes que otra cosa, olvidando el hambre y la sed, avanzan hasta el templo, caen'de rodillas y rezan con todo el fervor de sus armas.

SEGUNDA PARTE

EL RETORNO

"E PASADOS otros trabajos mayores allegaron al mar Océano, desde donde fué á España y S. M. le hizo merced de aquella provincia con título de Adelantado; é publicando mayores cosas de las que vio, allegó mu cha gente, con la cual entró por la boca del gran río y murió miserablemente y toda la gente se perdió."— PEDRO CIEZA DE LEÓN, *Guerras Civiles del Perú. Gue rra de Chupas.*

EL ARRIBO

Es DÍA de principios del año de gracia de **1543. Una nave se** acerca a las costas portuguesas. Parece hab

er **sufrido** tormentas y capeado temporales. No es un galeón **panzu** do de los que hacen el servicio de Indias. Tampoco parece ser una nave portuguesa. Es pequeña como una carabela y los expertos marinos que la miran afirman que es **una** nave española. A medida que se va aproximando puede verse claramente que la tempestad ha hecho destrozos en sus maderos y que viene de arribada forzosa.

Los curiosos miran las maniobras de la nave que se acerca. Y ven que saltar de ella cinco hombres. No hay duda de que son españoles. Uno de ellos —el que parece ser de más respeto— es un hombre grueso, de facciones se veras y de porte militar. Le falta de un ojo y eso da **a** su rostro un aspecto más duro.

El capitán, el piloto y los tripulantes saltan después. Tienen que explicar el arribo forzoso y justificar su pro cedencia. Hay demasiados recelos entre los hombres de mar. Y explican que la nave ha sufrido tanto que le **es** imposible avanzar hasta España sin hacerle reparaciones urgentes.

Viene de las Indias de Occidente. En la Isla de la Trinidad fletó la nave el capitán Francisco de Orellana y con él han venido cuatro españoles más: Cristóbal Enríquez, Alonso de Robles, Hernán Gutiérrez de Celis y Cristóbal Maldonado de Segobiá.

Los cinco hombres habían ido navegando en unos **pe** queños bergantines desde un país desconocido **hasta la** Isla Cubagua. De allí pasaron a Santo **Domingo** y **luego**

a la Trinidad sn donde contrataron la nave para venir a España.

En la travesía a España el mar ha jugado con ellos. Largas calmas paralizaron sus velas. Tempestades agita das pusieron en peligro sus vidas. Por eso se han visto obligados a recalar en tierra portuguesa en vez de seguir a su destino.

Los españoles pueden entenderse con estos portugue ses. Es la misma raíz idiomática puesto que la misma san gre celtíbera, ardiente y viva, circula por sus venas. Y ta lengua se suelta para contar las aventuras estupendas de estos cinco españoles misteriosos. Narran los peligros co rridos, las hambres soportadas, las vicisitudes vividas y las luchas que tuvieron que sostener. Hablan de las va gas noticias que circulan en las Indias acerca de las Amazonas combativas, del espléndido Cacique Dorado, de los gigantes y monstruos que pueblan el país lejano que esos hombres han descubierto.

Corre de lengua en lengua la noticia novedosa. La narración la repiten los hombres del puerto que hacen cálculos de hacia dónde se encuentra ese país fantástico. La comentan en la taberna, en torno de los grandes vasos de vino generoso. La cuentan en las tertulias familiares, en los corros del hogar en los chismorreos de las coma dres. Va abultándose con la añadidura de nuevas inven ciones al pasar de boca a boca y llega la noticia a los sa gaces servidores del Rey que creen conveniente informar a su soberano.

Reina en Portugal Don Juan III. De Don Juan I a Don Manuel el Afortunado, la casa de Avis ha creado un imperio formidable. La paciente voluntad de Don Enri que el Navegante, hijo de Don Juan I, se ha cumplido. Desde los primeros nautas enviados por el Infante hasta las acciones brillantes de Albuquerque, ha pasado poco tiempo, tan poco que casi no puede contener el peso de

tanta gloria. Año tras año los atrevidos marineros lusitanos fueron dominando olas y descubriendo tierras. Rompieron el misterio de los mares ecuatoriales de los que se decía que hervían por el calor y que los hombres se hacían negros. Bordearon los cabos de todos los colores —el Blanco, el Rojo, el Verde, el Negro— llevados por un ensueño grandioso.

Una vieja leyanda resonaba en los oídos del Infante don Enrique: la leyenda de un país ignoto, *Bilad Ghana,* la tierra de las riquezas, que los musulmanes habrían explorado en el siglo xi y que figuraba en el mapa hecho por Edrisi para el rey Rogerio II de Sicilia en 1150. La conquista y cristianización del lejano país sé convirtió en obsesión del Infante románticamente enamorado del mar por el que había dejado su posición brillante de hijo de reyes y de hombre el más rico de Portugal, para consa grarse a fines náuticos en el solitario castillo de Sagres. De esa conquista dependía el que pudiera llegar a las fuentes del Nilo —que un error geográfico difundido hacía esperar que se encontrara en *Bilad Ghana*— y aliar el reino de Abisinia con el del legendario Preste Juan para formar a espaldas de los infieles musulmanes un potente reino cristiano.

La obsesión del mar se convirtió en manía dominante de don Enrique. Expedición tras expedición salieron de sus dpminios para ir al continente de las riquezas. La bús queda de *Bilad Ghana* le hacía escuchar con atención todo relato marinero. En su nombre, Gil de Eanes logró doblar el cabo Bojador en 1434. Ñuño Tristán avanzó hasta el cabo Blanco en 1443. Los restos de la expedición del in fortunado Lanzarote llegaron hasta las bocas del Senegal en 1455. Ca de Mosto y Antonio de Mola alcanzaron a vencer el cabo Rojo y llegar hasta las islas del cabo Ver de. Y al morir el Infante, los nautas a su servicio habían conquistado hasta el grado 8° de latitud norte del África.

Aun desde su tumba siguió su voluntad marinera do minando las mentes portuguesas. Diego Cam, en 1484, alcanzó a ver la desembocadura del Congo dando lugar a curiosas observaciones de un cosmógrafo alemán que iba en sus naves: Martín Benhaim, el autor del primer globo terráqueo y uno de los primeros en sostener la idea de la esfericidad de la tierra.

Juan II siguió el afanoso propósito. A su servicio fué Bartolomé Díaz hasta el cabo de las Tormentas que, en su optimismo dinámico llamó don Juan el de la Buena Espe ranza. Un entusiasmo frenético se apoderó de los portu gueses ante las nuevas asombrosas. La fiebre descubrido ra se extendía por el mundo. Seis años más tarde Cristóbal Colón se encontró con América. Y don Juan II, celoso de la fortuna de Castilla, a cuya corona había aspirado su padre Alfonso V, emprendió nuevos preparativos para doblar el cabo descubierto por Díaz.

En el mismo año en que Don Manuel el Afortunado subió al trono —1497— partía de sus costas la expedición de un aventurero valeroso y constante: Vasco de Gama quien después de pasar la noche en oración y comulgar en la mañana, izó velas para ir hacia las tierras desconocidas que estaban más allá del cabo.de la Buena Esperanza. La suerte de Vasco de Gama asombró a los portugueses. Do blando el cabo tormentoso había encontrado tierras sor prendentes. Había recorrido Mozambique y Madagascar. Y después de navegar por el vasto Océano Indico había llegado a la ciudad de Calicut.

La pasión aventurera se encendió con las noticias de Gama. Alvarez de Cabral, después de descubrir las costas del Brasil, no se sabe si casualmente, navegó hacia las comarcas que viera Vasco de Gama y regresó con un mag nífico cargamento de especiería y de oro en 1501. Eran-cisco y Alfonso de Albuquerque dominaron la orgullosa Calicut. Francisco Pacheco dio ejemplo de valor temerario en-las costas del Malabar y el Virrey Francisco de Almeida

y su hijo Lorenzo afianzaron para Don Manuel el formidable imperio portugués de la India sobre el que ahora reina su sucesor don Juan III.

En este momento vive Portugal una locura heroica. Resuenan en las tierras lusitanas las hazañas sorprenden tes de Alfonso de Albuquerque, el portugués grandioso que soñó con desviar el curso del Nilo para castigar a los egipcios infieles y amenazó a los musulmanes con bom bardear la Meca. El Marte portugués, muerto en el dolor de ver perdido su valimento, se agranda ante los ojos lusitanos. El brillo de sus conquistas los deslumhra. Don Juan III, como sucesor de la gloria del Afortunado, no quiere deslucir de sus hazañas.

No descuida el imperio que el destino ha puesto en sus manos. Sin olvidar los dominios de la India —a donde enviaría luego al brillante don Juan de Castro— fija sus ojos en las nuevas tierras del poniente. Por dos veces ha perdido Portugal —absorbido por la tentación de la In dia— la posibilidad de esos ricos territorios: la primera cuando Cristóbal Colón ofreció sus extravagantes proyec tos a don Juan II y la otra cuando Hernao de Magalhais antes de convertirse en Hernando de Magallanes, fué des preciado por don Manuel. Las tierras que producen la madera del brasil han sido hasta ahora objeto de cierto menosprecio. Elegidas para deportar rebeldes, apenas si don Manuel apoyó las expediciones de Américo Vespucio y de Gonzalo Coelho. Pero Don Juan III siente por ellas una preocupación seria. Ha mandado a Cristóbal Jacques en 1526 y luego a Martín Alonso de Souza en 1530 con cinco naves y cuatrocientos hombres a fundar el poderío feudal del Brasil. Creará allí un imperio poderoso que pueda competir con el que los españoles están fundando y del que se habla con palabras superlativas. Por eso oye con atención todo lo que cuentan los nautas acerca de sus imensas posesiones del Poniente.

Una insinuación —que se parece mucho a una orden— advierte a Orellana que debe presentarse en la Corte para dar cuenta de sus descubrimientos al Rey de Portugal. Tiene que alistarse de prisa y parte llevando consigo su pequeño equipaje y sus grandes sueños.

Esta tierra lusitana se asemeja mucho a su tierra espa ñola. Es la misma raza morena y vivaz, la misma raíz idiomática, la misma formación cultural. Sin embargo, todo es distinto para él. Todas las cosas tienen ahora un sabor desconocido, un colorido extraño. Es que él mismo es un extraño en este mundo viejo de Europa. Diecisiete años de andanza aventurera por las comarcas nuevas, an chas y libres, han transformado su mentalidad. Le falta oxígeno, en este mundo, poblado y estrecho, para sus pul mones acostumbrados a respirar los vientos ralos de las mesetas o las brisas calientes del trópico. Le extrañan hasta las costumbres europeas limitadas por etiquetas cor tesanas que han eliminado en el mundo nuevo.

Medita Orellana, mientras sube por las aguas del Tap, si podría habituarse a la vida ciudadana de la Europa bullente, a las intrigas palaciegas, a la existencia discipli nada. El salió de España siendo un niño. Se ha educado en el peligro acechante, en la guerra sin fin, en la liber tad bárbara del mundo nuevo.

Asi llega a la corte. Ya se murmura allí de sus haza ñas y de sus aventuras misteriosas. Teme —y fundada mente— que el rey de Portugal le haga un interrogatorio detallado acerca del gran río que ha descubierto. ¿No será el mismo Marañón cuyas bocas caen en dominios de la Corona de Portugal? ¿No le irá esto a crear dificulta des imposibles de vencer?

Teme hasta por su seguridad personal. No deja de estremecerle la idea de verse en prisión. No, no podría vivir encerrado entre cuatro paredes estrechas. El está hecho para los grandes horizontes y los campos sin fin. Ha vivido toda su existencia en libertad suprema, sin más

ley que su espada ni **más** limitación para su horizonte vital **que** su propio deseo. A él que no le ha hecho temblar **el** peligro,

lo estremece la Corte. Tiene miedo. Un miedo que no sintió jamás entre el grito del combate **y** el galopar de la muerte. Miedo de la intriga solapada, de las inquinas envenenadas, de las astucias cortesanas.

Pero, al presentarse ante el Rey, está sereno. Ya no tiembla. Está firme sobre sus piernas aceradas de centauro. Hace las reverencias que le enseñaron. Espera a que el rey le interrogue. Luego cuenta de sus viajes maravillosos: la salida de las tierras yungas, el paso de las cordilleras nevadas, el descenso hacia las selvas húmedas de la Canela y las peripecias espantosas pasadas en el río de las Amazonas. Pero se cuida bien de no mencionar de modo preciso términos geográficos. Quizás él mismo los ignora, puesto que no es marinero **y** sus conocimientos no son muy extensos. Y deja en el misterio de una vaguedad indescifrable el lugar en donde está la boca de ese río para evitar que se establezca la identidad con el Marañón que los portugueses muestran en sus cartas dentro de sus dominios.

El Rey escucha atento el relato **y** hace que lo consignen por escrito para que lo estudien sus expertos en navega ción. Le atrae la narración fantástica. Es quizás otra oportunidad que el destino brinda a Portugal como cuando Colón fué a ofrecer sus proyectos y cuando Magallanes habló del canal secreto cuyo conocimiento le permitiría ir por el poniente hasta las Islas de las Especias. No quiere

perder esta oportunidad y retiene a Orellana durante algunos días.

Pero Orellana no tiene intenciones de pactar con el rey de un país extraño, lo que debe ofrecer a su propio rey. Irá a España, expondrá su proyecto ante el Rey-Emperador y saldrá a conquistar para su corona los ricos países de lea y los bravos dominios de las Amazonas. Su lealtad le hace que rechace toda traición a su Rey. Mien-

tras tanto mata el tiempo en informarse de todas las cosas que le servirán para su aventura de retorno.

Don Juan III hace, en efecto, proposiciones ventajosas. Le dará lo que necesite para la aventura. Pero Orellana, con tacto exquisito, rechaza las propuestas posponiéndolas y se apresta para salir con sigilo. Ya no tiene duda acer ca del destino que le espera. Su Rey no podrá negarle lo que otro rey le ofrece. Y parte de Portugal con el cora zón lleno de esperanzas alentadoras, hacia su España en donde confía encontrar la protección augusta del Empe rador-Rey.

LA PARADOJA HISPANA

LA ESPAÑA imperial vive, en esos momentos, el trágico dolor de su propia grandeza. Reina el monarca más pode roso de la cristiandad, en cuya cabeza sé unen la corona semi-sagrada de Castilla y la diadema imperial: Carlos, el primero de ese nombre en España y quinto en Alemania, especie de nuevo Josué combatiente que ha podido ordenar al sol que se detenga sin ocaso en sus dominios.

Están ya lejos los días sangrientos de Villalar con sus episodios heroicos pero no llegan todavía los días oscuros y devotos de Yuste. Carlos, por la gracia de Dios, domina el ancho mundo. Suyas son las tierras de Italia y de Flandes; suya la Alemania revuelta por un ex-fraile mís tico —Martín Lutero— a quien el emperador ha hecho condenar por la Dieta de Worms debido a sus extrañas ideas acerca de la salvación, del poder del Papa y de la libertad de interpretación de la Escritura; suya la vasta América, tan grande que ni siquiera la imaginación puede medir sus extensiones selváticas no del todo conocidas; y es suya esta tierra de España, imperfectamente unificada, en la que los factores dispersantes de raza, historia, medio geográfico y lengua, tienden a unirse en torno del senti miento común de religiosidad católica y de predestinación nacional para ser los salvadores de la fe en el mundo.

Esa España imperial, caótica e informe, es una viva paradoja. Superficie brillante que oculta tragedias pro fundas. Grandeza e infortunio, opulencia y miseria, cruel dad y misticismo, propósitos inmensos con medios pobres de realización; todo se mezcla en el mundo hispánico sangrante y devoto.

41

España, que no ha llegado a ser una nación completa mente estructurada, impone su voluntad al mundo. Sus arrogantes soldados, modelos de valor heroico y despren dimiento generoso, derrotaron en Italia a los franceses: el nombre de Pavía resuena con satisfacción vanidosa en todos los ámbitos de Iberia en el recuerdo del rey caba llero traído cautivo por el rey español. Los marinos im provisados que se embarcaron en Barcelona con la Cruz de Cristo y el acero toledano para ir a las tierras calientes de Túnez pusieron coto a las depredaciones de Barbarroja y veinte mil cautivos libertados fueron proclamando por Europa que Carlos es el primer monarca de la cristian dad. Los aventureros de todas las regiones de España se embarcaron para ir a descuajar imperios descomunales que ofrecer a su Rey: Hernán Cortés y Francisco Pizarro, los dos extremeños célebres, navegaron por mares de pro digio hasta países de encantamiento que producen oro finísimo, rica especiería y en donde existen cosas no soñadas.

El sol sin ocaso ilumina ese imperio gigantesco. Ni Carlomagno, del que tanto hablan los romances populares, pudo reunir un poderío tan grande. Y España sonríe orgullosa de su monarca que se ha españolizado. Ya no es el pálido adolescente, un tanto frío en su catolicidad, que vino con una cohorte de aventureros flamencos a tomar la doble corona de Isabel, la histórica reina de Castilla y Fernando, el astuto monarca de Aragón. Es ahora Car los V un monarca adusto cuya cabeza se inclina por el peso de responsabilidades demasiado severas y cuyos ner vios gastados —herencia fatídica de Doña Juana la Loca, su dramática madre semi-réclusa en Tordesillas— recla man ya el reposo contemplativo del claustro.

Gobierna sobre el mundo, Su voluntad se extiende hasta lugares remotos. Su brillo enceguece y deslumhra. Es él la cima y el símbolo del orgullo español. Pero quien

impone realmente su sombría y tozuda voluntad, es Fer nando el Católico desde el fondo de su sepulcro de piedra. Es su sueño —sueño aragonés más que español— el que realiza la voluntad del destino. Carlos es sólo la expresión de esa voluntad inexorable que quiso cercar a Francia, señorear en Italia, hacer del Mediterráneo un lago espa ñol. Y en la realización de esa voluntad está la esencia de la inmensa paradoja hispana.

Aragón-Cataluña tuvieron un sino marinero. Sus tie rras eriales se beben las pocas aguas del Ebro y se quedan sedientas. Vastas tierras áridas apenas interrumpidas por oasis breves, a las de Aragón-Cataluña no les quedó otro destino que salir al Mediterráneo, camino grácil de las aventuras civilizadoras de medio ciento de siglos. Mira ban al mar y hacia el mar miró Fernando, el taimado aragonés.

Todo lo que Isabel, con su constancia tesonera y su voluntad endurecida por la fe fanática, había hecho por la grandeza de las Castillas, lo puso Fernando al servicio de sus designios tenaces. La riqueza de la meseta, la fuerza militar hábilmente conseguida, la astucia diplomá tica, el brillo de la fama, fueron sus medios. Su fin, hacer ***def*** Mediterráneo un lago español cercando a Francia hasta aniquilarla para asegurarse el dominio de Italia.

El *fiat* creador que impuso Isabel en la península inconexa hasta hacerla una unidad en sus manos, lo utilizó Fernando para sus objetivos aragoneses. Isabel construyó con paciencia y energía la España grande: puso freno de hierro a la nobleza levantisca acostumbrada a las condes cendencias del impotente Enrique IV; metió en orden a los municipios después de haber utilizado la fuerza de sus hermandades; unificó la economía"española bajo un pa trón monetario; creó el sentimiento de hispanismo agu dizando el sentido católico que desde la época romana

había sido el motor principal de la acción; dio al moro el golpe de gracia después de levantar —como un símbolo— frente a Granada, la piedra granítica de la ciudad de Santa Fe; y apoyó al extraño aventurero místico, Cristóbal Colón, ser contradictorio e incomprensible, para que fuese a buscar entre los mares las tierras misteriosas de que tenía noticias y encontrara un mundo nuevo dormido entre las aguas.

Fué el momento culminante y grande. Europa quedó sorprendida. Esta reina devota hasta el misticismo, mujer de nervios frágiles, galopaba con sus caballeros para esti mular sus hazañas frente a Granada la bella; cabalgaba como un guerrero avezado por las tierras fragosas de Cas tilla para demoler los restos del feudalismo indisciplina do; vencía con su diplomacia suave y con sus armas vio lentas; acababa la Reconquista que no pudo terminarse en siete siglos de lucha; incorporaba un nuevo mundo en sus dominios, con intuición genial que no tuvieron ni el Rey de Portugal ni el de Inglaterra, ante quienes mendi gara antes apoyo Cristóbal Colón.

Su mano delicada realizó milagros. España, dividida por profundas escisiones, se convirtió en una nación pode rosa. Al bable de las sierras de Asturias, al éuskaro pri mitivo de las montañas vascongadas, al gallego aportugue sado, al catalán separatista, se impuso el dialecto de la meseta: la lengua romance de Castilla la Vieja en que se había escrito el Poema de Mío Cid, las Cantigas de Ber-ceo y las deleitosas historias del Arcipreste de Hita. Cas tilla fué el núcleo condensador de la nebulosa hispana. Sus fuerzas centrípetas fueron el orgullo y la catolicidad más firme En torno del núcleo central y por la acción de esas fuerzas se fué condensando el mundo español. León había sido absorbida lo mismo que Galicia. Navarra lo sería, arrebatándola de las influencias francesas que su gestionarían a Juan de Albret. Aragón-Cataluña-Valencia

formaban una unidad. Y la toma de Granada dio a España su contextura definitiva de potencia cristiana.

Pero ese mundo, aún imperfectamente condensado, asumió un peso que no podía resistir. Las causas de la decadencia española se encuentran en su misma grandeza. Castilla es una meseta. No tuvo la inquietud marinera de los litorales y el destino la obligó a convertirse en domi nadora de los mares más vastos. No tenía casi pobla ción —desangrada como estaba por un guerrear de siete siglos contra la morería y por un batallar continuo de su feudalismo pendenciero— y hubo de poblar uní mundo. No había formado, como las activas ciudades de Flandes, de Alemania y de" Italia, una clase burguesa^ industriosa sino que, por sus guerras constantes, sus hombres derivaron hacia una pequeña aristocracia militar —los hidalgos— que querían imitar la grandeza de los nobles eximiéndose de todo trabajo manual como si fuera una vergüenza. Su economía era pastoril —la Mesta todopoderosa absorbía las energías agrícolas con su dura servidum bre— en vez de ser semi-industrial, pues sus industrias eran obra de moros, en isu mayor parte, así como su mejor agricultura estaba en las fértiles vegas del sur, obra pa ciente del hispano-árabe horticultor y jardinero. Y así tuvo que alimentar un nuevo mundo, proveerlo de las cosas imprescindibles, darle los recursos industriales que requiere toda colonización.

Para vencer esos factores adversos, sólo quedaba un camino: asegurarse un imperio colonial en África persiguiendo al moro más allá del estrecho que recuerda el nombre de Tarik Den Zayed; dedicar las energías humanas a una obra creadora de riqueza y colonizar las Indias como fuente de una potencialidad económica futura Pero España, unificada por la fe, no podía convivir con el moro, el mejor obrero y el único industrial; no podía soportar al judío, el más hábil de sus comerciantes; no le era posible atraer operarios de Flandes como hizo más tarde Inglaterra

porque eran sospechosos de blandura en su catolicidad; no podía impoftaí geneveses o venecianos , porque la xenofobia es hermana de leche del fanatismo religioso.

Fernando, el aragonés, no podía mirar esos objetivos porque su obsesión era el Mediterráneo. Su meta fue hacer de España una potencia europea cuando el destino le estaba señalando el camino colonial. Y la voluntad de Fernando se impuso. Los matrimonios austríacos fracasaron en principio: la muerte del dulce Príncipe Don Juan, culto y amable, en los brazos de su juvenil esposa, y la muerte de Isabel, habían de hacer recaer la corona doble en las sienes débiles de Juana, dramático instrumento del destino para realizar su voluntad oscura.

mentó del destino para realizar su voluntad oscura.

El destino cumplió el sueño aragonés de Fernando. Carlos, el hijo de la infortunada Juana, Rey de Castilla por obra de las maniobras astutas de Fernando y del Car denal Jiménez de Cisneros, aun cuando todavía su pobre madre loca se consume én Tordesillas, ha comprado con el dinero de los Fúcar la corona imperial. Señorea en Mi lán, en Ñapóles, en la Borgoña, en Alemania y en España. Es dueño de los vastos dominios de América. Pero tiene que luchar constantemente para sostener el peso de su he rencia: la fe católica como medio de unificación y la hege monía política de Europa como fin.

El sol español no tiene ocaso en los amplios caminos de la tierra. Pero tiene eclipse. La luna turca —la media luna simbólica que, según cuenta la poética leyenda, vio nacer Ertogrul de los pechos rotundos de su enamorada— se alza en Oriente. Las oleadas de las mareas asiáticas han empujado durante siglos a los turcos contra los bordes de Europa. Ha sido inútil oponerse. Ni Hunyade, el húngaro bravo; ni Iskanderberg o Iskanderbey, el - legendario Príncipe de Epiro, han podido detener las huestes feroces

de los Yengi-Cherri —los genízaros educados para la matanza sin piedad—, ni refrenar el galope de los spahís indomeñables.

La sangre de Constantino Paleólogo ha humedecido el suelo de Bizancio. De Ertogrul a Otmán, de Otmán a Orkán, de Orkán a Bayaceto, durante todo el siglo xiv, la media luna avanzó hasta Europa, apenas detenida por la violenta acometida que por la retaguardia hiciera el cojo de hierro, el brutal Timur-Lenk, alzando sus pirámi des de cabezas humanas. En el siglo xv Mahomet ha to mado Bizancio. Y ahora reina con esplendor suntuario el caballero sin par, valeroso y grácil, Suleimán el Magní fico, que ha avanzado sus huestes hasta la católica Viena.

Cerrado el paso a Oriente para ir a buscar la especiería codiciada, ha tocado a los pueblos costaneros del Atlántico el lanzarse a buscar un nuevo camino.. Los portugueses han navegado de cabo en cabo —presionados por la enérgica voluntad de sus monarcas— hasta dar con el camino que bordea el continente negro para ir a los países odorantes de las especias. Y Cristóbal Colón, buscando las tierras ignotas de que le hablara ún marinero, ha encontrado un continente nuevo. El destino regala a la península el tesoro deslumbrante de las Indias. A ella le toca abrir la era ecuménica que aseguró el dominio del mundo que ahora resulta redondo e inmenso.

Pero Carlos ha heredado el peso de las grandes ambiciones de Fernando. Quiere un Mediterráneo español y una Francia sujeta a su voluntad. Quiere una Italia dominada y un Papa propio. Quiere una Europa católica a usanza española, en el momento mismo en que la Reforma abre a los espíritus nuevos horizontes de libertad. Para conseguirlo se desangra España. País despoblado, se despuebla más aún en guerras estériles. En vez de usar esas energías humanas para la creación de su imperio colonial, las usa para sostener el imperio teocrático. Se masacra a los

moros **y** se **expulsa** a los **judíos.** Las **manos hábiles** para **la tarea** creadora, **emigran. Hay miseria** debajo de **la** opulencia. Pobreza individual contrastando con **el** esplendor nacional.

La España imperial devora

sumas ingentes. Aragón, tozudo y áspero, niega los recursos. Castilla los otorga **a** regañadientes. Las Cortes reclaman contra las inútiles guerras de Italia y de Francia. Y el Rey-Emperador, im placablemente, continúa desangrando a España y arrui nando la potencialidad económica de Castilla.

En tanto, más allá del estrecho que separa Europa de África, se consolida el reino de los infieles. Moros resen tidos, aventureros a caza de riquezas, renegados fugiti vos, han ido reuniéndose bajo las banderas de los terri bles Barbarrojas —Horuc y Khair-Eddin— piratas audaces que han podido con su sola influencia atraer los nautar, más hábiles y los capitanes más intrépidos para conquis tar Argel y Túnez. Fué inútil que la heroica guarnición española de Oran matara en combate al feroz Horuc. Xhair-Eddin, el otro Barbarroja, pidió auxilio a Suleimán el Magnífico, que, a **su** vez, se entendía con el cristiano Francisco I, al que la historia llama el Rey Caballero qui zás por su traición a la causa católica y **su** hábito de rom per los tratados empeñados bajo palabra de honor.

Toda la navegación del Mediterráneo quedó así er manos de infieles, mientras Carlos peleaba contra cristia nos de Europa por asegurarse una hegemonía ilusoria. Se levantó en toda Europa la protesta. Y el emperador hubo de partir a la Cruzada de Túnez, con bajeles de Ñapó les, de Aragón y del Papado, desplegando en las velas el símbolo cristiano. Túnez fué tomado y esa gloria nueva ase guró el respeto español para el rey vencedor de infieles. Pero Barbarroja, más tenaz y constante, ha organizado una nueva escuadra a la que ayuda de lejos el magnífico Suleimán.

En este momento **doloroso** de España —**año de** gracia **de** 1543— Barbarroja está triunfante. **Toda** la escuadra española, a cuyo frente fuera el propio emperador, **ha ter** minado en Argel. Las guerras de Francia continúan. Ame nazan los príncipes germánicos, influidos por el protestan tismo, que han formado la Liga de Smalkalda. Y el propio Carlos comienza a sentir que sus nervios, desquiciados **por** la herencia fatídica, requieren el sosiego consolador **del** alojamiento místico que hubo de retardar por las activida des políticas desencadenadas que no puede controlar.

Así vive la España imperial su dolorosa paradoja, mientras en las Indias grupos de aventureros, sin auxilio alguno, desbastan imperios a golpes de espada. Al empe rador le preocupa poco lo que ocurre en esos dominios lejanos, como no sea la posibilidad de que le lleguen re mesas de oro y de especias. No ha tomado España la colo nización del nuevo mundo como negocio productivo. Contrata con aventureros y capitanes. Da leyes, que no se cumplen, para pacificar sin violencias siguiendo el espíritu humanitario y noble que informó el testamento de Isabel la Católica. Pero sus intereses están en Francia, en Navarra, en Borgofia, en Milán y-Nápoles. Allá afluyen la sangre y el oro españoles. Esa es la grandeza que anhela el pueblo fanatizado. Sufre, vive en la miseria, pasa hambre, penalidades, y muere gozosa y gloriosamente. Es el destino de la España imperial, la trágica herencia de Fernando.

LA PRIMAVERA DE LOS RECUERDOS

LA PRIMAVERA enciende la tierra española. Es Mayo, el mes floral, cuando Orellana llega a la vieja ciudad de Valladolid, en donde reside ahora Su Majestad don Carlos, el más poderoso monarca de la tierra.

Antes ha recorrido la Extremadura y visitado su vieja ciudad de Trujjlfo en donde su padrastro le ha ofrecido su emocionado apoyo. Ha sido la primavera de los recuer dos. Toda su tierra florida ha tenido palabras de añoran za y de las cosas envejecidas han salido algo así como ve ladas voces arcaicas que le hablaron de la niñez y la mocedad triste: los viejos caminos, las tapias ancianas que ahora la primavera ha cubierto con una locura juvenil de flores, las casas antañonas, los templos solemnes, todo ha tenido esa cordialidad sin ruido de las cosas que se vuel ven a ver, el encuentre! emocionado del hombre y sus re cuerdos.

En Valladolid se reúne ahora el poder del mundo. Allí vive Su Majestad en los breves momentos que le dejan sus complicadas guerras, y el Príncipe Don Felipe, allí espera sin prisa el día en que tenga que gobernar el ancho mundo para imponerle una catolicidad rígida. Allí está la corte suntuosa, con su pulular de parásitos, de soldados y de frailes, sus intrigas y sus ambiciones.

En la ciudad real se entera Orellana de cosas que no conocía pero que ya sospechaba: Gonzalo Pizarro, en un arrebato de su carácter violento, ha escrito al Rey una carta desde Tomebamba de Indias acusándolo de alzado y felón. Reza ese documento imposturas dictadas por el odio y consigna hechos sólo explicables por la neurosis

del fracaso que amarga el carácter del Gobernador de Quito ahora desposeído de sus territorios.

Narra en la carta los pormenores de la aventura: la renuncia que Francisco Pizarro hizo de la Gobernación de Quito en su persona de acuerdo con las reales Capitulacio nes; el viaje al país de la Canela; las hambres y sufrimien tos pasados y cómo, habiendo enviado a Orellana para que busque comida en un lugar señalado por los indios en la confluencia de dos ríos, "ido y alzado" le dejó en las soledades llenas de peligros, sin armas, pues se llevú» todas las del real y sin bergantín.

"I no mirando —dice— a lo que debía al servicio de V. M. y a lo que debía de facer como por mi le había di cho, como su capitán, y al bien del real y jornada, en lugar -de traer la comida, se fué por el río sin dejar ningún pro veimiento, dejando tan solamente las señales y cortaduras de cómo habían saltado en tierra y estado en las juntas y en otras partes, sin haber parescido ni nueva de él fasta ahora, usando con todo el real de la mayor crueldad que infieles ninguno usaran, viéndole quedar tan desproveído de comida y metido en tan gran despoblado y entre tari grandes ríos, llevando todos los arcabuces y ballestas y municiones y herrajes del real..."

La carta no deja de alarmar a Orellana. Bien puede suceder que el rey preste oídos a las mendaces afirmacio nes de Pizarro y que esto sea la causa de que fracase el sueño de su vida entera: la Gobernación de una tierra por él conquistada y los títulos que lo transformen en caba llero y noble.

Pero, como hombre cauto, trae consigo los documentos obrados. Y se apresura a comparecer ante el Real Con sejo de Indias para explicar su conducta, narrar sus aven turas y exponer sus proyectos. Con fecha 7 de junio de 1543, presenta su memorial escrito y acompaña las pruebas irrefutables: la petición firmada por todos los expedicionarios y autenticada por el escribano Isásaga en

el pueblo bajo de Aparia el 4 de enero de 1542, en que le pedían, casi amenazándolo con la sublevación, no regre sar en busca de Pizarro porque era condenarse a la muerte por hambre; la imposibilidad de subir ese río correntoso; la constancia expresa de que él —Orellana— sólo por imposición y no por propio querer, aceptaba la voluntad de sus hombres; y la otra petición hecha en el pueblo de Aparia en donde construyeron el barco, en la cual sus hombres le exigían que asumiera la responsabilidad de Capitán y los condujera a tierras de cristianos.

La lógica irrefutable de Orellana se muestra precisa y parca. Para desvirtuar las acusaciones aduce argumen tos poderosos:

"...no fuera justo que el dicho Gobernador Gonzalo Pizarro informara lo que informa con testigos lomado por él como Gobernador, que según calidad del negocio habían de decir para disculparse á sí todo lo que se les pidiese, é suplico que en esto se consideren cinco cosas: la una, el testimonio que yo traigo de toda la gente, que son tantos en número, asi religiosos como seglares, y que eran de los honrados del real, y que en- lo que dice no pretende tener intereses en que se diga que yo lo podía pre tender; la segunda, aquel mesmo Gonzalo Pizarro me dio la gente... yo habiera pensado tal maldad, no dejara mis criados é negros é poca hacienda que tenía en el real; la tercera, que no había causa para que yo me alzase, pues era el principal del real, y no aventuraba interés ninguno en ir con tanto peligro por un río, muerto de hambre, por tierra que no sabía, lo cual ha mostrado la experiencia y parece por la relación que he dado; la cuar ta, la dificultad que notoriamente parece que podía haber en la vuelta desde el lugar donde se halló comida; la quinta, que las mismas corrientes nos llevaron; y, sobre todo, se mire cuan poca necesidad hay de imponer a mí estas cosas por quererse a sí salvar, habiendo Dios sido servido que por medio de los que allí veníamos se descu-

briesen, sin pensar, con tanto riesgo y ventura, tantas gen tes que podrán venir al conoscimiento de Dios, y de que podrá susceder tanto bien a estos reinos".

Así pasa esta primavera en la que el desarraigado aven turero se ha encontrado cara a cara, sin poder evitar una emoción punzante, con su pasado muerto y sus recuerdos idos. Se atenúa la emoción en medio de la lucha. Valla-dolid cortesana no le habla de otra cosa que de esperanzas y de ambiciones. Pero todo parece oponerse a su designio. No sólo son las calumnias irritadas de Pizarro —que ha podido desvanecer— las que se alzan como murallas in franqueables. El Consejo de Indias teme —y lo teme tam bién don Juan de Sámano, Secretario del Emperador— que el río de que habla Orellana sea el Marañón cuyas bocas caen dentro de los dominios del Portugal. No quiere España más dificultades de las que ya tiene. El Rey-Em perador combate contra los franceses una vez rota la tre gua de Niza. El mundo europeo es contradictorio e inen-tendible: España católica está aliada con el herético Enrique VIII de Inglaterra, que ha dado el escándalo de sus uxoricidios violentos y sus divorcios renovados, y Francia Cristianísima se entiende con Suleimán, terror de los cristianos. Una complicación con Portugal sería funes-esta. Y quiere evitar el Consejo de Indias que se intro duzca un motivo de disputa con sus vecinos poderosos.

Sin embargo, hay noticias de que Portugal apresta una escuadra para salir en pos de las tierras de que ha hablado Orellana a Juan III. Y algo peor: Francisco I, que hace tiempos quiere meterse en cosas de Indias para rivalizar con el Emperador hasta en esas remotas comarcas hace aprestos secretos para movilizar una escuadra hacia esas regiones. El Consejo se encuentra preocupado. Pide a Orellana informes precisos con lo cual se crean al aven turero dificultades nuevas. No puede precisar nada. Con

habilidad suma, presenta informes verbales en lús que no acaba de declararse.
El tiempo pasa en tanto. Y Orellana, impaciente, piensa que es mejor elevar un memorial al Emperador exponiéndole su deseo. Prefiere ya no tener encubiertas sus ambiciones. Ha deshecho las acusaciones de Pizarro. Ha convencido al Consejo de Indias y sólo le queda expre sar a Su Majestad cuáles son sus verdaderas ambiciones. Encerrado en su humilde cuarto de hospedería, toma en su mano dura y tostada de hombre de espada, la pluma de ganso para escribir lo que más tarde un pendolista ex perto pondrá en limpio. Con trazo seguro comienza poniendo las iniciales: S. C. C. M. Es el trato que se da a la Sacra Cesárea Católica Majestad, el Emperador Rey. Se queda un rato pensativo. No atina como debe comenzar. Y luego escribe:

"El capitán Francisco de Orellana, natural de la cib-dad de Trujillo que es en estos reinos, digo: que yo há que pasé a las Indias diez é siete años y más, y me hallé en el descubrimiento de las provincias del Perú, é allí é en otras partes de las Indias he hecho muchos servicios á Vuestra Majestad en cargos honrosos..."

Enumera luego sus servicios: su cargo de Capitán y Teniente de Gobernador, los gastos hechos para salir a la expedición con Pizarro, las vicisitudes pasadas y las grandes cualidades de las tierras por él descubiertas. Es parco y preciso. No usa abundancia de palabras ni hace gasto de adjetivos. En pocas líneas resume todas sus aven turas. Y expone sin recelos su deseo de ser nombrado Gobernador de las tierras que el Rey le autorice conquistar y poblar. Sus condiciones están expuestas de modo conciso: "Primeramente, que yo llevaré a mi costa á la dicha tierra destos reinos é de las Islas y Tierra Firme de las Indias, quinientos hombres é doscientos caballos é yeguas, é que con estos hombres llevaré clérigos y frailes de buena vida."

No quiere pedir a la Corona el que corra con los gas tos. Sabe que no le aceptarían semejante condición puesto que es práctica que los aventureros equipen sus mesnadas y vayan por su cuenta y riesgo, pero con provecho^ del Rey, a las andanzas conquistadoras. Sólo pide una ayuda que se compromete a devolver. Un préstamo que él resarcirá con creces. ¿No puede acaso el Emperador y Rey que gasta millones de ducados en sostener las guerras sin pro vecho de Francia e Italia prestar unos escasos miles para una obra que le dará inmensos beneficios? Por eso escribe a continuación:

"Que para esto Vuestra Majestad me mande ayudar de su Real Hacienda en estos reinos con la cantidad que fuere servido ahora de presente, la cual yo me obligaré a pagar dentro del término que fuere servido."

La pluma corre. Nerviosamente. Es que ha llegado el momento tantos años anhelado de exponer sus ambiciones:

"ítem que Vuestra Majestad me haga merced de la gobernación perpetua, para mi é para un heredero después de mis días, de todo aquello que descubriere y poblare, con salario de cuatro mili ducados cada un año."

"ítem que de lo que ansí descubriere y poblare, de las rentas y provechos que Vuestra Majestad tuviere en dicha tierra me haga merced del diezmo de todo ello perpetua mente para mi y para mis herederos."

Se queda un rato pensativo. No le basta el provecho económico para sí y para los hijos que tenga más tarde. Quiere además nobleza, un señorío y un título, como lo tiene su pariente Francisco Pizarro:

"ítem que en las dichas tierras que ansí descubriere y poblare se haga merced para mí y para mis herederos perpetuamente de treinta leguas de tierra, con señorío é juresdicción cevil y criminal é con las rentas é provechos que en dicha tierra hobiere, y esto sea en la parte que Vuestra Alteza, fuere servido, que ni sea de la mejor ni

de **la** peor é con el título que Vuestra Majestad fuere ser vido, atenta mi calidad de mi persona é linaje é servicios."

Vencida la dificultad mayor —exponer sus deseos secretamente acariciados durante largos años— sólo le queda pedir lo que es de rigor, lo que se ha concedido siempre: ventajas económicas y detalles de administración.

"ítem me haga merced del alguaciladgo mayor de las dichas provincias por mi vida é del dicho mi heredero."

"ítem me haga merced de la tenencia de cuatro forta lezas que en la dicha provincia se hicieren en la parte que yo señalare que convenga al servicio de Vuestra Majestad, para mí é para mis herederos con salario de mili ducados de tenencia cada un año."

Aquí su pensamiento ha saltado, pronto y vivaz. Quiere asegurar, para los otros hijos que pueda tener, una ventaja. Ya no habla en singular de "un heredero" sino de "mis herederos". Es el pensamiento de que puede y debe casarse y tener muchos hijos a los cuales no quiere dejar sin los beneficios que ha perhdo para el primero, estableciendo una especie de mayorazgo. Piensa luego en su mesnada aventurera. Sabe las dificultades de manejar indómitos hombres de espada y quiere para sus compañeros una situación tal que todos queden satisfechos:

"ítem que en remuneración de lo que yo é mis com pañeros servimos a Vuestra Majestad en esta jornada, haga merced que los oficios que para las dichas provincias se hubiere de proveer sean proveídos en los que dellos fueren hábiles é suficientes."

"ítem que, atento que las tierras son muchas é de diversas gentes y no se podrían descubrir é poblar ni traer al conoscimiento de nuestra sancta fee católica sino es con la conversación de los españoles y de los religiosos y clérigos, se me dé licencia para que yo pueda repartir lo que ansí descubriere y poblare a los que conmigo fue ren, porque de otra manera no se podrán tasar al presente los tributos que han de dar."

"ítem que haga Vuestra Majestad merced á las dichas tierras y á los que á ellas fueren de todo lo que á ellas llevaren de todos los derechos de almojarifazgo de acá **y** de allá por veinte años."

Agrega luego, con visión de colonizador, un párrafo:

"ítem se me haga merced de me dar licencia para llevar destos reinos é de los de Portugal docientos negros -libres de todos derechos pues agora ni en ningún tiempo es justo que haya en la dicha tierra esclavos de una manera ni de otra."

Sabe Orellana que el indio de la serranía no podrá habituarse a la dura servidumbre del trópico. Lo sabe por experiencia vivida y sabe también que el selvícola no se adapta a la vida de trabajo a que somete el encomendero al humilde trabajador de las punas peruanas. Y por eso quiere llevar esclavos negros. La típica mentalidad de los tiempos se revela con ingenuidad que parece cinismo: "pues agora ni en ningún tiempo es justo que haya en la dicha tierra esclavos de una manera ni de otra". Esto lo dice precisamente para pedir el permiso necesario para llevar esclavos. Es la misma mentalidad de Fray Barto lomé de las Casas pidiendo favor por los indios y autori zando así la esclavitud de los negros.

Por otra parte la licencia de introducir negros es una posibilidad de negocio. Los negros valen caro en las tie rras de Indias y doscientos negros significan una magní fica fortuna. Quizás piensa con esas licencias garantizar los gastos de la expedición. Y una vez escrita la cláusula, vuelve a leer, sin encontrar nada nuevo que añadir. Sólo falta —por si algo olvida— expresar de modo general lá petición de mercedes:

"ítem pido a Vuestra Majestad me haga todas las otras mercedes que se suelen hacer a los otros gobernado res, atento a la calidad del negocio y grandeza de la tierra; é que Vuestra Majestad ha de ser en ello muy servido y estos reinos muy aprovechados."

ARGONAUTAS DE LA SELVA

Terminado el memorial vuelve a leerlo. Enmienda algunas cosas con trazo breve y sale en busca de un pendo lista que ponga en claro lo que ha trazado con su letra enrevesada de hombre más acostumbrado a manejar la espada que la pluma.

El REY ENVIÓ para su informe el memorial de Orellana al Consejo de Indias, y los graves consejeros han tenido que dar su dictamen para que pueda formar juicio Su Majestad.

Estudiaron largamente el expediente. Han revisado las informaciones de Orellana y discutido acerca de sus alcances. No se les pudo escapar la trascendencia que tiene. Y pudentemente ha informado el Consejo:

"...y por esto parece a la mayor parte del Consejo que al servicio de Vuestra Majestad conviene que las costas deste río se descuhran y pueblen y ocupen por Vuestra Majestad, y que esto sea con toda la más brevedad y buen recaudo que ser pueda, porque, allende del servicio que á Dios Nuestro Señor se hacen en traer a los naturales de aquella tierra al conoscimiento de su sancta fee católica é ley evangélica, de que hasta aqui han estado sin ninguna luz, conviene ansí al aerescentamíehto de vuestra Corona Real; y que de no hacerse con presteza podría redundar gran inconveniente..."

Expuso luego el Consejo sus temores de que el Portugal o Francia se adelantasen a intervenir en la conquista de las tierras nuevas que están a las orillas del río de Ore-llana. Y concluyó:

"...y considerados los provechos é inconvenientes di chos, y otros que á Vuestra Majestad son muy notorios, é que lo que toca al buen tratamiento de los naturales y á que no se les haga agravio alguno lo tiene Vuestra Majes tad proveído en sus nuevas leyes y ordenanzas, nos parece á la mayor parte que este descubrimiento y población se

haga-, y que se encomiende á este Orellana por haber él descubierto y tener noticia de ello..."

Efectivamente, esta resolución ha sido de la "ma yor parte", pues no hubo unanimidad. El doctor Bernal ha opinado que no debe encomendarse a Orellana está conquista "porque siendo pobre como le dicen que es, y criado en las guerras que se han usado en las Indias, y llevando gentes dellas usada a lo mismo, y entrando con armas y con nescecidad, no cree que guardará las instruc ciones buenas que se darán, y se alborotarán los naturales de la tierra, y aborrecerán la religión cristiana y el señorío de Vuestra Majestad..." Sería mejor, en su opinión, enviar un capitán pacífico, sin armas ni soldados sino con sacer dotes bondadosos que "primero intentasen todos los medios buenos y posibles para reducir, la tierra al servicio de Dios y obidiencia de Vuestra Majestad."

También el Licenciado Gutiérrez'de Velásquez ha teni do salvedades que hacer. La primera es que no debe Ore-llana llevar más de ciento ochenta hombres, de los cuales setenta deben ser de a caballo; y la otra es que no deben tomarse por fuerza los alimentos a los indios sino median te rescates. Ha fundamentado su primera" salvedad en "el gran daño que la gente, siendo mucha, hace en estos descubrimientos, especial habiendo de pasar desde Puerto Viejo hasta el nascimiento del río, que está ya pacificado y poblado y subjeto"; la segunda la ha justificado diciendo que los medios violentos alejarían a los indios de la fe cristiana y la obediencia real.

Estos pareceres curialescos y plácidos hacen sonreír a Orellana. ¡Ya viera al pacífico doctor Bernal y al buró crata Licenciado Gutiérrez de Velásquez dando consejos evangélicos a los indios bravos del gran río o tratando de atraer con "buenos medios" a los salvajes cortadores de cabezas y a los antropófagos de Tinamostón!

Decidamente aquí en España tienen de las Indias un concepto equivocado. Creerán que el río de las Amazonas

es como el Guadalquivir y que los selvícolas son como los moriscos y judaizantes que se dejan quemar vivos en las piras de la fe.

Sin embargo, nada objeta. Dejan que corran las cosas y espera la decisión que tarda desesperadamente. En tanto distrae sus ocios rezando en los viejos templos, silentes y acogedores, en donde todo tiene un olor de pasado, una sombría belleza difunta. Gusta pasear también por las orillas umbrosas del Pisuerga. ¡Qué pobres resultan los riachuelos hispánicos para él, que ha visto los ríos casi inconcebiblemente grandes de las Indias lejanas!

La vida civilizada, que añoraba nostálgicamente en las horas pretéritas de Indias, se le presenta vacía. Ahora la nostalgia que siente es la de sus anchas tierras vírgenes con panoramas bárbaramente grandes, selvas lujuriantes y montañas que se pierden de vista entre nubes deshila cliadas que peinan los vientos de los Andes.

Siente nostalgia de la tierra verde, de los ríos gigantes, de los peligros innumerables. Esta vida domesticada nada le dice a su emoción de aventurero. No le habla a su imaginación fogosa de hombre hazañero. Especialmente le molesta la cortesanía protocolaria, el regateo de merce des, la forma como juzgan burocráticamente los hechos que se refieren a las Indias en donde cada paso hay que darlo cara al peligro y cada conquista significa penalidades insuperables, copiosos derramamientos de sangre.

Aquí todo se desenvuelve de modo distinto. Hay una borrachera colectiva de gloria pero la vida individual es angustiosa. Todo está dominado por una teocracia imperativa. El mismo Rey-Emperador, siendo aún joven, tiene tristezas de anciano y anhela la paz contemplativa del claustro. Todo huele a sahumerio y a carne de infieles. Y si bien Orellana es católico observante y ferviente devoto, no se aviene a este ambiente impropio para su energía máscula de conquistador.

Lo mismo ocurre a los otros hombres audaces. Están peleando en los tercios invencibles o pacificando las ilimi tadas comarcas de Indias o navegando por mares de mis terio. Una fuerza centrífuga los arroja de la España con ventual hacia países poblados de aventura y de peligro.

Orellana, que puede substraerse a las fuerzas domi nantes de la opinión por haber vivido casi toda su existen cia en países lejanos, no puede comprender bien este apetito de dominio europeo teniendo tan ricas posibilida des en las Indias. Ingenuamente confía en la ayuda real. Su proyecto ofrece ventajas prácticas y riquezas positivas. Y si España gasta millones alegremente para dominar tierras pobres, no podrá negarle unos cuantos miles para conquistar un imperio más vasto que todos los que puede crear en la Europa consumida por la guerra y fanatizada por el odio. Por eso espera, sin desesperar, la decisión del Rey.

Al fin llega el día soñado. El Príncipe Don Felipe ha decidido después de nueve meses de espera. Todo ese tiempo ha sido para Orellana de continuo e inquieto vagar. Ir de sala en sala de las oficinas interminables. Rondar por el viejo Palacio en donde un día ya lejano Fernando el Católico, después de pasar disfrazado, como en los romances callejeros, se unió con Isabel de Castilla en la "Sala Rica" de la antigua mansión señorial que fundara don Alfonso Pérez de Vivero. Ir de súplica en súplica. Pero ahora el monarca ha decidido. Y tiene a la vista el documento que le autoriza para empezar la soñada aventura.

El documento está fechado "en la villa de Valladolid a trece días del mes de Hebrero de mil é quinientos y cua renta y cuatro años". Abajo de la imperativa rúbrica del Príncipe, está la firma de Juan de Sámano, Secretario del Emperador y las señales del Obispo de Cuenca, de Gutiérrez de Velásquez y de Gregorio López y Salmerón.

Constan allí muchas de las cosas largo tiempo anheladas. Reconoce en primer lugar el Rey su lealtad desvirtuando definitivamente las calumnias amargadas de Piza-rro. Allí le dice el Príncipe Don Felipe: "...que andando descubriendo con el dicho Gonzalo Pizarro, é habiendo vos ido con ciertos compañeros un río abajo á buscar comida, con la corriente fuistes metido por el dicho río más de doscientas leguas, donde no podistes dar la vuelta, y que por esa necesidad y por la mucha noticia que tovistes de la grandeza y riqueza de la tierra, posponiendo vuestro peligro y sin interés ninguno, por servir a sü Majestad os aventurástes á saber.lo que había en aquellas provincias y que ansí descubristes y hallastes grandes poblaciones y dis tes en el Consejo de las Indias una relación del suceso del dicho viaje, firmada de vuestro .nombre".

El reconocimiento de la lealtad de Orellana hecho por el Rey, después de que recibiera la virulenta carta acusa dora de Pizarro fechada en T.omebamba el 3 de septiembre de 1542, desvanece definitivamente las sombras que quiso echar* el apasionado Gobernador de Quito sobre su repu tación de hombre fiel; La acusación de traidor que le hacía, ***hi*** quedado deshecha después del examen de su conducta hecho por el Consejo de Indias y aprobado por el Rey.

Y allí est t luego la ansiada merced real: "entendiendo ser cumplide o al servicio de Dios Nuestro Sf" >r, y por honrar vuest t persona, prometemos de vos ***d*** título de Gobernador Capitán General de lo que descubriere"... "ítem vos haie merced de título de Adelantado de lo que ansí descubrí ;rdes en la dicha costa en que ansí fuerdes Gobernad'r, para,, vos é un heredero subcesor vuestro, cual vos nom orardés"... "Ansimismo vos haremos merced del oficio de Alguacil mayor de las dichas tierras para vos, y un hijo vuestro después de vuestros días,;,cual vos nom-brardes."

Es el destino cumplido. La meta alcanzada. La espe ranza soñada que toma carne de realidad. Tiene ya lo que ambicionara en sus horas febriles de Puerto Viejo y en sus largos días cansinos de la navegación por el río innominado. Es Gobernador, Capitán General y Alguacil Mayor. Reúne en sus manos el poder político, el poder militar y la potestad judicial. Pero el Príncipe ha sido avaro en concederle títulos nobiliarios como a Francisco Pizarro.

Hay, además, algo que le amarga en medio de su ale gría y que le causa preocupación: esta España que sacri fica millones a su ambición de dominio europeo, le niega todo apoyo. De las Indias —de sus Indias— llegan cargas de metales preciosos en los galeones pesados. Llegan de la Nueva España y de la Nueva Castilla en donde comienza a vibrar la campana de plata del Potosí. Y esos ríos de oro y plata van a parar interminablemente en Flandes o en Italia, dejando empobrecido el suelo español. Sin embargo, para el descubrimiento de las nuevas tierras —que por voluntad del Rey deben llamarse la Nueva Andalucía— no asigna la Corona un solo maravedí ni aun a título del préstamo solicitado por Orellana.

Ciertamente que se muestra generoso el Príncipe Don Felipe. En vez de los cuatro mil ducados que pidió Ore-llana como remuneración, le concede "docientas leguas de la costa de dicho río, medido por el aire", y le señala para todo*, los días de su vida un salario de cinco mil duca dos por ano. En vez del dezmo que solicitara, le concede "la dozava parte de todas las rentas y frutos". Pero los ducados debe cobrarlos de lo que produzcan las tierras descubiertas, y "no habiendo en ellas en el dicho tiempo rentas ni provechos, no sea Su Majestad obligado a vos mandar pagar cosa alguna de ello".

Le obliga en tanto a llevar trescientos "hombres espa ñoles, los ciento de a caballo y los docientos de a pié". Igualmente le obliga a "llevar aparejo para hacer las

barcas que serán menester para llevar los caballos y gente por el río arriba". Debe llevar ocho religiosos que serán designados por el Consejo de Indias. Debe hacer dos pueblos: uno en la entrada del río y otro tierra adentro. Debe cuidarse, además, de no introducirse en los dominios del Portugal y llevar personas expertas para que hagan el reconocimiento del río. •

Sobre todo, debe cumplir su evangelización y protec ción, evitando toda crueldad.

Mas ni un centavo adelanta el Rey. Todo debe ser a costa de Orellana que ha gastado ya hasta sus últimos medios. Y coloca a su lado un Veedor, a fin de que vigile el cumplimiento dé las capitulaciones.

También la licencia para introducir doscientos negros que había solicitado, la rebaja el Rey de modo extremado: sólo puede llevar ocho esclavos negros libres de derechos, con lo cual se eliminan las posibilidades de negociar con la carne de ébano como base de sus operaciones finan cieras.

Nó le queda a Orellana otra cosa que la-resignación. Apresuradamente, con anhelo febril, comienza los prepa rativos. Tiene que firmar una escritura pública en la que se obligue a guardar la capitulación. Le. acompaña en este trance su amigo de aventuras: Cristóbal Maldonado de Segobia, aquel Maldonado que dio pruebas de una viri lidad heroica <en las tierras hostiles de Machiparo. Des de entonces une al capitán extremeño con el recio soldado una amistad estrecha y ambos están aparejados en las ges tiones para el retorno a las tierras ahora bautizadas, según la voluntad real, con el nombre de Nueva Andalucía.

No sabe aún de donde sacará los recursos para armar una costosa expedición. Pero no retrocede ante la incerti-dumbre. Su fe en el destino no tiene eclipse. Y al fin se extiende el contrato en que se obliga definitivamente al cumplimiento de la capitulación.

6fi

El Escribano va sentando lo esencial de la escritura: "En la villa de Vaíladolid, a diez y ocho días del mes de Hebrero de mili é quinientos y cuarenta y cuatro años, en presencia de mí, Ochoa de Luyando, escribano de Sus Majestades, y de los testigos yuso escriptos pareció Eran* cisco de Orellana, é dijo: que por cuanto el Príncipe nuestro señor ha mandado tomar con él cierto asiento y capitulación, que de suso en este libro está asentada, sobre la conquista y población de ciertas tierras é provincias que se ha mandado llamar é intitular la provincia de la Nueva Andalucía, segund más largamente en la dicha capitulación se contiene, á que se refirió; por ende él se obligaba y se obligó de tener, guardar y cumplir todo lo que por la dicha capitulación y asiento es obligado de" guardar y cumplir..."

El escribano anota luego prolijamente que-debe Ore-llana cumplir con las nuevas leyes y ordenanzas de Indias que el Príncipe ha dado refrendadas por su Secretario Juan de Sámano y con todas las instrucciones que le fuesen dadas, para lo cual Orellana se obliga con su "persona **y** bienes muebles é raíces habidos é por haber" al par que renuncia a todo fuero especial para someterse-a cualquier juez, especialmente a la jurisdicción de los "señores del Consejo de la& Indias y de los Oficiales que residen en la cibdad de Sevilla en la Casa de Contratación de las Indias".

Y por último, con su letra enérgica, deja constaneiar "...en firmeza de lo cual lo otorgó ansí ante mí el dicho escribano é testigos dé yuso escriptos, en el dicho día, mes é año suso dichos, siendo presentes por testigos Martín de Ramoyn é Cristóbal Maldonado; é Andrés Na-• vatro..."

Queda así autenticado definitivamente el compromiso^ Ya no es un sueño. Ahora tiene en sus manos el porvenir^

SEVILLA sensual —árabe, cristiana, cosmopolita— se mira sobre el Guadalquivir y el Guadalquivir es la arteria palpitante de la España imperial. Por sus aguas rumorosas, bajo una luz clara, bajan barcos que llevan a las Indias remotas las mercaderías que manda Europa. Y vienen pesados, olorosos a tierra virgen, los cargamentos india nos: brasil, azúcar, y también oro que traen los galeones de Ultramar.

En la ciudad pululan hombres' de todas las razas. Persiste el árabe moreno con su elegancia sibarita. Lle gan ruidosos venecianos. Genoveses astutos. Flamencos rubicundos. Allí se van concentrando los aventureros que retornan y los aventureros que esperan la hora de su partida.

Tan pronto como Orellana acabó las diligencias lentas y los trámites aburridores, dejó atrás la meseta pelada y sus serranías ásperas con sus nieblas de invierno. Ahora en Sevilla se siente más a gusto. Es un punto inicial de aventura. Allí hay seres como él, listos a soportar todo para descubrir tierras nuevas. Hombres con hombredad definida en vez de simples burócratas apergaminados.

Pero hay también burócratas. Desde 1511 se ha esta blecido en Sevilla la centralización de los negocios de Indias. Hay oficiales reales. Horteras. Vividores. Hay covachuelistas. Prestamistas. La plaga sucia que se pega como parásitos para succionar las energías de los aventu reros y de los conquistadores.

Allí está la Casa de Contratación, centro de todos los negocios de Indias. Isabel la Católica había ordenado que

se construya su propio edificio en las Atarazanas y que funcione provisionalmente en el Alcázar en donde se erige el Cuarto de los Almirantes.

La Casa de Contratación es la vida, el impulso vital, de la alegre Sevilla. Allí se hacen todos los negocios de Indias. Se controla la salida y entrada de los barcos. Se discute y se halaga. Se odia y se pelea. Se improvisan fortunas y se labran desgracias. Ella es la que da su opu lencia y su sentido cosmopolita a la vieja Ixbilia que cris tianizara Fernando el Sahto alzando sobre la maravilla, de la Aljama la Catedral católica y transformando el mi narete de lugar de oración morisca en lugar cristiano.

Ha sido inútil la guerra abierta o solapada de las otras ciudades marineras^ En las turbulentas Cortes de Santiago y la Coruña las ciudades porteñas del Cantábrico consiguieron también el privilegio del comercio de Indias. Desde 1529 pueden salir barcos de los puertos neblinosos dé Coruña, de Bayona dé Galicia, de Laredo y Bilbao, de San Sebastián; también de Málaga y Cartagena.; Pero es sólo bajo este sol caliente de Sevilla, donde vive la recia España conquistadora-de los países ultramarinos, pues sus naos sólo pueden retornar a Sevilla y ésto hace inútil el privilegio de las otras ciudades.

Al llegar Orellana comienza su trabajo. Tiene que vencer obstáculos mayores que los del Gran Río. El pre feriría luchar cuerpo a cuerpo con esos indios bravos en vez de tener esta lucha de audacia y astucia, de habilidad y de cálculo con mercadantes y prestamistas.

Tiene que conseguir dinero. Peregrinaje largo de puer ta en puerta de cambistas y negociantes. Regateo continuo de los intereses usurarios. Discusiones interminables con genoveses zahoríes y astutos. Complacencias y sonrisas ante poderosos. Ofertas halagüeñas a intermediarios. Una agitación incesante, fatigosa, que le gasta los nervios y le violenta.

en las soledades del Gran Río. Y ha designado su Alguacil Mayor a Cristóbal Maldonado, el compañero de aventuras.

Al lado, el Rey ha colocado una autoridad que vigile sus actos. Es el Veedor General, cargo para el que ha sido designado Fray Pablo de Torres, sacerdote de la Orden de Predicadores, quien debe fiscalizar todos los actos y cuidar del estricto cumplimiento de las estipulaciones con tenidas en la Capitulación.

Mientras Orellana se agita nerviosamente para conse guir dinero, para contratar naves, para convencer a los proveedores, para alistar a los marinos remisos, para buscar pilotos expertos, una nube de odio se va cuajando en torno. Nadie osa ir en su contra, que sería estorbar francamente las decisiones del Rey. Pero una campaña insidiosa, oculta, disfrazada, va creando a su redor un am biente difícil. Es un sabotaje hábil. Un boicot incontro lable. El mismo Maldonado ha sido reducido por esa chismografía solapada. 'Se le hace ver que ha sido pos puesto. Se le abre la ambición de que sea él y no Orellana quien deba ir a la conquista del territorio en donde viven las Amazonas. Se envenena lentamente con el tóxico de la envidia a los amigos. Y Orellana, hombre recto como su espada, no ve de dónde sale esa conspiración que daña sus
proyectos y estorba cada paso que da en sus gestiones or ganizadoras. No puede luchar contra sus enemigos invi sibles. No tiene fuerzas para vencer las fuerzas ocultas que
lo asedian. - •

Trabaja afanosamente. Se empeña. Ha pedido dinero prestado y al llegar el mes de mayo tiene ya sobre las aguas del Guadalquivir dos naos y dos carabelas. En los ratos que le quedan libres se pasea frente al río, mirando sus naves que se balancean sobre las aguas doradas. Allí

Están ya nombrados los representantes de la Corona. Veedor ha sido designado Juan García de Samaniego. Tesorero, Francisco de Ulloa. Factor, Vicencio de Monte, que es, además, regidor del pueblo que fundará

está la clave de su vida. Todos sus sueños, todas sus am biciones, todas sus esperanzas, están en esas tablas flotan tes que acarician las aguas mansas y sensuales.

Corre de la Casa de Contratación a las lonjas de mer caderes. Visita las tiendas de los venecianos. Va a las tiendas ultramarinas de los genoveses de donde sale un olor de especias y de alimentos rancios. Sus nervios can sados sólo encuentran un poco de reposo cuando ve sus naves flotantes.

Pasa también horas largas vigilando los astilleros. Entre el estruendo de los martillos, el chirrido susurrante de las sierras, el trinar de las poleas. Se impregnan sus ropas de Olor de brea marinera. Conversa con los obreros navales. Discute con los armadores. Se están haciendo seis bergantines para la exploración fluvial. Los llevará desarmados, quizás, como lastre, y los armará en las costas verdes de su río. Y espera que le entreguen otro barco grande.

No entiende mucho de la técnica naviera. No conoce de los secretos de los hombres de mar. No tiene una per sona de confianza que le asesore para la compra de naves sino que hay a su lado intermediarios dudosos que bien pueden ser interesados.

Orellana, hombre leal, no desconfía de nadie. Tiene una credulidad ingenua y bondadosa. El Padre Torres lo describe en una carta al Rey de modo claro: "Es el Ade lantado tan bueno, que cada persona que le dice una cosa la cree y la hace, tanta dulcedumbre á las veces es de poco provecho." La canallería astuta de los puertos —vivido res, intermediarios, intrigantes— se aprovecha de esta cualidad de Orellana. Lo engañan con consejos falaces. Lo envuelven en intrigas indignas. Lo separan de sus amigos. El ambiente de malicia en que vive lo hace seme jar a una mosca que va siendo envuelta en la red sigilosa y pegajosa de la araña.

Las dificultades^ no nacen sólo de sus enemigos encu biertos y de sus amigos falsos. Es también la Corona real e imperial la que le crea obstáculos insuperables. No es únicamente la falta de apoyo económico. Es que además no le proveen de los elementos indispensables. El Rey ha dado orden de que toda la tripulación aventurera debe ser española. Ningún extraño puede ir en esta empresa que va a agregar tierras nuevas a los ya extensos dominios hispanos. El orgullo y la ambición españolas se resenti rían. Pero no sólo le niega dinero sino que ni siquiera le provee de la artillería necesaria para armar las naves en tanto que crecen astronómicamente las cifras que se gastan en las guerras de Europa.

Escribe al Rey. En su carta de **9** de mayo le pide que le provea de "la artillería para armar seis a siete carabe las". Le explica que no le es posible conseguir marine ros. "No se hallan marineros que quieran ir a esta jorna da y, aunque hay muchos, se excusan dello." Y recurre al medio extremo de pedir que, como en las expediciones de Colón, se le faculte para que "pueda compeler y apre miar cualesquier marineros que se hallaren para que vayan en mi compañía en esta jornada, pagándoles por ello su justo y debido salario".

Tropieza con la dificultad de no encontrar pilotos expertos que conozcan esa costa inexplorada, "excepto los portugueses que tienen gran noticia della por la continua navegación que por allí tienen". Y ruega al rey que, por esa vez, se deje ir en las naves pilotos lusitanos.

Le irrita la lentitud de todo. Quiere partir el día de San Juan y ve que las gentes contratadas se dispersan al par que crecen los gastos sin medida. Los trámites son morosos. Las gentes, sin prisa. Solamente el dinero corre y corre y se va. Lleva ya pedidos cuatro mil ducados. Una fortuna. Y si fracasa la expedición no tiene otro des tino que ir a sumirse en el fondo de una cárcel.

Es el momento en que su vida ha llegado al punto muerto. De un lado está la gloria, la riqueza, el poderío. Del otro, la miseria, el deshonor, la cárcel. Las fuerzas ciegas del destino que lo impulsan tienen que decidir. Su carácter se agria por momentos. Se torna gruñón y violen to. Una neurosis peor que la de la selva caliente, una fiebre peor que la que producen las lancetas crudelísimas de los mosquitos tropicales, van apoderándose de su carácter apacible y dulce.

Sus amigos lo notan huraño. Agresivo. A veces impe tuoso e irascible. Otras, silencioso y zahereño. En las noches le agarra una angustia invencible, una rabia inútil. Amanece con los ojos rojos de insomnio. Le golpean los pensamientos en la cabeza como los martillos de los asti lleros. Le sube a la boca una cosa amarga como la brea penetrante de los calafates. Se pasea a grandes zancadas por su pieza de hospedería. Se queda hasta horas altas de la noche contemplando el Guadalquivir. Las claras estre llas primaverales le hablan de otros cielos con otras estrellas. El olor caliente de la tierra, el magnetismo sen sual de la primavera, le hace vibrar. Así se calma un tanto de sus angustias y de sus temores.

De día le absorbe la fiebre del trabajo y de noche se hunden en su pecho viril las mil garras sedosas y crueles de la angustia. Pero en las horas libres, al caer los cre púsculos sangrantes sobre las aguas multicolores del Gua dalquivir, la fuerza germinativa del mayo floral, la pri mavera que enciende la tierra de rumores y de fragancias, le trae el recuerdo de unos ojos oscuros y una boca roja —una boca casi vegetal,como los claveles— que vio tras las rejas de una vieja mansión sevillana. "
"•• •< •> '

Pese a sus hábitos brutales de violador de indias, mu jeres telúricas, con inmovilidad de piedra, su carne tiene una casi virginidad masculina. No ha sentido en sus rijo-sidades de macho encelado, en sus posesiones brutales so bre la tierra aún humedecida de sangre, ese sentimiento

superiormente viril de la ternura, esa dulzura fuerte del amor compartido.

Y esos ojos de terciopelo oscuro y esa boca semi-vege-tal encienden su carne y dejan una dulzura tibia y tierna en su fuerte corazón de aventurero. Ha entrevisto las formas juveniles de la niña-mujer. Sus senos empinados y vibrátiles que se fugan de las miradas bajo las ropas suaves. Las caderas de ánfora que espera la plenitud go zosa del amor para volcarse hasta los bordes. Su piel de ciruela pálida evemente vellosa y suave. Sus manos ági les de paloma sin ruta.

Es casi una niña. La ha visto en una casa modesta, de grandes rejas orinecidas en las que estallan claveles olorosos. Ha fijado su mirada ancha de selva en la mira da oscura y arisca de la niña, mirada vaga como una noche distante.

Sabe ya su nombre. Se llama Ana de Ayala. Es pobre pero de familia hidalga. Cada tarde va por la vieja calle en que la primavera hace pasear un aire que huele a cla vel en f loí y a hembra nubil. Sus naos se mecen en las aguas del Guadalquivir. Y al retor nar a verlas, dejando la calle vieja, le parece que fas curvas de las popas rotundas tie nen un sentido femenino, que las ágiles proas tienen flexi bles sinuosidades de mujer. De la tierra sale tambiénun olor seminal, oloj de fecundación, de polen, de anteras prolíficási Los insectos tienen vibraciones de instinto en sus élitros. Los pájaros son deseos con alas y sus cantos tienen dulzuras sensuales y sexuales de arrullo amoroso.

Pasea silencioso. Huyendo de las gentes. Olvidando todo. Es una fuerza nueva. Una vida extraña. Una emo ción intraducibiemente tierna. Y lentamente retorna al figón humeante en donde se apretujan hombres llenos d e-ambiciones, de odios, de "esperanzas, d ensueños. / Poco después llega la contestación del Príncipe. Niega todas las peticiones. Le dice escuetamente que no le es posible proveerlo de artillería porque no la hay. Y piensa

Orellana en **los cientos de bocas de fuego que disparan** contra las ciudades amuralladas de Europa. En **los** sacrificios cotidianos del pueblo español para sostener las guerras estériles de Francia y de Italia. En la gloria **triste** que flota sobre los estandartes de los tercios bizarros.

La España imperial que puede desangrar copiosamen te a su pueblo **y** gastar a manos llenas el dinero en guerras de orgullo **y** fanatismo, no puede dar artillería para seis carabelas que van a ir por mares de misterio a países de indios bravos en donde brotan a cada paso peligros ate rradores. Es de esas tierras nuevas, conquistadas a filo de espada por- aventureros másculos, de donde vienen los galeones fragantes a especiería y grávidos de los metales preciosos de la Nueva España y del Perú. Toda la riqueza que pasa por España viene de allá, de los países ultrama rinos que él quiere ensanchar para gloria **y** provecho de **su Rey.**

También niega el Príncipe la merced solicitada de que se permita ir, en los navios conquistadores, pilotos portu gueses. Indica que los Oficiales del Consejo de Indias deben buscar pilotos expertos para la navegación por esos mares que las proas españolas no han surcado sino rara mente.

Desde la Valladolid cortesana no se puede medir la gravedad de los problemas marineros. No se dan cuenta de lo que significa ir por mares desconocidos con pilotos inexpertos. No ayudan a la expedición ni con dinero ni con armas. Dejan a Orellana abandonado a sus propios recursos. Si triunfa, la Corona tendrá provecho. Si **fra** casa, a la Corona nada le cuesta.

Orellana se revuelve lleno de ira y despecho. Pero nada puede hacer. Tiene que insistir en su petición. Con **su** mano encallecida de soldado escribe una nueva carta **al** Rey. Nueva solicitud apremiante de que se le provea de

artillería: "Yo quisiera estar en estado que pudiera servir a Vuestra Majestad en esta jornada sin dar ninguna pesadumbre; pero esta no se puede dejar de dar, porque la artillería necesaria yo no la puedo hallar si Vuestra Majestad no me provee de ella/'

Las gestiones de los Oficiales de la Casa de Contratación para encontrar piloto español han sido infructuosas. El que manda buscar el Rey nada sabe, ni tiene experiencia en la navegación por los difíciles mares tropicales: "hablaron al que de allá se señaló y éste da menos razón de la costa que otro".~ Con clamorosa insistencia vuelve a pedir que se permita ir a un piloto portugués, punto en que el orgullo español es intransigente: "pues que Vuestra Majestad manda que ningún portugués pase en esta jornada, a lo menos sea servido de dar licencia á cualquier piloto portugués que quiera ir, al que se ponga todo el límite que Vuestra Majestad fuere servido para que no haga deservicio a Vuestra Majestad, y en esto se terna toda la vigilancia y cuidado que conviene".

Sabe bien que éste es un punto que tiene que resolverse puesto que de él depende el éxito de la navegación. Los pilotos españoles navegan por otras' rutas pero no conocen las que tiene que recorrer para ir a las bocas del río que ha descubierto. Sólo los portugueses tienen el secreto de esas olas alternativamente calmosas y bravas, en donde a veces el viento duerme en la soledad salobre y a veces se levanta con furia la sonora música de las tempestades.

InfoTma también al Rey del estado.de sus'prepárativos y délos sacrificios que le imponen. Nada dice de que le den una ayuda monetaria. Esta España que le niega arti llería, menos aún dará un solo maravedí-Toara alentar la empresa. Pero, como su situación es difícil, pide al monarca qué le conceda la gracia de cien licencias de escla vos, libres de-todo derecho. No oculta su necesidad. Fran camente dice a su soberano cuál es el objeto de esas ficen-

cias que pide: **"para** ayuda **a** algunos gastos que en esta jornada se me ofrecen y tengo hechos".

El Adelantado Orellana, Gobernador y Capitán General de la Nueva Andalucía, propone simplemente que se le faculte

para convertirse en comerciante de esclavos. También Colón, desalentado y empobrecido, había pro puesto entrar en competencia con Portugal en el mercado de carne humana vendiendo indios para esclavos como Portugal lo hacía, con los negros. El descubridor de una extensión más vasta que toda la península, tiene que pedir como una gracia que se(le permita vender seres humanos para levantar fondos e ir a la conquista de las tierras de El Dorado, el cacique fabuloso en cuya corte todo brilla con fulgores opulentos de oro. Mientras, la España impe rial, reza, quema infieles y sufre gozosa la pobreza.

HA LLEGADO el día de San Juan en que Orellana creyó poder zarpar. La primavera va cediendo su puesto al verano. Sevilla madura como un fruto dorado bajo el sol caliente. Ahora los árboles no tienen olor de flor virgen sino de fruto óptimo. Pero los pájaros tienen todavía sus ramilletes de trinos encendidos. Los ojos oscuros con mi rada de noche distante han fijado su luz indecisa en la ancha mirada de selva y la boca vegetal ha sonreído como un clavel abierto.

Orellana sueña con esa boca y esa mirada. Ve correr el agua del Guadalquivir y balancearse suavemente sus barcos. Recuerda las fogatas lejanas de otro día de San Juan en el gran río de riberas verdes y aguas turbulentas. ¿Hasta cuándo no podrá partir?

Todo conspira contra él. La tela de araña sigilosa y pegajosa que la envidia y la malicia van tejiendo, se aprieta más en su torno. Cada día nacen dificultades ma yores. El dinero sigue corriendo sin saber de donde va a reponerlo. Y el tiempo pasa raudamente.

El Rey, parco en dar, podría quizás recibir las intrigas que corren. Pueden llegar hasta él los rumores que pro pala la maldad invisible que lo cerca. Nada resuelve de sus peticiones. En cambio exige una fiscalización conti nua de los actos de Orellana.

Los enemigos encubiertos propalan chismes y cuentan infamias. Se dice que trata mal a los hombres de la expe dición. Maldonado, su amigo de aventuras, es ahora un enemigo rencoroso. En torno de él se va formando un bando hostil que renueva intrigas e inventa calumnias. La

guerra es sorda, invisible, impalpable pero no menos angustiosa para un hombre de carácter leal y franco como Orellana, que preferiría resolver por la espada sus dife rencias antes que enredarse en cuentos inacabables.

Temeroso de que lleguen a oídos del Rey las hablillas circulantes, le escribe nuevamente el 28 de junio. Insiste en su petición eterna: que que se le permita llevar pilotos portugueses. Ha encontrado dos buenos nautas españoles, aunque poco expertos en la navegación de la costa del Brasil: **Rentería** y Francisco Sánchez. Pero ambos están atados por deudas de cambios e intereses. Ambos están an clados en Sevilla mientras deban a sus prestamistas ava riciosos. Y Orellana suplica al Rey que ordene que se les den facilidades para partir y que a su regreso paguen las deudas.

Sus dos preocupaciones son ahora conseguir dinero y pilotos. Sin dinero no podrá terminar los aprestos y sin pilotos no puede aventurarse por mares desconocidos. Hay un excelente piloto portugués a quien ha comprome tido y tiene que emplear toda su habilidad convincente para conseguir que no se marche antes de que el Rey re suelva su petición repetida* hasta la necedad.

Al derredor de la empresa se agitan intereses, ambi ciones, envidias, intrigas canallescas, egoísmos inconfesa bles. Los hombres que ha contratado —los pocos aventu reros a quienes seduce una expedición improbable en tanto que tienen posibilidades de ir a tierras ricas y pacificadas— comienzan a murmurar. Alguien alienta el descontento. Hace nacer dudas acerca de la posibilidad del viaje. Siembra la desconfianza. Al fin, cansados, muchos de ellos se alistan en lá flota de Indias, para ir hacia .países de más concretas posibilidades. Es un rudo golpe a los proyectos de Orellana qu* tiene que resignarse y esperar, sin saber cómo puede vencer las dificultades que se acumulan.

En tanto pasaje) tiempo. El 3 de agosto llega el Veedor General Eray Pablo de Torres. No han sido inútiles las precauciones de Orellana al escribir al monarca. Las intrigas y los chismes han

traspasado las cámaras reales. El 23 de agosto llega una cédula encargando al Padre Torres que examine el aparejo, los víveres y en general los recursos de que dispone Orellana; Le amonesta para que, si cree que la expedición no puede salir, evite que las gentes contratadas se perjudiquen en una espera in fructuosa y, sobre todo, le encarga que prohiba que Ore-llana reciba dinero de las personas que van a ir a la expe dición.

Las dificultades se van agrandando y la Corona las aumenta con sus exigencias inútiles. Pues, como contesta el Padre Torres, es costumbre en todas las armadas recibir dinero de los pasajeros y, sin ese recurso, no podrá hacerse la expedición.

Todo conspira contra Orellana en este momento som brío. Debe aún más de mil ducados por concepto de los barcos. No tiene cómo aprovisionar sus naves, si bien des de el 23 de agosto ha comenzado a embarcar bizcochos.

Los mercaderes le niegan el crédito. Los marinos y soldados contratados se han ido en otra flota para las Indias. No tiene pilotos. No le proveen de artillería.

Así pasa todo el verano. En lucha incesante. Agitado por un trabajo agotador. Enervado por las pasiones que se tejen en torno. Casi a punto de dejar abandonado su proyecto. Mas ese abandono sería la deshonra, la cárcel, la ruina de sus amigos. Y es la pérdida definitiva de sus sueños de amor.

Se esfuerza sobrehumanamente. Apela a todos los recursos. Lucha contra todo. Se gasta hasta el límite de la fatiga. Hace lo posible y lo imposible. Y, sin saber cómo salir, escribe a sus familiares. Allá, en la Extrema dura, vive aún su madre, a la que dejó casi niño y ha vuelto a ver ahora en su madurez. Su padre no existe.

Pero un hombre bueno y generoso, vela al lado de su madre lejana. Escribe a su padrastro como última llamada de auxilio, con una voz náufraga, *fi* espera anhelante la contestación.

Cada hora, cada minuto, es. torturador. Días febriles. Noches insomnes. Sólo tiene, como frescura de agua en cántaro, la mirada de Doña Ana que ha aceptado sus re querimientos. No es Orellana un Adonis. Su ojo tuerto da a su fisonomía un aspecto fiero. Pero se cuentan de él hazañas de hombredad tan recia, hay un aire de selva y de montaña que lo circunda, que la niña Ana, ducemente femenina, siente la atracción del hombre madurado en andanzas de guerra y de dominio.

Noche tras noche la reja orinecida que el otoño va des pojando de flores, escucha las palabras virilmente tiernas dé este hombre que no supo del amor juvenil. Es la fuerza pasional que brota intacta, en su pureza máxima. La niña sonríe cuando le cuenta de las aventuras pasadas, de los gigantes blancos, de las Amazonas fieras, de los ríos sin fin, de las estrellas nuevas de los cielos del trópico y de las flores de olor sensual que crecen bajo la selva

Oye... Oye... La nocturna agua estrellada que es la mirada oscura parece reflejar cielos distantes. A veces se estremece con el relato de los peligros vividos. Se horro riza de este hombre cuyas manos han derramado sangre de hombres. Pero es un horror atractivo y sensual que despierta en ella el dulce afán femenino de la entrega sumisa. La hombría superada de Orellana la cautiva •—Desdémona flébil frente a Ótelo viril— y la envuelve en un ambente de ensueño cálido. Piensa en esos países de encantamiento, en esas flores cambiantes —blancas, rosadas, oscuras, según la luz— que flotan en un horizon te de cocodrilos. Sueña con las aguas azules del lago en donde vive el Cacique Dorado con su corte áurea. Las historias que cuenta este hombre atezado de sol y de san gre le estremecen más que las historias de andanza caba-

lleresca que se leen en torno de los hogares. Más que los romances heroicos que cantan los hombres del pueblo.

Ella —sueña— podrá ser una especie de reina de esos países que Orellana creará por el impulso de su voluntad de héroe. Tendrá joyas insuperables. Palanquines de oro. Abanicos que muevan el aire tibio de la siesta tarde-riega. Sirvientes indios de cabeza emplumada. Bogará por esas aguas hechizadas en barcos suntuosos, con remos dorados como rayos de sol cautivos, viendo a lo lejos des lizarse sobre los barrancos ocres los lomos dentados de los cocodrilos y alzarse las flechas coloreadas de los pájaros desconocidos..

Así pasa una iioche y otra, mientras en el día ronda la envidia con sus dientes envenenados y ladra el odio invisible. Mientras, no se sabe aún si Francisco de Ore-llana, Gobernador, Capitán General y Adelantado de la Nueva Andalucía, terminará sus proyectos en la cárcel de Sevilla, cargado de pesares y cadenas.

En setiembre, Cosme de Chávez, su padrastro., llega de la lejana Extremadura. Ha acudido desde su vieja ciudad de Trujillo, atraído por lá llamada apremiante de la voz náufraga! Trae algunos cientos de maravedíes en juros y censos que podrá negociar para ayudar al héroe en aprietos.

Las angustias de Orellana parece que van a cesar. Diligentemente recorre con el padrastro los negocios de Sevilla a fin de colocar en empeño o venta los censos y juros. Menudean las ofertas. Y, con la esperanza de los mil cien ducados que puede reportar la operación, los du-bitantes se sienten vencidos.,- Ya hay certeza de salir ade lante. Las hablillas desacreditadoras no encuentran aside ro. Y una reacción favorable alienta la empresa.

Cristóbal de Aguirre, un comerciante que ofreciera proveer de víveres la armada, comienza a hacer efectivas sus ofertas. Con los mil cien ducados que ofrece Cosme

de Chávez **hay para pagar el** saldo de las **naves.** Y paga **das las** naves, **la** empresa está **a** flote.

También los genoveses reacios que durante tanto tiempo han escamoteado sus dineros, están ahora listos a ayudar. Hacen ofertas concretas y se establecen contratos onerosos pero que salvan momentáneamente las dificulta des que parecían insalvables.

Para colmar la satisfacción de Orellana, hay noticias halagadoras del Tesorero Don Francisco de UUoa que **ha** ido a Almendralejo y Málaga a contratar gentes para **la** empresa aventurera.

Más de sesenta hombres quieren venir con dineros propios. Ahora que ya la empresa tiene un carácter más cierto, ofrecen fletar y proveer para ellos solos una cara bela que se sumará a la flota de Orellana..

Hasta el Padre Torres refleja el radiante optimismo que embarga a Orellana. El ll de septiembre escribe **al** Rey una carta de alentadoras esperanzas. No sólo le cuenta **la** llegada providencial de Cosme de Chávez sino que **le** relata el estado de la armada y el entusiasmo que des pierta. "En Sevilla y en toda esta Andalucía hay gente mucha.movida para esta empresa que no es para sino ver si se eñcomienza á aviar y disponer con efecto la partida."

Cuenta también en esa carta que "al Adelantado le mueven casamientos". Le inquieta al rígido dominico este problema sentimental de Orellana. Ya cautamente le ha hablado de los inconvenientes de una complicación de esa índole en momentos en que se requiere dedicar todas **las** energías **a** los preparativos de la jornada.

La escena ha- sido difícil y escabrosa. Orellana,, fie ramente, con toda firmeza, ha manifestado á'í Padre **Torres que** ama a Doña Ana y que se casará con ella. **No quiere ir** amancebado ni puede, humanamente, pasar **sin mujer so** peligro de caer en las brutales tentaciones **de los aventureros.** El quiere colonizar. **Va a** fundar **un** Estado
más. vasto que la. España empobrecida **Va a tener** mando

y dominio sobre millares de hombres. Tiene contraídos con la Corona compromisos que otorgan derechos a sus sucesores. Por lo mismo, juzga que debe casarse en vez de ir irregular y anticristianamente a dar motivos de escándalo.

Han sido inútiles los argumentos persuasivos del Padre Torres. Le ha hecho ver el dominico que el viaje en com pañía de mujeres está erizado de complicaciones y de peligros y que bien puede postergar el matrimonio para tiempos mejores. Además Ana es pobre. No aportará ni un solo ducado ni dote alguna.

Orellana, el magnánimo que jamás contó el dinero sino para gastarlo, se indigna de esto. El ama a Doña Ana. Tiene ésta virtudes y prendas excepcionales. ¿Para qué el dinero? Le basta una mujer fiel y buena y amada. Esa es su felicidad. El dinero sabrá hacerlo él con el filo de su espada y al precio de su sangre.

Al Padre Torres lo tiene preocupado esta obstinación de Orellana. Durante mucho tiempo atribuyó a esa pasión frenética —amor de hombre maduro— el mal estado de la empresa. Pero ahora todo se compone. Chávez ha traído dinero y felicidad.

Gozosamente, cada noche va Orellana a la reja arcai ca. Cada noche cuenta sus proyectos. La nave grande está lista. La han comenzado a cargar y el quince de setiembre partirá a Sanlúcar en donde esperará hasta completar el avituallamiento de sus otras naves. Pronto la flota —su flota— se hará a la mar. Y ellos —ya marido y mujer por la bendición de Dios y la Iglesia— irán por esos mares misteriosos.

Trabaja con más energía. Incesantemente. Con dina mismo de torbellino. Vence dificultades. Alienta a los operarios de los astilleros. Convence a los mercaderes in decisos. Todo irá bien. Las ganancias serán tan grandes que se duplicarán los dineros invertidos. Todo en sus ma nos proliferará como su carne, como su sueño. Y su fe comunicativa convence, domina, atrepella, vence.

AUT VINCERE AUT MORÍ

OCTUBRE trae nuevas decepciones. El optimismo pasajero se deshizo como las nubes crespas que barre el soplo au llador del otoño.

Por más que las ofertas halagüeñas hicieron creer en un rápido negocio, Cosme de Chávez no ha podido hacer operación alguna sobre sus juros y censos. Fatigado de los regateos largos y de las promesas vagas, ha partido nuevamente a su Extremadura de piedra y de cielo para negociar allá lo que en Sevilla se le escamotea.

Los genoveses han tenido muchas palabras amables pero nada efectivo han hecho. Y si bien la nave grande está cargada y aprovisionada, faltan marineros y no ha podido partir a Sanlúcar sino que se mece en el río, un poco lejos de la ciudad.

El mismo Fray Pablo de Torres no alcanza a ver de dónde sale esa conspiración sorda que daña todos los pla nes y desacredita la empresa. Hay una mano hábil y audaz pero cauta, que enreda la madeja de las intrigas. Esto comienza a preocupar seriamente al dominico. ¿De dónde vendrá la conspiración?

Han llegado —coincidencia notable— noticias alar mantes de Portugal. Se sabe que allá se arma una escua dra que públicamente dice que va a las costas del Brasil aunque secretamente se prepara para ir al río de las Ama zonas. El Consejo de Indias comunica al Rey desde el 7 de octubre la noticia y no deja de aconsejar que se tomen todas las providencias, al par que insta a mercaderes espa ñoles y extranjeros para que ayuden en lo posible a Ore-

llana en esta empresa que juzgan que será de provecho para la Corona.

El Padre Torres, por su parte, escribe al Rey el 23 de octubre que sabe que llegó un hombre "que vido en Por tugal hacer una armada para las Amazonas". Comprende la trascendencia que tiene la ayuda a Orellana y clama ante el soberano: "Suplico a Vuestra Majestad que, pues hasta ahora esta empresa ha estado tan desacreditada y olvidada, que de aquí adelante la tome más por suya, y con algún favor más particular Vuestra Majestad la favo rezca, pues vemos que muchas veces lo barato es caro."

No se escapa, a la sagacidad del fraile que las oscuras maniobras de sabotaje, tan cautelosas y hábiles, pueden venir de personas interesadas en la empresa o de alguien que quiere estorbar los proyectos de España, ¿Será una maniobra portuguesa, sutil y diabólica, que desbarata las posibilidades de la armada española para adelantarse a la conquista del Gran Río? No se atreve a decirlo claramente pero lo deja entrever en su carta de seis de octubre: "Y por tanto creo que esto viene o de persona o personas que pretenden, o hacer ellos, o amigos dellos, esta empresa, **0** de persona que le pesa que el Emperador Nuestro Señor haya este servicio y provecho que de allí se espera, y no halla mejor expediente por ahora que deshacer luego este viaje."

Bien puede ser un complot planeado en Lisboa o en la corte de Evora y que tenga sus agentes entre la multitud de portugueses que pululan en Sevilla. Maldonado y los suyos no son ni tan poderosos ni tan inteligentes para este trabajo fino de intrigas y de infamias que no se sabe de dónde parten. Es una astucia diplomática. Es un experto en artimañas, el que trabaja sigilosamente, sin dejar hue llas, sin que se pueda advertir de dónde sale el obstáculo imprevisto que desbarata todos los planes.

Mientras tanto, Orellana lucha sin cesar. Pierde la calma. Los genoveses juegan con él como el gato diestro

con el ratón atontado. Su carácter se agria por momentos. No sabe cómo desenredarse. No sabe cómo salir de los callejones sin salida.

El Tesorero Ulloa encuentra que ha hecho negocios absurdos con los genoveses. No entiende la forma cómo Orellana maneja los asuntos de la armada. Se sabe que ha hecho un trato ruinoso para adquirir dinero y poder pagar las naves: pide mercaderías a los genoveses a precios de usura y luego las vende a bajo precio perdiendo en la transacción pero pudiendo disponer así de dinero con tante y sonante para rescatar las naves.

Su obsesión es tener listas las naves. Estando la armada pronta a partir cree que le será más fácil negociar la provisión de víveres. Incluso podrá recibir dinero de los pasajeros que vayan en la jornada. El Rey lo prohi bió. Mas, en vista de las razones del fraile dominico, quizás sea posible seguir en este punto la costumbre de todas las armadas.

La respuesta del Príncipe a la petición del Padre Torres, llega cortante y fría: í'y cerca de la ayuda que pedía que yo mande hacer para que la cosa vaya adelante, al presente no hay disposición de socorrer con ningún dinero, porque, como teméis entendido, las necesidades de Su Majestad han sido y son tan grandes que no dan lugar a ello".*

¡Carlos I de España y V de Alemania, en cuyos dominios no se pone el sol, el hombre que ha gastado para adquirir y luego para sostener la majestad imperial sumas incalculables, no puede dar unos dos o tres mil ducados para una empresa que puede reportarle millones y que puede agregar a la Corona tierras más vastas que todas las que puede adquirir en sus guerras de Europa! Y esto

*** Cédula real de 17 de octubre- de 1544.**

cuando el Portugal está armando una expedición para salir a disputarle esos dominios en los que el oro abunda.

No queda más que seguir el curso ruinoso de las ne gociaciones con los genoveses inmisericordes. Y confiar en el destino.

Pasa así octubre y en noviembre retorna el padrasto con sus mil ducados listos. Otra vez se abre un horizonte de esperanza. En Trujillo ha negociado con calma y ven taja lo que trataron de enredar las manos ocultas de los intrigantes de Sevilla.

Radiante de felicidad, va Orellana a los astilleros. Compra otras naves que necesita. Las contempla mecerse en las aguas rientes del Guadalquivir. Pero en el momen to mismo en que su felicidad le llena como un vaso col mado hasta los bordes, una nueva desilusión le aguarda.

La nave grande, que esperaba llevar como Capitana, está rota. Tiene la quilla partida. Ha sido una jugada de gitanos la de los armadores que abusaron de su credu lidad y de su impericia en asuntos náuticos. Cuando la examinan los expertos, ya es tarde. Ha adelantado por ella sumas grandes.

Ciego de ira, Orellana quiere echar mano a su espada de conquistador. Pero se tranquiliza luego y prefiere usar la pluma del letrado. Habla con algunos que le ofrecen arreglar el asunto y comienzan los trámites curialescos, los términos de prueba, los alegatos y testimonios que gas tan no sólo sus nervios ya casi destruidos sino también muy buenos ducados de su bolsa.

No se detiene, sin embargo, en esperar. Compra otra nave más pequeña, y frágil. Aun cuando fuera en un cas carón hará la travesía. Prefiere la muerte desafiando a los elementos desencadenados antes que la miseria y la cárcel. Hará frente a todo. Su pensamiento dominante es partir. Irá. Ya está echada la suerte. No puede re troceder.

¿Qué diría Ana, que lo mira como un héroe, si fraca sara? ¿Gomó podría ir a decirle que ha sido engañado, que renuncia a la empresa y renuncia al amor? Irá. Tiene que ir. Y para asegurar más su decisión resuelve unir definitivamente su vida a la ,de la niña-mujer que en él confía y que de él espera la gloria y la felicidad.

La ceremonia nupcial se realiza de modo sencillo, en un ambiente de intimidad discreta. Apenas unos pocos amigos íntimos, compañeros futuros de la aventura, y unos pocos familiares que miran en este matrimonio una esperanza de salir de pobreza en tiempo próximo.
A Fray Pablo lo pone frenético esta desobediencia de sus consejos. Dentro de su austera vida de monje no en tiende esta complicación sentimental que pone en peligro los planes conquistadores. Razona con sentido común y no puede comprender las razones que brotan, con fuerza torrencial, del corazón ávido de amor y de ternura del duro aventurero: El nó sabe lo que es la soledad senti mental en las tierras tropicales' de las qué sube un hálito de vida multiplicada, una fuerza fecundante y bullente que hace arder la carne y enerva los sentidos. El no ha vivido la nostalgia de amor en playas doradas de sol. El no conoce la tristeza punzante y amarga de satisfacer la carne sin ilusión en hembras terrícolas que se entregan con tranquila "pasividad de bestias. Ah, si supiera-Pero, como no sabe nada de, esto. Fray Pablo escribe al .Rey una carta violenta. "Vuestra Majestad sepa—dice el 20 de noviembre— que el Adelantado se casó, contra mis persuasiones, que fueron muchas y legítimas, porque a-él no le dieron dote ninguna, digo nrun solo ducado, y quiere llevar allá su mujer y aun á una o dos cuñadas". ¿Qué le importa a él lo que djga el fraile misógino que no sabe de esta alegría radiante? ¿Qué tiene que ver el Emperador con su amor de hombre que enciende alma y carne? Está feliz. Feliz.

Lucha con más fuerza, con energía **más decidida** y
agresiva para salir adelante. Para imponer **su** voluntad. Ahora nadie le hará retroceder ni habrá obstáculos que le impidan ir a esos países que ya reputa suyos, por la ley de la voluntad y de la espada.

Están listas sus naves. Son cuatro. Pequeñas. Pero ¿qué importa? Ha conocido peligros mayores. Sin **em** bargo, los obstáculos se acumulan. Siguen trabajando esas fuerzas invisibles. La desconfianza real crece. No **le** ayudan ni cort dinero, ni con artillería ni con facilidades para la expedición. La Corona permanece insensible y hosca. Regatea con frialdad de negociante que se apunta **a** la fija. Le abruma con sus imposiciones nacidas del desconocimiento de las enormes dificultades.

Para contrarrestar las infamias invisibles y las intri gas impalpables, escribe Orellana nuevamente al Rey, el 21 de noviembre, un día después de que el Padre Torres elevara su carta quejumbrosa. Cuéntale que ha contraído matrimonio. "Para más perpetuarme y poder servir **a** Dios Nuestro Señor e Vuestra Majestad en aquella tierra, me casé." Le expone todas las dificultades que han sur gido y que ha "tenido grandes contrarios, y por diversas vías, para impedir una empresa como ésta". Le explica que "por se hacer tan oculta y cautelosamente, no se puede señalar persona cierta, más de hablar por conjeturas y ponderar el daño que sus obras hacen, porque si algunas cosas no han habido entero efecto con brevedad, ha sido por este gusano que ha estado de por medio". Y termina pidiéndole que se tenga en él confianza: "pues siempre **mi** intención y voluntad es de servir a Vuestra Majestad con toda solicitud y fidelidad como lo he hecho".

¿Acaso no pudo él pactar con el Rey de Portugal cuando lo llamó a su corte? Una amargura que es casi un arrepentimiento atenaza su pecho de hombre leal. Si **hu** biera atendido las sugestiones del Portugal habría tenida todo: barcos, dinero, hombres. Pero **quiso** ser leal a **SU**

Rey. Y ahora su Rey no soló le abandona sino que le pone trabas innumerables.

Ha pedido, por ejemplo, llevar a su padrastro Cosme Chávez, hombre recto y bondadoso, con cargo especial de proteger a los indios. Y el Rey ha contestado que basta para ello el Padre Torres. El Padre Torres... El dominico es un espía disimulado de sus actos. Todo lo pregunta. En todo quiere intervenir. Incluso en sus gastos. ¿No es su^dinero propio? Vigila sus negocios. ¿Acaso si se arrui na no es él y sólo él, quien-tendrá que pagar todo o- ir a la cárcel? La Corona vigila hasta ebúUimo maravedí que se-invierte aunque no ha gastado ni un solo marevedí para ayudarlo.

^Nuevas trahas-surgen cuando quiere nombrar a un hombre dé su confianza, amigovde los familiares de su mujer, como Lugarteniente, y como Maestre de Campo a ua genovés que le ayuda con víveres. El Padre Torres informa al Rey y se desbaratan sus proyectos. ¿Cómo" ha de nombrar Maestre dé Campo a un extranjero? El fraile le informa que "todos están enojados por poner italiano sobre esta gente". ¿Aeaso los españoles le ayudan? ¿Qué le dan? No hacen sino crearle dificultades. Embarazar todo. Y, sin embargo, no es admisible que vaya encima de ellos un genovés. ,y

Orellana se exaspera. Pero sabe que vencerá. Tiene que vencer. Se impondrá. Ha comprometido su nombre, su honor, su destino. Tiene que conquistar un imperio vasto y rico para esta su mujer; frutat y dulce, que le espera-con su ternura mimosa y su cuerpo-vibrátil- abierto para eí amor. Y-,

DE PORTUGAL llegan noticias más concretas. Mientras Carlos V desgasta sus nervios en la aspiración de dominar el mundo con métodos españoles, teocráticos y fanáticos, don Juan III dirige desde su Corte de Evora los trabajos secretos de una armada que se alista en el Tajo para partir de Lisboa al país incógnito de las Amazonas.

Desde que Orellana pasó por Portugal con rumbo a España, desentendéndose de las proposiciones del Rey, don Juan III no ha dejado de recoger informes acerca del país que excita su fantasía y despierta la pasión aven turera que late en la sangre de los hombres de la casa de Avis.

Cautelosamente, a espaldas del Emperador-Rey de España, preocupado de sus guerras de Italia y de Francia, ha ido preparando su proyecto, recogiendo datos, selec cionando sus hombres. No ha perdido medio alguno para seguir en su propósito tesonero. Si Orellana se le escapó, no por eso ha dejado de interesar a otros en el proyecto conquistador.

No actúa de frente. No quiere irritar a España. En cubre bajo la iniciativa privada sus ambiciones reales. Ha hecho ir a Portugal a un español que regresó de Indias, para que sea él quien encabece la expedición. Y hasta ha acogido sin escrúpulos a uno de los compañeros de Orellana que se fugó de Sevilla después de dar muerte a un hombre.

Ahora se sabe ya cuál es el estado dé los preparativos. Orellana conoce hasta los nombres de los que figuran en

la empresa. La acaudilla un gentilhombre lusitano: Don Juan de Almeda, heredero de la corona condal de Bran des, y aparentemente suministra los fondos un castellano enriquecido en negocios de Indias: Diego Núñez de Que-sada, que ha retornado de los lejanos dominios españoles con la bolsa cargada de ducados y la conciencia cargada de ambición.

En las aguas del Tajo flotan, listos para la aventura, cuatro navios: dos grandes, de, doscientas toneladas, y dos pequeños. Mientras Orellana ruega sin resultados que el Rey le dé artillería, las naves portuguesas ostenta^, en sus costados, relucientes bocas de fuego:-, cañones flamantes, listos a descargar sus entrañas de muerte.

Orellana piensa en la diferencia enorme entre la con ducta de las dos cortes. Allá, en Portugal, hombres de una raza con el amor del mar en la sangre, ayudan vas tamente a la empresa, mientras aquí en España el Empe rador, con su cabeza pesada de sueños frustrados y de fanatismos intolerantes, no tiene ojos sino para mirar sus angustiosos problemas de Europa y el Príncipe Don Fe lipe reza y trabaja con lentitud desesperante.

La empresa lusitana tiene todo lo que puede necesitar. Han embarcado abundantes vituallas en tanto que él tiene que empeñarse para conseguir un poco de bizcocho y de carne, a sus propias expensas. Han cargado las na ves de municiones y de pólvora como para un largo com batir en tanto que él no sabe si podrá llevar una pequeña provisión de pólvora si consigue cañones viejos.-

La voz corriente es que el Rey pone las municiones y armas en tanto que las provisiones y víveres las paga el opulento Núñez de Quesada. Pero no falta quien afirma que todos los gastos de la expedición son sufragados desde-la corte de Evora por el astuto don Juan III que no quiere aparecer en la empresa para evitarse complicaciones peli grosas con España.

Siguiendo el sistema de colonización que han comen zado a implantar en el Brasil, el proyecto portugués es el de dividir las tierras descubiertas en vastos feudos. Ofre cen, como cebo de la empresa, dar tierras a los que vayan en la expedición. Así cada hombre tiene una concreta es peranza de ser un señor feudal en el nuevo mundo.

Conoce Orellana hasta la ruta. Sabe que se prepara a partir la expedición en el mes de diciembre y que irá primeramente a las islas del Cabo Verde para allí hacer provisiones de carne y lanzarse bien provistos a las aguas del Mar Océano.

Justamente alarmado, Fray Pablo de Torres escribe en noviembre al Rey dándole informes detallados dé las noticias que se tienen de la expedición portuguesa y aún se permite insinuar que el Rey ordene Una investigación más exacta: "Vuestra Majestad —le dice— lo sabrá por vía del Embajador más específicamente."

Al par que le comunica las novedades que ocurren y le trasmite los rumores alarmantes, le hace saber que "los navios... están desarmados de artillería".

El Padre Torres medita si todas ias dificultades que se le ponen a sus proyectos no vendrán de un fino trabajo de obstaculización que nazca de la misma corte de Portu gal o de los aventureros interesados.

¿De dónde, si no, puede salir esta guerra impalpable que por todas partes los amaga? ¿De dónde esta labor de obstaculización silenciosa y desesperante?

Pero Orellana no vacila. Una idea fija lo domina: partir. No sabe cómo ni cuándo- Sólo sabe que partirá. Y que si es necesario pelear, peleará contra quien se oponga.

Hacia fines de noviembre llega una nueva noticia. Don Juan de Almeda, el gentilhombre que acaudillara la expedición portuguesa, ha enfermado. Y es tanta la prisa que tienen de salir, que han puesto en su lugar aun hom

bre revoltoso y pendenciero: Don Juan de Sandi, espada chín y caudillo de acuchilladores listos a todo.

Orellana arde de impaciencia. Comienza también a vislumbrar que todos los obstáculos de comerciantes y de intermediarios obedecen a manejos ocultos que vie nen de fuera. Le irrita que uno de sus hombres, que com partiera con él peligros y esperanza, haya ido a alistarse como un felón en la flota enemiga. ¿Será Maldonado, in fluido por las gestiones taimadas de los enemigos, capaz de traicionar a su Rey y a su amigo de andanzas? ¿De dónde viene todo esto?

Ya están listas sus cuatro naves, pero aún se encuentra envuelto en los trámites curialescos y en los términos jurí dicos de la disputa por la otra que le vendieron en mal estado como los gitanos venden caballos tarados a los com pradores inexpertos. Eso le enfurece más. Haber sido engañado por exceso de confianza, por credulidad en la bondad ajena. Ahora se torna desconfiado y su carácter tiene una rara acrimonia. Incluso procura evitar la com pañía del fraile. ¿Qué tiene que meterse el Padre Torres en sus gastos, en su vida, en su matrimonio, en sus amista des? Nada le ha dado el Rey sino dificultades y amargu ras. Y además coloca a su lado a este espía disimulado con el nombre de Veedor y le da facultades para fiscalizar hasta el último de sus pasos.

Intencionalmente rehuye encontrarlo. No quiere caer bajo el imperio de su mirada inquisidora. No quiere dar cuenta de sus negocios. Sabe que el Padre Torres se opon drá a muchos de sus designios. ¿Cómo, por ejemplo, pue de encontrar "hombres españoles" como reza la Capitula ción si todos viven, en un ambiente de suspicacias y de intrigas? ¿Cómo puede contratar soldados si su empresa ha caído en el descrédito? Tiene que echar mano de lo que venga. Sean genoveses o flamencos. Sean ingleses o por tugueses.

El irá de todos modos. Incluso violará la Capitulación **si** tiene **que** hacerlo para salvar **su** honor, su libertad, **su** derecho a vivir feliz al lado de Su Ana que le **espera** con **sus** brazos de liana flexible y su joven cuerpo apasionado. **Irá...** '

•. Sus naves se mecen ya en las aguas del Guadalquivir. Son pobres naves que su imaginación ardiente mira como si fueran grandes barcos poderosos.-Las ha bautizado. Tienen cada„una su nombre y las mira balancearse como si estuvieran animadas de vida. '

Aparte de su nave capitana, hay una pequeña carabela que ha bautizado con el nombre de Guadalupe. Es un recuerdo místico de su vieja devoción para la Virgen que lo salvó en medio de los peligros de la" selva y del río. La misma Virgen a quien ofreciera una manda que cumplió, al retornar de las comarcas lejanas, yendo en peregrina ción a su santuario. ^

Los otros dos barcos son navios que podrían erizarse **de** cañones. El San Pablo y el Bretón. Pero no tienen artillería. Ni-víveres suficientes. Ni dinero contante. Ni apoyo, real. Sólo hay una cosa viya y fuerte: su fe en el destiño. Esa fe lo sostiene contra toda debilidad, lo alienta Contra todo desaliento, lo ampara en,medio del desamparo **de su.** existencia.

Todo parececonspirar en su contra. Hasta han llegado **vagas** noticias de **que** Un galeón portugués- arribó al Puerto **dé** Santa **María** con **una** tripulación sospechosa. ¿ Será **que don Juan** de Sandi, **a fuer** de valiente, **se ha** atrevido **a** venir **a España para** observar los preparativos **de la ex** pedición?

Todo, se puede esperar de ese-hombre. **Lo fian** elegido **a pEopósito-para-tal lance. Es bravo. Más que** bravo **te merario. Le rodea un prestigio de mascHÜrridad. No tiene -. escrúpulos. Su easa en Portugal ha estado llena de espa dachines y de maleantes. Domina a sus horda». Sabe im-**

poner su voluntad. Y se acompaña hasta de -diez a doce gañanes que no retroceden ante nada.

¿Será capaz Don Juan de Sandi de atreverse a venir a España con sus bravos? Orellana no lo quiere creer. Pero... ¡ah, si fuere cierto! No es él quien se deja ultrajar en su propia tierra ni en parte alguna. Si llega don Juan tendrá que habérselas con un hombre que ha mostrado su valor en algo más que en riñas de taberna y aventuras de encrucijada. El ha visto el galopar de la muerte en las cargas de centauros de la caballería española en las mese tas indias. El ha peleado contra multitudes innumerables, cara al peligro. Y no va asustarse de Sandi y de sus hom bres.

Afanosamente comienza a investigar acerca de los jrumores circulantes. Quiere saber quién es el misterioso portugués que ha llegado a Santa María. Y comunica sus temores a los Oficiales. Reales y al Padre Torres.

Ha venido, efectivamente, Don Juan de Sandi.. Del Puerto de Santa María ha avanzado, sin detenerse, a Sevi lla. Es un hombre viril éste que viene con sus saides a la entraña misma de la armada enemiga para informarse de los aprestos aventureros.

El primer impulso de Orellana ha sido echar mano a la espada. Su corazón templado en el peligro constante, no se aviene con-los enrevesados^irocederes burocráticos. Pero el Padre Torres y los-amigos más prudentes lo calmaron. No hay para qué provocar un lance de sangre. Es mejor espesar que se formalicen los trámites judiciales para echar al rondo de la cárcel al intruso lusitano.

Contra su~ temperamento, Orellana tiene que resignar se. Han sido días ansiosos y nerviosos. Días de hiperes tesia hasta que los Oficiales de la Casa de Contratación, el Consejo de Indias, el Padre Torres, quién sabe Cuantas

otras personas, antes de llegar al Rey, hagan sus tramita ciones.

Al fin la orden llega. Se ha resuelto proceder contra el espía y embargar su nave. Orellana no quiere esperar que los reales oficiales de la Casa de Contratación y los alguaciles cumplan el trámite ordenado. Es cosa de hom-bres^ resueltos y no de burócratas. Juan de Sandi tiene a sus órdenes bravos profesionales listos a sacar la espada.

Con prisa nerviosa, arregla Orellana los asuntos y obtiene que se le encargue del peligroso cometido de aprehender al lusitano en su propia nave. Hace que le entreguen las notificaciones convenientes. Y escoge sus mejores hombres, los más leales y resueltos.

Evita cuidadosamente las ternuras inútiles y las lágri mas implorantes de su mujer. Inventa cualquier pretexto. Y parte para Santa María con una emoción que ajusta como una cuerda de ahorcado su corazón intrépido. Es que puede desahogar contra alguien que es como él hom bre de espada y de coraje, toda la furia contenida en fati gosos días de luchar con fantasmas inasibles.

Se aleja lentamente. Su prisa querría inflar las velas con el soplo caliente de su emoción. Va aguas abajo, aca riciando nconscientemente el puño de su espada. Con los labios contraídos" por un rictus violento. Sin ver el paisaje. Atento sólo a la acelerada marcha de su corazón.

Al llegar, una vez cumplidos los trámites legales, se adelanta a buscar el galeón portugués. Don Juan de Sandi no imagina siquiera la maniobra de Orellana. Hombre confiado en su bravura, no cree que alguien sea capaz de venir a su propio barco. Está desapercibido y tranquilo.

Orellana avanza sin vacilar. Cuando menos piensa el portugués tiene rodeado el galeón. Entra resueltamente, con la espada en la mano. Algunos de los saides de Don Juan de Sandi echan mano a la espada. Pero Orellana

atropella todo. Va derechamente a donde está su rival. Y

con rapidez vertiginosa que inhibe toda resolución del lusitano, ló intima prisión.

Todo se desenvuelve con velocidad y precisión increí bles. Antes de que Sandi pueda reaccionar, ya han sido desarmados sus hombres y la justicia española toma pose sión del galeón con el que pensaba ir a la conquista del país de las Amazonas.

Desconcertado aún, se entrega preso. Los alguaciles reales legalizan el acto. Y, sin perder tiempo, retor na Orellana con su rehén a Sevilla, navegando esta vez sin prisa ni ansia aguas arriba del luminoso Guadalquivir.

El Padre Torres que ha estado temeroso de que se es cape la presa, ve llegar con júbilo al aventurero arrogante que ahora tiene la.cabeza inclinada sobre el pecho. Con esta prisión, piensa el fraile; se desbaratan los planes por tugueses o se retardan indefinidamente dando tiempo a que se adelanté la expedición española.

Tras de cumplir con las formalidades exigidas para la entrega del preso, Orellana se encamina a su casa. Ha vencido un peligro formidable. La captura de Don Ju. n de Sandi es algo más que el vencimiento de un peligro para su vida. Es la desaparición de Un obstácuktpara sus planes. Ha encontrado por fin alguien sobre quien descar gar toda su ira acumulada. Un fantasma ha sido apresa do. Ahora puede respirar tranquilo. Hay más probabili dades de éxito para su expedición aventurera. Y con el corazón lleno de esperanzas, besa a Doña.Ana que le espera.

LA VISITA

PASA EL otoño como un vendabal de crujientes hojas dora das. Uno a uno han ido cayendo los días sin alegría como las hojas que el viento arremolina. El año de 1545 en cuentra a Orellana batallando contra dificultades innu merables. Se acerca, sin embargo, la hora del destino. Las cuatro naves están listas. Hay pocos víveres. Municiones escasas. Mas no es posible esperar y apenas acaba de em barcar los pesados fardos, ordena que se haga a la vela con destino al puerto de Sanlúcar de Barrameda.

Frente al mar que hincha de emoción viajera las velas y las almas, es más fácil sentirse optimista. Aquí no están los tiesos oficiales de la Casa de Contratación. Ni los bu rócratas apergaminados. Ni los leguleyos sudatintas. Ni el Padre Torres con sus consejos fatigosos. Ni las intrigas de los interesados. Aquí un cielo lleno de nubes navegan tes. Un viento marinero que canta canciones de lejanía. Un ambiente de hombres atezados por el sol de todos los mares.

Orellana deja el cuidado de sus asuntos al factor Vi-cencio de Monte. Su confianza candorosa no admite las insinuaciones del Veedor General quien sugiere que las cuentas de los genoveses no andan en orden y que el dinero de los fletes no ha sido depositado en lugar en donde esté listo para los gastos apremiantes. Y esto hace sospechar al fraile suspicaz que "paresce que ent re Amonte y él había colisión".

El astuto factor es el único que aprovecha del desor den de la empresa, de la ingenuidad de Orellana y de sus pocas dotes de organizador. Parece que ha ocultado más

de mil trecientos ducados de sus turbios negocios. Pero es amable, insinuante, tiene un arte tan sutil de hacer apa recer responsabilidades sobre otros, que el Padre To rres, aturdido por la violencia de los acontecimientos y por la rispida actitud del Adelantado, no vacila en admitir que entre Orellana y de Monte existe algún secreto.

Con astucia pérfida, de Monte sabe explotar los puntos vulnerables de Orellana. Busca las humanas debilidades. Envía a regalar a Doña Ana joyas, sedas y brocados. La mujer, que ha vivido en pobreza, se deslumhra ante los presentes ostentosos. Se abre su ambición femenina de lujo. Se despierta frenética la fuerza pasional, dormida largo tiempo, por las vanidades y los halagos. Y todo eso va creando suspicacias, sugiriendo receles, acumulando presunciones que el fraile convierte en acusaciones pre cisas.

¿Para qué podría Orellana entrar en sucias combina ciones? ¿Para qué había de guardar dinero si lo único que quiere es tener sus naves listas, partir pronto a conquistar los dominios ricos de las Amazonas y de lea? Todo lo que ha podido conseguir en dinero, empeñando su persona y comprometiendo la fortuna de su padrastro, ha sido para preparar la aventura. Gastaría más si pudiera con tal de salir pronto. ¿Cómo puede suponer el fraile que guarde el dinero y lo oculte con fines perversos en vez de utilizarlo en el aprovisionamiento de las naves?

Orellana, que ha sufrido el hambre que hace retorcer de dolor los estómagos acalambrados, no podría ser capaz de llevar dinero que de nada le puede servir en las soleda des que va a conquistar. El sabe que de la provisión de víveres y armas depende el éxito de su empresa en los países salvajes. ¿Cómo puede atentar contra su propia vida y la de su mujer atesorando como avaro en vez de convertir todo el dinero en víveres, en municiones, en apa rejos, en todos los medios de los cuales depende no sólo su éxito sino su propia existencia?

Las recelosas suposiciones del fraile son absurdas. Enteramente absurdas. Pero no entra al análisis. Ve que Orellana está hoscc y que le huye. Comprende que evita su presencia. La fatiga de los nervios en el año que lleva de luchar contra todo y contra todos, ha dado al carácter de Orellana un áspero sabor de fruto sin sazón. No quiere oír nada. Ni saber nada. Lo único que quiere es partir. Y mira en el fraile una suerte de espía que puede detener con sus informes el curso de los preparativos.

Este, por su parte, anda rencoroso y agrio. Le exas pera la desobediencia de Orellana. Los interesados saben explotar esos rencores y recelos, para retardar el viaje. Y vuelve a crearse, en torno de la empresa, esa atmósfera irrespirable de odios, de intrigas y pequeneces.

Incansablemente trabaja el fraile. Se traslada con presteza de Sevilla a Sanlúcar para cumplir las órdenes de vigilancia. Por tres veces, antes de abril de 1545, ha ido en esos rápidos viajes sorpresivos. En la primera visita, notificó a Orellana para que cumpla todas las estipula ciones contenidas en la Capitulación. En la segunda vino acompañado de los oficiales de la Casa de Contratación a fin de que constaten el estado de la armada. Las fallas eran visibles y. los oficiales notificaron al Adelantado para que las subsane en el menor tiempo.

Por tercera vez el fraile retornó "en fin quasi de abril" para cumplir con su deber de "vysitar las nabes para apresurar la partida e ver si habían cumplido con lo que les fué mandado proveer".

Al regresar a Sevilla, el fraile ha encontrado una real orden. Se cumplen sus deseos y da fruto su violencia. El Rey ordena, con fecha 18 de abril:

"En lo que decís que el dicho Adelantado Orellana ha hecho su lugarteniente general a Vicencio de Monte, factor de la dicha provincia, y á un hermano del dicho Monte ha dado el oficio de alguacil mayor, envío **á** mandar al

dicho Adelantado que no dé los dichos oficios a los suso dichos ni á otro extranjero alguno, si no fueren naturales de estos reinos."

El Rey, además, le da instrucciones para que vigile la conducta de Orellana en lo que se refiere a preparativos de viaje y que no lo deje salir sin cumplir con las órdenes de la Casa de Contratación. Y le otorga cincuenta ducados para que el fraile pueda proveer "algunas cosas".

La orden real exaspera más aún a Orellana. Su recelo acerca del fraile se acentúa. Le parece que las dificul tades nacen de ese hombrecillo suspicaz que es, cerca de él, un espía del rey. Sus nervios gastados por la espera de largos meses, su prisa por salir de esta España que lo retiene, su ira contra la incomprensión de su soberano que no acierta sino a complicar todo con formulismos, su carácter templado en luchas en donde la voluntad heroica es la única ley de la existencia, todo hace que comience a nacer en el ánimo naturalmente dulce de Orellana una rebeldía pronta a estallar.

Según los cálculos de los expertos, incluso de los ofi ciales de la Casa de Contratación en su visita de 5 de abril, faltan aún algo así como mil ducados para terminar de aprovisionar las naves. No tiene todavía artillería, pues el rey no lo ha provisto de ella. Los tripulantes españoles están desconfiados o tienen pretensiones exageradas. Y Orellana ya no tiene paciencia. Ve que cada día que pasa lo aproxima a la cárcel. Dijo a los oficiales que tenía dinero suficiente y que los hombres que debe llevar están diseminados por Sevilla y otros lugares. Sabe que eso no es cierto. Pero ya nada ni nadie lo detendrá.

La única tripulación que tiene es una marinería inter nacional de hombres dudosos: ingleses, alemanes, portu gueses e italianos. Los víveres son escasos, tan escasos que se alimentan con los que sacaron de Sevilla en enero, sin poder renovarlos. El dinero es tan poco que para nada alcanza. Ha llegado Orellana, en el rapto de su desespe-

ración, a ese punto en que ya no se razona sino que se obra bajo el influjo de una idea fija irresistible. Su única mira es partir. Sin importarle ni cómo ni en qué condi ciones. Partir... Con la volunU d del rey o sin ella.

Al llegar el Padre Torres a Sanlúcar con la real orden, para inspeccionar el estado de la expedición, encuentra que las cosas empeoran. El estado de la armada es deplo rable. "Tan desierta como si fuera saqueada." Los víveres son tan escasos que no alcanzarán ni siquiera para un viaje a Nápojes, menos aún para un largo crucero por mares ilimitados. Ni siquiera tienen velas. - Una d«: ellas está empeñada y los prestamistas no la .devolverán sin previo pago de las sumas facilitadas con iiieresés usura.

Reina^eLdesorden más grande. De Monte hace, eso sí, magníficos negocios. Desconcertado el fraile por la cegue ra de Orellana para no ver "las ynfinitas faltas e frabdes quen esta empresa se an fecho", le remuerde la duda. "El que del todo la á destruido a sido Amonte, que se ha fecho rico de los dineros de los ginoveses, de fletes, de tratos, é el Adelantado se lo sufría'todo, o entre ellos se parten los dineros e provecho."

Nuevamente el fraile amonesta a Orellana quien pro mete subsanar los inconvenientes. "Ofrece proveer lo que falta con el dinero que le han ofrecido los que ayudan la empresa y con los fletes que^paguenJos pasajeros. Sabe qué no puede cumplir, que compromete más su honor y su reputación con esta afirmación que agranda los recelos del fraile; pero no vacila. Ya ni la mentira, ni el crimen, ni la insubordinación, ni el irrespeto al Rey, puede^ser-virle de freno. No le queda sino partir de cualquier-modo. Esperar la muerte o regresar triunfante, coa ingentes riquezas, para hacerse perdonar la desobediencia en vir tud del éxito.

Confiado en la palabra de Orellana, regresa el fraile a Sevilla para terminar sus preparativos y tomar "com ió?

pañero, mozos, ropa, libros e alaxas". Parece que ya todo ha llegado al fin. La hora de la decisión se aproxima. Si al retornar a Sanlúcar no encuentra cumplidas todas sus órdenes, dará por terminada la empresa y si se han cum plido, pueden darse a la vela.

Su decepción al retornar al 'puerto es inmensa. En cuentra que las cosas marchan peor que nunca. Ninguna de las órdenes de los Oficiales de la Casa de Contratación han sido cumplidas. Para rescatar la vela dada en prenda a los prestamistas usurarios, han tenido que vender parte de las provisiones y víveres que tenían embarcadas. Y la armada está "tan descayada como si fuera saqueada de franceses o de turcos".

El límite de la paciencia del fraile se ha colmado. Se va derecho a casa del Visitador de las naves que salen para las Indias, de Gerónimo Rodríguez. Largamente con versan acerca del estado ruinoso de la expedición. Y resuelven ir a visitar secretamente las naves de Orellana para darse cuenta exacta.de su estado y suspender, si es necesario, los preparativos que vienen haciéndose desde hace más de un año.

Muy temprano se conciertan al día siguiente para la visita. Van, junto con el Padre Torres y don Gerónimo Rodríguez, el escribano Juan de Herrera, el Notario Diego de Arrieta y los testigos Diego de Hinojosa y Fray An drés de Castilla. Sigilosamente se deslizan hasta las naves, sin dejarse notar de Orellana. Se encaminan directamente hacia la carabela Guadalupe. Y, una vez a bordo, presen tan, con solemne majestad burocrática, el mandamiento **j** de los Jueces Oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla en que, después de recordar las órdenes que deja ron a Orellana en su visita de 5 de abril, hacen saber a don Gerónimo Rodríguez, Visitador de las naos de Indias, *4* las disposiciones terminantes.

"Os mandamos que **os** xuntéis **Con** el dicho Reverendo *i* padre Fray Pablo de Torres, Veedor General de dicha i

Armada, e veréis si están proveídas las cosas que ansí dexamos por memoria que se proveyesen e fallando que se ha proveído de ello, le despachéis para que se faga a la vela con tanto que no le dejéis meter en los dichos navios ni llevar piloto ni maestre ni otra persona que sea francés, ni inglés ni portugués; é en lo de los naturales que aya de llevar aunque no falléis el número complido no le ympi-dais el viaxe; é si de lo demás no estoviese proveído como te dexamos ordenado e mandado no le despachéis e avi sar nos luego dello para que se faga lo que conviene."

Firman el documento Francisco Tello, Diego de Caxuse y Juan de Almasu. Y rubrica el Escribano de Sus Majes tades, Juan de Lescaño.

Aturdido, el maestre de la Guadalupe contesta-las preguntas que se ie hacen. Declara que no es examinado como maestre y que en la nave no hay aprovisionamiento de bizcochos, ni armamento de clase alguna, ni lonas para hacer velas. Da cifras vagas respecto de las otras provisiones. Declara que llevan siete botas de vino, dos serones de habas y de garbanzos, un poco de vinagre y quince botas de agua. 'Ante la sorpresa indignada del fraile, confiesa que las jarcias de la carabela son de espar to y que apenas si llevan un cable.

Impasible, va anotando el Escribano las declaraciones. En tanto ha llegado el piloto Gil Gómez. Es un portugués. Fríamente declara que no tiene aparejos de piloto. Con tradice la información del maestre aclarando que hay abordo dos arrobas de bizcocho que pertenecen al Escri bano de la Armada y que la tripulación se compone de tres marinos; maestre, contramaestre y cuatro grumetes.

Terminada la inspección, pasan al navio gallego San Pedro. Allí se encuentra solamente el contramaestre To-ribio de Cantillana. El navio es más grande y está mejor provisto que la carabela. Declara Cantillana que hay a bordo cien quintales de bizcocho del que han ¿estado co miendo veinte hombres desde hace quince días. Igualmen-

no

te les han servido **para alimentarse** los **serones de habas y** garbanzos de los **que han** consumido **ya un serón de dos** fanegas. De las siete pipas de vino se han bebido **ya algu nas.** Igual que en la carabela, las jarcias son de esparto, **no** tienen lona para velas de repuesto ni armamento. Las sardinas que han embarcado están ya podridas e inservi **bles.** Y hay apenas cinco marineros.

Más cuidadosamente examinan el navio de Vicencio**-de** Monte: el Bretón. Llevan allí seis caballos pero carece igualmente de artillería. Las declaraciones que toman a Gerónimo Andrés y a Francisco Frayre, un gallego que ha llegado de Lisboa, en donde ha estado residiendo, son desconsoladoras. Y, para colmo, toda la tripulación, **ex** cepto dos hombres, son extranjeros.

Por último, inspecciona la nave Capitana. Encuentran allí a Andrés Martín, que es el despensero, y al Escribano Gerónimo de Solís. La Capitana es la única nave que lleva artillería si por tal puede entenderse una bombarda, tres barriles de pólvora y las armas de los pasajeros. Lleva también tres caballos. Pero su provisión es pobre: cuatro pipas y dos barriles de bizcochos, quince pipas **de** vino, cuatro serones de habas y garbanzos, veinte barrile»1 **de** anchoas, veintidós botes de vinagre y veinticinco ánf bas de aceite. Lleva como tripulación once marineros cinco grumetes.

Excepto la nave capitana que tiene un batel y el **nayíi** Bretón, que lleva otro con remos podridos, no hay **ningú** **otro** barco menor para ascender por el gran río que van explorar. En todas partes se encuentran huellas desorden.

Con gran prolijidad ha ido anotando el **Escribano** el **resultade**-de**-los interrogatorios para elevarlos luego a** los **Oficiales** de **la Casa** de **Contratación a ¡fin de** que **den** el ' **fallo** final. **Pero como hay bastantes motivos para impedir** el **viaje,** se **encamina el Visitador Rodríguez en busca de Orellana, para notificarle** lá prohibición **definitiva.**

EN ESTE MOMENTO decisivo de su vida, Orellana ha tomado una resolución heroica. Sabe que con los medios de que dispone camina rectamente hacia la muerte. Pero volver atrás es algo peor que la muerte: es la miseria, la ruina moral, la vejez mendicante, el desamparo de su mujer, la cárcel quizás. Su voluntad de conquistador avezado a jugar con el peligro le hace tomar en este azar el riesgo de morir en la navegación por mares que él sabe traidores y llenos de sorpresas. Mas ese riesgo tiene una leve esperanza de triunfo. No caben sino dos extremos: resignarse a perder su única posibilidad o afrontar todo, con ánimo, sin vacilaciones.

Al saber la visita a la nave, Orellana comprende que ése es el punto final. La notificación que quiere darle el Visitador Rodríguez no puede ser otra que la de desbaratar la expedición. ¿Qué haría entonces? ¿Cómo podría pagar todo lo que debe? ¿Con qué excusa se presentaría ante el padrastro generoso que ha empeñado todo su capital para meterlo en la empresa y ante Doña Ana que le brinda su juventud frutal?

La resolución heroica se impone. Ha llegado al momento en que no podrá detenerlo ni el poder del Rey. Y se oculta para evitar el ser notificado por el Visitador y el Padre Torres. Inútilmente lo buscan durante todo el sábado 9 de mayo en que se hizo la visita a la armada. Lo buscan en la noche. Y él, cautelosamente, se esconde en las naves. Hace trasladar a ellas todos sus efectos y manda a notificar a sus hombres.

Al día siguiente, ei Padre Torres le avisa que lo espera en el templo para los oficios religiosos. Pero Orellana ha roto ya todo nexo con los hombres. No tiene sino una cita a que atender: la cita con la aventura sobre las olas revueltas. Se encastilla en las naves y no atiende a nadie. El héroe se ha transformado en rebelde que voluntaria mente acepta el colocarse fuera de la ley. Si el Rey no lo ha ayudado, irá contra la voluntad del rey. Si no tiene víveres, los tomará donde hayan. Quiso ser un hombre de honor, rechazó las propuestas de Portugal, cumplió huma namente con todos sus compromisos. Ahora que se siente traicionado por todos, no tiene ya escrúpulos en ser un bandolero.

Por la noche desembarcan sus hombres para proveerse de carne. Asaltan a mano armada a los pastores que guar dan sus rebaños. En esta Europa civilizada, le obligan a hacer lo mismo que en las salvajes soledades del río de las Amazonas: pelear por el alimento, tomarlo por la fuerza. Sus hombres roban carneros y gallinas. Regresan arrean do vacas y becerros. Dejan el campo empapado de sangre. Todo, antes que quedarse en España como míseros mendi gos después de haber tenido la posibilidad de conquistar un país más vasto que todos los dominios europeos de Hispania.

Los hombres contratados van llegando. Son hombres sin historia o con una historia dudosa que tratan de ocultar en los países lejanos en donde no puede alcanzarlos la justicia del rey. Gentes de todas las razas. Portugueses aventureros atraídos por la ambición de convertirse en señores feudales, como lo serían los bandeirantes. Alema nes e ingleses. Todos ellos listos a encarar la muerte antes que la pobreza.

En el castillo de popa de la nave Capitana, Orellana hace un departamento privado para las mujeres. Va allí Doña Ana y sus hermanas la acompañan. Van otras muje res más, esposas o amantes de los aventureros. Para im-

ped ir la pro mis cuid ad, pon e una gua rdia que evit e tod o con tact o con la trip ulac ión y los pas ajer os. Una gua rdia de ho mbr

es de su confianza para mantener la disciplina de esa tropa de aventureros sin ley ni temor.

A Orellana no se le escapa la gravedad de su situación temeraria. Las pobres jarcias de esparto, las viejas velas, los deficientes instrumentos de navegación, no son sufi cientes para desafiar mares peligrosos como los que va a recorrer. Las provisiones que lleva no alcanzarían ni para un viaje a Ñapóles. Ni siquiera el agua será bastante. Las armas son escasas, viejas y malas. Pero quizás pueda conseguir en las Canarias el apoyo del comerciante rico que le habló en Portugal. Y si no lo consigue, hará mila gros. Robará si es preciso. A lo único a que no puede resignarse su carácter de hombre acostumbrado a vencer la adversidad, es a la miseria, a ser pasto de acreedores sin conciencia y escarnio de enemigos envidiosos.

Durante todo el domingo permanece a bordo. En tanto el fraile, violento hasta el límite de la impaciencia y de la rabia, ha hecho notificar a todos los marinos que no saquen las naves de las barras. Siempre se ha requerido de pilotos expertos para conducirlas hasta el mar. Cree el fraile que sin ellos no podrá burlarlo Orellana. Pero la lucha está en marcha. Orellana está decidido a la muerte antes que a la derrota.

Al día siguiente, lunes 11 de mayo, el Alguacil Mayor de Sanlúcar, ignorante de las disposiciones expresas de las autoridades marítimas, tiene noticia de que la armada de Orellana se va a hacer a la vela para las Indias. Y como tiene un desterrado a quien debe enviar a los países lejanos, toma la vara de la justicia y, con su séquito arma do, se aproxima a las naves.

Los hombres de Orellana, al verlo, dan la voz de alarma. Debe ser la justicia del rey que viene a prender al Adelantado en castigo de su desobediencia. La voz

corre por lo cuatro navios. Y apresuradamente Orellana da la orden de alzar anclas y elevar las naves. Ayudados por los escasos remos, mediante una maniobra audaz, salen por la peligrosa barra, una legua lejos del puerto, para esperar allí que el viento y la marea les sean favorables.

Desde la borda, Orellana contempla las acciones rápi das y ansiosas de los marineros. Mira desesperadamente el cielo para ver si alguna nube promisora de viento nave ta por el azul en calma. Inútilmente. El viento no infla las velas y la marea contraria no impulsaría las naves hacia el mar. No puede luchar contra el viento y la marea. Tiene que resignarse a la espera.

El día pasa, más largo por la angustia. Al fin, al caer de la tarde, un poco de viento comienza a hinchar las pobres velas envejecidas. Orellana da la señal de partida. En medio de gritos violentos, los marineros alzan los tra pos. Y las cuatro naves salen, como huyendo, a la aven tura de conquistar comarcas más vastas que el país que va perfilándose y desdibujándose en la lejanía del mar y de **la** noche.

Acodado en la borda de la nave Capitana, mira Ore-llana cómo van perdiéndose las costas en la brumosa dis tancia hasta que sólo hay cielo y agua: un cielo de oscuro azul sobre el que brillan estrellas titilantes y un mar oscuro también que canta su grave canción monótona.

Queda atrás todo. Sabe que ha roto definitivamente con la existencia civilizada. Se ha puesto fuera de la jus ticia de los hombres. Es un rebelde contra su rey y aún podría mostrar sus puños al cielo si se opusiera a sus designos. Ningún sacerdote se ha embarcado en sus naves. Si llega la muerte no tendrá mano consagrada que pase sobre su conciencia la esponja de la absolución que limpia los pecados del mundo. Ni de los hombres ni de Dios puede esperar auxilio. Pero en su desesperación heroica

eree que Dios mira el fondo recto de su conciencia y de sus intenciones.

Sólo hay algo dulce que está palpitando tibio y tierno en su corazón endurecido. Allí cerca, acunada por las olas rompientes, temblorosa y frágil, está Doña Ana y comparte con él los peligros y las amarguras. Puede ser que comparta también sus glorias y sus riquezas en el país que conquistaría a filo de espada y dará luego a su Rey como un presente magnífico a pesar de todo lo que ha hecho el sombrío Carlos y el Príncipe Felipe por desba ratar su empresa

Un sentimiento opresor le aprieta, como un puño cicló peo, su corazón. Angustia, temor, esperanza... quien sabe qué. No se le escapan las dificultades que tendrá que,vencer, casi sin víveres y sin armas, en el vasto mar. Mas tiene una vaga ilusión: en las Canarias y en las Islas del Cabo Verde puede encontrar provisiones y auxilios, contratar más gentes, aumentar sus caballos, proveerse de artillería. Y ordena a los pilotos poner el rumbo hacia las Canarias en donde confía encontrar recursos.

Al amanecer, Orellana sale a cubierta. Ha dormido mal. Siente sus nervios exaltados. Un nudo de angustia le oprime la garganta. Pero la brisa marina golpea sus sienes afiebradas y refresca sus pensamientos. Respira a pulmón pleno el aire marinero, yodado y salobre. Y siente el bienestar de la soledad libre en donde nadie pue de detenerlo.

A bordo se oyen las conversaciones internacionales de los marineras. El idioma cantante de los portugueses y gallegos.. Las palabras guturales de los alemanes.. El parloteo vertiginoso de- los italianos. Es un pequeño mundo, vivo, un minúsculo trasunto de la Europa-indlente.

Al medio día se alcanza a ver en la lejanía una vela. ¿Será- que los persiguen? ¿Serán navios portugueses que quieren cortar la aventura? Por todas las naves expedicio narias se extiende una emoción silente.

¿De dónde viene

esa nave? A medida que va aproximándose pueden ver sus contor nos. Es una carabela. Una pequeña carabela y los hombres de mar pronostican que es española, de las que hacen el servicio a las Indias. Debe venir cargada de riquezas y de víveres.

La miran acercarse. De una a otra de las naves dé la armada se hacen señales. Se aproximan. Los hombres más significativos de ellas se reúnen para deliberar. Todos saben que a bordo no hay víveres suficientes. Saben que •tienen pocos medios de adquirirlos en las Canarias ni en las Islas del Cabo Verde¿ Y allí está, como una tentación, esa nave española que regresa de las Indias con su carga mento rico. ¿No han asaltado a los pastores de Sanlúcar de Barrameda para rpbar como míseros abigeos unas pocas reses y gallinas? ¿Por qué no, entonces, tomar de una vez todas las riquezas de esta nave y sus provisiones, si eso los sacará de necesidad?

Este pensamiento flota sobre la conciencia de esos hombres sin ley. La sugieren a Orellana. ¿Qué más da? ¿Podría, además, dominar a esta ralea internacional que trae en sus naves como marinería? ¿No sería incitarlos al motín, a la desobediencia? ¿Qué pasaría a Doña Ana si un motín se produjera?

En la conciencia de Orellana luchan aún los restos de honor y la desesperación. Tuvo que elegir entre la ruina y el éxito logrado por cualquier medio. Es ahora un rebelde heroico, un bandolero épico, a la usanza de los caballeros feudales que desde, sus castillos hacían excur siones depredatórias sobre los caminos. Su duda no dura mucho. Resnelve. Y con rapidez de halcones, se dirigen sobre la carabela, rodeándola por todas partes. El Capi tán General y Adelantado del Rey, es ahora un pirata salteador de naves indefensas, un ladrón del mar que se juega su última carta.

Sorprendida, la nave española no tiene tiempo de resis tir. Es casi increíble que hombres de su propia patria

vengan a asaltarla tan cerca de las costas españolas. A favor de esa sorpresa actúan los aventureros. Trasladan víveres, dinero, armas, a sus naves. Y sueltan las amarras de abordaje para alejarse luego en la protectora distancia del mar.

Por varios días sigue la navegación monótona. Días y días de ver el mismo cielo azul y el mismo mar rizado de espumas blancas. Lejos alcanzan a divisar a veces el perfil de la costa africana como una leve sombra distante. Comienzan a sentir calor. No es el calor suave y grato de la primavera andaluza que dejaron atrás. Es un calor pe sado, enervante, que provoca la pereza. Es un calor que sale al encuentro de Orellana como un viejo amigo que se vuelve a ver.

El mar es tranquilo. Tranquilo y siempre igual. Es un aburrimiento fatigoso el de esta travesía lenta. A veces, sobre las aguas azules, pasa la aleta cortante de un tiburón. Los ojos cansados se entretienen en el vuelo de las aves o en el salto de los peces sobre la cresta de las olas.

Al fin, en la lejanía,'se esboza la sombra de las islas, y ven alzarse, sobre un cielo de nubes livianas que corren empujadas por el viento, la mole imponente del Pico de Teide, el volcán de Tenerife con su penacho oscuro de humo que ensucia la tranquilidad del horizonte.

Con lentas bordadas van avanzando hacia las playas de la isla. Una multitud curiosa los rodea. Son españoles que tienen algo de tropical, de exótico en sus fisonomías acogedores. La pequeña ciudad de Santa Cruz de Tenerife los recibe amable y allí desembarcan para proveerse de las cosas más indispensables para su aventura.

Allí recluían también algunos hombres y compran caballos. Se proveen de armas y municiones. Se abaste cen de víveres. Tres meses que la impaciencia hace infi nitos, trascurren en la ciudad cálida. Tres largos meses en que a cada momento Orellana teme que vengan órdenes

de España para regresarlo como un miserable pirata ama rrado con cadenas o de ahorcarlo en la plaza pública para escarmiento de rebeldes alzados contra su Rey. Cada nave que llega puede ser portadora de órdenes amenazantes. Es una vida nerviosa y azarosa que desespera.

Pero la isla es bella. Hay grandes árboles exóticos. Un calor que invade de lasitud los cuerpos. Y, cuando fatigado del trabajo, extenuado por la nerviosidad, regresa al lado de Doña Ana, la voluptuosidad que nace de la "tierra, la dulzura sensual de la mujer madura en amor, le hace olvidar penas, amarguras, incertidumbres y an gustias.

LA TORMENTA SALVADORA

EL SOL DE agosto riela sobre las olas del mar cuando Orellana da la orden de partir. El piloto pone rumbo al Sur. Van hacia las islas portuguesas del Cabo Verde. Sale nuevamente como un fugitivo. Es la última tierra española que pisa, la de estas islas. En adelante, serán tierras extrañas.

Ha podido proveerse de algunas cosas. Tiene ya lista su mesnada aventurera. Son hombres resueltos a todo. Capaces de vencer todos los obstáculos, aunque será difícil mantenerlos en disciplina. Hay ya a bordo víveres y espera que en las islas del Cabo Verde podrá completar la dotación de caballos y de reses que necesita para la travesía.

No puede aventurarse a un viaje sin escalas. Los alimentos que lleva no serían bastantes. Faltaría agua. Sus naves no tienen solidez para afrontar una travesía sin tocar en puertos próximos. Por eso prefiere ir de isla en isla, antes de lanzarse a la inmensidad desconocida. Sus pilotos no conocen otra ruta que ésta que es la habitual de los nautas portugueses. Y tiene que ir a los dominios insulares del Portugal, aun a riesgo de sucesos desagradables.

Durante varias semanas los sacuden las olas del Atlántico. A veces, en los días claros, ven la costa africana, lejos, muy lejos, como una vaga silueta azul. El calor se hace sofocante. Una somnolencia opresora los agobia Y al fin ven en lontananza la sombra de las islas tórridas y resecas.

Bordeando las islas de la Sal y Boa Vista, llegan a ía de Santiago. Orellana mira con ansiedad la tierra que se acerca a medida que el viento impulsa las velas. Duran **te** toda la travesía le ha preocupado el estado de sus naves. Las grandes olas del Océano han arrancado sus cables y destruido sus aparejos. No pueden resistir sus jarcias **de** esparto el embate de los elementos. Y a cada instante, ha temido que el naufragio ocurra, con su pánico inconteni ble, en las soledades del mar.

Al ver la isla de Santiago, se siente aliviado del peso de una inquietud. Son quizás cuatrocientos hombres los que trae en sus naves. Tiene que responder de sus* vidas.
Y ellos, a su vez, responder del éxito de la empresa con quistadora.

Con gran cuidado los pilotos ponen rumbo a tierra y echan las anclas frente a las costas arenosas y estériles. Tan pronto como desembarca proceden a revisar las naves.
Y con un desaliento profundo, ve que el estado de la armada es ruinoso. Faltan áncoras. Las jarcias están destruidas. Los cables, rotos. Muchas tablas, flojas. Reúne a sus nautas para deliberar. A nadie se le oculta la grave dad de la situación. Y como no hay dinero para comprar nuevos aparejos, deciden sacrificar una embarcación para aperar las otras de las cosas que necesitan.

Para Orellana es un motivo de angustia este contra tiempo. Significa siquiera dos meses de espera en estas islas hostiles. Dos meses en que tienen que consumir más víveres y agua que necesita para la travesía del Océano. Pero no queda otra cosa que hacer. Los pilotos arrastran la nave hasta la playa para vararla en la alta marea. Es un trabajo triste y lento. Ve cómo desarman la obra muerta. Cómo arrancan los clavos y desguarnecen la nave. Y van trasladando todo a las otras tres que aún quedan para intentar la aventura.

Día a día vigila Orellana los trabajos. Su carácter ha adquirido ahora una acritud extraña. Es rispido y zaha

reno. Le domina la violencia. Sus nervios estallan por cualquier cosa. Y es que le aguijonea la prisa, la angustia indecible de salir pronto, de huir de esta tierra en donde puede a cada momento presentarse un nuevo obstáculo, una dificultad nueva. Presiente el peligro por todas par tes. Es algo inasible e invisible que le oprime el pecho. Una palpitación desordenada de su corazón que le anuncia algo que no sabe qué será.

Los hombres que se alojan en las naves comienzan a dar señales de cansancio y decaimiento. Algunos acusan un estado de torpidez morbosa. Sienten sus miembros pesados. Sus cabezas doloridas. Y luego comienza la fiebre. Sube la temperatura de modo violento. Se debaten presas de dolores y náuseas.

Orellana está preocupado. Son varios los hombres que presentan esos síntomas alarmantes. Quizás a Doña Ana puede darle también esa fiebre. Pero se tranquiliza al pensar que puede ser una enfermedad pasajera, producida por la angustia de la navegación y la sequedad tórrida del clima.

•

Pasan los días y la situación no mejora. Los enfermos continúan agravándose. Son varios ya los que han muerto. ¿Será una peste? ¿Será alguna enfermedad desconocida que viene a sumarse a todos los contratiempos sufridos? ¿Será este un aviso de Dios para que no siga adelante con esta aventura en que está atropellando los obstáculos que los hombres y la naturaleza le ponen?

Cada día hay nuevos enfermos. Nuevos hombres que deliran de fiebre. El pánico comienza a apoderarse de todos. Sólo Orellana permanece imperturbable. El ha visto frente a frente peligros mayores y salió con bien. No le abandona la fe en

su destino, la voz interior que le da esperanza y alientos.

Sin embargo, la situación es grave. Los muertos aumentan. Mueren dos, tres, cuatro, diez, veinte. Otros se

12 1

sanan pero quedan débiles. Extenuados. ¿Será un castigo del Cielo por su desobediencia? ¿Debe desistir? En ese momento en que todos tiemblan, Orellana tiene hecha su decisión. Irá. Con los hombres que le queden, con las naves que le queden. Aunque fuere sólo, iría. Ya no puede regresar ni le espanta la muerte.

El trabajo sigue, en tanto, lentamente. La enfermedad paraliza las energías. De los cuatrocientos hombres que tiene aproximadamente, hay más de la mitad enfermos. Mueren cada día algunos. Pero la voluntad de Orellana hace que los otros trabajen hasta que termine la tarea Dos meses enteros pasan así. Enterrando muertos y destruyendo la nave para aperar las otras. Dos meses en que la moral de la tropa aventurera se viene al suelo.

Los más duros hombres piensan que una fatalidad rodea la empresa Los italianos hablan de supersticiones. Los españoles, de castigos de Dios. Muchos quieren desertar. Por más que la epidemia va cediendo en intensidad, el pánico está creado. Noventa y ocho aventureros han muerto. Una nave está destruida. No hay víveres suficientes. Falta agua. Se ha perdido un tiempo precioso de cinco meses entre las Islas Canarias y esta de Santiago de Cabo Verde. ¿No será una señal de fatalidad?

Orellana no duda un instante. Ni la périda de la nave, ni la muerte de noventa y ocho tripulantes, ni el estado de debilidad en que se encuentran los sobrevivientes, nada lo detiene. Su resolución es monolítica. Y les dice a los hombres que se queden los que quieran.

Los rudos aventureros no contestan. No declaran su miedo, un miedo irresistible, de seguir en esta aventura que parece tener la maldición de Dios. Pero en el momento en que Orellana da la orden de embarcarse para levar anclas, se quedan en tierra cincuenta hombres, entre ellos

su propio maestre de campo y tres capitanes. Son ciento cuarenta y ocho hombres menos. Una merma irreparable.

Mas Orellana no vacila. Le quedan aún hombres fie les. Le queda un capitán adicto hasta la muerte: Juan de Peñalosa. Y más dé doscientos soldados probados por su energía, listos a afrontar todo. Le quedan sus pilotos y sus armas. Y con esos pobres elementos, se prepara a lanzarse a la mar desconocida, a la aventura de conquistar regiones pobladas de miles de indios feroces.

Doña Ana conoce la gravedad de la situación. Ella sabe que la culpa es del Rey que no le dio apoyo al Ade lantado. Sabe que se aventura a la muerte. Pero tampoco vacila. Ha dado a Orellana su amor de hembra lista a acompañar a su hombre hasta al sacrificio. Le ha jurado ante el altar estar a su lado" para siempre. Y ese doble lazo de amor y de fe no puede desunirlo. Lo acompañará a donde vaya. Al triunfo o a la muerte.

Ahora solamente se puede esperar la ayuda de Dios. Jíingún auxilio de-los hombres^ Aquí hay únicamente la soledad sin límites.. ELsüencio roto de la naturaleza. Las olas que golpean contra los barcos. Cada golpe remece las Tragues maderas. Ni las aves se atreven en las lejanías del mar, salvo grandes álbatros de alas tendidas y golon drinas de mar, viajeras infatigables del océano. El silencio mismo es aterrador. Un silencio sin ruidos humanos pero Heno de canciones de olas *y* de espumas.

-El-aire parece dormido enJa extensión, marina. rNi un átomo de viento infla las velas. La calma del mar tiene una desolación sotemne e imponente. Es la calma ecuato rial. La horrible calma que es como tnv-soeño de muerte Je la naturaleza. '

Contemplan el horizonte. No hay una nube anuncia dora de viento. Y ya sen días largos que pasan ea esta. tranquilidad de tamba. ¿Hasta cuándo? No hablan. Silen-

ciosamente miran la lejanía con mirada perdida en la vaguedad sin orillas del cielo azul y del mar azul.

Tienen los labios resecos. Las carnes flácidas. Los ojos febriles. Un leve temblor de angustia contrae sus rostros magros. Desde que salieron en noviembre, no han sufrido tanto como ahora. Es un tormento sin par. Una fiebre devoradora. ¿Cuándo habrá viento? ¿Cuándo habrá lluvia?

Preferirían una tormenta. Contra la tormenta se lucha o se muere. Y morir luchando es menos triste que perecer lentamente. Sería mejor que las grandes olas se levanta ran como to rres móviles. Pero esta sed... Esta sed...

Miran el mar calmoso. A veces ven pasar las atetas cortantes de los tiburones. Sin embargo, sería preferi ble... Algunos se lanzan al gua tibia y quieta. Sumergen sus cuerpos flacos. Chapotean entre las olas salobres. En gañan así la sed, humedecendo los cuerpos.

A la tortura de la sed se une la tortura del palor. Es un ambiente pesado. Sofocante. Denso. Un ambiente bochornoso de horno. Les invade una lasitud extraña. Chorrean agua por cada poro.

Orellana revela toda su energía de Capitán. Ha guar dado la provisión de agua. La tiene bajo custodia listo a matar a quien rebase la línea prohibida. De eso depende la vida de todos. Y sus órdenes se cumplen en silencio.

Una vez al día reparte la ración escasa. Los hombres beben como 'arena caldeada. Escurren las últimas gotitas que quedan. Luego, esperan hasta el día siguiente. Con tando las horas que tienen que transcurrir hasta que una nueva ración sea repartida. En la noche se tienden en la cubierta soñando con un poco de lluvia. Miran, al desper tar, el cielo. Y está «iempre azul. Siempre tranquilo. Sin una nube.

Así se pasa la vida día tras día. La sed mide el paso de los minutos. Los ánimos comienzan a ponerse violen tos e irascibles. Orellana tiene que poner orden en todo,

evitar las riñas, contener la desesperación. Y todavia falta tanto, tanto...

La calma del mar aumenta la tensión de los hombres. Los barcos se están quietos. Inmóviles. Apenas remecidos por las pequeñas olas. ¿Podrán llegar a la costa? ¿No se acabará la ración antes de que el viento vuelva a soplar para llevarlos hacia las tierras esperadas?

Cada día, la angustia aumenta a medida que disminu ye la cantidad de agua. Las raciones son más escasas. ¿Y si no llueve? Tiemblan al pensar en la muerte enloquece dora. En la sed torturante. En la lenta y cruel agonía que les espera cuando sus cuerpos sudorosos vayan per diendo todo su liquido, deshidratándose poco a poco.

Murmuran... No hay duda que esta empresa está mal dita. Algo fatal los sigue como un perro de presa mor diéndoles los talones. Algunos blasfeman. Otros rezan. Sobre todo las mujeres, con los rostros enloquecidos, oran mirando el cielo desde el castillo de popa: un cielo de calma y de agonía.

Orellana ve con horror que el agua se acaba. Cada día baja el nivel de los últimos recipientes. Y un día no hay ni una sola gota que repartir. Es la muerte, que llega. Sin embargo, no pierde ánimos. Exhorta a los hombres a no perder la fe en Dios. -Les conversa de situaciones más graves de las que salió con vida. Mantiene el ánimo sereno, imperturbable. Y reza a la Virgen de Guadalupe pidiendo que lo saque de este peligro como lo sacó de los tantos que amargaron su viaje por el río.

Pasa un día más. La sed se hace insufrible. Y otro día. Ya están sin fuerzas. Tendidos en el fondo de las naves. =¥ otro día aún. El delirio hace presa de algunos hombres. Ven islas de palmeras frescas. Ríos cantantes y claros, de aguas transparentes-. Y otro día... Es la muerte que llega... Llega candente, erizada de horror... Llega como una llama que lame los rostros.... La muerte...

Pero no ...hay también algo fresco... Algo que resbala por sus rostros enmarañados de pelos.... ¿Es el delirio?... La sed los consume. . . Mas aquí, en sus rostros, sienten" como una caricia... Orellana los llama desesperadamente. Los levanta. Los sacude... ¿No ven que es ttúviaJL ¿No ven qUe el cielo está oscuro ahora y una gran nube negra mancha ese azul desesperante? •

La lluvia golpea los rostros. Como despertando de un^ sueño, reciben la frescura acariciadora del agua. Abren los- labios sedientos para recibir las gotas que caen. Ahue can las manos para guardar el líquido precioso. El ins tinto de vivir despierta también. Renace la energía. Co rren a buscar los utensilios que hay a bordo para llenar los. Exprimen sus ropas empapadas para beber... Es' agua... agua dulce... agua fresca...

El viento hincha las velas. En medio del ruido ensor decedor, Orellana da órdenes a los pilotos. Hay que- ganar el tiempo perdido. Ginetear las olas. Aprovechar el im pulso del viento. Todas las velas se elevan. El agua de la lluvia golpea ruidosamente, monótonamente. Resbala por las velas. Corre por las cubiertas. Los hombres beben hasta hartarse. Se repletan los estómagos. Y con activi dad vertiginosa van llenando las pipas vacías- para evitar que los sorprenda otra vez la sed en las soledades des amparadas.

EL VIENTO grita, al pasar sobre las naves. Es un grito en el que hay mil gritos y mil voces. Un aullido penetrante y agudo que viene de todas partes. El mar no es azul. Ni verde. Es casi negro. De un color sucio. Y del cielo se desprende un pavor imponente.

' Las olas se alzan como montañas de espuma y chocan contra los costados de las embarcaciones, las levantan y las dejan caer pesadamente. El mar erizado, agitado. Más parece un arrugado trozo de cordillera con cerros de olas coronadas de espuma blanca.

Tienen que bajar las velas. El viento rompería **los** cables y tronchería los mástiles como flébiles cañas. El agua entra por todas partes. Entra a torrentes. Las **gran** des olas bravas pasan sobre las naves derrumbando sus crestas salobres. Entran por los maderos rotos. Y todos tienen .que luchar. Incesantemente. Brutalmente. Aun **a** riesgo de ser arrastrados por las olas.

Hay que achicar los barcos. Las manos no descansan de sacar agua. Y vuelven a llenarse. Es una tarea titánica y agotadora. Otros tratan de taponar los huecos abiertos en los costados. Meten estopa. Ropa. Procuran clavar tablones improvisados. Y a todos les invade el pánico de la tempestad.

Sólo Orellana está imperturbable. El peligro lo agi ganta. Sabe conservar su cabeza clara en medio de las vicisitudes más horrorosas. Tiene el don de revestirse, en los momentos de prueba, de una solemnidad imponente. De comunicar a todos **confianza** con su valor electrizante.

Horas y horas dura la lueha. Las naves corren impul sadas por el viento como si quisieran recuperar vertigino samente el tiempo perdido en las largas calmas ecuatoria les. ¿Será que realmente todo se opone a la aventura? Pestes, roturas de naves, calmas tropicales, sed.

Sin embargo, la fe de Orellana no decae. Una fe fanática en su destino y en la ayuda de Dios." Tiene que vencer todos los obstáculos. Una voz interior se lo dice. Y eso es lo que mantiene la energía de su carácter endu recido en la lucha contra los hombres y contra la natu raleza.

Grita. Insulta. Impreca. Ordena. Pega, si es necesario. Pero todas las manos trabajan movidas por el resorte* de su voluntad épica. Esta brega de horas largas, intermina bles, tiene que terminar. Lo importante es no decaer. No rendirse a la voluntad de los elementos sin freno. Pasará la tempestad. Tiene que pasar.

Y pasa. Poco a poco se modera la intensidad del viento y la violencia del mar. Maltratados, con las jar cias rotas, los cables despedazados, los barcos están a flote. Todos. No, no todos. Con mirada angustiada con templa el horizonte del mar que comenza a entrar en cal ma. Falta un barco. Sólo se ve Uno navegar a la distancia. Un barco ha desaparecido.

¿Se lo habrá tragado el mar? No hay maderos flotan tes que indiquen un naufragio. Quizás la fuerza de la tor menta lo ha arrastrado —como le ocurrió con el pequeño San Pedro en la salida del viaje de descubrimiento— y lo encontrará más adelante, en las costas que ya deben estar próximas. Quizás...

Sería una desgracia irreparable sí esa nave se perdie ra. Ya ha perdido ciento cuarenta y ocho hombres de su mesnada entre los que murieron de peste y los que se que daron en las Islas de Cabo Verde. En el navio perdido van setenta y siete más, once caballos y un bergantín des armado.

¿Habrá sido presa de las olas? No se puede saber nada. Antes de la tormenta, la situación de ese barco era desesperante por la falta de agua. Luego lo perdieron de vista. ¿Lo habrá destrozado la tempestad? ¿Habrá sido arrojado a las costas que ya están próximas? ¿Habrán muerto de sed en medio de la inmensidad marina?

Hacen hipótesis. Formulan conjeturas. Y la incerti-dumbre es más cruel que la certeza. De todos modos, vivan o hayan muerto, son perdidos para la aventura. Son doscientos veinticinco hombres menos. Un bergantín. Once caballos…

Menos mal que la tempestad salvadora no ha maltra tado mucho las otras naves. Ya hay agua. La han reco gido en vasijas **y** toneles. La costa debe estar próxima Ahora el viento sopla constantemente sin esas largas cal mas y esos vientos contrarios que los pusieron en peligro. Pero han perdido casi todos los cables. Las jarcias están maltratadas. Las anclas se aflojaron y muchas se han perdido. El estado físico y moral de los expedicionarios es deplorable.

El Adelantado se sobrepone a todo. Tan pronto como el mar está en calma, ordena alzar velas. El viento se ha docilizado. Ya no es el viento contradictorio ni el huracán furioso. Es un suave viento de popa que impulsa las naves por el mar tranquilo. Los pilotos están optimistas. Hay indicios de tierras próximas. Flotan maderos y hierbas. Aves marin s vuelan sobre los mástiles. Todf ddrá bien. Y Orellana convoca a su mesnada de aventUx¿.os sin ley para rezar ando gracias al cielo por haberlos sacado de los peligros.

Al f n, t ierra. La costa se pierde en la bruma matinal como vista al través de un cristal opaco. Es una línea azul y leja*¡a, que va haciéndose verde al acercarse. Se ven manchas de bosques y largos acantilados ásperos su-cediéndose :i la distancia. Luego arenas. Arenas muertas.

Grises. Los bajos de San Roque. La tierra del Brasil que sale al encuentro de los nautas fatigados. /

Los hombres miran el lugar en donde se confunden, como una línea vaga, el mar y la tierra. Orellana ha dado orden de tomar viento de popa y poner rumbo al norte. Irán bordeando, sin acercarse a la costa. De ese modo encontrarán el río esperado.

Varios días navegan. Ven bajar un río desde las tie rras interiores. Pero ese no es "su" río. Su río es gigante, sin límites. Empuja al mar en lucha titánica. Se mete en el océano con furia, como si quisiera conquistarlo. El re conocerá su río con sólo verlo. Lo adivinará como se adi vina la presencia de una mujer amada.

Pasan los días. Siempre a la distancia los acompaña la costa. De vez en vez saca del mar un cubo de agua que prueba ávidamente. Es salobre aún. No han llegado a la meta de la eventura. Hasta que una mañana encuentra que el agua es dulce.

Jubilosamente grita a sus hombres. Grita como un loco. Es su río. Su río que sale a encontrarlo a tanta dis tancia en el mar. Los hombres de la aventura prueban también, casi sin dar crédito al fenómeno extraordinario. Es agua dulce en medio del océano. ¡Es el río de las Ama zonas!

El Adelantado hace acercar la otra nave, Da instruc ciones al piloto. Deben ir cerca una de la otra. Y enrum-ban, junta, la proa hacia el Poniente. El viento sopla fuerte y las velas toman viento. Se inclinan las naves y corren dejando una estela "blanca sobre el azul marino. Es como si participaran de la jubilosa exaltación de los hombres.

Pero a poco andar algo los detiene. Es una ola gigan te. Como no la han visto nunca. El agua es revuelta y turbia. Una barra agitada se nota sobre la superficie. Es el lugar en donde las aguas del río y las aguas del mar se dan su batalla de siglos. El mar es tan turbulento que

todos creen que ha llegado el momento del naufragio. Sin embargo, Orellana no duda y **ve pasar sus naves sobre las barreras** movedizas **de olas** encrespadas.

Orellana dirige la maniobra. **La** tierra **lejana** va **apro** ximándose lentamente. Se dibuja como una silueta **gris.** Desde la proa, Orellana mira. Son islas. Dos islas **las** que salen a su encuentro. Las ve agrandarse. Las **cosas** vagas toman forma. Ve los enormes árboles amigos, esos árboles que no puede concebir el hombre de la Europa civilizada. Ve la selva perpetuamente verde, perpetua mente móvil bajo la caricia temblorosa de los vientos **in** dianos. Es su tierra, la que él violó con su voluntad épica de conquistador.

Se acerca. Pero vuelve a alejarse. La fuerza de **las** corrientes es tan violenta que arrastra a las naves hacia **el** mar. La vaciante los lleva con empuje irresistible Luchan. **Todo** el día luchan. **No** pueden vencer la fuerza desorde-, nada. Y Orellana manda anclar ya que no puede acercar se a las islas que tiene ante sus ojos.

Con precisión se realiza la maniobra. Las áncoras **de** proa y de popa tratan de sujetar las naves. Por un mo mento se quedan quietas. Agarradas al fondo del río. **Mas** los cables se ponen tensos. La corriente es tan violenta que no pueden resistirla. Garrean. Los cables se rompen y las anclas se pierden.

Llega la noche en esa lucha desigual. Faltan ya an clas. Todas se han quedado en el fondo. No pueden resis tir. El agua los arrastra. Los marineros trabajan con los torsos desnudos. Es inútil. Las últimas áncoras se que dan en el légamo pegajoso del río.

Orellana toma entonces una resolución. Manda a sus hombres que desclaven la artillería que traen en los costa dos. Las pesadas lombardas y los viejos cañones de bron **ce** les servirán como áncoras. Los amarran con los cables que quedan. Procuran dar solidez a los lazos marineros. Y los lanzan al **agua.**

Por un tiempo se sostienen las naves. Pasa así la no che. Una noche de ansia y de locura. El Adelantado sabe que se juega su última carta. Los cañones eran los medios de que disponía para conquistar este imperio. Su ruido ensordecedor aterrorizaría al salvaje. Le sometería por el temor supersticioso de esa muerte atronadora que des trozaría sus filas. Pero ahora...

Mira los cables tensos por el esfuerzo. Algunos se rompen. Otros no alcanzan a izar la artillería cuyo peso ha aumentado por los depósitos de lodo que se meten por las bocas de los cañones. Todo está perdido. Todo...

La vida se salva momentáneamente, es cierto. Pero después. ¿Qué vendrá después? Por primera vez vacila la fe inquebrantable de Orellana en su propio destino.

Los salvajes, semi-desnudos, contemplan absortos las extrañas naves llenas de hombres blancos. No llevan ar mas ni dan señales de acometividad. Ríen y hablan en su dialecto extraño. Orellana, que comprende el idioma, les ofrece presentes y les pide comida. Son **como** antiguos conocidos. Sabe sus costumbres y los trata con íámilia-ridad.

Las dos islas, a las que tanto esfuerzo ha costado lle gar, son pequeñas pero pobladas. La selva tropical abarca por todas partes los bohíos dispersos. Y una nutrida mul titud de salvajes se agolpa en torno de los blancos maci lentos.

Doña Ana sonríe entre asustada y candida. Es este el mundo nuevo de que hablara Orellana en los días leja nos de los amoríos vividos en la reja florida de claveles sevillanos. Un mundo exótico, ardiente, apasionante, que su hombre conquistará después de haber pasado tantas dificultades y angustias.

Los tripulantes aseguran las naves y desembarcan las armas. Los soldados halan de los ronzales a los pobres caballos enflaquecidos por el hambre y la sed. La jauría esquelética ladra en torno asustando a los indios, que

miran con asombro los cuadrúpedos desconocidos —perros y caballos— que van saltando.

Es el veinte de diciembre. Antes de otra cosa, Orella-na reúne su mesnada y reza. No hay sacerdotes y él los hace repetir las viejas oraciones que aprendió en la infan cia y que no ha olvidado en su vida azarosa. Todos, des cubiertos, dan gracias a Dios, en medio de la curiosidad de los salvajes, arrodillados sobre la verde tierra innomi nada.

Los salvajes vienen en paz. Traen frutas cuyos nom bres no conocen los aventureros. Pescados frescos. Carne jugosa. Tortas de harina. Maní sabroso. Los hombres famélicos comen hasta hartarse después de haber pasado los meses de navegación alimentándose con bizcochos ás peros y comidas fermentadas. Beben el agua dulce del río con fruición. Y se acuestan sobre la hierba para des cansar en algo firme después de haber tenido por lecho el fondo movedizo de los barcos.

Los caballos, luego de la horrible sed a que estuvieron sometidos y de la falta de alimentos frescos, beben reso nando los belfos y mastican las yerbas verdes, relinchan do de contento. Y los perros se revuelcan sobre la tierra, corren y saltan, dando a sus miembros cansados de la rígida inmovilidad de a bordo la alegría de la acción.

Una sensación vivificadora, una euforia integral, sa cude a los hombres y a las bestias al sentir el contacto amoroso de la tierra. Una emoción vital de animales que vuelven a su elemento. Las mujeres ríen y los hombres charlan. Todos están contentos, menos Orellana.

Al llegar a la meta¿ siente el ánimo decaído. Toda su energía voluntariosa se viene al suelo como un castillo de naipes. ¿Es esto lo que ha anhelado durante tanto tiem po? ¿Para esto se afanó tanto? ¿Qué le espera más tar de? Algo sombrío le envuelve. Algo como un presenti miento que se clava, acuminoso y doloroso, en su pecho

endurecido por el peligro. Un presentimiento sombrío que destruye su antigua fe en el destino.

De sus hombres, casi la mitad han parecido. Noventa y ocho de peste. Setenta y siete quizás de sed, quizás náu fragos. Los otros cincuenta cobardes se quedaron en las Islas del Cabo Verde. Su artillería está perdida: se quedó en la entrada del río. De sus cuatro naves, sólo le quedan dos, maltratadas, sin cables, sin anclas, sin aparejos. Tiene solamente once caballos ¿Podrá intentar así la aventura, él que conoce la bravura de las tribus salvajes?

Un sentimiento tierno y punzante lo asalta. Se siente responsable por la vida de su mujer. ¿Para qué la trajo a esta aventura? ¿Podrá protejerla? ¿Qué será de fella si él muere? ¿Caerá en manos de salvajes feroces?

Mientras todos descansan, él se pasea agitado, nervio so, intranquilo, tratando de dominar ese presentimiento oscuro que le asedia. Trata de persuadirse de que todo irá bien. En el peor caso, saldrá nuevamente al mar y se en caminará hacia la isla Cubagua en busca de poblado. Ya no le importa que lo manden deportado a España como a un rebelde. Lo importante es que Doña Ana-se salve.

Pero no. Se rebela contra este pensamiento. Tiene que luchar. Y vencerá. Se creará su reino propio. Quizás puede ir nuevamente hasta el Pirü y tentar a los aventure ros de esa tierra para que vengan con él a completar la conquista. O, quizás, podrá con un rasgo de audacia ganar mucho oro a los salvajes, enviarlo al Emperador y desper tar así la ambición española para que le mande refuerzos.

Algo tiene que hacer. Lo sabe. Pero al mismo tiempo ese sentimiento confuso y torturador que late bajo sus pen samientos, irresistiblemente, le dice que todo está perdido. Es mejor no pensar. Ni sentir. Dejarse llevar por el des tino. Alguna vez pensó que era como los leños que nave gan por este río. Sin saber a dónde van. Y debe dejarse conducir. Tal vez a la muerte. Tal vez a la gloria.

vidad. Y llega el Año Nuevo. Los hombres de Europa recuerdan con nostalgia los hogares distantes, el frío de la nieve, el calor suave de la lumbre. Aquí sólo hay selva ardiente. Indios semi-desnudos. Reunidos en rueda celebran los hispanos el día de las esperanzas y de las promesas. Este año de 1546 decidirá su destino. Y se engañan con ilusiones optimistas de esplendor y de gloria.

La isla es grata. La selva no tiene la aspereza brutal de las selvas. Los indios son mansos. Traen sus pre sentes con hospitalidad acogedora. Les brindan sus pro pios alimentos. El descanso, la seguridad, tornan confia dos a los hombres de la aventura. Después de tantas vicisitudes y de tantas fatigas, necesitan reposo. ¿Por qué no tomarlo si no hay prisa? Aquí donde hay agua abun dante, clima benigno, indios sumisos, es el lugar ideal para preparar los bergantines en los que se han de lanzar a la conquista de las tribus interiores.

Asi lo solicitan. Es lo más razonable. Pero Orellana, violento e irascible, desecha la petición. Le domina la prisa. Sos nervios están vibrantes como una cuerda tensa. ¿Para qué esperar? Es mejor entrar pronto en el río, avanzar a la conquista. Buscar lugares mejores. Y tras el brevísimo descanso,, vuelven a embarcar sus armas, sus caballos, sus perros, y a desamarrar los navios para aven turarse en el río desconocido en busca del brazo principal.

Las dos naves navegan juntas. Antes de

Pa
sa
la
na

soltar las amarras, embarcaron abundantes provisiones. Les alcanzará la comida para varios días, semanas tal vez. Y mien-

tras tanto ganan tiempo, se adelantan en la empresa. La idea de arrebatar oro a los salvajes de las tribus bárbaras domina el pensamiento de Orellana. Así podrá enviar ricos presentes el Emperador-Rey y hacerse perdonar la desobediencia tanto como obtener auxilio para rematar la conquista. Ese pensamiento dominante se convierte en obsesión. Lo empuja sin cálculo ni previsión a lo más absurdo. Incluso a emprender la conquista sin haber deja do tiempo a que se repongan las fuerzas de sus hombres y-de sus caballos.

La navegación es difícil. La corriente los arrastra ace lerada y reciamente. Los hace devorar las distancias. Las orillas pasan como si tuvieran una magia alada. IVÍas en esa fuerza favorable hay un peligro oculto. El río sube sobre las islas y forma enormes extensiones lacustres. Anega la tierra convirtiendo todo en una sola masa de agua. Es difícil determinar1 el cauce. Puede haber tron cos ocultos bajo las aguas. Pueden chocar contra barrancos sumergidos por el aguaje. La muerte se agazapa trai dora en las encrucijadas del río.

La marea es tan violenta que no pueden dominarla. Cuando el río crece, van llevados hacia las comarcas inte riores con celeridad inusitada. Cuando la marea vaciante comienza, hay que amarrar los barcos contra los troncos. O anclarlos con los cañones que han quedado. De otro modo los arrastra la vaciante hacia el mar haciéndoles perder en pocos minutos todo lo que han ganado en la navegac.ón.

A 'veces, al vaciar, se quedan varados sobre tierras anegadizas que tomaron como cauce normal. Pasan horas y horas aislados en el légamo pegajoso y espeso. Hasta que vuelve a subir el agua y los saca de su prisión de fan go. Las islas anegadizas .son tan num :rosas, es tan grande la cantidad de esteros, que se confunden. Es> un laberinto sin hilo conductor. No saben hacia dónde dirigirse. Los vericuetos del río los entrampan,, los ngañan, les hace

pantanosas, ven selvas impenetra bles. Bosques densos y sonoros. El río se mete entre esas manchas verdes y compactas de vegetación. Nuevos este ros; Nuevas islas ¿Dónde estará, al fin, el brazo principal de este río hechizado?

Por ninguna parte se advierte la presencia del hombre. Pasan días y semanas. Ningún rostro humano se ve entre la espesura. Ni una canoa india flota sobre las aguas. Sólo hay la soledad misteriosa e imponente del río y del bos que. El silencio cortado por el grito de pájaros descono cidos. El canto del agua y la voz múltiple de la selva que se eleva en las orillas.

Los víveres van terminándose poco a poco. Todo lo que embarcaron lo han consumido. Vuelve Orellana a encontrarse con el hambre, la vieja sombra que le fué fa miliar en su primera aventura de descubrimiento. El ham bre crudelísima que clava ta punta de sus calambres agu dos en los estómagos vacíos.

¿Está hechizado este río? ¿También sus fuerzas ocul tas, potentes se conjuran contra él, que quiso arrancar sus secretos y violar su virginidad selvática? Con ansia mira Orellana las orillas. Busca un sitio orientador. Algo que le haga recordar su aventura pasada y le sirva de guía para el recorrido presente. Inútilmente. Todo es dis tinto. Está perdido entre los tentáculos de los esteros y el laberinto de las islas.

Cien leguas recorren en esta andanza sin rumbo. Cien leguas en que el hambre los amaga. Y de repente, en un recodo del río, se alza un penacho de humo promisor. Es un bohío indígena. Se ven salvajes agolpados en las ori llas. Renace la esperanza de encontrar comida y reposo. Las naves enrumban hacia tierra. Y saltan en el barranco

perder el sentido de orientación. Como si el río tuviera una voluntad maliciosa y perversa que se complace en jugar con sus esperanzas.

A medida que avanzan, las tierras van elevándose. En vez de las grandes islas

en donde los aguardan los selvícolas indecisos y desconfiados.

. Son cuatro bohíos los que se asientan en este claro de la selva. Los indígenas, aunque medrosos, vienen en paz. Traen sus

presentes de comidas que devoran los expedi cionarios ávidos. Con brutalidad que no alcanza a domi nar Orellana, los arrojan de sus chozas para aposentarse. ¿Qué puede hacer para que esa ralea internacional de hombres brutales y famélicos comprenda que ese trato dado a los indios es perjudicial y peligroso? Inútilmente les explica que no es convenente mostrar a los salvajes una conducta dura, pues de ellos depende la alimentación de los blancos. Los aventureros de todos los países —ale manes, ingleses, portugueses, españoles— no entienden que se pueda dar otro trato a estos bárbaros.

En sus bohíos piensan aposentarse hasta que se cons truya el bergantín que traen desarmado en los navios. Sal tan a tierra y amarran los barcos. Comienza el trabajo moroso y fatigante de extraer las piezas y amontonarlas en la playa. Otros van al bosque a cortar madera para lo que falta de la obra muerta. Y los pilotos examinan las naves para probar su estado de resistencia y los mal tratos sufridos en la travesía atlántica y en la entrada del río.

El examen es desalentador. Una de las naves está en estado ruinoso. Los maderos están podridos y no podrán resistir por más tiempo la navegación por este río tropical en donde la humedad persistente acabará de arruinarla: Orellana, en silencio, oye el dictamen. Es otro obstáculo más en su camino heroico de conquistador. Ya no se re bela. La sombría intuición de su derrota se aferra más aún en su pensamiento. Y brevemente acepta el fallo or denando que den al través con la nave para utilizar los clavos y aparejos.

Con grandes esfuerzos arrastran la nave hasta lo alto **de la** playa. La nave capitana, la que sirvió de insig **nia** de la aventura, va convirtiéndose en un montón de maderos semi-destruídos. En un triste amontonamiento de ruinas. Sacan los clavos, los mástiles, todo lo que es aún utilizable. Es lo que queda de esa embarcación que allá, en Sevilla, se meciera sobre las aguas del Guadal quivir como un mundo incógnito de promesas.

Doña Ana contempla también con melancolía la des trucción de esa nave. Esta ligada a sus horas felices de ensueño y a sus ilusiones ardientes de gloria y poderío. Le recuerda los días del noviazgo y los sueños desmesu rados que escuchaba tras la reja de claveles. ¿Qué queda ahora? La soledad sin límites. La vida incierta. El por venir oscuro.

Los indios, que en un principio se mostraron amables y dóciles, han buido. Desaparecieron sin dejar huellas. Y, lo que es peor, sin dejar víveres. En vano los buscan. Apenas si encuentran pequeños animalillos. Cangrejos de las playas. Frutos insípidos o peligrosos del bosque. Raí ces amargas. «

El desaliento se apodera de los aventureros. ¿Es este el país de El Dorado, el río en donde el oro abunda como cosa vil? Se sienten defraudados en sus sueños. El mis mo Orellana ha perdido su fe en el destino. Se pasa horas largas mirando el río, inmóvil, con la frente arrugada por pensamientos pesimistas. Sabe, mejor que nadie, que es imposible conquistar las comarcas ricas con tan escasos medios. Conoce el valor intrépido de los salvajes del gran río. El fanatismo sanguinario de las Amazonas. La bru talidad impertérrita de los cortadores de cabezas. La aco metividad sin vacilación de los subditos de Arripuna y Tinamostón. ¿Cómo puede pensar en el éxito con los pocos hombres desalentados, cansados, magros, casi inermes y sin víveres?

Le amarga, sobre todo el porvenir que espera a Doña Ana. Siente el arrepentimiento tardío de haberla traído en esta aventura descabellada. Intuye los peligros que hay emboscados en la selva y ocultos en el río. Se estremece al pensar en que puede .ser capturada por los salvajes si él muere en el combate.

Ahora comprende que sólo lo pueden salvar el milagro y la audacia. Si consigue oro, mucho oro, puede enterne cer al Rey y deslumhrar a los españoles vacilantes. Ven drán de todas partes. Traerán armas. Cañones. Caballos. Víveres. Todo lo que le falta. Y entonces...

Todavía un resto de esperanza late en su pecho. Tra baja con una actividad loca. Histéricamente. Gon furia. Sin consideraciones para sus hombres. Imponiendo su voluntad caprichosa y desordenada. Les obliga a cumplir tareas extraordinarias. Quiere armar el bergantín. «De eso depende la única posibilidad de escapar de la muerte.

De sol a sol resuena el golpe de los martillos. El chi rriar de las sierras. El canto de las fraguas: Las voces de mando. Se multiplica. Fatiga a sus hombres. Impone al trabajo un ritmo enloquecido: el ritmo de su angustia. Así pasa un día y otro día. Semanas enteras. Mientras Doña Ana procura consolarlo con su ternura profunda y comprensiva de mujer.

A medida que pasa el tiempo la situación se hace más grave. El calor es insoportable y la humedad permanente. Los mosquitos los enloquecen con sus agudas lancetas que hinchan la piel. Es un pequeño infierno. Los hombres no habituados a ese clima agotador dan muestras de cansancio. Los invade la pereza. La fiebre comienza a minar sus organismos ya extenuados por el hambre.

El campamento es un hacinamiento de espectros an drajosos. Los ojos de los aventureros, hundidos en las ór bitas por el enflaquecimiento, brillan como ascuas. Tiri tan de frío en medio del calor. Es un frío interior. Que

lo llevan metidos en los huesos. Carne adentro. Sudan copiosamente. Y luego la fiebre los envuelve en su am biente delirante.

Sin embargo, hay que trabajar. Se turnan. La fiebre les ataca en días alternados. Cuando no tienen fiebre, trabajan. Cuando tienen fiebre, se pasan acostados sobre los colchones de hojas secas, arrebujados en sus mantas. Inmóviles. Sedientos. Con las cabezas pesadas.

Pero lo más horrible es el hambre. Las raciones son tan escasas que no pueden alimentarlos. Las fuerzas de caen. Orellana siente también que la fiebre lo ataca. Pero se calla. No quiere dar a entender que está enfermo. No es la fiebre delirante. Es un malestar leve. Siente la ca beza pesada. Los miembros torpes. Por las noches un sudor meloso lo envuelve. Tiene las manos frías y la ca beza en llamas. Le duelen todos los huesos. Todas las articulaciones.

El trabajo se torna lento. Perezoso. Los hombres fatigados, exhaustos de hambre y de fiebre no pueden resistir las jornadas de trabajo que impone Orellana. Algunos se abandonan definitivamente. Se entregan sin combatir a la fatalidad de su destino.

Muchos de ellos van adelgazándose. Se hacen casi transparentes. Su piel ya no es blanca. Es de un color pálido. Los ojos son opacos cuando no tienen fiebre; brillantes cuando la fiebre los convierte, en tizones encen didos.

Y al fin mueren. Antes de morir se les hincha el cos tado izquierdo. Se les infla el vientre. Van decayendo las fuerzas. Casi no pueden hablar. Sus carnes son fofas e incoloras como si la sangre hubiera huido de sus venas y circulara por ellas un líquido verduzco.

Muere uno. Hay que enterrarlo. Lo llevan en silencio bajo los árboles sin nombre de la selva. Y sobre la fosa colocan una cruz. Muere otro. Y otro. El claro del bos que se va cubriendo de cruces. Son diez. Son veinte. Y no

hay esperanza. £1 hambre los acosa como un perro de presa tenaz y despiadado. Mueren treinta. Las c r u ces van multiplicándose en el bosque.

No hay sacerdote que diga los responsos. Mueren sin confesión de sus pecados. Mueren sin el auxilio de su fe. Y cada día el cortejo fúnebre tor na al sitio en donde se ha improvisado el cementerio.

Pasan dos meses. Sigue el golpe de los martillos. Y el chirrido de las sierras. Y el canto de las fraguas. Otra vez el cortejo triste. Mueren cuarenta. El martillo golpea. La fragua canta Mueren cuarenta y cinco. Hay que terminar los bergantines. Mueren cincuenta Hay que seguir adelante.

Orellana olvida su enfermedad. Su reposo. La deses peración le agiganta. Incita a perseverar. Cuida de los enfermos. Atiende a los moribundos. Reza al pie de los que expiran. Son cincuenta y cinco. Las cruces se multi plican. Pero las fuerzas hay que duplicarlas. Continúa el trabajo.

Los que quedan, enfermos, exangües, cadavéricos —parecen muertos en pie— saben que hay que salir de esta tierra maldita de hambre. Y laboran con desespera ción. Clavan los costados del bergantín. Serruchan las tablas. Forjan clavos...

Y el hambre... Los once caballos los han sacrificado. Primero mataron a los perros. ¡Cómo resuenan todavía en sus oídos los gritos lastimeros, el aullido que se clava en los nervios como un puñal buido! Los devoraron. Hasta los otros perros, aullando lastimeramente en la noche, royeron sus huesos. Luego mataron los caballos. Vieron los ojos pavoridos, casi humanos de sus bestias fieles. Los ojos tristes como si adivinaran la intención de los hom bres. Y los mataron. Los mataron con sus agudos puñales. Vieron correr la sangre. Oyeron el relincho de miedo de los otros corceles.

Ahora no hay ni caballos ni perros. Pero hay que tra bajar. El bergantín estará casi terminado. Lo botan al agua. Han pasado tres meses. Han muerto cincuenta y siete hombres. Han sacrificado once caballos, los únicos que tenían. No queda ni un solo perro, los fieles, los hu mildes perros que lamían sus manos, confiados y sencillos.

Ya se mece en las aguas cerrentosas. Es la liberación de la muerte. Allá, en el claro del bosque, hay cincuenta y siete cruces. Pero aquí está la vida. Es ancha. Corre como el río. Los empuja hacia adelante.

Los alienta. Mas ¿qué habrá adelante? Orellana da órdenes breves para cargar los barcos. Deben ir uno junto a otro. El único cable que tienen los unirá en esta aven tura.

Al subir a los barcos, no miran atrás. No quieren ver las cruces que abren sus brazos en la selva. Ño quieren saber nada. Sólo huir... huir... Irse pronto. Se embar can precipitadamente. Sueltan las amarras. Están páli dos, flacos, tristes. Con los ojos llorosos. Algunos rezan. Rezan... Lloran... ¿Es éste el rio maravilloso en donde los esperaba la riqueza?
,

GARRAS INVISIBLES

VEINTE leguas navegan. El navio grande y el pequeño bergantín corren dejando una estela blanca sobre el río gris. Van uno junto a otro. Sin perderse de vista. Aten tos a los accidentes del camino. A lado y lado, la selva se levanta, impenetrable como el misterio. A veces en lu gar de las grandes manchas de bosque, se ven llanuras suavemente onduladas. Pero no es la tierra firme. Son islas. Siempre islas. Islas enormes. Cubiertas unas de vegetación lujuriante. Bajas y anegadizas, otras. ¿Dónde está el brazo principal del río?

Por las noches amarran los barcos o los anclan. Tie nen un solo cable. Y una áncora. Una correntada dema siado fuerte puede serles fatal. Los dejaría a merced de estas aguas impetuosas y hostiles. Inermes contra la ac ción poderosa de esta naturaleza dotada de fuerza maligna y de voluntad adversa.

Durante el día, asaltan los pequeños bohíos. Roban las comidas cuando no quieren dárselas por rescates pací ficos. Matan si es necesario. Ya no queda otra cosa que volver a la animalidad primitiva. La selva enervante los retrotrae a la simplicidad elemental del instinto. En medio de esta naturaleza excepcional, no son hombres civiliza dos de Europa sino seres bárbaros y primitivos que matan para comer y comen con las manos empapadas de sangre humana.

Así navegan días y días, bajo un cielo denso de hume dad. Sobre un río de pujanza inmensurable. Junto a ori llas de fertilidad salvaje. Sin rumbo ni ruta. Sin saber a dónde los conduce su destino. Por un mundo extraño, exó-

tico, misterioso, hechizado, que los confunde y los des orienta.

La fuerza de la marea es tanta que tienen que amarrar sus barcos contra los más gruesos troncos. Cuando no al canzan a preveer la vaciante, tienen que buscar precipi tadamente la orilla para impedir que las garras invisibles y vigorosas de las aguas los conduzcan contra los escollos ocultos del río. **0** utilizar como anclas los pocos cañones que les quedan.

Sin embargo, garrean. El agua los lleva como frágiles cañas. Los empuja y los violenta. El cable se pone tenso por la tracción. Con angustia indecible, miden la fuerza que los arrastra. ¿Podrá resistir el cable esta tracción potente del agua? Temen que se rompa cualquier día. **Y lo** inevitable sucede.

Al romperse el cable de la nave, queda esta girando **en** torbellino. Pierde el sentido de orientación. Las aguas la llevan con celeridad hacia la playa. Orellana no pierde **la** serenidad. Ordena al piloto que maniobre para evitar **el** choque. Pero por más que se afana, contrayendo sus músculos en esfuerzo sobrehumano para hacer obedecer el timón, la nave choca con ruido espeluznante de maderos rotos. El agua comienza a entrar por los costados. Mas la voluntad de vivir es tan fuerte que se impone sobre el pánico. Hábilmente maniobra el piloto con el barco casi hundido y consigue guiarlo hacia una isla cercana. En esta lucha entre los elementos ciegos y la inteligencia hu mana, ha triunfado la inteligencia. Ha burlado, la fue*za de las corrientes. Y, aunque perdida para siempre, se salva la estructura de la nave y la vida de los tripulantes.

Es el último de los cuatro navios que salieron del Gua dalquivir navegando sobre aguas doradas de ensueño con **un** cargamento de esperanzas. Los cuatro han desapare cido. Uno despedazado voluntariamente en las ásperas y resecas islas del Cabo Verde. Otro, náufrago quizás o qui zás estrellado contra **las costas de** recios acantilados. Otro,

er una vida, un pen samiento astuto y **unas garras invisibles de muerte.**

Cuatro naves y **doscientos veinticinco hombres perdidos. Perdidos sus efectos de combate. Muertos sus caballos. ¿Cómo podrán intentar la aventura? Ya la fe de Orellana, endurecida como la lava volcánica al calor de la aventura, ha declinado. Está enfermo. Desalentado. Abatido. Sin esperanza alguna de éxito. Sólo su instinto de capitán nativo** lo **mantiene erguido** y **vigoroso cuando aparece la asechanza del peligro. Da órdenes para salvar lo poco que queda de la nave. Para trasladar los efectos que se pueden rescatar de** las **aguas que entran por los huecos abiertos. Y hace desembarcar ordenadamente** a **sus hombres.**

Con un solo bergantín no se puede seguir adelante. **El** bergantín es pequeño. No caben en él muchos **hombres.** Tiene, por lo tanto, que acampar en esta isla hasta **tomar alguna** decisión. Hace señas al pequeño barco que **lucha** también contra las corrientes. Se acerca cuidadosamente. **Y** allí improvisan su campamento, **en** medio de la **selva** caliente, de los mosquitos que zumban, de los insectos **que se arrastran** por **todas partes. No puede rendirse a la** voluntad adversa **del destino. Hasta ahora luchó contra la malicia de** los **hombres, contra las fuerzas de la naturaleza Pero** tuvo **confianza Ahora la ha perdido. Sin embargo, tiene que luchar.** Luchar **incluso contra su propio destino.**

Cae la noche sobre los hombres silenciosos y desespe ranzados. La selva se extiende inmensa por todas partes. Inmensa y sonora. Crujen las hojas y los ramajes chocan al son del viento concertista. Se oyen gritos de animales que semejan voces salvajes. ¿Qué pueden hacer? Duermen sobre la hierba húmeda bajo **el cielo** húmedo. Es más **una** somnolencia **pesada que un sueño reparador.**

sacrificado a la entrada del río. Y ahora éste, el último, roto por estas aguas que parecen ten

Doña Ana, arrebujada cerca de su marido, tiembla. Tiene miedo; miedo de la sombra infinita. De los ruidos de la selva. De las voces inarticuladas de la naturaleza. Miedo del destino y de Dios. Tiembla como una niña asustada. Una serpiente-puede arrastrarse sobre la tierra con su suave andar ondulante y clavarle los colmillos en venenados. Pueden venir los indios traidores y asaltarlos. Tiene miedo. El viento silba, grita, aulla entre los árboles sonorosos. El agua canta también una canción de olas rompientes. Tiene miedo y reza.

Tampoco Orellana duerme. Siente algo pesado y an gustioso que le oprime el pecho, que le ajusta la garganta como una mano atlética. ¿Qué puede hacer? ¿Cómo pue de vencer la adversidad que lo rodea, lo persigue, lo ame naza por todas partes? Tiene la certeza de su fracaso. Su vida entera se derrumba. Queda atrás un pasado ignomi nioso de rebelde y al frente un porvenir de sombras. El ha conducido a estos hombres que creen en su capacidad de capitán y ha traído a Doña Ana —la única ternura fina y suave en su vida rispida de aventurero— a perecer en esta selva erizada de horror.

Se revuelca sobre la tierra sin poder dormir. Tiene ha cabeza llena de pensamientos confusos. Sólo sabe cer teramente una cosa: que algo tiene que hacer. Algo tiene que idear para salvar su mesnada y su mujer. ^Pero ¿qué?

Apenas amanece ordena explorar la isla. Puede ser que existan centros poblados en el interior. Si no los hay sólo queda resignarse a morir. A morir de hambre, en medio de torturas crueles. Escoje sus mejores hombres. Sus pocas armas. Y se adentra en la espesura, enredándo se en los bejucos, cayendo en las trampas traidoras de las lianas, chapoteando en el fango. Camina una lengua y media. Observando cuidadosamente para encontrar hue llas humanas. Hasta que halla un bohío perdido en la espesura.

Con palabras corteses e insinuantes, Orellana explica a los salvajes su necesidad. Les hace presentes de objetos brillantes. Y los atrae de paz para que les proporcionen alimentos y habitación. Retorna luego con alegría a la playa y la escasa tropa se encamina al minúsculo poblado de donde dependerán, para vivir,' de la benevolencia de los salvajes.

Tienen que abrirse paso lentamente al través de la maraña. Bajo sus pies se entrecruzan las raíces sobresa lientes. Especialmente para Doña Ana la caminata es pe nosa. Se enredan sus largos vestidos en las malezas. Res balan sus pies delicados sobre él fango. Tiene el rostro tumefacto por las picaduras de los mosquitos. t Siente ganas de llorar. No llora, sin embargo. Es la mujer dei capitán y su ejemplo debe tonificar a la tropa. Procura sonreír. Orellana la toma en sus brazos para los pasos difíciles de ciénegas y lodazales. Y así llegan hasta el bohío indio perdido en la espesa muralla verde de la selva circundante.

En torno de ellos, los salvajes gesticulan. Son hom bres semi-desnudos. Mujeres* con los pechos al aire, recios y firmes unos, colgantes como piltrafas flácidas otros. Mujeres sin dientes, viejas, como brujas de aquelarre. O hembras jóvenes con mirada de animales ariscos.

Acampan allí en el claro de la inmensidad tropical. Les brindan los indios sus frutos exóticos. Se refrescan con el agua dulce y sabrosa de los cocoteros. Comen las tortas de harina hechas en hornos inverosímiles. Y des cansan luego en las toscas tarimas de guaduas entrela zadas.

Hay que tomar una resolución y Orellana delibera con sus hombres. Toma el consejo de su fiel Capitán Juan de Peñalosa. Oye a su leal sirviente Francisco que ha toma do, como signo de sumisión absoluta, hasta su propio ape llido. Escucha al piloto Francisco Sánchez. Al letrado

Muñoz Ternero, que es su Escribano. A cada uno de los hombres más significativos de la tropa aventurera.

La situación es desesperada. El pequeño bergantín puede alojar a lo más treinta personas. Y ellos son más de setenta. No pueden ir apretujados sin riesgo de naufragar en estas aguas correntosas. Ni podrían llevar víveres si se amontona demasiada gente en el minúsculo bergantín.

Orellana expone su plan. Ya no habla de conquistar estas tierras. Ha perdido definitivamente esa loca ilusión. Únicamente quiere ir en el bergantín hasta la provincia de San Juan, aquella tierra que él exploró hace años y en donde abunda el oro. Conseguirá una buena cantidad de ese metal y regresará para emprender el viaje a la isla Cubagua y de allí mandar el presente dorado a su Rey para obtener perdón y ayuda. En tanto, los otros hombres deben construir otro barco.

Los aventureros escuchan cabizbajos y callados el plan del Adelantado ¿Qué pueden objetar? Ya la empresa ha fracasado. Se han derrumbado sus sueños de riqueza y poderío. Ahora sólo queda salvar las vidas. Salir de este río enloquecedor, de este infierno verde, que ios aplasta con el peso de su grandeza.

Nadie objeta. Aceptan la única solución que cabe tomar. Mientras un grupo trabaja en la construcción dé una nave, los otros irán por el río a robar oro a los salvajes de la provincia de las Amazonas que Orellana cristiani zara con el nombre de San Juan.

El trabajo es difícil. La nave rota está una legua y media distante del sitio donde acampan. Tienen que ir cotidianamente al trabajo recorriendo ese espacio que se les hace más largo por la fatiga y la debilidad en que se encuentran. Algunos están aún enfermos. Los consume la fiebre lentamente. O sienten la pereza del trópico palú dico y húmedo. La alimentación es abundante pero no pueden aún reponerse de las largas hambres pasadas.

Así trabajan. Unos van al bosque a cortar madera o hacer leña. Otros preparan los hornos de carbón en don de lentamente incineran la leña. Y los más van a traer desde la nave los pocos elementos que pudieron salvar. Desclavan la obra muerta. Deshacen el casco. Guardan celosamente hasta el último pedacito de hierro que puede serles útil. Para impedir que le roben los salvajes, lo car gan hasta el campamento. Transportan las cajas y equipa jes. Los utensilios que todavía pueden servir.

Orellana procura no cansar a los hombres que deben ir con él en el bergantín. Ellos hacen guardia en el cam pamento. Quiere que descansen para que estén aptos para las penalidades que les aguardan en el río y vigorosos para los combates que tienen que sostener.

Lo que le horroriza es que Doña Ana tendrá que pre senciar los derramamientos de sangre. No puede dejarla sola en el campamento. Tiene que llevarla en este ber gantín que no ofrece protección alguna contra las agudas saetas envenenadas de los salvajes. Ahora no hay navios con castillo que la protejan, ¿ólo este pequeño barco frá gil, descubierto, en donde puede ser blanco de las armas volanderas de los indios. **0** ser prisionera si lo derrotan. Continúa sin prisa los preparativos. Es como si qui siera dilatar la llegada de la hora en que debe partir. Le repugna llevar a su mujer en esta aventura loca. Expo nerla a peligros ciertos e inevitables. Y por eso prefiere esperar.

Pero no es posible esperar mucho tiempo. Al fin da órdenes para alistarse. Meten en el bergantín víveres. Armas. Se ingenia para darle el máximo de seguridad y protección. Y, cuando todo está listo, se embarca con unos pocos soldados, llevando con él a esta mujer que soñaba con venir a un imperio dorado, una especie de paraíso cálido en donde el oro abundaba y reinaba una felicidad perfecta

Sueltan las amarras y el bergantín comienza a deslizarse sobre las aguas veloces. Los hombres que quedan se -amontonan en la orilla para verlos partir. A la distancia ven cómo aún flota un pañuelo blanco de despedida. Una despedida de la que no se sabe si tendrá regreso.

Vuelven al pesado trabajo cotidiano. A la vida tedio sa, lenta y cansina. Los pilotos que dirigen la construc ción de la nave no pueden convencerlos de que es mejor utilizar las excelentes maderas de la selva. No quieren admitir el trabajo intenso de cortar árboles, desbastarlos y hacer tablones. Prefieren, en su pereza enfermiza, uti lizar para hacer el barco las tablas de sus cajones vacíos, los maderos de la vieja nave destrozada..

Cada mañana van hasta ella. Y transportan al impro visado astillero las cosas útiles que encuentran. Trabajan sin entusiasmo. Muchos de los hombres están enfermos. No los abandona la fiebre. El calofrío. El dolor de las articulaciones cansadas.

Después del trabajo se quedan largas horas mirando el río. Esperan el retorno de los compañeros. ¿Traerán noticias nuevas? ¿Habrán encontrado el brazo principal del río? ¿Vendrán con un rico botín de oro? Miran el punto por donde desaparecieron impulsados por la co rriente. Y sólo ven los troncos enormes. Las palizadas que bajan. Las fantásticas plantas acuáticas que navegan río abajo. El agua que corre formando remolinos y reve sas. Nada más. Nada que les indique el regreso de los expedicionarios.

Así pasan veintisiete días. Monótonos. Calmosos. Sa turados de hastío y de cansancio. Días febriles en que se consuelan mutuamente contándose sus esperanzas, repi tiéndose sus pensamientos, haciendo conjeturas.

Mientras, el trabajo del bergantín va tan morosamente que no creen que estará listo hasta treinta días después, si es que tienen suerte.

El ambiente físico los atormenta. La selva es una cárcel verde con altas murallas de árboles. El cielo destila agua.

Llueve copiosamente o cae una fina garúa gris que hace más tristes el paisaje y las almas. La lluvia golpea las grandes hojas anchas del boscaje.- Es una canción mo-nocorde, continua y rítmica que enerva. El frío del agua espeluzna sus cuerpos encendidos de fiebre. Les penetra -hasta los huesos. Las ropas comienzan a caerse en pedazos.

El sol quema cuando las nubes acuosas se disipan. Cae a plomo. La tierra se calienta. Se levanta de todas partes un vapor denso. Transpiran las hojas. Transpira el suelo. De los pantanos sale un vaho cálido y putrefac to. La luz del sol sobre la superficie evaporante produce dolor en los ojos. Les atormenta una excitación aguda de los nervios.

Al caer la tarde se eleva desde cada charco, desde cada pantano, desde cada pedacito de agua de lluvia contenida en las hojas, la nube cruel de los mosquitos. Zumban. Es un canto fino que se clava en los oídos, más punzante que sus agujas succionadoras, ávidas de sangre. Zumban y pican. Hinchan las manos. La cara. Y a pesar del calor tienen que cubrirse con las pesadas mantas de Castilla para evitar la picadura insaciable.

Lo único que les alienta es la generosa hospitalidad de los indios. No cesan de proveerlos de comida. Los tratan con amabilidad respetuosa. Los miran como seres sobre naturales, capaces de cosas estupendas. Les hacen sus confidencias: los hombres de la tribu feroz de Arripuna son sus enemigos. Su mayor deseo es vengarse de esos bárbaros gigantes. Y tienen la ambición de ser ayudados por los blancos portadores de la estruendosa muerte invi sible.

Los expedicionarios recuerdan las consejas de la selva que oyeron contar a Orellana. Arripuna es el jefe de la tribu feroz de gigantes que pintan su cuerpo de negro y que tan duro combatir dieran a

lo
s
ar
g
o
n
a
ut
as
d
el
d
es
cu
-

brimiento. Para congraciarse con los indios aceptan ayudarlos. Pues saben que la Provincia de los Negros, como la llamó Orellana, es vecina de la de las Amazonas y **que** así podrán tener guías que los conduzcan al brazo principal del

río en donde está el fascinante Dorado.

Y esperan la llegada de Orellana para oír su **consejo** y **tomar** una decisión.

EL COMBATE FINAL

REGRESA el bergantín. Orellana está abatido. Por más que ha buscado el brazo principal del río no ha podido encontrarlo. Veintisiete días ha vagado por esas islas en revesadas y esos esteros engañosos. Inútilmente. Siempre qué creyó encontrar el brazo principal era solamente un afluente o era el mismo río que daba la vuelta en torno de alguna isla. A veces creyó estar en la ruta y después de un tiempo regresó al mismo punto. Otras¿ fué empujado a terrenos anegadizos.

Ha sufrido mucho. Está flaco. Con los ojos hundidos en las órbitas. La barba espesa y enmarañada. Las pupi las febriles. Lo domina el ansia. Sus nervios ya no pue den resistir esta lucha que dura largos años. Siente que no puede más. Que ha llegado la hora amarga y sombría de la derrota.

Cuidadosamente se informa del estado de los trabajos. Los inspecciona desalentado. Falta un mes quizás para que el barco esté listo. Sus nervios ya no pueden resistir la paciente espera de treinta días. Ha perdido su dominio de sí mismo. La impaciencia lo aguijona con espuelas de angustia. Tiene que salir al encuentro de la muerte o de la victoria.

Cuidadosamente interroga a los indios. El nombre de Arripuna pronunciado por los salvajes amigos.le da una esperanza. Deben estar cerca la Provincia de los Negros y los dominios cruentos de Tinamostón. Cerca también las doradas comarcas de las Amazonas. Si los salvajes conocen esos países, deben conocer también el brazo prin cipal que a ellos conduce.

Mediante su **perspicacia idiomática casi milagrosa,** se entiende con los indios. **Les arranca** informes. **Obtiene** datos concretos. Y una energía nueva sacude su **cuerpo tanto** como las ráfagas de fiebre que periódicamente **lo** hacen temblar como una hoja al viento. Se aferra a **la** esperanza con tenacidad de náufrago. Con desesperación **de** moribundo. Quizás es la clave para llegar a los **domi** nios salvajes de las Amazonas, robarles audazmente **su** oro y salir de este río hechizado con rumbo a **Cubagua** *a* preparar una empresa mejor organizada.

Su decisión no permite réplica. **Sus** hombres **están** extenuados por las penalidades del viaje. Son pocos **los** que pueden caber en el pequeño bergantín. **Lo** mejor **sería** esperar que se termine el otro **y** partir **jünloSj^-Pero la** prisa que lo domina no admite esperas. T'aecide **salir** nuevamente en pos de esas tierras que **se** esconden **en el** enigma del río.

Antes de partir da sus órdenes. Deben acelerar **las** tareas. Es necesario que el otro bergantín esté listo **lo** antes posible. Les traza el rumbo que deben seguir para encontrarse. El irá delante como vanguardia explorado ra. Y los esperará para intentar juntos la aventura.

Son vanas todas las objeciones. Terco, implacable, hace cumplir sus órdenes. El capitán Juan de Peñalosa, su amigo fiel, acepta el mandato y habla a sus hombres para convencerlos. Encarga a Muñoz Ternero que se que de en la isla para acelerar los trabajos. Y nuevamente dispone que embarquen víveres, armas y pertrechos.

La prisa que le domina es sólo una especie de embria guez. Se deja conducir de ella aturdidamente. Para en gañarse. Para alentarse. Para ocultarse a sí mismo la intuición borrosa de su derrota y el presentimiento de **su** muerte. Algo late violento y confuso sacudiendo su **cora zón** de héroe que ha perdido la fe en el destino.

Al despedirse siente **que los ojos se nublan. Sonríe,** sin embargo, **y reparte palabras** confortantes. **Abraza a**

sus amigos y tiende **su** **ancha** mano callosa **a** los treinta hombres que **se** quedan. Los otros **se** embarcan, carga**dos** con sus fardos y sus temores. Y por fin conduce a Doña Ana que está pálida, casi llorosa.

Los hombres que quedan en la playa los saludan con **las** manos tendidas. Es un momento solemne. Sobre todos ellos flota un presentimiento dramático. Una sombra **gra ve de** desgracia. Pero nadie dice nada triste. Todos **se** alientan a sabiendas de que no pueden engañarse. Todos quieren consolarse a pesar de que cada uno necesita **ser** consolado. Así comienza el viaje hacia las tierras en don **de** la riqueza tentadora del oro se prodiga. Las tierras **qUe** despertaron en sus mentes ensueños fantásticos de gloria y magnificencia.

El agua los arrastra. La marea creciente sube poco a poco, desmoronando la tierra. Las plantas flotan al ser arrastradas por la fuerza de las corrientes. Van des apareciendo las playas. El río galopa desbocado. Arran **ca** árboles. Corta los pedazos ocres de los barrancos. Lo **va** cubriendo todo cori su manto ondulante.

Se pierden en esa llanura acuática. Se meten en este ros laberínticos. Dan vueltas en torno del mismo sitio. A veces el viento arrastra pedazos de tierra sobre las aguas, islas flotantes que desaparecen como tocadas por la varita hechicera de los cuentos. El río tiene una magia. Una voluntad misteriosa y maliciosa que juega con ellos.

Al vaciar las aguas, se varan. O tienen que amarrar contra los troncos muertos que van quedando al descender el nivel. **0** en los troncos vivos que se aferran al barranco con los mil dedos vegetales y elásticos de las raíces. En los lugares altos, al bajar las aguas, quedan sobre el léga **mo** turbio y denso enormes saurios de cabeza chata y lomo erizado **de** conchas como una sierra. O tortugas pe **sadas** y tardas que **se** escurren al agua al oír el ruido de los remos.

Para impedir ser arrastrados, tienen que nsar largas varas flexibles con las que se empujan apoyándose en el fondo de los te r renos anegadizos o en la tierra floja de las orillas. Así van ascendiendo. Sin encontrar la entrada principal del río que debe conducirlos a la meta anhela da. Son días uniformes. Sin variantes. Hasta el río es igual en cada recodo: agua, barrancos, lodazales.

Procuran utilizar las indicaciones que les dieron los indios para ir a las tierras de Arripuna y la provincia de los Negros. Pero es inútil. El agua juega con ellos. Les tiende trampas. Los mete en los mil brazos de afluentes que toman como el cauce principal. Los engaña con ilu-sionismos mágicos. Mientras, pasan días, semanas, meses.

Los víveres se acaban. Tienen que coger las grandes tortugas acuáticas. 0 los frutos desconocidos de la selva. O que pescar a la ventura, por si pica un pez. 0 que inge niarse para tender trampas a los animales que vienen a beber en el río. Una vida sin futuro. Condicionada por el azar. Llevada sin rumbo por el destino. Y también sin pasado, porque todo lo que quedó atrás está maculado por la desobediencia, la rebeldía y el delito.

Orellana no dice nada. Pero Doña Ana mira sus ojos febriles. Sus labios resecos y tremantes. Sus carnes flac cidas. Su palidez verdosa. No puede ocultar el estre mecimiento de la fiebre que viene consumiéndolo lenta mente como un fuego suave y sutil. "Ni el sudor que le mana de todo el cuerpo. Va perdiendo energía. Se pasa las horas silencioso. Sombrío. Meditativo. Mirando el agua que corre, las orillas que pasan, las nubes cargadas de lluvia que navegan en escuadrones sobre un cielo gris y acuoso.

Sólo reacciona cuando encuentra un poblado. Enton ces salta impulsado por el resorte de su volutad épica. El peligro lo anima y le hace olvidar sus pensamientos. Vuel ve a su vida de salteador. A entrar a saco. A dispersar a los indios a golpe de espada y tiros de arcabuz. A ro-

bar los alimentos. **A huir como un** ladrón, **aguas** arriba **de este** río extrañamente enigmático **que no** quiere revelarle **sus** secretos.

Se proveen en esa forma de víveres. Los guardan **en su** bergantín o los devoran de prisa. Algunos alimentos **se** descomponen con la humedad persistente y hay que **uti** lizarlos en seguida. Los otros los guardan en previsión de los días de hambre. En ocasiones hay abundancia **hasta** el hartazgo. En otras falta hasta un grano de maíz y **pasan** días sin comer. Sus estómagos sufren con este régimen absurdo. Sienten dolores. Pero es vano quejarse. **Hay** que resistir y esperar. Esperar. ¿Esperar qué?

Un bohío... Y hace días que no comen... Un **bohío** humeante entre la espesura verde. **El** hambre acalambra **sus** estómagos. Hay que asaltarlo. Orellana está febril. **Le** enciende la calentura. Sin embargo, tiene que pelear. Para eso es Adelantado del Rey. Saltan al barranco. **La** tribu está emboscada en la selva. Ojos mogólicos, **rasga dos** y astutos, miran entre las hojas húmedas. Manos dies tras esperan ajustando los arcos flexibles y las flechas acuminosas.

Tan pronto como desembarcan, una lluvia de saetas los recibe. Una grita horrísona se levanta. Salen de su emboscada los salvajes y caen con furia sobre los blancos que asaltan su poblado. Son indios semidesnudos. Dan zan mientras disparan. Elevan sus manos tremantes. Ges ticulan y se animan con gritos incomprensibles.

Ante la presión del miedo y de la sorpresa, los blancos retroceden. Nunca han visto una multitud tan grande **ve** nírseles encima. Les espanta el ronco son de las trompetas **de** madera y el ruido isócrono de los tambores de madera ahuecada. Pero Orellana conoce **las** tácticas de la selva **Sabe que** el **éxito está en la acometida. En la audacia que adelanta** el **golpe en vez de esperarlo. Y se lanza a la mitad**

del combate, protegido por su adarga y abriéndose paso con la reluciente espada ensangrentada.

Los arcabuceros ocupan sus puestos. Se oye el ruido de las detonaciones perderse bajo el dosel espeso de las bojas. El grito de los que caen. El chocar de las espadas contra las duras maderas de las picas. Mientras Orellana pelea, da órdenes. Despliega su energía máxima a pesar de la fiebre y la debilidad. Piensa en Doña Ana que ha quedado en el bergantín. Confió a Juan de Peñalosa su protección mientras él combate. Le estremece la idea de ser derrotado. ¿Qué harían estos salvajes con doña Ana? Antes la mataría, quizás, para librarla de los ultrajes de que puede ser víctima. Y hiere. Hiere sin cesar. Mata. Chorros de sangre le golpean el rostro y el líquido se coa gula en sus barbas espesas. Es una bestia que defiende la hembra. La hembra y la p rcsa: ^^^^

La acometida es tan furiosa que no deja un segundo de descanso a los brazos fatigados. Ni el ruido de los ar cabuces provoca el pánico de los salvajes. Cientos han caído. Y otros ocupan su lugar para combatir. Las adar gas están erizadas de saetas vibrátiles. Saben que en esas puntas puede haber veneno. La herida, por leve que sea, puede ser mortal. Eso pone un terror enloquecido en los aventureros.

Largo tiempo combaten. Los brazos ya no pueden más. Tiene que replegarse. Ordena Orellana robar los víveres mientras pelean para embarcarse y fugar. Se abren paso, los más audaces, entre los indios. Llegan hasta sus caba nas. Y transportan a bordo lo que encuentran de comesti bles. Son pocos. Tan pocos que no es posible la locura heroica de una resistencia contra los millares de salvajes bravos.

Dieciséis españoles están heridos. Unos han muerto ya sobre el campo por obra de esas saetas buidas que des garraron sus carnes. Otros muestran la flor púrpura de las heridas sangrantes: músculos desgarrados, tendones

blanqueando entre la masa roja y las venas azules. Ayu dan a los heridos a embarcarse. Y parten. Rápidos. Con alas de miedo. Perseguidos por las flechas de los ar queros.

Se dejan llevar por las corrientes. Sólo quedan unos pocos hombres útiles. Quizás más' de veinte. Quizás me nos. Los heridos sufren indeciblemente. Se quejan* gri tan. Otros van entrando en el silencio rígido y liberador. Se debaten en la agonía, última lucha de las fuerzas de la vida contra las invasoras inmovilidades de la muerte.

Orellana está deprimido hasta el límite de sus ener gías. Ha cesado la fiebre, pero le queda el cansancio de la pelea y el debilitamiento de la enfermedad. No habla. Se ha dejado caer en el suelo duro del bergantín. Sin violen cia. Sin exaltación. Con una inmensa fatiga y un deseo enorme de descanso.

Los pilotos ponen rumbo a tierra. Juan de Peñalosa, el capitán fiel, comprende, que es necesario el reposo para los combatientes extenuados, para los heridos y los mori bundos. Acampan en la selva. Tristemente, Y van vien do como mueren los aventureros sin ayuda de Dios ni de los hombres.

Otra vez la fiebre sacude a Orellana... ¿Cuánto tiempo ha pasado? Las cosas se hacen borrosas ante sus ojos. Borrosas, como desdibujadas. Las sienes le laten y siente que el corazón patea como un potro brioso. ¿Dónde está? Todo da vueltas a su redor. Danzan los árboles. Tienen manos. Largas manos verdes que quieren atraparlo. Lle várselo. Las hojas crecen. Crecen. Se hinchan. Toman formas extravagantes. Y danzan también. Y también tie nen manos verdes. Y ojos verdes. Unos ojos brujos que lo miran fijos e inmutables. ¿A dónde quieren llevarlo?

Siente que se quema. Todo su cuerpo arde. Todo. El paso de la sangre por sus venas es un fuego sutil que le abrasa. ¿Es una llama? Le zumban los oídos. Un zumbido

agudo, persistente. Como el zumbido de los mosquitos. Como el fino silbar del viento entre las cañas ¿Es e viento? ¿Es el agua? Sí, agua clara, clara. Fresca. Ca de un manantial alto. Corre con voz de cristal entre aris tas de roca suavemente coloreada. Quiere hablar. El agua canta. Eso es lo que zumba en sus oídos. Quiere beber. ¿Por qué se va el agua? Tiende las manos. Inútil. El agua se va. Y queda este calor que le quema los labios.

Pero debajo de ese calor, siente frío. Adentro. Muy adentro. Un frío interior, también sutil. Y el calor. Frío y calor. Ahora es una alta montaña cubierta de nieve. Los Andes. No, es el trópico con su selva. Las imágenes son borrosas. Cambiantes. Enloquece. Allí está la amplia Plaza de Trujillo. Los pastores con sus rebaños. La ma dre que sonríe. Y se va... Todo se va...

Ana... Siente el roce fresco de su mano. La dulzura tibia de su boca de miel... Ana... Abre los ojos... Sí, allí está Ana, con los ojos llorosos, la cabeza inclinada... ¿Por qué llora?... La selva es tan grande. Y tan bella. Y tan misteriosa. Aquí están las grandes hojas gigantes que cambian de color. Y pájaros de plumas irisadas. Y árbo les. Arboles. Arboles. Hay oro, mucho oro... Ana... Hay montones de oro. Brilla...

¿Por qué danzan todas las cosas? Dan vueltas lentas. Los árboles de manos elásticas. Las hojas de pupilas ver des. Los pájaros irisados. Danzan las lianas y los mata palos. Danzan las nubes. Danzan. Todo danza. ¿Es una fiesta?... La fiebre le quema... Pero ¿es la fiebre? **¿0** es la selva verde de Manabí con sus indios tatuados y su mar cálido de ondas azules.

Ana... Hay un palacio de oro... De jaspe verde... De pedrería brillante... Ana... No, se deshace... Es sólo una nube transeúnte sobre el cielo que se abre también...

Ana... La fiebre... Ana...

ARGONAUTAS DE LA SELVA

Todos lloran. Todos. Hasta estos hombres rudos que han visto la muerte y tienen aún las manos tintas en san gre. Doña Ana, apoyada en el brazo de Don Juan de Pe-ñalosa, mira por última vez la fisonomía severa que la muerte dignifica con su gravedad solemne y medrosa. Al pie del árbol más alto se ha abierto la tumba. Un árbol de los miles de la selva. Quizás un matapalo que ha aho gado entre sus brazos flexibles un árbol más pequeño para poder elevarse hacia los cielos como símbolo de la vida que se sostiene en la muerte y vuelve a ella.

No hay sacerdote que rece sobre la tumba. Ni lápida que señale el sitio perdido. Ni inscripción orgullosa que hable de su vida hazañera. Sólo un árbol. Tan recio como su carácter. Tan alto como su ambición. Y una dulce ternura femenina que llora.

Después, los remos que se alejan... Golpeando rít micamente... Un leve murmullo del agua...

Y silencio... Silencio...

EPILOGO

UNOS SE perdieron en la selva demasiado poderosa. Sus huesos quedaron pudriéndose bajo la tierra vegetal, entre las raíces de los árboles, junto a los grandes ríos salvajes. Otros —cuarenta y cinco— regresaron a tierras cristiani zadas. Estos se perdieron en las Indias demasiado vastas. Tomaron rutas distintas y destinos diversos.

Los que retornaron a tierra cristiana, llegaron con el cansancio en los cuerpos y el desaliento en las almas. Náufragos de un ensueño destruido. Con sus pobres naves casi rotas y más destrozadas aún las voluntades por el combate de un sino desventurado. Doña Ana, entre ellos, retornó pálida y triste, con su viudez de esperanzas frus tradas.

, Fueron llegando en pequeños grupos: primero los compañeros de Orellana fugitivos del río hechizado, ven cidos por la selva. Más tarde los hombres que quedaron con Muñoz Tornero en la tierra desamparada construyendo su último bajel con cajones viejos y restos de la nave rota.

Muerto Orellana, ya no les quedó sino la derrota. Des apareció con él la voluntad tenaz, la firmeza batalladora que se impone al infortunio. Juan de Peñalosa condujo a los pocos sobrevivientes. Siguieron el curso del inmenso río que soñara dominar el héroe fracasado. Y en el pe queño bergantín —azotados por olas bravas y tormen tas— llegaron hasta la Isla Margarita.

Los otros, tan pronto como pudieron terminar el ber gantín, emprendieron la búsqueda del jefe desaparecido. Búsqueda inútil. Dramática persecución desuna esperanza encarnada en un hombre.' En vano siguieron por el río

del misterio. Navegando leguas y leguas. Hasta que la evidencia de lo imposible abatió sus ánimos y decidieron regresar en pos del mar por cuyos anchos caminos irían **a** tierra civilizada.

La odisea fluvial fué una aventura estupenda. El río animado de voluntad maligna quiso retener a los últimos argonautas. Los metió en revesas desesperantes. Los per dió en el laberinto de sus mil brazos elásticos. Les hizo andar por ciénegas y pantanos. Les hizo soportar nuevas hambres. Y antes de entregarlos nuevamente al mar, les mostró —como compensación de su aspereza bárbara— el idilio encantado de sus edenes.

En una de esas islas paradisíacas —de naturaleza suave y de indígenas mansos— se quedaron seis españoles renunciando a la vida civilizada. Otros cuatro desertaron en otro punto, llevándose un pequeño batel. La atracción verde de la selva, la magia cantante del río, tornaron **a** estos hombres hostiles a las durezas de la vida disciplina da y prefirieron para siempre la soledad idílica de las islas salvajes.

En la isla Margarita los aventureros prestaron su tes timonio. De allí fué al Rey la narración de la aventura fracasada. Y luego se dispersaron en las Indias ilimita das. Se perdieron en las extensiones demasiado grandes del continente nuevo.

Doña Ana de Ayala no retornó a su Sevilla sensual. Se quedó en las ardientes tierras de Panamá. Bajo el sol quemante de las Indias en cuyos territorios soñó un día fundar un dominio y tener hijos morenos, con mirada ancha de selva y sonrisa vegetal de claveles.

Del gran sueño ambicioso nada quedó. No tuvo Ore-llana el éxito que todo lo justifica ni el oro que. todo lo hace perdonar. Ni se perpetuó en hijos que exaltaran su memoria. Su vida fué una lucha por vencer la adversidad

del destino. Una vida dramática y Heroica que la historia no ha querido comprender.

La calumnia hincó en su memoria sus dientes, envene nados. Ninguna voz se elevó a defender al fracasado. Se quedó solo en la soledad de la historia. La adversidad que le venció en vida, le siguió hasta los confines de la muerte.

De todo lo que quiso hacer —del sueño demasiado grande de su vida hazañera— sólo quedó una cosa per durable: la ciudad que fundara una mañana de julio en las tierras bravas de los huancavilcas, Santiago de Gua yaquil, que creció en lucha tenaz contra una adversidad semejante a la que persiguiera a su fundador, pero que pudo vencer el sino como si le alentara el alma batalladora del hombre que le dio existencia..

Y creció... Junto a la colina verde, aprisionada por el agua dulce del río y el agua salobre del estero, cercada por el manglar gateante, luchando contra el fango, la villa fué creciendo.

Por el gran río —el Guayas maravilloso— subieron sus hombres hasta las selvas tropicales y trajeron de allá las maderas olorosas: el bálsamo fragante, el guachapelí duro, el jelí de corazón acerado, el guayacán resistente, el mangle incorruptible, el pechiche moreno, el algarrobo y el laurel. Las chozas pajizas se convirtieron en casas sola riegas con corredores y soportales ensombrecidos para pasar las horas caniculares. Sobre los esteros reptantes que se metían en la tierra, se tendieron sonoros puentes de madera. En la entraña rojiza de sus cerros cavaron las manos tesoneras para arrancar la piedra que sirvió para rellenar pantanos. Y con paciencia voluntariosa lucharon contra el vasto manglar palúdico, en su lento avance que era la expresión del inquebrantable impulso de vivir.

Lo que hacía el hombre, lo destruía la naturaleza ad versa. La piedra rojiza'de sus canteras se deshacía para volver a ser fango. El manglar avanzaba nuevamente sus ^

garras reptantes para aprisionar la ciudad naciente. **Y** el fuego destruyó mil veces la villa que tenía tan poderosa voluntad de existencia. Pero el hombre volvió a cortar las olorosas maderas de su selva para hacer sus casas solarie gas y sus puentes resonantes. Volvió a cortar las raíces de los manglares que avanzaban hacia la ciudad naciente. Volvió a cavar en sus canteras de piedras rojizas para re llenar el pantano.

Tuvo que luchar contra los piratas asoladores que ve nían, río arriba, en sus violentas depredaciones. Tomó **a** nado las naves corsarias. Se batió solo contra los hombres tostados de sol que habían hecho temblar bajo sus plantas todas las tierras y habían dominado todos los mares. *

Tuvo que luchar contra la enfermedad: la peste negra y **la** amarilla, el paludismo agotador y las viruelas asque rosas, las mil plagas del trópico.

Y venció. Dominó el sino fatal. Creció la villa en una complicada arquitectura de madera. Se transformó en una ciudad moderna. Llenó los barcos de, chimeneas humeantes con el peso de su cacao moreno y su café odo rante como antes había llenado los veleros que salían de sus astilleros con cargas de mercaderías diversas.

Tuvo un destino tan dramático como su fundador. **Y** así como han pasado cuatrocientos años antes de que se comience **a** rectificar lo que la calumnia dejó de turbio y miserable sobre la memoria del héroe, la ciudad ha nece sitado cuatrocientos años para completar su lucha contra **el** manglar, el fuego, el fango y las pestes.

Y al pie del verde cerro —la colina que cristianizó Orellana con el nombre de Santa Ana— mira el fundador, en efigie de bronce, con ojo perspicaz, la única cosa esta ble que pudo crear en su azarosa vida de aventurero sin fortuna.

CRONOLOGÍA

1527.	Orellana pasa a las Indias.
25 de julio de 1537.	Funda la ciudad de Santiago de Guayaquil.
febrero de 1541.	Sale de Guayaquil para la expedición de la Canela.
marzo de 1541.	Sale de Quito en busca de Pizarro para emprender la conquista de la Canela.
26 de diciembre de 1541.	Iniciación del viaje de descubrimiento.
3 de enero de 1542.	Llegada al pueblo de Aparia (o Irimara).
2 de febrero de 1542.	Salida de dicho pueblo.
11 de febrero de 1542.	Llegada al Amazonas.
26 de febrero de 1542.	Llegada al pueblo nuevo de Aparia.
3 de junio de 1542.	Descubrimiento del Río Negro.
10 de junio de 1542.	Descubrimiento del Río Grande o Madeira.
24de junio de 1542.	Combate con las supuestas Amazonas.
24 de agosto de 1542.	Llegada a la desembocadura del Amazonas.
26 de agosto de 1542.	Salida del Amazonas al mar.
29 de agosto de 1542.	Se separan los bergantines.
9 de setiembre de 1542.	Llegada del bergantín pequeño a Cubagua.
11 de setiembre de 1542.	Llegada del bergantín Victoria a Cubagua.
22 de noviembre de 1542.	Arribo de Orellana a Santo Domingo.
mayo de 1543.	Llegada de Orellana a Valladolid.
13 de febrero de 1544.	Capitulación con el Rey para la conquista de la Nueva Andalucía (Amazonas).
noviembre de 1544.	Matrimonio de Orellana.
11 de mayo de 1545.	Salida de Orellana hacia el Amazonas.
noviembre de 1545.	Salida de las Islas del Cabo Verde.
20 de diciembre de 1545.	Llegada de Orellana al Amazonas.
noviembre de 1546.	Muerte de Orellana.
diciembre de 1546.	Llegada de los sobrevivientes a la Isla Margarita.

OBRAS CONSULTADAS

GARCILASO DE LA VEGA *Comentarios Reales.* **Libro III. Capítulos 3' y 4*.**

AGUSTÍN DE ZARATE *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú.* **Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira.**

FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA *Historia General de las Indias.* **ídem.**

ANTONIO DE HERRERA *Historia General de los hechos de los castellanos en las Indias y Tierra Firme del Océano.* **Década VI. Libro ix. Década vil. Libro IX.**

MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA "La traición de un tuerto". *(Ilustración Española y Americana.)* **Agosto 1892, agosto 1894. "Los Primeros Descubrimientos del País de la Canela"** *(Rev. Centenario del Ves-cubrimiento de América).* **Madrid, 1892.**

JUAN DE VELASCO. *Historia del Reino de Quito.* **Tomo n. Hist. Antigua. Libro 5»**

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ *Historia General de la República dal Ecua dor.* **Tomos II y vi**

JUAN DE CASTELLANOS *Elegías de Ilustres Varones de Indias.* **Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira.**

PEDRO CIEZA DE LEÓN. *Guerras Civiles del Perú:*
Primer tomo: *Guerras de las Salinas.*
Segundo tomo: *Guerra de Chupas.* **Tercer tomo:** *Guerra de Quito.*

TORRES MENDOZA *Colección de Documentos Inéditos relativos al Descubri miento, Conquista y Organización de las Antiguas Posesiones de América y Oceanía.* **Vol. xeil.**

JOSÉ TORIBIO MEDINA. *Descubrimiento del Río de las Amazonas.*

TOMÁS VEGA TORAL. *El Descubrimiento y Primer Viaje por el Río de las Amazonas.*

RICHARD MULLER *Orellana's discovery oj the Amazon River.* **Imp. Jouvin. Guayaquil Traducido en el diario** *La Prensa.* **(Guayaquil.)**

PEDRO FERMÍN CEVALLOS *Resumen de la Historia del Ecuador.* **Tomo H.**

F. A. KIRKPATRICK *Los conquistadores españoles.*

Pío JARAMILLO ALVARADO. *La Presidencia de Quito.* **Tomo i.** *El Ecuador,*

antes Presidencia de Quito, es pa

ís amazónico.

RAFAEL EUCLIDES SILVA. ***El Dorado y el origen del dominio amazónico ecuatoriano.***
MODESTO CHÁVEZ FRANCO. ***Crónicas del Guayaquil Antiguo: Las Funda ciones de Guayaquil y Francisco de Orellana.***
EFRAÍN CAMACHO. Discurso de incorporación al Centro de Investigaciones históricas. ***Boletín del Centro de Investigaciones históricas de Guayaquil***
ÓSCAR E. REYES Y FRANCISCO TERÁN. ***Historia y Geografía del Oriente Ecuatoriano.***
LUCIANO ANDRADE MARÍN. ***Llanganati.***

DOCUMENTOS SOBRE LOS QUE SE BASA ESTA OBRA

Relación que escribió Fray Gaspar de Carvajal, **fraile de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, del nuevo descubrimiento- del famoso rio grande que descubrió por muy grande ventura el Capitán Francisco de Orellana desde su nacimiento hasta salir a la mar, con cincuenta y siete hombres que trajo consigo y se echó a su aventura por el dicho río, y por el nombre del Capitán Orellana que lo descubrió, se llamó el Río de(Ore-llana. (Publicada por José Toribio Medina. Otra versión sirve de base a la *Historia General de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo.)**

Carta de Gonzalo Pizarro al Rey, **fecha en Tomebamba a 3 de setiem bre de 1542. Archivo de Indias. Patroi** ito, **estante 1', cajón 1*, legajo 1/6, núm. 2, ramo II. (Publicada por don Marcos Jiménez de la Espada, en la *Ilustración Española y Americana,* agosto 22 de 1892. Reproducida por don José Toribio Medina en *El Descubrimiento del Río de las Amazonas.)***

Documentos obrados durante el viaje de Orellana y **presentados al Con sejo de Indias el 7 de junio de 1543. Archivo de Indias. Patronato. Estan te 1", cajón 4*, legajo 1/6, núm. 2, ramo II. Publicados por José Toribio Medina. *(Ob. cit.)* Comprende:**

1' Petición de Orellana al Consejo de Indias defendiéndose de las acusaciones de Pizarro, el 7 de junio de 1543.

2° Nombramiento de Escribano hecho en la persona de Francisco de Isásaga en el pueblo de Aparia, el 4 de enero de 1542.

3' Toma de posesión por Orellana, en nombre de Gonzalo Pizarro, del pueblo de Aparia y del de Irimara el 4 de enero de 1542.

4° Petición de los expedicionarios a Orellana para que no regrese en busca de Pizarro por los peligros insuperables que acaecerían, y fe de presentación de la misma, el 4 de enero de 1542.

5' Orden de Orellana a sus hombres para que devuelvan las cosas ajenas que hubieren tomado, el 5 de enero de 1542.

6" Toma de posesión de los caciques vecinos, hecha el 9 de enero de 1542; y

7* Petición de loa expedicionarios para que Orellana sea su capitán *f* no renuncie a conducirlos, hecha el 1* de marzo de 1542, y toma da posesión y juramento, de igual fecha.

Relación que va para ante su Majestad,* dada por lá Justicia y Regi-,miento de la ciudad de Santiago desta Nueva Castilla llamada Pirú, de los merescimientos del Capitán Francisco de Orellana, teniente de Gober nador de esta ciudad. (Archivo de Indias. Patronato, estante 2', cajón 2», legajo 1/6, pieza 23. Publ. por J. T. Medina. 06. *cit.)

Jornada del rio Marañan* con todo lo acaecido en ella y otras cosas notables dignas de ser sabidas acaecidas en las Indias. Occidentales del Pirú, dirigida al felicísimo Don Felipe III, príncipe nuestro Señor, por Toribio de Ortiguera. (Publicada por J. T. Medina. 06. *cit.)

Capitulación que se tomó con Francisco de Orellana* para el descubri miento y población de la Nueva Andalucía. Valladolid, 13 de febrero de 1544. (Archivo de Indias 139-I-I-libro 1«, hoja 216. Publicada por J. T. Medina. 06. *cit.)

***Escritura por la que Francisco de Orellana se obligó a guardar la Capitulación* extendida a su favor para el descubrimiento y población de la Nueva Andalucía. Valladolid, 18 de febrero de 1544. (Publicada por J. T. Medina. 06. *cit.)* Archivo de Indias 139-1-2.**

Cinco cartas de Francisco de Orellana,* del año 1544, sobre los prepa rativos de la expedición al Río de las Amazonas y las dificultades que se le ofrecían para emprender el viaje. Sevilla. Mayo a noviembre de 1544. (Archivo de Indias 143-3-12.) Publ. por J. T. Medina. C06. *cit.)

Siete cartas de Fray Pablo de Torres al Emperador* sobre los aprestos de la expedición de Orellana. 4 de abril de 1545. (Archivo de Indias. Ind. General Estante 143, cajón 3, legajo 12. Publ. por J. T. Medi na. 06. *cit.)

Cuatro reales cédulas relativas a varios particulares de la expedición de Orellana.* Septiembre de 1544 a abril de 1545 (Archivo de Indias. Estan te 139, cajón 1', legajo 2». Publicadas por J. T. Medina. 06. *cit).

***Vysita del armada de Francisco de Orellana* Sanlúcar de Barrameda. Mayo 9 de 1545 (Archivo de Indias. Patronato. Estante 2", cajón 5', lega jo 5* Publicado por Torres Mendoza en su obra *Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y Organización de las An tiguas posesiones españolas. América y Oceanía.* Tomo XCII.**

Cartas del Padre Torres dando cuenta de todo lo que previno a Ore-llana* antes de partir. (Archivo de Indias. Patronato. Estante 2°, cajón 5*, legajo 5". Publicado por Torres Mendoza. 06. *cit.)

***Relación de lo que dice Francisco de Guzmán* que vino en la carabela nombrada Concepción, de ques maestre Pedro Sánchez, vecino de Cádiz,**

el cual es uno de los que fueron con el Adelantado Orellana. (Archivo de Indias. Patronato 2-5-1/4. Publicada por J. T. Medina. 06. *cit.)*
Informaciones de méritos y servicios:

De Cristóbal de Segobia, hecha en la Isla Margarita en octubre de 1542. (Archivo de Indias, estante 53, caj. 1*, **leg. 10.)**

De Ginés Hernández, hecha en Zamora de los Alcaides el 14 de febrero de 1546. (Archivo de Indias. Patronato. Est. 1", **caj. 5° leg. 23/7.)**

De pedro Domínguez de Mirandero, hecha en Quito, en septiembre de 1564. (Archivo de Indias, est. 11» **caj. 5 » , leg. 35/19.)**

De Alonso de Cabrera, hecha en Quito, en agosto de 1564. (Archivo de Indias. Est. 1 " , caj. 5 » , leg. 27/11, **r a m o 6'.)**

De - J u a n de Manes, hecha en Quito, en septiembre de 1568, (Arch. de Indias, 76-6-8.) .

De Diego Muñoz de Ternero, hecha en Lima, en diciembre de 1558. (Arch. de Indias. 1-4-12/17, ramo 10.)

De Juan de Peñalosa, hecha en Panamá el 16 de febrero de 1572. (Arch. de Indias. 1-6-2/25.) Publicada por J. T. Medina, 06. cit.

ÍNDICE

